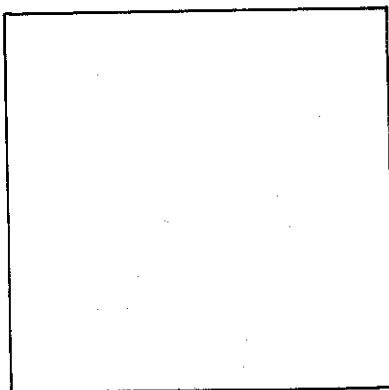


arthur rosenberg
democracia y
socialismo
historia política de los
últimos ciento
cincuenta años
(1789-1937)

introducción de
gian enrico rusconi

traducción de
alfonso garcía ruiz



86
CUADERNOS
DE
PASADO Y
PRESENTE

BIBLIOTECA
José María Arico



INDICE

ADVERTENCIA 7

INTRODUCCIÓN, por GIAN ENRICO RUSCONI 9

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO. HISTORIA POLÍTICA DE LOS ÚLTIMOS CIENTO CINCUENTA AÑOS (1789-1937)

PREFACIO 35

PREFACIO A LA EDICIÓN NORTEAMERICANA 37

I. LA DEMOCRACIA MODERNA HASTA MARX

¿Qué es la democracia?, 39; Robespierre y Jefferson, 44; de Napoleón Bonaparte a Luis Felipe, 54; El primer socialismo, 65; ¿Democracia social o democracia burguesa? 71; Los cartistas ingleses, 76

II. DEMOCRACIA Y MARXISMO. 1845-1895

Marx y Engels en la víspera de la revolución de 1848, 85; Francia en 1848, 100; La derrota de la revolución en la Europa Central. 1848-1849, 124; ¿Por qué fracasó la democracia en 1848-1849? 140; Las luchas en la emigración de 1849 a 1859, 148; Los inicios de la socialdemocracia, 157; La fundación de la I Internacional, 179; El derrumbe de Bonaparte, 184; La Comuna de París y el final de la I Internacional, 191. La democracia burguesa en los Estados Unidos, Inglaterra y Suiza, 210; La desvalorización de la democracia después de 1871, 216; Socialistas y anarquistas después de 1871, 222; La reacción europea después de 1871, 226; Francia después de la Comuna y la tentativa dictatorial de Boulanger, 238; Imperialismo contra liberalismo, 257; La democracia liberal y la II Internacional, 279

primera edición en español, 1981
©ediciones pasado y presente
impreso y distribuido por siglo XXI editores, s.a.
av. cerro del agua 248, méxico 20, d.f.

ISBN 968-23-1072-5

título original: *demokratie und sozialismus. zur politischen geschichte der letzten 150 jahre*, amsterdam, 1938
derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en méxico
printed and made in méxico

III. DE 1895 A 1937. LOS PARTIDOS OBREROS ANTES DE LA GUERRA MUNDIAL

Los comienzos del bolchevismo, 305; La guerra mundial y la III Internacional, 317; El ascenso del fascismo, 324; Posiciones democráticas y socialistas hacia el final de los años treinta, 329; Contribución a una crítica general de la democracia, 335

NOTAS DE LA EDICIÓN NORTEAMERICANA

343

ÍNDICE DE NOMBRES

348

ADVERTENCIA

“Este libro es una contribución histórica a la discusión actual sobre la democracia”; las palabras con las que Arthur Rosenberg presentaba en 1938 su último y más importante libro —publicado por una pequeña casa editora holandesa que imprimía los escritos de lo mejor de la emigración alemana— conservan todavía en nuestros días junto con el libro al que dan principio, una actualidad inobjetable. Y no solamente porque la historiografía marxista contemporánea no ha producido desde entonces una contribución del mismo nivel sobre este tema, sino también porque los acontecimientos históricos más recientes no han dejado de poner en el orden del día el problema teórico-práctico capital de la relación democracia-socialismo.

Aquí Rosenberg ha reunido la experiencia del historiador de la república de Weimar y del bolchevismo con la experiencia y la reflexión del militante de la izquierda revolucionaria de la que fue uno de los mayores exponentes de los años veinte y treinta.

Democracia y socialismo, en su forma de narración histórica se aproxima a un análisis sistemático y comparativo de las formas y de las realizaciones de la democracia, y este análisis está regido positivamente por la idea de la democracia revolucionaria. Como experiencia histórica limitada o bien como modelo ejemplar, la democracia revolucionaria constituye el punto de partida de la investigación y el polo de referencia de la evaluación global hasta la parte final dedicada a una *Crítica general de la democracia*. “La democracia como cosa en sí, como una abstracción formal no existe en la vida histórica —escribe Rosenberg—: la democracia es siempre un *movimiento político* determinado, apoyado por determinadas fuerzas políticas y clases que luchan por determinados fines”. Desde Jefferson y Robespierre hasta Lenin, desde la democracia social hasta el bolchevismo, Rosenberg describe y critica los momentos históricos fundamentales primero del encuentro y después de la oposición entre “democracia” y “socialismo”: la revolu-

ción de 1848, la Primera y la Segunda Internacional, la Comuna de París, la revolución de Octubre y la esperanza consiliar.

Arthur Rosenberg nació en 1889, fue alumno de Eduard Meyer en Berlín en donde empezó una brillante carrera universitaria consolidándose como investigador de historia antigua (sus trabajos sobre los pueblos itálicos se consideran todavía en la actualidad fundamentales). La crisis de la socialdemocracia alemana, la revolución de Octubre y sus repercusiones en Alemania ejercieron un influjo determinante en su paso a la política activa.

En 1918 se afilió al Partido comunista y en 1924 fue diputado en el Parlamento alemán y en 1927, a causa de profundos desacuerdos con la política staliniana, abandonó el movimiento comunista, después de haber estado al lado de los llamados ultraizquierdistas como Karl Korsch y Ruth Fischer contra la política de la Comintern. Al llegar el nazismo emigró a Inglaterra y a los Estados Unidos. Murió en 1943.

Sus libros más importantes de historia moderna son *Entstehung der deutschen Republik 1871-1918* [Orígenes de la república alemana 1871-1918], en 1928; *Geschichte des Bolschevismus von Marx bis zur Gegenwart*, en 1932 (en nuestra colección, *Historia del bolchevismo*, núm. 70, México, 1978); *Geschichte der deutschen Republik* [Historia de la república alemana], 1935; *Faschismus als Massensbewegung* [El fascismo como movimiento de masa], 1934. Véase también la reconstrucción del itinerario intelectual y político de Rosenberg hecha por Ernesto Ragionieri en su introducción a la *Historia del bolchevismo*, cit., pp. ix-xxxii de la edición española.

PASADO Y PRESENTE

INTRODUCCIÓN

Democracia y socialismo no es sólo la última obra de Arthur Rosenberg en orden cronológico (se publicó por primera vez en Amsterdam en 1938, pocos años antes de la desaparición de su autor ocurrida en 1943), sino también la culminación de la reflexión del militante de izquierda y del historiador de la república de Weimar y del bolchevismo. De ahí su significado particular para los que actualmente quieren abordar la problemática señalada por las dos simples palabras —democracia y socialismo— teniendo presente la reflexión de un representante del marxismo alemán de los años veinte y treinta, que se presenta en nuestros días como un importante elemento de comparación teórica y práctica.

Al publicarlo nuevamente en 1962, el editor alemán sintió la necesidad de advertir: "Este libro fue escrito entre 1935 y 1937, bajo la impresión de lo que el autor llamó el 'derrumbe de la democracia liberal'. En Alemania, en Italia, Polonia, Hungría y Portugal, los regímenes militares habían tomado el lugar de débiles gobiernos democráticos, la república española se acercaba a su lucha mortal y en Austria habían llegado al poder fuerzas clérico-fascistas. Esta situación explica ciertos juicios y evaluaciones de los últimos capítulos, que han sido desmentidos por los acontecimientos posteriores. Los errores de Rosenberg son los de un contemporáneo; si le hubiera sido posible estudiar también el período de los años treinta a la distancia de algunas décadas, hubieran cambiado ciertamente algunos de sus juicios. Pero las omisiones y las intervenciones en el trabajo de un historiador de la importancia de Rosenberg parecieron inadmisibles y se renunció a cualquier reelaboración".¹

La aclaración del editor alemán es correcta y por lo tanto suscribible, siempre y cuando no se olvide que bajo las limitaciones del "historiador" Rosenberg se encuentran las específicas del "teórico". Los errores de perspectiva y las ingenuidades en relación con el New Deal rooseveltiano o con la acción

¹ Nota del editor Europäische Verlagsanstalt, edición de 1962, p. 4.

democrática de la Sociedad de las naciones, la confianza en los movimientos socialistas inglés y francés del último Rosenberg se remontan, por un lado a la polarización de las dos fuentes fascistas y antifascistas a escala mundial en la víspera de la segunda Guerra Mundial, pero por el otro iluminan retrospectivamente el conjunto del desarrollo de la concepción rosenberguiana.

Se ha dicho y escrito que Rosenberg, el ex-comunista ultraizquierdista al lado de Ruth Fischer, Maslow, Scholem, Korsch, Katz, en los años duros de la oposición de la KPD y en la KPD contra la política de la Comintern, se convirtió a la socialdemocracia y por tanto, su último trabajo forma parte de la producción de la socialdemocracia weimariana. Es un hecho que después de sus ruidosas dimisiones de la KPD en 1927,² Rosenberg quedó formalmente fuera de todo partido, pero colaboró intensamente con la revista de la socialdemocracia *Die Gesellschaft* y sobre todo con la *Zeitschrift für Sozialismus*, publicada en la emigración de Karlsbad desde 1933. En marzo de 1933, por encargo de la dirección del Partido socialdemócrata Rosenberg debió el informe oficial sobre *Marx vivo* con ocasión del cincuentenario de la muerte del pensador. La llegada de Hitler al poder echó por la borda el proyecto.

El Rosenberg de *Democracia y socialismo* forma parte más bien del conjunto de las posiciones teóricas y prácticas de la

² Reproducimos una parte de la carta que Rosenberg envió al Comité central en abril de 1927: "Las incesantes derrotas de la III Internacional no se explican sólo con razones externas: nos encontramos frente a un error de fondo en el sistema. La Rusia soviética moderna se apoya en el compromiso entre los trabajadores calificados con los campesinos poseedores y la democracia nacional rusa. Con esto la Rusia se convirtió en el aliado natural de los movimientos de liberación nacionales y de los estratos obreros socialistas moderados, dispuestos al compromiso. Fuera de Rusia, en cambio, los partidos comunistas deberían apoyarse en los estratos obreros más pobres, radicales, antinacionales e intransigentes, para justificar su existencia. Por otra parte, la Comintern no debe obstaculizar la política rusa. De esta manera nacen contradicciones insuperables. Estas contradicciones provocan continuas oscilaciones tácticas, errores, derrotas." Tomada de H. Weber, *Die Wandlungen der deutschen Kommunismus. Die Stalinisierung der KPD in der Weimarer Republik*, Francfort, Europäische Verlagsanstalt, 1969, vol. 1, p. 178. En este trabajo de Weber se puede seguir analíticamente el iter político de Rosenberg. El único estudio expositivo de la obra rosenberguiana en lengua alemana sigue siendo el de H. Schachenmayer, *Arthur Rosenberg, als Vertreter des historischen Materialismus*, Wiesbaden, Harrasowitz, 1964.

"izquierda" socialdemócrata de lengua alemana que va desde Paul Levi (alumno y sucesor de Rosa Luxemburg, expulsado después, en 1921, de la KPD y por lo tanto tenaz opositor dentro de la SPD) hasta Max Adler (que, aparte de la producción filosófica y sociológica austromarxista, es uno de los teóricos del *Linkssozialismus*) y Otto Bauer y su experiencia austriaca peculiar. Bastan estas pinceladas para comprender lo complejo y variado del frente de la izquierda socialista que teórica y políticamente se proponía mantenerse a distancia tanto de la socialdemocracia tradicional como del leninismo-stalinismo. No es casual que uno de los últimos escritos (1939) de Rosenberg, aparecido en Europa, sea una notoria polémica sobre el problema del poder de la democracia y dentro de la democracia contra un eminente representante de la antigua dirección socialdemócrata, en el mismo diario de la emigración, *Neuer Vorwärts*.

Democracia y socialismo no es un trabajo de historia que deba ponerse al lado de las demás obras de nuestro autor. A pesar de la forma de una narración histórica, se aproxima a un análisis sistemático y comparativo de las formas y de las realizaciones de la democracia —análisis guiado positivamente por la idea de la democracia revolucionaria. La democracia revolucionaria —como experiencia histórica limitada y fragmentaria (1793, 1848, 1871) y también como modelo ejemplar— constituye el punto de partida de la investigación y el polo de referencia de la evaluación global hasta la "crítica general de la democracia" con la que concluye. Una obra de reflexión teórica y política en forma histórica, centrada programáticamente "en primer lugar en el trabajo político-práctico de Marx y Engels en el período 1845-1895. Para estos dos líderes socialistas, la política práctica era una discusión y confrontación incesante con la democracia, del mismo modo que todo el problema de la democracia y del socialismo visto históricamente forma un todo con la historia de esos cincuenta años".

El regreso al marxismo original coincide con el regreso al concepto de democracia revolucionaria. En esta tesis el Rosenberg historiador se fusiona con el ultraizquierdista y el socialdemócrata de izquierda de nuestros días. "La democracia, como es sabido, en cuanto abstracción formal no existe en la vida histórica: la democracia es siempre un movimiento político determinado, sostenido por determinadas fuerzas po-

líticas y clases en lucha por determinados fines." En la definición nominal de democracia como "gobierno del pueblo" se pueden distinguir dos tipos fundamentales: la *democracia socialista* que fusiona el autogobierno de la colectividad con la posesión colectiva de los principales medios de producción, y la *democracia burguesa* que, aun sosteniendo el principio del autogobierno de la colectividad, conserva la propiedad privada de los medios de producción. Desde el punto de vista histórico, este tipo particular de democracia —pura o formal— monopolizó, de hecho, el término mismo de democracia creando una serie de reacciones psicológicas y sociológicas sobre la conciencia colectiva que incidieron profundamente en el plano mismo de la teoría y práctica políticas.

La democracia burguesa no es unívoca: se pueden determinar por lo menos cuatro subtipos. Entre éstos es totalmente peculiar la *democracia social*, encarnada históricamente por Jefferson y Robespierre y resucitada por Lenin. "En el pasado reciente, entre 1903 y 1914, Lenin dio", en efecto, "una formulación clásica de la democracia social, con su doctrina de la dictadura democrática de los obreros y de los campesinos".

Las otras formas de democracia burguesa son la *imperial* (ejemplo típico, la Gran Bretaña), la colonial (una fase de los Estados Unidos, Canadá, Australia hasta la primera Guerra Mundial) y *liberal* en sentido estricto, respectivamente. El liberalismo no es un cuerpo doctrinal definido y mucho menos un sistema político determinado. Rosenberg distingue un liberalismo "puro", antiguo, que coincide con la fase del capitalismo en lucha contra el feudalismo y el absolutismo, caracterizado por el uso del estado como instrumento de poder revolucionario, del segundo liberalismo o neoliberalismo defensor del libre comercio, del pacifismo, del neutralismo estatal, etc. Este último caracterizó sólo durante cierto período a Inglaterra, entre 1832 y 1866. Fue un episodio transitorio, un autoengaño del capitalismo sobre la posibilidad de renunciar a sus propios instrumentos esenciales: poder y violencia. En la misma Inglaterra debió ajustar cuentas con las exigencias imperiales y cedió muy pronto su lugar al imperialismo explícito. De este modo, el liberalismo moderno bajo la forma de la democracia liberal, se convirtió en la aspiración de la pequeña burguesía (recuérdense los programas de los partidos "populares") y del proletariado organizado en el partido socialdemócrata. Fue una trágica paradoja que —en el momento

en que el liberalismo se volvía de hecho impotente contra el imperialismo, o sea, contra la organización del gran capital a escala mundial, que se apoyaba en los aparatos burocráticos estatales y militares, que era capaz de usar despreocupadamente los sentimientos nacionales de amplios estratos populares—, ese liberalismo impotente le proporcionó los contenidos (parlamentarismo, constitucionalismo, libre cambismo, pacifismo) al radicalismo verbal pseudorrevolucionario de la democracia.

Ésta es, a grandes rasgos, la tipología rosenberguiana. Desde el punto de vista marxiano, la discriminación entre las dos formas fundamentales de democracia —socialista y burguesa (comprendida la social)— es el poder de la comunidad para disponer de los medios de producción. Esto no significa de hecho la subvaluación de las *formas políticas* a través de la que se expresa el autogobierno de las masas. No es casual que la concepción que reduce la expresión política a la sola fórmula parlamentaria y la famosa doctrina de la división de poderes sean funcionales para la forma burguesa de la democracia y hayan jugado un papel inhibitorio cada vez que el movimiento democrático se encontró ante elecciones históricas que hubieran podido cambiar el curso de los acontecimientos en Europa. Por su parte, la democracia socialista exige formas originales de expresión y organización de la voluntad colectiva —la forma consiliar, por ejemplo— no ya por postulados dogmáticos abstractos sino porque las impone la misma experiencia histórica. La actitud de Marx hacia la Comuna y la de Lenin hacia los Soviets, son paradigmáticas.

Lo que importa en la investigación rosenberguiana no es la tipología en sí, sino la dinámica con la que se combinan las diversas formas, y sobre todo, la relación entre el movimiento social y la figura jurídica en la que se estabiliza. Cuando habla, por ejemplo, de "democracia social", Rosenberg no se refiere sólo a las iniciativas jeffersonianas o robespierrianas, sino también al movimiento de protesta y resistencia de la pequeña burguesía antes de 1848 contra el capitalismo; la "democracia social" se convierte en la aspiración latente, en el resorte de todo movimiento de emancipación. Del mismo modo, la democracia liberal, en cuanto "movimiento", expresa la protesta de un pequeño estrato de capitalistas pacifistas de la libre competencia contra el capitalismo imperialista: se distingue, entonces, tanto del liberalismo, en cuanto doctrina centrada en los valores del individuo y de la libertad, como de la rea-

lización concreta de la democracia liberal, en cuanto constitución formal de un estado fundado en el sufragio universal.

Sólo adentrándose en la compleja articulación de la democracia moderna en sus fases dinámicas y estáticas, en sus diversos niveles ideológico, formal-institucional y de contenido social, es posible comprender la historia europea de los últimos dos siglos y también la relación entre democracia y socialismo.

La exposición empieza a partir de los comunistas democráticos Marx y Engels "‘Comunistas democráticos’ es una reunión de nombres que actualmente parece muy insólita, pero que entonces era absolutamente normal para todo militante revolucionario [...] Marx y Engels le daban por primera vez al movimiento democrático una comprensión real y completa de su tiempo". Estaban absolutamente conscientes de las diferencias que los separaban de los demócratas franceses o ingleses. El hecho de que se colocaran al lado de la democracia no era sin embargo un hecho "táctico" en el sentido actual de una acción concertada de acuerdo con los programas de los partidos de masa: se apoyaba total y naturalmente en el movimiento original de la democracia. Si democracia era, de acuerdo con su antiguo significado simple y radical, el gobierno del pueblo, Robespierre era democrático, a despecho de su indiferencia por las formas de representatividad popular, en la medida en que su gobierno se basaba en la participación activa del pueblo y la estimulaba. El "pueblo": he aquí el sujeto problemático de la democracia. Problemático no sólo para el historiador y el sociólogo que desde fuera pretenden fijarlo en un marco de indicadores, sino también para los mismos actores políticos. Pues bien, la transición de la democracia en sentido antiguo a la democracia socialista marxista se produce a través de la imputación determinada de un sujeto político privilegiado en el "pueblo" y del "pueblo", el proletariado obrero. El error fatal del partido socialdemócrata alemán, que se decía marxista, consistía en perder de vista la relación íntima entre este sujeto particular, organizado en un partido profesional obrero, con su propia raíz, con el resto del "pueblo". Para Rosenberg, sólo Marx (mas no el último Engels; en parte, en cambio, también Lenin) mantuvo claramente firme esta relación y trató de ponerla en evidencia teórica y prácticamente dentro de los límites que le imponían las circunstancias externas de su aislamiento.

En Blanqui, por ejemplo, es evidente todavía el antiguo concepto de proletario. Apuntaba "a la unión, al armamento y a la insurrección victoriosa de toda la enorme masa de los trabajadores. Incluía en el proletariado a los campesinos, a los artesanos, a los trabajadores de la industria y también a los intelectuales empobrecidos como él. Este amplio sentimiento de la unidad del "pueblo" en contraposición con la minoría privilegiada era la fuerza y al mismo tiempo la debilidad de la democracia más antigua". En el momento oportuno, en efecto, la contrarrevolución pondría el dedo en el contraste de los intereses de los grupos de esta aparente unidad social, separando el campo de la ciudad, poniendo en juego el *Lumpenproletariat* contra los obreros, profundizando la separación entre la pequeña burguesía y los estratos obreros, con hábiles manipulaciones del miedo colectivo. Todo esto fue posible gracias a los errores de la misma democracia. De 1848 salieron derrotados no sólo la democracia social, sino también el movimiento democrático auténticamente liberal, dejando sólo como herencia para el futuro el esqueleto de la democracia formal.

Uno de los vicios fundamentales del movimiento democrático de 1848 fue su incapacidad de penetrar científicamente en la realidad económica específica del capitalismo y de contraponerle soluciones correctivas inadecuadas. Recuérdese a Blanc y la doctrina cooperativista, por otra parte tan popular. La consecuencia fue la falta de realismo en cuestión del poder. Se ligó a la ilusión del sufragio universal como panacea de todos los males y al culto fetichista de la república. La democracia de 1848, al olvidar la lección de Robespierre, a despecho de la palabrería y de la retórica montañesa, estaba totalmente desprotegida ante las decisiones del poder real, ante los problemas precisos del papel y de la función del ejército y de la guardia civil, de la restructuración de la administración y de la burocracia, de la cuestión de las fábricas nacionales. De este modo no logró ni siquiera mantener unido al pueblo. El pueblo, en efecto, "sólo puede funcionar políticamente si se comprenden sus distintas partes, si se sirven sus intereses específicos y se asegura su colaboración en la unidad más estrecha [...] Así como la unidad de los obreros y de los campesinos no es de por sí evidente y automática, sino por el contrario debe ponerse en práctica a través de una dificultosa unidad política, así tampoco la armonía entre los obreros de la ciudad es una realidad natural y ya dada". Rosen-

berg procura trazar paralelos con la revolución de Octubre y con la revolución alemana de noviembre de 1918. La consideración de los aspectos esenciales de los acontecimientos crea analogías impresionantes, a pesar de cambiar el contexto histórico, que no sólo permiten establecer "tipologías" de actitudes políticas, sino comprender de una manera más sustancial la continuidad de un movimiento revolucionario que todavía no ha encontrado su solución. Si el socialismo revolucionario y el marxismo son la continuación de la democracia revolucionaria, Rosenberg comprueba que la "democracia socialista no es capaz todavía de arrancar el poder en ningún estado".

Rosenberg no se encierra en consideraciones genéricas sobre la "madurez de los tiempos", que frecuentemente ocultan en sus pliegues más o menos deterministas una pasividad política. "No es cierto que un país con un desarrollo económico y social más rápido 'madura' más pronto para una revolución. Un revolucionamiento del orden político no se presenta cuando un país es particularmente avanzado desde el punto de vista económico y social, sino sólo cuando existe en él una profunda contradicción entre el orden político y las fuerzas sociales que presionan." Al poner en primer plano dentro de su investigación histórica y también de manera implícita en su concepción política la fase del conflicto social como elemento decisivo del cambio, Rosenberg reconfirma su fidelidad a la matriz activista del marxismo alemán de los años veinte. Un activismo no subjetivista, por estar construido sobre el análisis histórico y sociológico de los acontecimientos en su avance complejo, sino más bien apegado constantemente —como planteamiento político— a la experiencia revolucionaria típica de 1848 y a las categorizaciones logradas por Marx y Engels: "si no se toma en cuenta el movimiento democrático de esos años, toda la doctrina marxista de la revolución pierde su sentido". La conciencia de la irrepitibilidad de 1848, como también la conciencia del carácter histórico excepcional de la Comuna de 1871, crean en la visión global rosenberguiana una especie de tensión entre el historiador que enumera claramente las razones de la irreversibilidad de esos acontecimientos, además de sus errores, y el teórico político que deduce de ellos el modelo de acción para el futuro.

Pero antes de profundizar este punto debemos registrar otras experiencias históricas que gravitaron en el patrimonio teórico del socialismo.

Con la derrota de junio de 1848 termina la coalición de clase entre obreros, campesinos y pequeña burguesía que constituyó la esencia de la antigua democracia revolucionaria y, lo que es peor, se consumó el aislamiento de la democracia en relación con el movimiento de los obreros revolucionarios. Al quedar sin jefes, sin líderes famosos frente a los cañones de Cavaignac, los simples obreros parisinos luchan solos siguiendo la tradición de Robespierre.

Marx y Engels aprenden la lección de los acontecimientos de 1848-1849. No se trata de renegar de la democracia sino de continuarla evitando sus errores. Los presupuestos necesarios para una acción proletaria internacional son: un análisis científico serio de los procesos de desarrollo de la sociedad burguesa, una organización férrea del proletariado obrero a la cabeza de los demás estratos populares, una evaluación realista de las relaciones de fuerza internacionales. La I Internacional nacería dentro de esa perspectiva. Mientras tanto, aparecen, sin embargo, en Europa otras formas organizativas obreras: los sindicatos con tareas políticas (Inglaterra), los partidos políticos autónomos (en Alemania, con Lassalle y con Liebknecht) y también algunos movimientos anárquicos pacifistas (proudhonianos) o revolucionarios (bakuninistas). Marx tiene muchas reservas con respecto a estos movimientos más o menos radicales: pero lo que interesa para el movimiento es la unión y activación proletarias, a nivel internacional.

En Francia, entre tanto, la postración posterior a 1848 empujó a los estratos populares a la ilusión bonapartista. El engaño que siguió pronto no tuvo, sin embargo, la fuerza suficiente para sacudir el letargo de dos décadas de autoritarismo. Para Rosenberg, autor de *Der Fascismus als Massenbewegung* [*El fascismo como movimiento de masa*] no es difícil descubrir en el comportamiento masivo de este período el núcleo de los comportamientos autoritarios que enormemente amplificados y agudizados sirven de apoyo al fascismo y al nacional-socialismo. El primer resultado del bonapartismo para el núcleo obrero parisino fue el alejamiento de los demás movimientos europeos. Así, cuando el bonapartismo se derrumba después de la derrota de Sedán, la clase obrera parisina se encuentra privada de una seria guía política. La defensa nacional y la autonomía administrativa de la ciudad son las dos cuestiones que desorientan la situación revolucionaria; el problema de la guerra y el del autogobierno administrativo ad-

quieren de golpe contenidos de clase específicos. Se trata de la última gran ocasión de la revolución democrática. Pero la causa de la democracia proletaria —señala Rosenberg— sólo hubiera podido vencer si hubiera esperado todavía algún tiempo: el proletariado parisino debía salir absolutamente del aislamiento y unirse con las demás fuerzas populares de la provincia y del campo. Para esto se requería tiempo y trabajo político. En cambio, precisamente “cuando la vanguardia proletaria necesitó más que nunca el contacto con las masas más lentas de los campesinos y de los pequeñoburgueses, no se produjo ese contacto. De este modo, los obreros lucharon, una vez más, aislados y corrieron al encuentro de su ruina”.

Estallada la insurrección de la Comuna, Rosenberg hace suya en forma retrospectiva la posición de Marx que hubiera querido una enérgica ofensiva contra el gobierno de Versalles y contra todos los monárquicos, el reforzamiento de las instituciones democráticas, la alianza con los campesinos y la paz con Alemania para lanzarse por el camino de la construcción de una nueva democracia socialista. Las cosas sucedieron —como sabemos— de una manera totalmente diversa.

Si Rosenberg reconoce, por un lado, de manera explícita “la grandeza de la Comuna en algunas tentativas en parte casuales y en parte deliberadamente experimentales de inventar en Europa una nueva forma de gobierno popular”, por el otro, sin embargo, la juzga estratégicamente un grave error. Es cierto que “la democracia social no puede contentarse con tomar simplemente en sus manos el aparato coercitivo, sino que debe destruirlo”; sin embargo, “en el momento de la revolución el pueblo no debía disolver el aparato estatal centralista, sino más bien explotarlo sin escrúpulos para sus propios fines. El proletariado victorioso tenía la misión —en la opinión de Marx— de formar ante todo un gobierno fuerte, centralizado, activo a la manera de Robespierre. Marx entendía esa ‘dictadura del proletariado’ no como antítesis de la democracia, sino como su complemento armado: en la revolución, el proletariado actúa en nombre de todo el pueblo trabajador y por lo tanto en nombre de la aplastante mayoría de la nación. La democracia —disciplinada y armada— debe vencer ante todo a sus enemigos. La extinción del estado sólo puede pertenecer a una fase muy posterior”.

Después de la caída de la Comuna, Marx se “apropia” de ella conectando su propia teoría política y científica con este

eminente episodio de la historia del movimiento obrero. Rosenberg reproduce al pie de la letra algunas tesis de Karl Korsch.³ En realidad, las argumentaciones korschianas actúan en un marco evaluativo muy distinto, si no es que directamente opuesto. Pues mientras en Korsch apuntan a profundizar la distancia entre el auténtico movimiento obrero y el jacobinismo político (que estaría encarnado en su grado máximo por Lenin), en Rosenberg sirven para denunciar la carencia de un jacobinismo auténtico y coherente en la Comuna misma. En ese caso, el Lenin de Octubre podría referirse legítimamente a la Comuna y repetir la esencia política sin volver a caer en sus errores. Para Rosenberg, las contradicciones del leninismo estarían en la fase posterior a Octubre, con la transición de la dictadura revolucionaria proletaria a la dictadura del partido sobre el proletariado.

Mientras tanto, sin embargo, se manifestó en toda su amplitud la relación equivocada entre el marxismo y la II Internacional. Rosenberg sostiene, como lo había hecho Korsch, que tenían poco en común el marxismo revolucionario y la ideología de la socialdemocracia alemana, guía teórica y práctica de la II Internacional. Marx y Engels no dejaron nunca en lo personal de ser revolucionarios; la socialdemocracia se olvidó, en cambio, gradualmente de tomar en cuenta la revolución como posibilidad política realista. Fue ilustrativa, a este propósito, la actitud abierta y confiada de Marx y Engels, en 1882, en el movimiento revolucionario popular ruso, de cuyos límites históricos se daban cuenta perfectamente, pero que se insertaba también en el marco del movimiento democrático revolucionario. Los socialdemócratas alemanes, en cambio, no lograban “comprender” que una revolución podía partir de la Rusia “atrasada”. Esa misma ceguera se repetiría en 1905 y de una manera más trágica en 1917. Se creaba de este modo un círculo vicioso a causa del cual la mayor conciencia de la clase obrera aumentaba su aislamiento político y cultural en relación con los demás estratos populares, campesinos y pequeñoburgueses, perdiéndose así la unidad del pueblo que

³ Cf. K. Korsch, “Revolutionäre Kommune” I y II, aparecidos respectivamente en 1929 y 1931 en *Die Aktion*, actualmente en *Schriften zur Sozialisierung*, Francfort, Europäische Verlagsanstalt, 1969. Para un desarrollo de lo expuesto en el texto, también respecto a las relaciones entre Korsch y Rosenberg me remito a mi “Contro Kautsky, contro Lenin”, que sirve de introducción a K. Korsch, *Il materialismo storico*, Bari, Laterza, 1971.

es la columna vertebral del movimiento revolucionario. El radicalismo verbal cubría una actitud meramente reactiva, defensiva del estrato profesional obrero que se llenaba de contenidos políticos sustancialmente liberales, a despecho de la retórica antiburguesa. El marxismo se convierte de ciencia de la revolución en doctrina "científica" con una función utópica-compensatoria.

¿Por qué no reaccionaron Marx y Engels? La respuesta de Rosenberg es clara: Marx y Engels no comprendieron la especificidad real de los nuevos partidos de masa. "Critocaban despiadadamente cada una de las acciones de Lasalle y Liebknecht. Bajo esta crítica estaba siempre la convicción de que los partidos socialistas eran o debían ser todavía los partidos revolucionarios al estilo de 1848; que bastaba expulsar a los jefes malos y combatir los prejuicios pequeñoburgueses de los miembros para que todo volviera a estar en orden." Engels, en particular, se engañó sobre el significado real del "éxito" de la socialdemocracia. Todo el equívoco —y la especulación— sobre su presunta aprobación de la táctica parlamentaria nace de la diversa interpretación de los conceptos y de los contenidos de la democracia y del pueblo. Engels permaneció siempre apegado personalmente al movimiento democrático popular, apoyado en el momento oportuno por la insurrección armada —sobre cuya necesidad no albergaba duda alguna— aunque en un contexto general modificado, y tomando en cuenta también la tecnología militar, al estilo de la democracia revolucionaria; para los socialdemócratas, en cambio, el movimiento democrático coincidía con la conquista gradual de las curules parlamentarias respetando la legalidad constituida. La polémica común de Marx-Engels y de los socialdemócratas tanto contra el anarquismo como contra el imperialismo ocultó la diversidad radical de las dos distintas concepciones teóricas y estratégicas de fondo. La izquierda socialdemócrata, desde los holandeses y Rosa Luxemburg hasta Lenin, estaba consciente de este error, pero sólo Lenin logró renovar la democracia revolucionaria dentro del espíritu de 1848. Estaba absolutamente consciente de encontrarse en Rusia frente a un movimiento "burgués" clásico; pero precisamente por esto se debían evitar los errores del pasado y llevar hasta sus últimas consecuencias la revolución popular, estableciendo una coalición entre obreros y campesinos para la "conquista de la revolución burguesa por encima de la burguesía". Pero con el renacimiento

de la revolución salen a la luz las contradicciones entre un movimiento masivo dirigido al autogobierno y a la gestión del movimiento por parte de un partido de profesionales. "En esta forma, Lenin resucitó de hecho en Rusia todo el marxismo original aun en sus contradicciones. Esta relevante contradicción interna de su concepción fue la que le permitió a Lenin desarrollar en un primer momento en su sistema consiliar la forma más radical de autogobierno democrático y luego destruir inmediatamente después con su nueva dictadura de partido la nueva democracia."

La afirmación de Rosenberg sobre la "contradicción" del marxismo original no dejará de sorprender al lector atento. Si se toma al pie de la letra, corre el peligro de invalidar todo el análisis realizado, centrado en la validez del modelo marxiano de revolución; en cambio si —tomando en cuenta también el contexto de la evaluación del leninismo— expresa sólo las dificultades intrínsecas de la actuación del modelo marxiano, la afirmación debe inscribirse en cierto modo, no siempre riguroso, de expresarse de Rosenberg. En todo caso, es un indicio de la tendencia relativizadora del último marxismo rosenberguiano, que se refleja también en otros pasajes y escritos. Al concluir su artículo "Socialist Parties" con las consideraciones sobre la renovada importancia de los partidos inglés y francés en la Internacional socialista, escribe: "Esto no implica que se deba renunciar al verdadero marxismo que es absolutamente antidogmático y realista. Los partidos socialistas, de hecho se vuelven cada vez más automáticamente marxistas al abandonar los dogmas tradicionales del marxismo oficial. En Rusia, el marxismo dinámico del período revolucionario se redujo durante mucho tiempo a una rígida gramática de política autoritaria. El futuro del socialismo depende de los partidos democráticos e intelectualmente independientes de Occidente." ⁴ Las fórmulas de este género son frecuentemente la antesala del abandono puro y simple del marxismo. El discurso nos conduce a los años treinta.

Las tesis rosenberguianas, nacidas obviamente antes de su sistematización en *Democracia y socialismo*, encuentran consensos y adhesiones en el clima de la amarga autocrítica de la emigración socialdemocrática posterior a 1933. En la *Zeitsch-*

⁴ La voz "Socialist Parties" redactada por Rosenberg para la *Encyclopaedia of the Social Sciences*, Nueva York, 1930-1935, ocupa las pp. 212-221; la cita se encuentra en la p. 220.

rift für Sozialismus encontramos, entre octubre de 1933 y septiembre de 1936, notables análisis críticos y autocríticos de los socialdemócratas, junto con proyectos de programas de renovación radical del socialismo alemán. Para los socialistas emigrados parece ser que todos le atribuyen las razones de la derrota de la democracia, no sólo a la fatal división entre socialdemócratas y comunistas, sino también a la limitación del trabajo político a los solos obreros industriales, al distanciamiento de la masa y a la incapacidad de una política realista de poder. En el llamado "Manifiesto de Praga" de enero de 1934,⁵ que representa el programa de la nueva socialdemocracia, se declara sin ambages que el error histórico más grave del movimiento obrero fue haber dejado intacto el aparato estatal y burocrático. En realidad, bajo el anacronismo y la aparente convergencia de las razones autocríticas, la socialdemocracia permanece dividida en sus tradicionales corrientes. En su trabajo dedicado a la emigración, *Socialdemokratie and Nation* (*Socialdemocracia y nación* —cuya fecha de publicación, 1932, constituye por su parte un interesante documento de la socialdemocracia posbélica disuelta) E. Matthias habla con un dejo de ironía, a propósito de la emigración socialdemocrática, de un renacimiento del viejo "radicalismo", aunque al mismo tiempo pone de relieve con toda franqueza una "regeneración de la tradición liberal".⁶ La antigua dirección, por otra parte, no es capaz de reconocer sus responsabilidades subjetivas y por lo mismo tampoco es capaz de sacar las consecuencias. Se repliega en la "buena conciencia" de los líderes o —de una manera mucho más significativa— describe su propio fracaso en términos de una "tragedia fatal" en lugar de hablar de una responsabilidad específica. Es impresionante la afirmación del ex presidente Otto Wels: "En realidad sólo éramos víctimas de los acontecimientos" —en la que no se sabe si sorprenderse por la lucidez que demuestra o por la inconciencia política que acusa. No debe entonces sorprender que sea Kautsky, una vez más, el que expresándose en términos de un "evento natural" lance la teoría de que lo que sucedió fue una catástrofe natural. La derrota del proletariado y su actual posición de

⁵ "Kampf und Ziel des revolutionären Sozialismus. Die Politik der sozialdemokratischen Partei Deutschlands", en *Neuer Vorwärts*, núm. 28, 1934.

⁶ E. Matthias, *Socialdemokratie und Nation. Ein Beitrag zur Ideengeschichte der sozialdemokratischen Emigration in der Prager Zeit des Parteivorstandes (1933-1938)*, Stuttgart, Deutsche Verlagsanstalt, 1952.

mera autodefensa no debe atribuirse, según Kautsky, a "una ideología equivocada, sino a la violencia de las circunstancias". La izquierda con su "Plattform für die Einheitsfront" (Plataforma para el frente unido)⁷ que denuncia la responsabilidad de los dirigentes reformistas y propone un decidido regreso al marxismo revolucionario, se opone a esta posición. En este ambiente, se pone en discusión toda la tradición socialdemócrata. A. Schrifrin, miembro activo y crítico de la socialdemocracia weimariana, llega a la conclusión de que "la socialdemocracia alemana tiene dos tradiciones: una que va desde Marx y Engels, a través de W. Liebknecht y A. Bebel, hasta R. Luxemburg y el Hilferding de *El capital financiero*, y hasta la USPD. La otra desde Lassalle y Schweitzer a través de Vollmar y David hasta Ebert y Leipart. La primera tradición es vital; la segunda ha llegado a su fin".⁸ Desde el punto de vista historiográfico, la tesis es tal vez insostenible en su simplificación, pero dice mucho acerca del contragolpe autocrítico sufrido por la generación derrotada por el nazismo. Matthias, por su parte, apunta a colocar a Kautsky y a los hombres de la izquierda de la *Plattform* en el mismo plano que un doctrinarismo abstracto, en tanto que trata de considerar la posición de Rosenberg como el justo medio, que habría podido sacar la socialdemocracia del período oscuro de la emigración para llevarla al renacimiento.

Se perfila así el "tercer camino" —presunto o real— cuya suerte está asociada con razón o sin ella a la figura de Rosenberg. La obra rosenberguiana, como punto de referencia obligado de toda la historiografía contemporánea de la República Federal Alemana (desde O. K. Flechtheim hasta H. Weber, de W. Tormin a E. Kolb, desde W. Abendroth hasta P. von Oertzen— por citar sólo algunos nombres), es al mismo tiempo el blanco del ataque implacable de los marxista-leninistas ortodoxos de la República Democrática Alemana. A través de las obras del "renegado Rosenberg" (como todavía en 1927 se le llamaba) se apunta a criticar toda la orientación historiográfica y sociológica predominante en la Alemania occidental. Se hace remontar a Rosenberg la teoría revisionista del "ca-

⁷ "Plattform für die Einheitsfront. Der Weg zum sozialistischen Deutschland", aparecida en la *Zeitschrift für Sozialismus*, núm. 13-14, 1934, pp. 375 y ss., actualmente en E. Matthias, *op. cit.*, p. 75.

⁸ A. Schrifrin, "Revolutionäre Sozialdemokratie", en *Zeitschrift für Sozialismus*, núm. 3, 1933, actualmente en E. Matthias, *op. cit.*, p. 26.

mino alemán al socialismo”, basado en la arbitraria contraposición de Marx contra Lenin, de los comunistas alemanes contra los rusos, de la deformación de la personalidad y de la obra de Luxemburg, elevada al nivel de representante de un comunismo “no totalitario”.⁹ (También J. P. Nettel, biógrafo de Luxemburg considera, aunque con cierta cautela, que la idea de Luxemburg como representante de un marxismo específicamente occidental, antibolchevique, se remonta a Rosenberg).

Este no es el lugar adecuado para hacer el análisis de los postulados y de los presupuestos de la historiografía de las dos Alemanias. Sólo nos interesa poner de relieve que la obra rosenberguiana es, a través del interés específico de los historiadores, uno de los elementos de continuidad directa con el marxismo prebélico y como tal contiene un gran número de problemas aún no resueltos heredados de aquél. De este modo, el juicio historiográfico se convierte directamente en un juicio político que divide en dos partes la Alemania. Es innegable que el punto de vista historiográfico ocultó las fragilidades propiamente teóricas de la reflexión rosenberguiana, en cuya comparación algunos trabajos coetáneos de la izquierda socialista manifiestan desgraciadamente menos dominio histórico aunque más sistematicidad y rigor teóricos. No obstante, la elasticidad del estudio de Rosenberg facilitó precisamente la continuidad problemática que un enfoque exclusivamente teórico-ideológico hubiera hecho más difícil. Sin embargo, el núcleo problemático quedó intacto. Nos limitaremos a describir algunos rasgos de dos trabajos de la mitad de los años treinta centrados en la cuestión de la continuidad sustancial de la democracia en el socialismo, de Otto Bauer y de Max Adler, respectivamente. “Es insensato —escribe Bauer en 1934 bajo el título de ‘Demokratie und Sozialismus’—¹⁰ que algunos compañeros

⁹ Cf. Varios autores, *Kritik der bürgerlichen Geschichtsschreiben*, Colonia, Pahl-Rugenstein Verlag, 1970. En la p. 409 leemos entre otras cosas: “Hacia la mitad de los años cincuenta se hicieron rediciones de Arthur Rosenberg en las que se exponían los mismos argumentos anticomunistas de los renegados P. Levi y Ruth Fischer. El ataque de estos argumentos contra el internacionalismo de la KPD y contra la adquisición del leninismo de una parte de la KPD bajo la dirección de E. Thaelman los volvió extremadamente ‘modernos’ y atractivos para las fuerzas capitalistas. Rosenberg por otra parte criticaba la esterilidad de la dirección de la SPD en la república weimariana. Esta posición iba contra los esfuerzos por una acción socialdemocrática en el estado burgués parlamentario.”

¹⁰ O. Bauer, “Demokratie und Sozialismus”, en *Der Kampf*, núm. 1,

imiten las frases de moda fascistas, y se mofen de las instituciones ‘liberalistas’ que aseguraron el derecho individual, la libertad individual, la dignidad personal del individuo contra el arbitrio de la autoridad, en el momento en que la clase obrera probaba en las cárceles y en los campos de concentración fascistas qué cosa significa la pérdida de las instituciones ‘liberalistas’. La conquista de la democracia liberal fue posible gracias a la lucha del mismo proletariado, y en cuanto tal no puede ser simplemente negada.” Max Adler expone, en un escrito de esa misma época,¹¹ una serie de objeciones contra esta tesis que refleja la preocupación de Rosenberg por los valores del individuo. Señala que es sumamente peligroso y tácticamente erróneo enfatizar los valores liberales en el momento en que amplias masas populares se alejan desilusionadas. La masa proletarizada alberga sentimientos anticapitalistas hábilmente manipulados en sentido antidemocrático por el fascismo, porque la democracia ha sido identificada exclusivamente con los valores liberales. Para Adler, es posible reorientar los sentimientos anticapitalistas de las masas hacia el socialismo apuntando hacia la democracia proletaria y no hacia los valores liberales. El objetivo político del *Linkssozialismus* es “el cambio de la función de la democracia”, con la ruptura de los esquemas parlamentarios y la acción extraparlamentaria de tipo consiliar. Es fácil darse cuenta de cuántos elementos tiene en común esta posición con la de Rosenberg. A propósito del fascismo, si Rosenberg insiste por un lado en forma polémica en el fascismo como “forma moderna, disfrazada y populista de la contrarrevolución burgués-capitalista”,¹² cuyo análisis no añade nada sustancial a lo que ya era conocido para un análisis de clase, por el otro, pasa revista a todos los elementos olvidados por la táctica socialista: el papel de las clases medias, la mitología juvenilista, el sentimiento nacional, elemento anteriormente fusionado con la revolución democrática, aunque posteriormente identificado de manera gra-

1934, actualmente en Varios autores, *Austromarxismus*, bajo el cuidado de H. J. Sandkühler y R. de la Vega, Francfort, Europäische Verlagsanstalt, 1970, pp. 98-119; la cita está en la p. 99.

¹¹ M. Adler, *Linkssozialismus, Notwendige Betrachtungen über Reformismus und revolutionären Sozialismus*, Karlsbad, 1933, actualmente en Varios autores, *Austromarxismus*, cit., pp. 206-262.

¹² Cf. A. Rosenberg *Der Faschismus als Massenbewegung*, Karlsbad, 1934, actualmente en Varios autores, *Faschismus und Kapitalismus*, Francfort, Europäische Verlagsanstalt, 1967, pp. 75-142. [Hay edición en español.]

dual con el antidemocraticismo. En cuanto a la relación entre la actividad parlamentaria y la acción extraparlamentaria, y más en general sobre el sufragio universal, Rosenberg escribe: "La revolución de 1848-1849 les enseñó a los verdaderos demócratas y socialistas que el autogobierno del pueblo presupone siempre el sufragio universal, aunque una caricatura del sufragio universal es compatible también con la opresión más brutal de las masas [...]. El sufragio universal no puede, en realidad, hacer milagros, y sólo puede funcionar dentro del conjunto de todas las relaciones sociales del país." Cuando la población está controlada intelectual y políticamente por aparatos coercitivos más o menos velados, por el monopolio de la comunicación, el sufragio universal pierde su valor revolucionario original. La democracia no se identifica con la fórmula parlamentaria, como no se identifica tampoco con un sistema representativo definido de una vez para siempre. Es ante todo un movimiento de renovación continuo que no duda en romper la legalidad constituida si es preciso. Rosenberg no tiene miedo del término "dictadura revolucionaria". Éste constituye el punto de apoyo de su evaluación histórica y política: desde la aprobación de la dictadura robespierriana y de la leninista del primer período hasta el reproche constante a los demócratas franceses de 1848 como a los socialdemócratas alemanes de 1918, de haberse prestado al juego de sus adversarios en el terreno del poder real por temor pseudodemocrático a esta iniciativa dictatorial. Vayamos al punto: la relación entre democracia y socialismo, en cuya convergencia está de acuerdo toda la izquierda marxista, encuentra su principio-de-realidad discriminante en el concepto y en la realización de la "dictadura del proletariado". ¿Cómo fue posible que se perdiera el sentido unívoco de este concepto-clave de la democracia revolucionaria, para convertirse directamente en el elemento lacerante de la izquierda?

"El bolchevismo —escribe Rosenberg— era, todavía en 1917, un movimiento absolutamente democrático. Preo ya en las primeras polémicas de los bolcheviques contra los socialdemócratas, la problemática no era: 'democracia auténticamente popular de los consejos contra una inauténtica democracia de los parlamentos burgueses', sino la consigna de la batalla era simplemente 'la democracia contra la dictadura'." Rosenberg y otros de la izquierda socialdemócrata comprenderían y enumerarían todas las razones históricas que obligaron a la revolución

rusa a seguir este desarrollo; sin embargo, la delimitación política crítica hacia la dictadura bolchevique seguiría siendo, con diversos matices, el elemento firme de su actitud global. "La oposición del socialismo de izquierda al comunismo —precisa Adler— no es de principio. Existe porque el comunismo quiere imponerle al proletariado revolucionario una táctica que no emana de las condiciones propias de desarrollo y de lucha de cada uno de los distintos países, sino de la política general de la Comintern, que en el período actual no es ni siquiera la política de la revolución mundial, sino la de la construcción de la economía soviética."¹³ Pero si pasamos a las propuestas positivas alternativas de una democracia proletaria, de una democracia proletaria que evite los errores de los bolcheviques, no encontramos indicaciones concretas fuera de la apelación constante a la idea consiliar. Nos topamos con la impotencia histórica del movimiento alemán y de sus dirigentes, que son deficientes precisamente en los puntos en que la izquierda lanzaba la alarma: la necesidad de un movimiento de masa y la comprensión precisa de las relaciones de fuerza reales. Bauer, que tiene también responsabilidades precisas con respecto al movimiento austriaco, en las que no podemos detenernos aquí, al reflexionar sobre los errores del pasado, señala: "La contradicción entre la posición de poder político del proletariado y la posición de poder económico de la clase capitalista conduce inevitablemente, después de un corto tiempo, a la caída del poder político de la clase obrera, si ésta no usa el poder estatal para expropiar a los capitalistas, para eliminar la condición de subordinación de los obreros y para desterrar la dependencia del estado en relación con los intereses capitalistas que dominan la producción."¹⁴ Y Adler dice agudamente: "Lo que sucede actualmente ahí donde el proletariado ha sido derrotado, como en Alemania y en Austria, no es en el fondo más que un proceso de reducción que restituye la posición de poder de la clase proletaria, aunque de una manera externa, a la medida que le corresponde en las actuales relaciones de clase. Esto nos llama tanto la atención, porque nos hemos dejado engañar por un desarrollo de poder que se transformó de hecho de su primitiva realidad en mero poder formal, en una hinchazón, en una especie de

¹³ M. Adler, *op. cit.*, p. 243.

¹⁴ O. Bauer, *op. cit.*, p. 106.

inflamamiento de poder que había perdido la cobertura necesaria del poder real del proletariado.”¹⁵

El poder real siguió estando por algún tiempo totalmente en manos del movimiento popular espontáneo de noviembre de 1918: pero sus divisiones internas, no menos reales, la incapacidad y las contradicciones del primer gobierno de los comisarios, el aislamiento de los distintos revolucionarios (Luxemburgo) prisioneros de su mismo grupo presa del más irreflexivo aventurerismo, el fracaso de la prueba de la primera democracia liberal alemana (encarnada por la gestión de los socialdemócratas mayoritarios) llevaron al borde de la recaída autoritaria y contrarrevolucionaria mucho antes de la llegada de Hitler. De este modo “la república que no podía vivir ni morir se arrastró en medio de dolorosos espasmos” hasta 1933. Si las duras páginas rosenberguianas contra el *Lumpenproletariat* y los aventureristas, sirven de ayuda al historiador, ponen en graves dificultades al político. ¿Quién y de qué manera moviliza la “masa popular” que es el único agente de la democracia revolucionaria? ¿No se corre el peligro de convertirla en un evento gratuito, aleatorio? El discurso se refiere al nivel analítico, a la delimitación y a la conexión de los términos pueblo, masa, proletario, burguesía, etc. En Rosenberg, más que términos definitivos encontramos descripciones que se apoyan en los análisis marxianos, acompañadas con frecuencia de observaciones de psicología política. Por ejemplo, a propósito del concepto de burguesía, leemos: “La burguesía, en el sentido de Marx, es únicamente una pequeña minoría del pueblo. Está constituida por los poseedores de los medios de producción socialmente importantes. El proletariado, como guía de todo el pueblo trabajador, debe desempeñar la tarea histórica de constituir una nueva sociedad. Los obreros de la industria, por su misma situación de clase, tienen la misión de llevar a cabo esta lucha: la clase obrera, según Marx, puede librarse más fácilmente de ciertos prejuicios que los campesinos y los pequeñoburgueses. Pero considerar a los campesinos, a los artesanos, a los industriales y a los banqueros como una unidad, colgarle a esta extraña combinación la etiqueta de burgués y contraponer a este mundo ‘burgués’ el socialista, no tiene nada que ver con el marxismo.” Rosenberg se desenvuelve en definitiva sobre esta base y con el modelo

¹⁵ M. Adler, *op. cit.*, pp. 236-237.

dinámico de 1848. Son comprensibles, entonces, sus simpatías por los frentes populares, por todas las alianzas de izquierda popular, aunque dentro de una perspectiva revolucionaria. Pero no debemos esperar indicaciones más precisas en esta dirección. De ahí las insuficiencias y las ingenuidades, en la medida en que los contenidos mismos de una democracia social (función de la pequeña propiedad, sobre todo campesina, problema de la autoadministración y descentralización) no se reconsideren, en cuanto fase de transición a la democracia socialista, a la luz de la sociedad industrial avanzada, que desplazó, agudizó, o creó nuevos epicentros del conflicto social. No existe en Rosenberg, por ejemplo, la problemática específica de la fábrica y de la producción (ciertamente como reacción al profesionalismo obrerista socialdemócrata): se desarrolla todo el conflicto social y político en términos políticos “puros”, de 1848 precisamente.

Concluiremos esta presentación, que se propone situar la obra de Rosenberg dentro del marco del contexto en que nació, reproduciendo la última polémica política de nuestro autor, que lo define muy bien en sus virtudes y en sus limitaciones. Se trata de la polémica contra F. Stampfer, eminente representante de la socialdemocracia tradicional, que manifestó, en el órgano oficial *Neuer Vorwärts* la necesidad de un nuevo programa de la socialdemocracia que evitara los errores de Weimar. En su intervención con un artículo titulado “Das Machtproblem der Demokratie” (El problema del poder de la democracia), Rosenberg, después de haber repetido la tesis tan querida para él de que una democracia termina cuando tolera a sus propios enemigos en su interior, prosigue: “La futura república deberá alejar sin miramientos a sus enemigos de la administración y del aparato de la justicia [...] La tarea más urgente de la futura república consistirá en la realización del armamento general de los trabajadores, de acuerdo con el esquema suizo [...] El parlamento sólo puede actuar en un sentido verdaderamente democrático si representa la coronación de un activo autogobierno local, de tipo anglosajón. Tanto en el estado como en la economía, el autogobierno del pueblo debe ocupar el espacio más amplio a partir de la base, a partir de las comunas.”¹⁶ La respuesta de Stampfer

¹⁶ A. Rosenberg “Das Machtproblem der Demokratie”, fechado en Nueva York el 8 de enero de 1939, y aparecido en *Neuer Vorwärts*, núm. 295, 12 de febrero de 1939.

recalca plenamente la ideología socialdemócrata: no sólo se rechaza con horror el proyecto del armamento del pueblo, sino que se esfuerza el carácter legal y no violento de la democracia; la función del pueblo consiste en elegir expertos y representantes en el parlamento y dejar a su competencia la gestión de los asuntos. ¿Por lo demás —continúa— quién es el “pueblo trabajador”, quiénes son los “enemigos de la república”? Rosenberg replica, algunas semanas después, rechazando las argumentaciones de Stampfer e insistiendo en la idea de la milicia popular como única defensa de la república. Y concluye: “La futura república deberá liberar, en lo pequeño y en lo grande, la iniciativa popular. Los que podrán vencer al nazismo no son los individuos inteligentes, teóricos y políticos, sino únicamente la masa del proletariado alemán con sus propias fuerzas y con su voluntad. Sería mejor que las masas populares se equivocaran alguna vez por propia iniciativa, en lugar de desacostumbrarse a actuar [...] La fundación de la futura república requerirá la iniciativa más fuerte y diversificada del pueblo democrático alemán, tal como existió en 1918, y esta iniciativa deberá mantenerse con toda su vitalidad.”¹⁷ Las masas en cambio no se movieron en contra del nazismo, que sólo fue derrotado militarmente. Alemania, o más bien las Alemanias renacieron a partir de la destrucción de una nación y a partir de la presión de nuevos equilibrios imperiales —objeto de la historia. En esta perspectiva, las ideas rosenberguianas del armamento del pueblo, del autogobierno asumen los rasgos lejanos de la utopía en contraste con el postulado de realismo político al que deberían apegarse. La disociación del modelo de la revolución democrática y social entre una utopía involuntaria, por un lado, y la mera funcionalidad de un sistema de administración descentralizado, por el otro, se encuentra presente, sin embargo, de manera imperceptible en el último Rosenberg. Cuando descubre sin más en el sistema de autogobierno local anglosajón y estadounidense una ejemplificación del autogobierno popular, empobrece notoriamente la carga emancipadora y los contenidos políticos que se encontraban bajo la exigencia histórica original del autogobierno. El equilibrio entre autonomía administrativa y emancipación política que dinamizó la Comuna parisina corre peligro de transformarse en simple fun-

¹⁷ A. Rosenberg, “Parteien, Herr, *directe Demokratie*”, en *Neuer Vorwärts*, núm. 303, 9 de abril de 1939.

cionalidad administrativa de un organismo invariado en sus estructuras. Dígase lo mismo de la idea del ejército democrático popular construido de acuerdo con el ejemplo suizo. Si la disociación de la idea democrática original en un utopismo involuntario y en un funcionalismo administrativo se relaciona por un lado con los límites históricos del trabajo rosenberguiano (fuertemente datado, en esto, por el período de su redacción), por el otro refleja por sí misma, de una manera más general, un fenómeno real. Reproduce a su manera —ideológicamente— la pérdida de una parte de la democracia revolucionaria como movimiento de su única fuerza: la masa popular como sujeto. De este modo —paradójicamente— la obra de Rosenberg permanece, dentro de sus limitaciones, fiel a uno de los postulados más importantes y válidos de su reconstrucción histórica y tipológica: la referencia constante y positiva al movimiento de masa como sujeto histórico.

GIAN ENRICO RUSCONI

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

HISTORIA POLÍTICA DE LOS ÚLTIMOS CIENTO CINCUENTA AÑOS
(1789-1937)

PREFACIO

Este libro es una contribución histórica a la discusión actual sobre la democracia. Así como en mis trabajos anteriores no oculté mi punto de vista personal tampoco en éste lo he ocultado; sin embargo, he escrito con absoluta independencia de cualquier interés de partido o de grupo. El libro debe presentar en primer lugar el trabajo político-práctico de Marx y Engels correspondiente al período 1845-1895. Para estos dos jefes socialistas, la política práctica era una incesante discusión y comparación con la democracia, de tal manera que todo el problema “democracia y socialismo”, considerado desde el punto de vista histórico, forma un todo con la historia de estos cincuenta años.

El concepto y la evaluación general de la democracia han cambiado completamente de 1845 a hoy. Por lo tanto, era necesario presentar un breve boceto de la prehistoria de la democracia anterior a 1845, para explicar las primeras posiciones políticas de Marx y Engels. El lector podría, finalmente, pedir que no se tracen las líneas de desarrollo hasta 1895, sino que se le ayude a establecer los nexos entre 1895 y hoy [1937.-E.]. A este fin está destinada la primera parte del libro.

Sólo a partir de sus expresiones contemporáneas se puede deducir cómo pensaban Marx y Engels en un determinado momento de su vida política y qué objetivo perseguían sus acciones. Lo que escribieron en períodos posteriores sobre el pasado es con frecuencia unilateral, ya que nace de una situación política modificada: se caería en graves tergiversaciones si sólo se dedujera la posición de Marx y Engels ante la democracia revolucionaria de los años 1845-1849, a partir de los escritos posteriores al fracaso de la revolución.

La fuente principal de este libro es la correspondencia epistolar entre Marx y Engels, tal como aparece en la edición ejemplar del Marx Engels Institut, en cuatro volúmenes. La fuente informativa para la historia de la primera democracia es el sexto volumen de la primera sección de la gran edición de las obras de Marx y Engels (MEGA) que reúne sus escritos desde mayo de 1846 hasta marzo de 1848.

Las demás colecciones de cartas y escritos de Marx y Engels se utilizaron en la medida en que formaban parte del marco de este trabajo. En la selva literaria sobre Marx y Engels me fueron particularmente útiles los trabajos de Karl Korsch y Gustav Mayer. De Mathiez obtuve importantes informaciones sobre la gran revolución francesa, de Beard sobre Jefferson y la democracia americana más antigua, de Seignobos sobre la historia de los partidos franceses del siglo XIX, de Bergsträsser y Veit Valentin sobre la historia de la revolución alemana y de los partidos alemanes. En mis libros anteriores *Historia del bolchevismo*, *Orígenes de la república alemana* e *Historia de la república alemana* justifiqué ampliamente mis juicios sobre la revolución rusa y sobre la república alemana.

La mayor parte del libro la redacté en Liverpool, en donde encontré el más cordial aliento y ayuda de parte de la biblioteca de la universidad. En el trabajo final del libro encontré en Nueva York la misma ayuda cordial de parte del Institute of Social Research. Agradezco particularmente a mi amigo Franz Neumann por su colaboración en la reunión del material.

A. R.

Nueva York, noviembre de 1937.

PREFACIO A LA EDICIÓN NORTEAMERICANA

El texto de la edición norteamericana sigue el de la edición alemana sin cambio alguno. Sólo han sido agregadas especialmente las notas incluidas al final.

Los recientes acontecimientos que culminaron con la llamada paz de Munich constituyeron una gran derrota para la democracia europea. La caída del frente popular francés ha sido destacada en el texto de este libro; hoy resulta claro que su derrota es un acontecimiento histórico de primera importancia, puesto que paralizó por completo a la fuerza democrática en Francia. Sólo porque el gobierno francés está pronto a capitular en cualquier momento después del comienzo de la crisis checoslovaca resultan inútiles los esfuerzos del Partido Laborista y la democracia tory en Inglaterra, permitiendo al ala derecha gobernante del Partido conservador seguir sus propias tendencias y cooperar con la voluntad francesa de retirarse. Una vez más Francia probó ser el centro de la lucha social en Europa. Como en 1871, en 1938 también el fracaso de la democracia francesa significó el fracaso de la democracia en toda Europa. La democracia checoslovaca, aislada y abandonada por todos sus "amigos", tiene ahora que compartir el destino de los trabajadores de Viena.

Durante las últimas semanas la opinión pública internacional ha estado hablando otra vez de la "debilidad" de la democracia. Pero la gente olvida que la comunidad que no está dispuesta en ningún momento a hacer el sacrificio supremo por su libertad y existencia no es en absoluto una democracia.

Nueva York, 16 de octubre de 1938

ARTHUR ROSENBERG

I. LA DEMOCRACIA MODERNA HASTA MARX

¿QUÉ ES LA DEMOCRACIA?

Babeuf, el primer político conscientemente socialista de la gran revolución, expuso su programa en una importante carta a su amigo Bodson escrita a principios de 1796. En esta carta Babeuf se declara absolutamente seguidor de Robespierre. Es más, se propone la tarea de resucitar a Robespierre.

“Resucitar a Robespierre: significa resucitar a todos los enérgicos patriotas de la república y junto con ellos al pueblo [...] El robespierrismo vive en toda la república, vive en la clase entera de los hombres capaces de juzgar y pensar con claridad y naturalmente en el pueblo. La razón es simple: el robespierrismo es la democracia, y estas dos palabras son absolutamente idénticas. Si se resucita al robespierrismo, se puede estar seguro de resucitar la democracia.”

Si en la actualidad se preguntara a un político medio o tan sólo a un hombre culto quién considera que es la personificación histórica de la democracia, sería totalmente improbable que respondiera: “Robespierre”. El hombre del Terror, el jefe de la sangrienta dictadura de 1793, no es ciertamente un demócrata para la generación de nuestro tiempo. Pero para Babeuf, el sistema de Robespierre y la democracia son absolutamente la misma cosa. Este pasaje de la carta dice también algo más. Nos revela que en 1796, Babeuf consideraba democrático no sólo a Robespierre sino a sí mismo. En ese período, Babeuf preparaba la violenta insurrección del pueblo francés pobre para derrocar el corrupto gobierno capitalista del Directorio y para edificar en su lugar un nuevo orden estatal basado en el principio de la propiedad común. Para Babeuf y su tiempo, estos esfuerzos son democráticos.

Medio siglo más tarde, Marx y Engels publicaban el *Manifiesto comunista*. En este documento no pretendían formular una construcción docta, sino expresarse de modo que todos los obreros los entendieran. En el *Manifiesto comunista* de 1848 se dice: “como ya hemos visto arriba, el primer paso le

la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia. El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital”.

Para los autores del *Manifiesto comunista*, pues, “la elevación del proletariado a clase dominante” coincide con la conquista de la democracia. Marx y Engels podían escribir esto en ese entonces sin temor de provocar entre las masas equívocos o confusiones. La democracia es la conquista del poder político por parte del proletariado. Esto lo hubiera podido suscribir Babeuf sin ninguna vacilación.

Con todo, alrededor de 1848, la democracia y el socialismo no coincidían completamente para Marx y Engels. El proletariado puede ejercer ciertamente el poder político en el estado, pero esto no basta todavía para poner en práctica la comunidad de bienes correspondiente. No obstante esto, para la generación de 1848 la democracia y el socialismo eran fuertemente afines. En octubre de 1847, Engels escribió en un artículo aparecido en la *Deutsche Brüsseler Zeitung*:

“Los comunistas, lejos de provocar, en las actuales circunstancias, inútiles encuentros con los demócratas, se comportan como demócratas en todas las cuestiones prácticas del partido. La democracia tiene como consecuencia necesaria en todos los países avanzados el poder político del proletariado, y el poder político del proletariado es la primera condición previa de toda iniciativa comunista. Mientras no se haya conquistado la democracia, los comunistas y los demócratas combatirán codo con codo, los intereses de los demócratas serán los de los comunistas. Hasta este momento, las diferencias de los dos partidos tienen una naturaleza teórica y pueden discutirse perfectamente en forma teórica, sin que la acción común se vea perjudicada de alguna manera. Puede haber acuerdo también en algunas iniciativas que deberán emprenderse sin ninguna demora para la consecución de la democracia en beneficio de las clases oprimidas, tales como la gestión por parte del estado de la gran industria, de los ferrocarriles, de la educación de los niños por cuenta del estado, etcétera.”

Más adelante se verá con mayor exactitud todavía la diferencia entre democracia y comunismo, tal como la veían los revolucionarios de 1848. Por ahora nos basta poner de relieve la estrecha afinidad y comunidad de intereses que las dos tendencias presentaban ante el gran público en 1847. La *Deuts-*

che Brüsseler Zeitung no pretendían tampoco, por otra parte, dar una lección de derecho público, sino solamente usar y discutir los conceptos políticos que estaban en boca de todos. Compárese ahora la relación entre democracia y socialismo propia de la generación actual. En Alemania, después de la Revolución de noviembre de 1918 surgió un “Partido democrático”. Era el partido de los republicanos burgueses, al cual pertenecía entre otros el gran industrial y más tarde ministro Rathenau. El Partido democrático alemán no tenía nada en común con los comunistas, y se consideró siempre como enemigo mortal del Partido comunista alemán. En ese mismo período, el presidente Wilson, que también se consideraba un buen demócrata era, en Estados Unidos, el más encarnizado opositor de toda aspiración comunista en el interior de la clase obrera.

Escuchemos ahora una voz del sector de los opositores de la revolución de 1848-1849. En noviembre de 1849, el diputado conservador von Bismarck declaraba en la Dieta prusiana:

“Aspiran a la propiedad de la tierra no sólo los que tienen temporalmente el usufructo de la misma, sino también los que no la tienen. Durante todo el pasado año las promesas de los demócratas agitaron a la numerosa clase de los jornaleros de las provincias orientales, de Pomerania y de Prusia, para formular esas exigencias. Las promesas de la posesión de la tierra hicieron posible, en las provincias que permanecían fieles, las elecciones, por ejemplo, del diputado Bucher y de sus amigos [...]. Es un hecho deplorable que aumente la envidia de los jornaleros contra los campesinos poseedores, al ver que los frutos de la revolución son cosechados únicamente por los que gozan de una posición desahogada, sin ninguna ventaja para ellos. Las exigencias de los jornaleros no se limitan, de hecho, a que se les concedan los terrenos, cuyo uso constituye una parte de su salario, ya que ninguno vive sólo de eso. Van más allá: pretenden la completa repartición no sólo de los feudos sino también de las haciendas.”

El diputado von Bismarck no quería tampoco, en ese momento, anunciar desde la tribuna de la Dieta prusiana ningún descubrimiento de derecho político. Utilizaba las expresiones políticas que todo el mundo comprendía. Para el *Junker* prusiano, los demócratas eran los hombres de la revolución agraria, los agitadores rojos que alborotaban a los trabajadores de la tierra para que se dividiera no sólo la propiedad feudal sino

también las propiedades más grandes. Para el *Junker* von Bismarck, el diputado Lothar Bucher era un ejemplo típico de rebelde agrario. La historia dispuso más tarde que el *Junker* von Bismarck se convirtiera en el canciller del Reich, en el conde Bismarck y el comunista Bucher, en el consejero real de Prusia y en el colaborador más fiel y valioso de Bismarck.

Una generación más tarde, Friedrich Engels escribiría en una carta de diciembre de 1884:

“En cuanto a la democracia pura y a su función en el futuro, soy de la opinión de que desempeña una función muchísimo más secundaria en Alemania que en países de desarrollo industrial más antiguo. Pero esto no impide la posibilidad de que, cuando llegue el momento de la revolución, adquiera una importancia pasajera en cuanto al más avanzado de los partidos burgueses como pretendió hacerlo en Francfort (en el partido alemán de Francfort de 1848-1849) y en cuanto última tabla de salvación de la economía totalmente burguesa e incluso feudal. En momentos como éste, toda la masa reaccionaria se aferra a ella y la refuerza. Todo lo que era reaccionario pasa ahora por democrático [...]. En todo caso, nuestro único adversario el día de la crisis y el siguiente, será toda la reacción agrupada alrededor de la democracia pura y creo que no debe perderse de vista esto.”

Es importante que Engels no hable aquí de la “democracia” sino siga refiriéndose a la democracia “pura”. Considera evidentemente un estado burgués en el que rige ciertamente el sufragio universal, pero en la que no se ha tocado la propiedad privada. Se podría decir que ya en 1847 Engels había señalado la diferencia entre democracia y comunismo. Sin embargo, es evidente el cambio en el concepto político desde la época del artículo publicado en la revista de Bruselas hasta la carta de 1884. Para expresarlo en una forma muy sencilla: en 1847 los trabajadores socialistas y la democracia estaban del mismo lado de la barricada; en cambio en 1884, ya no. El Engels de 1884 ya no escribiría que la democracia, aun la no comunista, coincide con el poder político del proletariado. Ahora considera la posibilidad de que la democracia pueda ser el baluarte de defensa desde el cual todas las corrientes de la burguesía e incluso del feudalismo impiden juntas el poder del proletariado.

En los años ochenta, Engels se ocupó profundamente, como lo indican sus cartas, del problema de sí —en caso de que se

diera un proceso revolucionario en Alemania— era posible, después de la caída de la monarquía feudal y militar de los Hohenzollern, construir directamente un estado socialista o si se llegaría antes al gobierno del estado una democracia pura, es decir, una república burguesa capitalista. Engels creyó que la decisión estaba en manos del ejército prusiano. Los socialistas debían tratar de conquistar al proletariado del campo con la consigna de la expropiación de las grandes propiedades y de su transferencia a cooperativas de trabajadores de la tierra. Los reclutas de los regimientos prusianos de la guardia provenían del este del Elba. Con la consigna de una expropiación de la gran propiedad, se podían poner en crisis los regimientos en los que se apoyaban el prusianismo y el dominio de la casa Hohenzollern, en cuyo caso se podría evitar, en Alemania, la etapa intermedia de la democracia pura. Es sumamente significativo que la propuesta “Expropiación de la gran propiedad y transferencia de la tierra a los peones rurales” tuviera en 1848 un valor típicamente democrático, y en cambio la consigna debía servir ahora para evitar la “democracia pura” en Alemania.

En la guerra mundial las potencias aliadas, sobre todo los Estados Unidos y el presidente Wilson, aseguraban que combatían por la victoria de la democracia. Ya para entonces se acostumbraba considerar como estado democrático un estado burgués, regido con el método del sufragio universal. Se utilizaba como táctica democrática el camino de la reforma que debía alcanzarse en forma pacífica mediante la persuasión de la mayoría del pueblo, contra toda tentativa de violencia revolucionaria. Como es sabido también, después de 1918 los elementos radicales y activistas, insatisfechos con las condiciones existentes, empezaron a despreciar la democracia en todos los países. Baste recordar la propaganda bolchevique y fascista contra la democracia.

En 1923, se llegó, en Hamburgo, a una insurrección de los obreros comunistas contra el orden estatal vigente, la república democrático-burguesa. Más tarde fue sometido a juicio el secretario del partido comunista Urbhans bajo la acusación de haber provocado la insurrección. Éste se defendió con un discurso eficaz que terminó con las palabras: “Las masas nos dirán: es mejor arder en el fuego de la revolución que reventar en el estercolero de la democracia”.

¡Qué cambio en la evaluación de la democracia desde Ba-

beuf hasta Urbhans! Se esgrimía en ese entonces el supuesto evidente de que una revolución violenta era un hecho democrático, sin importar el derramamiento de sangre y el terror que entrañara. En la actualidad, existe el desprecio profundo, el odio del socialista radical contra la democracia, que se le presenta como encarnación de la condición capitalista con todos sus defectos. En el transcurso de los últimos ciento cincuenta años, el concepto de democracia cambió profundamente y es preciso señalar el viraje ocurrido en el período comprendido entre 1850 y 1880.

Nuestra investigación se propone aclarar la relación entre democracia y marxismo. Existen muchas definiciones contradictorias de marxismo. Para los fines de este libro adoptamos la más simple e irrefutable: la teoría y la práctica política de Marx y Engels mismos. Éstos empezaron su actividad alrededor de 1845. Engels murió doce años después de Marx, en 1895. El problema consiste, entonces, en la relación entre democracia y marxismo durante los cincuenta años comprendidos entre 1845 y 1895.

Como se verá en forma detallada más adelante, la política obrera de Marx y Engels constituyó un enfrentamiento incesante con la democracia. Los movimientos democráticos proporcionaron siempre los fundamentos sobre los que Marx y Engels debían construir su política; por otra parte, Marx y Engels trataban constantemente de influir en los partidos y en las tendencias democráticas y de transformarlas de acuerdo con su orientación. Sería necesario, por esta razón, hacer una rápida descripción del movimiento democrático de 1845 a 1895 y en consecuencia comprobar qué relación guarda el marxismo con cada una de las fases de la democracia. En el siglo pasado Francia fue el campo más importante de la lucha de clases en Europa. Marx esperaba constantemente de Francia el impulso inicial para los cambios decisivos. Por lo mismo seguiremos, de acuerdo con la concepción de Marx, de una manera más amplia la historia de las luchas de clase francesas durante estos cincuenta años.

ROBESPIERRE Y JEFFERSON

Cuando Marx empezó su actividad política, ya se encontraba frente a la democracia como gran movimiento internacional.

La historia de la democracia europea contaba ya con dos milenios y medio. En las repúblicas de la antigua Grecia, la forma estatal democrática era la antítesis de la aristocracia u oligarquía, del dominio de los "mejores" o de la "minoría" de los ricos y de los nobles. La democracia se encontraba en las antípodas del poder de la mayoría, de la masa simplemente, en que los nobles y los poseedores no tenían privilegios que esgrimir. La misma ciencia política griega se ocupaba de la cuestión de si todo estado en el que la voluntad de la mayoría de los ciudadanos decidía, independientemente de cómo se reunía y constituía esta mayoría, era democracia, o bien si un determinado carácter de clase constituía lo específico de la democracia. ¡Aristóteles, el más grande pensador político de la antigüedad, respondía a esta cuestión diciendo que la democracia no era más que el dominio de los pobres en el estado, en tanto que la oligarquía era el dominio de los ricos!

Las antiguas democracias desaparecieron junto con la sociedad burguesa de la antigüedad. En la Edad Media aparecieron formas democráticas en las comunas ciudadanas. Durante la transición a la época moderna las sectas religiosas radicales fueron las portadoras de las ideas democráticas. La sociedad burguesa moderna se desarrolló en la revolución holandesa del siglo xvi y en la revolución inglesa del siglo xvii. En ambas revoluciones, sin embargo, los movimientos democráticos de las masas trabajadoras fueron sofocados precozmente. La burguesía rica conservó el poder. Las dos grandes revoluciones del final del siglo xviii tuvieron en cambio un desarrollo diverso. En Francia, la primera oleada de la revolución llevó en 1789 a la victoria de la burguesía rica; pero después de cuatro años borrascosos, el poder pasó, en 1793, al pueblo trabajador. En América del Norte, el nuevo estado federal estuvo dirigido inicialmente por el estrato superior con mejor posición económica, pero en 1800 la elección presidencial llevó al gobierno el partido de los agricultores que trabajaban por cuenta propia.

Los movimientos ligados en Francia al nombre de Robespierre y en Estados Unidos al nombre de Jefferson, oponen, en ambos casos, la masa del pueblo a una aristocracia privilegiada. En Francia se comprobó, inmediatamente después del estallido de la revolución, que los intereses de los campesinos y de los ciudadanos pobres no coincidían con los de la burguesía rica. De este modo se desarrolló, a partir de 1789, un mo-

vimiento político que se distinguía completamente de la propaganda política y de los objetivos políticos de la burguesía poseedora. Del mismo modo, se pudo evidenciar que en Norteamérica, a partir de 1765, la forma y el método de lucha política contra el gobierno inglés de los agricultores y de los ciudadanos más pobres eran distintos de los utilizados por los comerciantes ricos y por los poseedores. Durante la guerra de liberación americana, los contrastes de clase pasan a segundo plano en relación con el objetivo común de la liberación americana. Sin embargo, al finalizar, se recrudece el antagonismo en las batallas por la nueva constitución y a partir de 1793, Jefferson constituye su partido "republicano" para oponerle la voluntad popular a la dirección capitalista dominante.

La fracción de los "patriotas" franceses, que se había confiado en la dirección de Robespierre, no se contentaba con derrocar al rey y a la aristocracia de nacimiento, sino que consideraba como enemiga también a la aristocracia del dinero. Los republicanos estadounidenses no habrían tenido ningún motivo de lucha, después de 1783, si hubieran tenido que luchar únicamente contra una monarquía hereditaria inexistente o contra la aristocracia; pero la razón de la existencia de los republicanos radicaba en la oposición al capital financiero. Si las antiguas democracias tenían como objeto establecer en el estado el gobierno de la clase de los ciudadanos más pobres contra los más ricos, lo mismo sucedía exactamente en los dos movimientos modernos de los Estados Unidos y de Francia. El antiguo nombre de democracia celebró, con toda razón, en los dos países, su renacimiento. En la vida política cotidiana de los Estados Unidos se acostumbraba calificar como democráticos a los miembros del partido republicano, y los patriotas de la corriente de Robespierre se sentían igualmente democráticos cuando oponían los derechos del "pueblo" a los privilegios de la aristocracia. En lugar de citar otros testimonios, basta recordar las palabras de Babeuf mencionadas más arriba,

En los libros de texto corrientes, con frecuencia se utiliza indebidamente y se aplica equivocadamente el concepto del llamado renacimiento de la antigüedad a la Italia del siglo xvi. El renacimiento político y social de los antiguos pertenece, en realidad, a la Europa moderna del siglo xviii, en que junto con el creciente poder de la sociedad burguesa se volvieron posibles también las formas políticas y sociales de la antigüedad. La correspondencia objetiva de los hechos sociales no fue la

única que creó la semejanza entre los movimientos revolucionarios del siglo xviii y los antiguos. Los filósofos y los políticos populares de esa época estaban plenamente convencidos de esta relación. No en vano habían gastado largos años de estudio en la profundización de los clásicos antiguos. También para las personas cultas, que hacía tiempo habían abandonado la escuela, la antigüedad desempeñaba un papel más importante que en la actualidad. Los republicanos del siglo xvii empezaban ordinariamente su polémica con la monarquía con los Tarquinius y con Tiberio. La voluntad revolucionaria se inspiraba en las gestas de los enemigos mortales de los antiguos tiranos. Todo esto pasaba de golpe del aula escolar a la vida. Las ideas de Robespierre cobraban vida totalmente en la república romana, y cuando era preciso combatir contra sus Catilinas, se escuchaba a un segundo Cicerón. Los estadistas americanos del período revolucionario hacían agudas consideraciones sobre lo que tenía en común su tiempo con la antigüedad, sobre los patricios y plebeyos, sobre las leyes agrarias, sobre la especulación y la lucha de los deudores contra los acreedores.

Se puede comprender fácilmente que también el nombre del partido de los demócratas cobrara nueva vida, precisamente con el auténtico sentido antiguo de la lucha de las masas contra los aristócratas y no con la versión descompuesta de una democracia formal que únicamente se propone la igualdad del derecho de voto, el poder de la mayoría —sin importar cómo se llegue a ella— y una acción política con los solos medios pacíficos dentro del ámbito de la ley.

Claro está que la igualdad del derecho de voto era obviamente una de las exigencias políticas de la democracia moderna. Pero no constituía la esencia de la democracia política. El partido de Robespierre había basado su constitución francesa de 1793 en el principio del sufragio universal. Pero esta constitución debía permanecer en vigor sólo hasta el final de la guerra, y no se podía someter al voto en el período de la lucha armada contra el exterior y el interior. Del mismo modo, también Jefferson era partidario por principio del sufragio universal, pero no era intransigente en el caso de que los distintos estados no concedieran el derecho de voto, por ejemplo, a los artesanos sin propiedad. De esta manera la democracia ateniense les acordaba a todos los ciudadanos el mismo dere-

cho de voto, pero no se pensaba hacerlo extensivo también a los extranjeros que vivían en Atenas y a los esclavos.

Tanto para Robespierre como para Jefferson, el fundamento de una política democrática no consistía en una construcción estadística, sino únicamente en la participación de la parte confiable e iluminada de la masa popular. En los Estados Unidos, el partido de Jefferson apuntaba sobre todo a los agricultores políticamente activos, y en Francia Robespierre contaba ante todo con los patriotas que trabajaban en las secciones parisinas. Claro está que semejante principio de selección presenta cierto peligro para el autogobierno real de las masas. Jefferson seleccionaba dentro de las masas a los agricultores y no se preocupaba mucho del proletariado ciudadano. Robespierre, en cambio, confiaba mucho más en sus obreros parisinos que en los agricultores atrasados. De este modo, el concepto de pueblo podía usarse fácilmente de una manera equívoca e interpretarse en una forma distinta, según fueran los intereses del partido en el gobierno. Lamartine cuenta una graciosa anécdota de la revolución de febrero de 1848. Después de la victoria de la insurrección, en las calles de París se reunió por última vez el parlamento monárquico. Los periodistas republicanos esparaban impacientes desde lo alto de la tribuna que apareciera el primer pelotón de obreros armados para dispersar el parlamento de Luis Felipe. Finalmente apareció el primer grupo de los insurgentes victoriosos en la sala de sesiones, pero al no saber qué hacer —como les sucede algunas veces a los obreros cuando se encuentran en un ambiente no familiar— se pusieron alrededor a escuchar los discursos de los representantes del pueblo. Entonces, un periodista republicano gritó: “¡Este no es el verdadero pueblo: iré a llamar al verdadero!”. En tiempos revolucionarios, un partido en el gobierno experimenta una fuerte tentación a considerar sólo a sus propios partidarios como el “verdadero pueblo” o el “verdadero proletariado”.

Por problemático que sea el método con el que Jefferson y Robespierre consideraban el sufragio universal, al referirse a ellos no se puede hablar en ningún caso de democracia formal. Y mucho menos respetaban la legalidad existente cuando estaba en juego el interés superior de la revolución. Robespierre se opuso sin titubeos a las deliberaciones de la Convención, cuando la dominaban los girondinos; y los republicanos americanos obligaban a los parlamentarios de los distintos estados

controlados por ellos a que declararan inválidas las leyes reaccionarias del gobierno federal.

La democracia de la gran revolución francesa se asemeja a la democracia americana y a la antigua en que no les otorga ningún privilegio a los trabajadores de la industria. Ya se señaló que la tendencia jeffersoniana era más bien opuesta a esto. Tampoco Robespierre establece ninguna diferencia, en sus consideraciones teóricas, entre campesinos, artesanos y obreros. De este modo las tres formas de democracia coinciden en que no son socialistas. Los republicanos americanos se declaran siempre a favor de la propiedad privada y entre los patriotas franceses prevalecieron las ideas socialistas sólo después de la muerte de Robespierre, bajo el influjo de Babeuf. Los demócratas atenienses, del mismo modo que los republicanos americanos y los patriotas franceses, bajo la dirección de Robespierre, se proponían llevar a cabo la lucha en pro del pueblo trabajador más pobre y en contra del capital manteniendo la propiedad privada. Si se quiere evaluar correctamente la posición histórica de la democracia moderna en su comienzo, se debe aclarar el período en que surgió. Considérese el primer período de la democracia moderna de 1765 a 1815. El principio coincide con la aparición de Patrick Henry en el parlamento de Virginia y el final con la paz firmada entre Estados Unidos e Inglaterra. Dentro de estos cincuenta años de desarrollo americano están incluidos los pocos años gloriosos del movimiento democrático francés que van desde la toma de la Bastilla hasta la ejecución de Babeuf. Este período se caracteriza por la más grande revolución técnica ocurrida hasta ahora en la historia de la humanidad.

En los últimos cinco mil años la humanidad fue testigo de las conquistas esenciales de la civilización: la ciudad, la elaboración de las metales, la escritura y la lectura, la reflexión teórica. Durante estos cinco mil años, la mano del hombre produjo los objetos esenciales para su vida cotidiana; el hombre se movió sobre la tierra con la ayuda de animales y en el agua con remos y velas, ahuyentó la oscuridad con velas y aceite, escribió libros primeramente a mano y luego los multiplicó con una pesada imprenta manual. En la actualidad todo esto se ha revolucionado, las máquinas empiezan a sustituir a la mano en la producción de mercancías necesarias para la vida, los medios de locomoción empiezan su carrera victoriosa sobre la tierra y las naves de vapor en el mar. Tanto la iluminación

como la producción de libros y revistas se lleva a cabo de una manera totalmente nueva. Finalmente se realiza el sueño secular del vuelo, a pesar de que el descubrimiento de los globos aéreos no tuvo al principio ninguna importancia práctica particular. Esta completa revolución de las bases técnicas de la vida humana se efectúa en íntima relación con la producción burgués-capitalista, y ante todo en función directa de las necesidades de la producción capitalista de las mercancías.

La misma enorme energía que se puso en movimiento con la revolución técnica se manifestó también al mismo tiempo en toda la vida política y económica de las naciones burguesas de vanguardia. ¡Qué energía tan gigantesca desarrolló la burguesía francesa en todos los sectores a partir de 1789! La burguesía francesa trató de rebasar sus fronteras, de ampliar su base, sus mercado y el área social de su poder. Los girondinos, y posteriormente Carnot y el Directorio, sentaron las bases del ejército francés moderno y de la política de conquista francesa. Más tarde Napoleón reunió estos instrumentos ya terminados y los manejó con excepcional maestría. La política de conquista francesa llegó en 1812 hasta Moscú. En el mismo período de la revolución francesa y de Napoleón, la burguesía inglesa multiplicó sus realizaciones en la industria, en el comercio y en la navegación. Inglaterra conquistó el dominio de todos los mares, construyó su imperio en la India, llegó a Sudáfrica y empezó a colonizar Australia. En los Estados Unidos, la expansión burguesa capitalista sigue un desarrollo paralelo a la expansión democrática de los agricultores que penetran en el interior del continente. Sin embargo, los dos movimientos sirvieron en definitiva para el mismo fin. Con el avance ininterrumpido de la conquista, los Estados Unidos extendieron su dominio desde el Atlántico hasta el Pacífico y la población aumentó de cuatro millones en 1790 a diez en 1820.

Alrededor del final de 1812, las naciones portadoras del desarrollo burgués moderno, Inglaterra, Francia y Estados Unidos, se desarrollaron de manera uniforme cada una en su propio campo y con su propio estilo. Quedaron en desventaja en este desarrollo las pequeñas naciones capitalistas, que como Holanda no pudieron mantener el paso con las grandes, y además los grandes países feudales o semif feudales de Europa, como por ejemplo Alemania, Austria, Rusia, España e Italia, y las poblaciones indígenas de los continentes de ultramar. En 1813 empezó un cierto cambio en la división del poder político de

las fuerzas. Bajo la guía de Napoleón, Francia había sobreluado y extendido desmesuradamente sus fuerzas. Apoyada demasiado tarde y en forma insuficiente por los Estados Unidos, emprendió al mismo tiempo una guerra con Inglaterra y con las viejas potencias del continente que debía conducir a la catástrofe. Desde 1815 Francia se encerró dentro de sus fronteras originales en tanto que Rusia y las potencias alemanas lograron reforzarse nuevamente.

¿En qué posición se encontraban las democracias de Francia y de los Estados Unidos frente a los acontecimientos sociales del período 1765-1815? Si un político quisiera transformar su tiempo y llevar a su pueblo a nuevas metas debería comprender por lo menos su propia época. La cosa más importante del período en cuestión era el enorme cambio de la producción y al mismo tiempo el extraordinario incremento de las energías burgués-capitalistas. El país típico de la transformación social era en ese entonces Inglaterra. Es cierto que Francia y los Estados Unidos en ese tiempo se encontraban muy atrasados en relación con el ritmo de desarrollo inglés, es cierto que la industria francesa trabajaba todavía por lo general en las formas correspondientes al período manufacturero y en los Estados Unidos la industria sólo estaba en sus comienzos. Sin embargo, ya en 1793, cualquier político previsor podía comprender también hacia dónde se encaminaban Francia y los Estados Unidos. En la misma época de las naves de vela, el viaje entre París y Londres no duraba mucho y los franceses que querían seguir las orientaciones de la situación inglesa tenían la oportunidad de hacerlo. La travesía del océano Atlántico era ciertamente todavía una larga aventura; pero las relaciones económicas y sociales entre los Estados Unidos y la madre patria eran tan estrechas que aun en Norteamérica se conocía cada uno de los pasos dados por el desarrollo inglés.

No obstante, tanto en América del Norte como en Francia, la democracia no logró comprender los problemas de la nueva época. Jefferson y los demás líderes republicanos americanos estaban convencidos de que se podía mantener alejado de América del Norte el capitalismo y mantener a los Estados Unidos al nivel de una pequeña y confortable economía agrícola. Robespierre y sus amigos se vieron obligados por las necesidades de la guerra a intervenir en las relaciones económicas, aunque también ellos carecían de todo conocimiento sobre los problemas económicos de su tiempo. Es totalmente

cierto que querían resolver la cuestión agraria en favor del pequeño propietario, pero no contaban con ningún plan económico a este respecto. Robespierre estaba dispuesto a expropiar a los llamados "sospechosos" y a dividir sus posesiones entre los patriotas pobres. La distribución de papel moneda no satisfizo en ese momento a nadie. Las grandes industrias de Francia eran pocas y no se podían distribuir. Desde el punto de vista práctico no hubiera quedado nada económicamente importante a excepción de la parcelización de una cantidad de los bienes más grandes y la dotación de los nuevos propietarios con mobiliario, etc. Aunque Robespierre no compartía los prejuicios agrarios de Jefferson, sus ideales sociales eran sin embargo los de un pequeño propietario del campo honesto y satisfecho, y no es casual que en la Francia de la gran revolución, el socialismo y el comunismo se oculten bajo la consigna de la "ley agraria", o sea, de la distribución de la tierra. Se puede imaginar con mucha aproximación qué cosa hubiera sucedido en Francia si Robespierre hubiera salido vencedor el 9 de Termidor. Habría firmado muy pronto una paz razonable con las potencias extranjeras, habría eliminado el terror en el interior y habría puesto en vigor la constitución democrática. Habría expropiado a los sospechosos, pero la propiedad de los patriotas habría sido inviolable para el gobierno. Y ¿dónde se habrían encontrado mejores patriotas que entre los proveedores de guerra y los banqueros del estado? En paz, Francia habría presentado, bajo el gobierno de Robespierre, un aspecto parecido al de Norteamérica bajo Jefferson. En general se puede tener la justa medida de la gran revolución francesa si se la compara con el correspondiente desenvolvimiento de los Estados Unidos. Ordinariamente sólo se considera a los demócratas franceses en la fase incandescente del sangriento 1793-1794, mientras que en circunstancias pacíficas no habrían demostrado ningún heroísmo y habrían mostrado la misma estrechez honesta de sus colegas de ideas americanos. Como guía de Francia, Robespierre habría encontrado en tiempos de paz enormes dificultades para defender la sencillez y la honestidad republicanas, contra los ataques del gran capital. Queda la duda de si junto con sus amigos hubiera sido capaz más tarde de alcanzar una mayor claridad en las cuestiones económicas.

La democracia del siglo XVIII era la protesta de la masa trabajadora contra los privilegios de la aristocracia y de la no-

bleza y al mismo tiempo contra la perturbación de las formas habituales de vida por parte de un capitalismo prepotente. Los campesinos querían liberarse de las tasas excesivas y de las deudas, los artesanos querían encontrar otra vez nuevas posibilidades de comercio y los obreros querían regresar a la "antigua época de prosperidad", en la que el trabajo bien hecho encontraba todavía el salario correspondiente. Se trata del mismo período en que los obreros desesperados por la aparición de la industria moderna destruían las máquinas y demolicían las fábricas. Los hombres no podían aceptar todavía la irreversibilidad de la técnica moderna y de la gran empresa industrial. Los líderes del movimiento democrático se habían formado en la escuela de la filosofía del siglo XVIII. Todos los pensadores-guía del siglo XVIII combatían por la libertad y el progreso; en tanto que algunos acogían con entusiasmo el florecimiento del comercio y de la industria y se alineaban con la burguesía en bonanza, no faltaban las críticas ásperas por parte de otros. Surgía la pregunta de si el progreso de la técnica y del capital hacía realmente más felices a los hombres, si la riqueza creciente destruía o no todos los valores morales y si los hombres, en lugar de buscar su bienestar en la vida de trabajo y de esparcimiento de las grandes ciudades, debían regresar a la naturaleza y al campo. De este modo, las masas democráticas y sus jefes estaban unidos por la confianza en el desarrollo moderno, y cuando veían en la república y en la democracia principalmente una cuestión moral, una renovación ética de la humanidad, estaba incluida en esto la condena del desarrollo económico y social de esa época. Tanto en Francia como en los Estados Unidos, el movimiento democrático estaba lleno de un entusiasmo apasionado. Los líderes podían despertar en las masas el entusiasmo por un orden mundial mejor, sin el cual no se habría producido en la tierra ningún cambio significativo. Sin embargo, el primer movimiento democrático obtenía en esta misma fuente su fuerza y su debilidad. Este movimiento tiene rasgos de una hostilidad moralista y de un romanticismo pequeñoburgués hacia el mundo, y es sorprendente la poca comprensión que tuvieron los líderes sobre los fenómenos sociales reales de su tiempo.

Los demócratas debieron hacer frente a la corriente del desarrollo social y salieron derrotados. Lo que sucedió en Norteamérica, a este propósito, es todavía mucho más importante que los acontecimientos de la revolución francesa. En los Es-

tados Unidos, en efecto, no se tuvo ningún Termidor. El partido republicano no fue derrotado por ninguna revolución: gobernó al estado aún después de 1815 y venció en las elecciones; sin embargo fue socabado despiadadamente por el espíritu burgués-capitalista de su época; su lucha, comenzada con muchas ilusiones en 1793, perdió totalmente sus objetivos veinticinco años después. Se podría preguntar cuál fue el destino más trágico: la suerte de Robespierre, caído combatiendo en el campo de batalla de la revolución y de la contrarrevolución o la suerte de Jefferson, muerto como un pacífico anciano y padre de la patria, venerado unánimemente, pero que en sus últimos años difícilmente podía ocultar el fracaso de su obra. Jefferson vivió todavía mucho tiempo para ver las dimensiones que había adquirido el problema de la esclavitud y en qué forma éste ponía en crisis la existencia de la Unión. A partir de 1815, los Estados Unidos tomaron su camino del desarrollo social.

En Europa la democracia se difundió ulteriormente aun fuera de Francia hasta el punto de ser capaz en 1848 de desafiar a todas las potencias dominantes. El principal país de la democracia moderna, en el que todos los problemas se habían planteado con la mayor claridad y se habían llevado hasta sus últimas consecuencias, seguía siendo a pesar de todo Francia.

DE NAPOLEÓN BONAPARTE A LUIS FELIPE

Con la muerte de Babeuf y la aniquilación de su partido, quedó eliminada en Francia la democracia como movimiento político en un primer momento. El estado burgués-capitalista se consolidó, después del breve período de transición del Directorio, bajo la dictadura de Napoleón. El emperador Napoleón era el brillante representante de la burguesía francesa de vanguardia ansiosa de conquistas y también del nuevo ejército francés surgido de la revolución. Napoleón gozaba, sin embargo, al mismo tiempo de una excepcional simpatía entre las amplias masas trabajadoras. Los campesinos franceses veían en el emperador al defensor de su libre propiedad obtenida en la revolución. El emperador se preocupaba por una administración correcta y eficaz. En medio de la expansión económica general, el campesino podía vender sus productos en condiciones ventajosas, y todos los jóvenes del campo que se com-

portaban como buenos soldados encontraban bajo Napoleón innumerables posibilidades de progresar y soñaban en convertirse, de acuerdo con los ejemplos conocidos, en mariscales o duques.

Aunque Napoleón— como hombre salido de la nada— odiaba toda forma de democracia, disfrutaba también por motivos semejantes de la simpatía de la mayor parte de los obreros franceses. También influían en esto, junto con la expansión de la industria, el orden y la legalidad en la administración y las posibilidades de progreso en el ejército. Debe tomarse en cuenta asimismo que las guerras de Napoleón, a diferencia de la guerra mundial, comprometían sólo una pequeña parte del pueblo francés y que las pérdidas de todas las campañas tomadas en su conjunto representan sólo un modesto porcentaje en relación con las víctimas de la guerra de 1914-1918. Ante las grandes masas del pueblo francés, Napoleón aparecía como el rey bueno de los cuentos. Todavía en 1815, cuando todo estaba perdido, muchos obreros parisinos querían combatir hasta el final por el emperador, y Napoleón se preguntaba sorprendido cómo se había ganado la fidelidad de estos hombres por los que no había hecho en el fondo gran cosa.

La fascinación creada por el bonapartismo en las masas francesas es uno de los fenómenos más importantes para la comprensión de la historia de la Francia del siglo XVIII. Después de la aniquilación de la auténtica democracia francesa, después del 9 de Termidor y después de la tragedia de Babeuf, el imperio representó, para las masas francesas, una especie de sustituto de la democracia. Fue la forma de poder burgués que pareció más tolerable a las masas y que les dio al campesino y al obrero todo lo que podían esperar entonces de un estado capitalista. Añádase a esto la conexión de las masas con el ejército imperial. Aun el francés más pobre tenía la sensación de que las batallas victoriosas del emperador lo enaltecían. Los dictadores que no pueden llevar a cabo ninguna guerra se preocupan por influir en los sentimientos nacionales de las masas con toda clase de paradas militares y discursos solemnes, sin lograr ningún éxito de consideración. De acuerdo con esto se puede medir el efecto que las continuas victorias efectivas del emperador debieron tener sobre las masas francesas. En 1815, la derrota de Francia llevó al trono a los Borbones. Una vez más la monarquía feudal podía emprender en Francia el camino interrumpido en 1789. La renova-

ción del feudalismo no tenía en realidad una base real. Durante la revolución la nobleza había perdido sus latifundios y los Borbones restablecidos en el poder no podían atreverse tampoco a someter al campesino francés a la dependencia que había sufrido antes de 1789. Pero al no contar con su antiguo poderío económico, la nobleza carecía completamente de influjo. El partido feudal sólo contaba con una pequeña minoría de la población que por devoción a la iglesia católica permanecía fiel al rey católico. Lo que hacía sin embargo absolutamente insostenible la posición de los Borbones era su incapacidad moral para conquistar el ejército. A pesar de todos los esfuerzos realizados por los Borbones para sustituir en el ejército la tradición napoleónica con la realista, los oficiales y los soldados que ocupaban los niveles medios se sentían avergonzados al tener que soportar el gobierno de un Luis XVIII y de un Carlos X. La única fuerza viva en el ejército era el recuerdo del emperador; se debía soportar a los Borbones sólo porque Francia había perdido la guerra. De este modo, la monarquía francesa restablecida en 1815 tuvo el mismo defecto de origen que la república alemana de 1918.

Los Borbones habrían podido reforzar su trono si hubieran renunciado francamente a su pasado y se hubieran unido sin reservas a la burguesía capitalista. La constitución moderadamente liberal y la colaboración del parlamento, tal como había sido permitida por Luis XVIII, parecía representar un puente semejante entre la dinastía y la burguesía. Sin embargo ese compromiso resultó a la larga imposible. Los Borbones no podían renunciar a su antigua tradición feudal y, después de las oscilaciones ocurridas bajo Luis XVIII, Carlos X comprendió el camino del absolutismo —al principio en forma disimulada y luego de una manera abierta— que condujo a la revolución de 1830. Por otra parte, a pesar de la más buena voluntad de ambas partes, la burguesía no podía conciliarse con la política exterior de los Borbones. Una vez restablecida la monarquía francesa, si quería sobrevivir debía mantener la paz con las potencias del continente. Para los Borbones era imposible llevar a cabo una política exterior activa como la requerían los grupos dirigentes de la burguesía francesa. Carlos X buscó un entretenimiento para la ambición nacional y de una manera muy modesta ganó en la última fase a Argelia. Pero esto no era suficiente para la decisión de expansión de la burguesía francesa.

Después de 1815, bajo el gobierno de los Borbones, sólo se permitía una cautelosa oposición burgués-liberal. Las ideas democráticas y liberales sólo eran sostenidas por personas o grupos aislados. No podían influir en la opinión pública. Cuanto más patente era el absolutismo con que gobernaba Carlos X, tanto mayor resultaba la inquietud popular. En julio de 1830 las masas parisinas se levantaron contra los odiados Borbones. El ejército no demostró ningún apego hacia la corona. Carlos X se vio obligado a huir y así se conjuró el peligro de un absolutismo feudal. Los que libraron las batallas en las calles de París en julio de 1830 fueron los obreros y los estudiantes, pero la que se benefició con la victoria fue la burguesía poseedora. Los capitalistas proclamaron rey al duque liberal Luis Felipe de Orleans, de una rama colateral de la casa Borbón.

Se ha acostumbrado llamar a Luis Felipe el rey burgués, pero esta definición sólo es exacta en una mínima parte. Si Luis Felipe hubiera sido un verdadero rey burgués, o sea, si su gobierno se hubiera adaptado al poder de los intereses de clase de la burguesía, no habría debido temer ninguna nueva revolución y no habría sido derrocado. El desarrollo de Francia de 1830 a 1848 se llevó a cabo, en realidad, de tal manera que el rey Luis Felipe se enemistó cada vez más con los estratos importantes y activos de la burguesía, precisamente. El conflicto entre el llamado rey burgués y la burguesía no permitió ninguna estabilización en las relaciones políticas de Francia y la lucha interna de la clase dominante les abrió nuevas perspectivas a los demócratas después de 1830.

En tiempos de Napoleón, Francia había avanzado constantemente en bienestar, población y desarrollo económico. Los 25 millones de habitantes de la época de la revolución se habían convertido en 35 millones en 1846. La industria francesa se iba adaptando gradualmente a las condiciones técnicas modernas. Pero el capital financiero había crecido de un modo incomparablemente más rápido y vigoroso que el capital industrial. Los banqueros explotaban para sus fines los estímulos al ahorro y las tentaciones especulativas de amplios estratos populares. Los negocios bancarios y bursátiles progresaban, en tanto que los empresarios no estaban satisfechos con su situación. Los industriales franceses se lamentaban de que los mercados extranjeros estuvieran obstruidos por aduanas, etc., y le exigían al gobierno una política exterior que abriera nuevas salidas al mercado. Los grandes banqueros parisinos, por el

contrario, ganaban mucho con los títulos del estado y de los ferrocarriles y con otros tipos de especulación y no querían dejarse arrastrar a ninguna aventura política por los industriales insatisfechos. Este ritmo desigual en el crecimiento del capital bancario francés en relación con el capital industrial condujo a la correspondiente ruptura política entre los dos intereses.

Inmediatamente después de la revolución de julio de 1830, se puso de manifiesto que el rey Luis Felipe no pensaba ser, de hecho, el hombre de confianza de la burguesía francesa, puesto que aun en su comportamiento exterior jugaba al hombre del pueblo con poses sonrientes y cordiales apretones de mano. Para Luis Felipe ocupaban siempre el primer lugar los intereses de su dinastía. Quería defender a cualquier precio, para sí y para su familia, el trono recién conquistado. Y para esto encontraba la garantía más segura en la paz, por lo que su política exterior se volvió todavía más cautelosa que la seguida hasta 1830 por la línea más antigua de los Borbones. El empuje nacional que la burguesía francesa esperaba de la revolución de julio demostró muy pronto ser una mera ilusión. De 1830 a 1848, la política exterior de Luis Felipe sufrió un tropiezo tras otro.

El rey quería la paz puesto que temía que la guerra lo llevara a la derrota y a la revolución. De este modo se veía obligado a sostener una política exterior pasiva. En cuanto a la política interior, Luis Felipe quería conservar las riendas del gobierno; no se proponía dejar actuar libremente al parlamento y a los partidos ya que temía que los políticos ambiciosos pudieran enredarlo en cualquier experimento posible que lo condujera a su fin. No deseaba ningún gobierno parlamentario de tipo inglés, sino quería una mayoría parlamentaria y unos ministros en cuyo poder pudiera confiar personalmente. En consecuencia, dadas las condiciones de esa época, se creó una conexión entre el rey y el capital bancario y bursátil. Los financieros aprobaban su política pacifista por medio de la cual los títulos de la bolsa prosperaban; y cuando el interés financiero guiaba también la política interna, se creaban amplias posibilidades de operaciones favorables concomitantes de todo tipo. Con el fin de mantener por lo menos la apariencia de una vida constitucional liberal, el rey y sus amigos banqueros llegaron a crearse una mayoría en el parlamento. El derecho de voto bajo el reino de Julio se redujo extremadamente.

Sólo el que pagaba impuestos elevados tenía la posibilidad de votar. De este modo, sobre un total de 35 millones de franceses los votantes eran únicamente 200 000. Sin embargo este mismo número era, para Luis Felipe y sus defensores demasiado elevado. Dentro de los 200 000, los banqueros y los hombres de bolsa junto con su séquito constituían, de hecho, sólo una minoría. Los industriales y los burgueses independientes conservaban la mayoría en las elecciones correctas. Se hizo necesario, entonces, un sistema de corrupción refinada y de fraudes para orientar los votos en la dirección deseada y para reunir una mayoría que respondiese a los principios de Luis Felipe. Un gobierno cuya base política se apoyaba en manobras y corrupciones sólo podía asegurarse su propia existencia con los mismos medios. De este modo, el sistema político de Luis Felipe se caracterizó por una cínica corrupción y por una amplia serie de escándalos financieros. El presidente de los ministros y el jefe del partido financiero fiel al rey era Guizot.

La oposición nacional de la burguesía francesa contra el sistema de Guizot se encarnaba en la persona del brillante periodista e historiador Thiers. Para los industriales y sobre todo para la burguesía media, los métodos de gobierno de Luis Felipe se volvieron cada vez más insoportables. No es cierto que la política de los grandes bancos sea necesariamente también la política de la sociedad burguesa. Algunos grandes bancos son históricamente más antiguos que la sociedad burguesa. Los Fugger, por ejemplo, eran omnipotentes en Alemania durante el periodo en que no se podía hablar todavía de una sociedad burguesa. La fuerza de la burguesía como clase no se encuentra en las grandes instituciones bancarias aisladas o en los grupos de industriales aislados, sino en la amplia burguesía media, en el conjunto de los industriales, comerciantes, agentes, empleados con altos sueldos, etc., que con las profesiones intelectuales representan a la sociedad ciudadana culta. Normalmente los intereses de los grandes capitalistas son determinantes también para la burguesía media. Pero cuando se produce una fractura en circunstancias históricas particulares, los grandes bancos no son capaces de compensar y sustituir el apoyo de la clase media burguesa.

Si en Francia Luis Felipe hubiera estado de parte de la sociedad burguesa real, habría tenido de su lado la llamada opinión pública. Su interés habría coincidido con los principios del orden y de la propiedad privada. El gobierno bur-

gués habría logrado con poco esfuerzo el apoyo de los campesinos y el ejército habría sido incondicionalmente seguro. En ese caso, los obreros radicales aislados de París no habrían podido amenazar nunca al reino. El sistema Luis Felipe-Guizot tenía, en cambio, en su contra a la opinión pública independiente y a todas las fuerzas nacionales burguesas. Hasta en las filas de los demócratas se podía escuchar la frase de que los industriales franceses se veían obligados a pagar mal a sus obreros porque las naciones extranjeras bloqueaban las mercancías francesas y porque en el suelo patrio el capital financiero impedía el crecimiento de la industria. Sólo la caída del sistema dominante le habría asegurado a todo el pueblo francés un nuevo período de empuje y bienestar.

La oposición burgués-liberal, guiada por Thiers, no se dirigía contra la persona del rey ni contra la monarquía legal, sino protestaba contra la política exterior de la renuncia y contra la política interna de la corrupción. En 1840, Thiers había alcanzado temporalmente la mayoría en el parlamento y Luis Felipe se veía obligado a llamarlo a la presidencia de los ministros. Thiers trató, inmediatamente después de extender el predominio francés en el Mediterráneo y de someter a su propio influjo a Egipto y Siria. Pero las otras cuatro grandes potencias europeas se unieron contra Francia. Ante la amenaza de guerra, el rey despidió al incómodo presidente de los ministros. Francia dio marcha atrás, se conservó la paz y Guizot se convirtió en ministro. La ruptura entre el sistema de Luis Felipe y la burguesía industrial nacional se volvió desde entonces irreparable.

Cuanto más difícil se volvía la posición de Luis Felipe y más agudos se volvían los contrastes en el interior de la burguesía poseedora francesa, tanto más crecía el arrojo de los demócratas. Con la revolución de 1830 había resurgido políticamente el movimiento democrático francés. La tradición de Robespierre y Babeuf no había desaparecido nunca de los barrios obreros de París. Y no era ni siquiera físicamente posible que desapareciera. Un obrero que tuviera 56 años en el año de la revolución de Julio había vivido el 9 de Termidor a los veinte. El período que separa la muerte de Robespierre de la subida de Luis Felipe al trono parece largo sólo porque en el ínterin se produjeron en Francia muchísimos acontecimientos contradictorios. El lazo de unión vivo entre el primer período de la democracia europea y el segundo lo cons-

tituía Buonarroti, el amigo y colaborador de Babeuf, perdonado por el verdugo del Directorio, que en los veinte años de destierro en Ginebra redactó la famosa historia de Babeuf. Después de 1830, el libro de Buonarroti era muy conocido entre los obreros. Pertenecía a la literatura popular junto con los discursos de Robespierre y los artículos de Marat.

La tradición de los grandes años 1793 y 1794 les proporcionaba a los obreros y a los demócratas no sólo un ejemplo sublime, sino al mismo tiempo la prueba de que sus objetivos políticos no eran vanas utopías. Los acontecimientos de 1789 a 1793 demostraban que el pueblo podía vencer si se unía, tomaba las armas y afrontaba valientemente a sus enemigos en las plazas. Los días de julio de 1830 parecían mostrar nuevamente la exactitud de esa lección. Además, en los años 1793 y 1794, el pueblo democrático pobre había tenido de hecho el poder en Francia. Lo que había sucedido una vez podía repetirse, si los demócratas atesoraban las lecciones del pasado y evitaban los errores inútiles.

En Europa, el significado de clase de los acontecimientos de 1793 y 1794 era, por lo demás, claro para cualquier hombre común y corriente bien informado. Heinrich Heine escribía, por ejemplo, en una de sus cartas desde París en noviembre de 1840, a propósito del peligro de guerra existente en esa época entre Francia y las demás grandes potencias:

“Con la amenaza de una guerra, con una nueva coalición no sólo está en peligro el trono del rey, sino también el poder de la burguesía representada por derecho o en todo caso de hecho por Luis Felipe. La burguesía y no el pueblo empezó la revolución de 1789 y la terminó en 1830. Actualmente gobierna, aunque muchos de sus mandatarios son de sangre noble; hasta ahora ha logrado frenar al pueblo que presiona, que exige no sólo la igualdad de las leyes sino también la igualdad de los frutos de la economía. La burguesía que debe defender su obra laboriosa, la fundación del nuevo estado, contra las presiones del pueblo que desea una transformación radical de la sociedad, es ciertamente demasiado débil en caso de que la ataquen también los países del exterior con fuerzas muchas veces más poderosas y caería aún antes de cualquier invasión. Las clases subordinadas tomarían nuevamente su lugar como en los espantosos años noventa.”

En 1847, Friedrich Engels discutía en un artículo periodís-

tico el problema del centralismo. Y observaba: "El proletariado democrático no sólo tiene necesidad de la centralización tal como la empezó la burguesía, sino debe aplicarla de una manera todavía más amplia. Durante el breve período en que el proletariado tuvo en sus manos las riendas del estado durante la revolución francesa, durante el dominio del partido de la Montaña, llevó a cabo la centralización con todos los medios a su alcance, con las armas y con la guillotina."

Cuando las masas obreras francesas en conjunto estaban real y seriamente ocupadas en la agitación, no era difícil impulsarlas a la revolución armada, ya que tenían ante sus ojos el recuerdo de 1789, 1792, 1793 y más recientemente el de julio de 1830; ya que la insurrección no se consideraba un deseo fantasioso, sino una realidad que había tenido éxito muchas veces y podía tener éxito una vez más. Un acontecimiento significativo fue el levantamiento obrero de 1831 en Lyon. De un simple conflicto económico entre industriales y obreros se originó una huelga general. Cuando los obreros se enfrentaron a los órganos del estado, el proletariado se presentó con tal energía que como un rayo se apoderó de toda la ciudad. Pero este levantamiento careció de toda dirección política. Las organizaciones republicanas eran entonces tan débiles en Francia que no pudieron ni guiar el movimiento lionés ni prestar ayuda desde el exterior a los obreros. La insurrección quedó de este modo asilada y fue reprimida sin mucho esfuerzo por Luis Felipe.

Después de julio de 1830 las organizaciones de los demócratas franceses se desarrollaron lentamente. Unas veces estaban dentro de la legalidad y otras fuera, de acuerdo con la situación del momento. Disueltas por la policía, se constituían siempre bajo un nombre distinto; esta era la forma de comportarse de los grupos democráticos revolucionarios durante todo el período de Luis Felipe hasta el levantamiento victorioso de febrero de 1848. El grupo democrático principal se llamó al principio Sociedad de los amigos del pueblo, aludiendo al título del famoso periódico de Marat, *L'Ami du Peuple*. Después apareció la Sociedad de los derechos del hombre y, finalmente, con un nombre inocuo, la Sociedad de las familias. Lamartine llama a estos grupos de lucha contra la monarquía capitalista una masonería democrática.

Entre los revolucionarios demócratas del período de Luis Felipe, la personalidad más fuerte fue Blanqui. Encabezó va-

rias insurrecciones fracasadas de los años treinta. Cuando se presentó en 1836 ante el tribunal y el presidente lo interrogó acerca de su profesión, según el interrogatorio acostumbrado, Blanqui respondió: "Proletario". Blanqui le replicó al presidente que le hacía ver que ésa no era una profesión: "¿No es una profesión? Es la profesión de 30 millones de franceses que viven de su trabajo y son despojados de sus derechos públicos." Esta respuesta nos permite ver que Blanqui pertenecía todavía de una manera completa a la antigua escuela democrática. Para él, los proletarios son las nueve décimas partes del pueblo francés y no sólo la minoría de los trabajadores de la industria. El concepto de proletariado aparece aquí todavía completamente dentro de su sentido antiguo. En la república romana "proletario" era el ciudadano sin propiedad, cuyo derecho de voto era inferior al de las "clases" poseedoras. Blanqui apuntaba a la unidad, al armamento, a la insurrección victoriosa de toda la enorme masa de los trabajadores. Contaba dentro del proletariado a los campesinos, a los artesanos, a los trabajadores de la industria y también a los intelectuales pobres como él mismo. Este amplio sentimiento de la unidad del "pueblo" en oposición a la minoría privilegiada era la fuerza y al mismo tiempo la debilidad de la democracia más antigua.

El gobierno de Luis Felipe parecía ofrecer las perspectivas ideales para el éxito de una insurrección; el sistema dominante era rechazado de hecho por el noventa por ciento del pueblo y no podía contar de ninguna manera con el ejército en caso de que el conflicto hubiera adquirido serias proporciones. Nadie consideraba legítimo el gobierno de Luis Felipe. Nadie reconocía al rey y a sus ministros ningún derecho moral de gobernar a Francia. Se había apoderado del trono engañando a los combatientes de Julio y todo el mundo esperaba que la siguiente oleada revolucionaria lo derrocará. No es extraño, por lo tanto, que en esa situación Blanqui y sus amigos intentaran repetidas veces la insurrección; por el contrario, es extraño que Luis Felipe haya podido resistir 18 años. Dos son las razones que explican el fracaso de las tentativas revolucionarias de los demócratas en los años treinta.

Ante todo, los estratos medios burgueses estaban ciertamente insatisfechos con el sistema dominante, pero se preocupaban al mismo tiempo de lo que podía suceder después. Una revolución habría llevado evidentemente al poder a los republica-

nos y en consecuencia tal vez al regreso del Terror de 1793, unido a experimentos comunistas de tipo Babeuf. Los estratos medios no estaban seguros sobre cuál de los dos males era menor: el rey-banquero Luis Felipe o la república roja. Después de la revolución de Julio, se había establecido nuevamente en Francia la guardia nacional al estilo de la de 1789. Tanto en París como en la provincia, estaba constituida por estratos medios, por pequeños comerciantes, etc. Estos guardias nacionales, en calidad de voluntarios del orden, debían defender con las armas la paz y la propiedad burguesa.

Lo extraño era que bajo el sistema de Luis Felipe la mayoría de los guardias nacionales no gozaba ni siquiera del derecho de voto. Sin embargo, durante los años treinta había utilizado sus armas en París contra los republicanos insurrectos, y el comportamiento de la guardia nacional constituyó un importante ejemplo para la adhesión del ejército regular. Sólo hasta 1840 la intolerancia y el sentimiento de inferioridad de la pequeña burguesía por la política del gobierno se volvieron tan graves que ésta prefirió el cambio del sistema Luis Felipe-Guizot.

En segundo lugar, la conciencia política de las masas obreras se desarrolló sólo de una manera muy lenta a partir de 1830, para no hablar de los campesinos. En julio de 1830 el pueblo parisino se dejó usar ingenuamente para los fines del gran capital. En 1831, los obreros de Lyon presentaron una batalla sin un plan político. Se requiere un esfuerzo enorme para que las organizaciones conscientemente democráticas sean capaces de comprender verdaderamente las vastas masas populares.

Además de esto, la enfermedad popular del bonapartismo representó también un serio obstáculo para el progreso de la república democrática. En 1832, se sacrificó en vano en las calles de París un puñado de republicanos insurrectos. Un observador bien informado de los acontecimientos señaló que los obreros habrían corrido en ayuda de los insurrectos si éstos no hubieran gritado: "¡Viva la República!", sino "¡Viva el emperador!". Después de la muerte del gran Napoleón, las esperanzas de las masas populares francesas se agrupaban en torno a otros miembros de su familia.

EL PRIMER SOCIALISMO

A partir de 1830, el sentimiento democrático de los obreros franceses se unió cada vez más a las esperanzas de un revolucionamiento social que debía llegar junto con la revolución política. La tradición de Babeuf y Buonarroti ya había establecido un nexo entre la república popular y un ingenuo comunismo. El obrero radical reivindicaba el derecho universal al trabajo y la correspondiente eliminación de las terribles crisis de desocupación y de hambre, que periódicamente interrumpían el desarrollo capitalista. El proletariado huía de la amarga injusticia cotidiana entregándose a soñar en la total igualdad de los hombres en cuanto a la propiedad y al disfrute, en un mundo futuro.

En Europa desde el siglo xvi en adelante se había formulado un gran número de sistemas filosóficos que rechazaban la propiedad privada para sustituirla con una organización social distinta. Con la transición del siglo xviii al xix, creció cada vez más el interés de la opinión pública por los problemas sociales y por la crítica social. Existía la sensación de ser arrastrados por el torbellino del revolucionamiento técnico moderno, se asistía a la progresiva disolución de las antiguas formas de economía y de vida, se buscaba el medio para liberar a la humanidad de los males del capitalismo. Estos críticos filosóficos de la propiedad no tenían nada que ver en general con la política. Propagaban el socialismo y el comunismo casi como una nueva religión o como un nuevo modo de vida. Esperaban que los hombres se convertirían a las nuevas doctrinas por encima de cualquier política. O bien, estos socialistas teóricos fundaban instituciones modelo, cooperativas, colonias en Europa o en tierras de ultramar, para probar prácticamente lo acertado de sus doctrinas.

Los seguidores del socialismo filosófico se reunían en grupos y asociaciones en las que discutían sus ideas y evaluaban también las instituciones concretas del tipo señalado más arriba. De este modo durante la época de Luis Felipe se constituyeron en Francia asociaciones de seguidores de los primeros socialistas, Saint-Simon y Fourier. A éstos se les añadieron las de los seguidores de las doctrinas más recientes de un Cabet y de un Proudhon, grupos de socialistas religiosos, etc. En Francia las autoridades no impedían ocuparse teóricamente del socialismo o del comunismo. Antes de 1848, en todos los países la palabra

“socialismo” tenía un sentido absolutamente inofensivo para los oídos de los hombres. Cualquiera que se ocupara críticamente de problemas sociales, en cualquier sentido que lo hiciera, era llamado, en efecto, socialista. El concepto de comunismo ya resultaba más desagradable, porque con él se entendía un igualitarismo radical. Sin embargo, en esa época, un filósofo comunista no político tenía poco que temer de la policía europea. También la candente censura alemana de la época de Metternich permitía las publicaciones comunistas, sobre todo cuando en ellas se criticaba a la burguesía capitalista, en la que la burocracia feudal en el gobierno encontraba su principal enemigo político. En esos tiempos, sólo la democracia, y no el socialismo ni el comunismo en cuanto tales, apestaba a sangre y barricada. Los señores que estaban en el gobierno se reconocían a través de la frase “Contra los demócratas sólo sirven los soldados”, aunque no reservaban ese honor para los socialistas.

Las cosas cambiaban naturalmente cuando un revolucionario democrático se declaraba al mismo tiempo y de manera explícita partidario de un cambio socialista en las relaciones de propiedad. En París, bajo el reinado de Luis Felipe, la democracia ya estaba más o menos empapada de ideas socialistas. Entre los demócratas franceses había la mayor diversidad de opiniones acerca de la forma y del modo que adoptaría la nueva organización de la futura sociedad, en correspondencia con las múltiples sectas socialistas y comunistas en pugna recíproca. En esa época las sociedades filosóficas de los socialistas y de los comunistas estaban, en Francia, al lado de las asociaciones políticas de los demócratas más o menos como en la Europa moderna las organizaciones de los librepensadores, las uniones deportivas y culturales obreras están al lado de los partidos políticos socialdemócratas y comunistas. Las sociedades socialistas y las asociaciones democráticas tenían muchos puntos de contacto. Muchas personas pertenecían al mismo tiempo a ambos grupos. Había un mutuo intercambio de ideas. Sin embargo, para comprender exactamente esa época se debe distinguir la democracia política del socialismo y comunismo, que no eran todavía necesariamente políticos.

Después del fracaso de las insurrecciones republicanas de los años treinta, se formó en Francia otro grupo de demócratas que concordaban absolutamente con Blanqui en la visión del mundo y en los fines, pero que, en las circunstancias del mo-

mento, consideraban más apropiada una táctica cautelosa. Esta escuela democrática deseaba evitar ante todo las insurrecciones armadas inútiles y mantenerse en lo posible dentro del ámbito de la ley, llevar a cabo agitaciones con la ayuda de la prensa y de asambleas y entrar también, si fuera posible, en el parlamento. Con una hábil propaganda republicana y democrática, se pretendía preparar el terreno para tener un éxito mayor en la revolución. El jefe de los demócratas franceses que en los años cuarenta trabajaban ante todo con medios legales era Ledru-Rollin, un extraordinario orador y agitador: logró encontrar una circunscripción electoral en la que la burguesía se indignó de tal manera con Luis Felipe que los electores acomodados enviaron al parlamento, como máxima protesta, al republicano rojo. El partido de Ledru-Rollin fundó en París el periódico *La Réforme* que como órgano de la extrema izquierda conquistó muy pronto una gran autoridad y fue considerado, en cierto sentido, el órgano central de la democracia en toda Europa.

El más importante amigo y colaborador de Ledru-Rollin era el eminente teórico socialista Louis Blanc. La importancia histórica de Blanc consiste en el hecho de que encarnó el nexo entre la democracia revolucionaria y el socialismo, continuando con éxito la tradición de Babeuf. Blanc comprendió tan bien su época que descubrió el papel central de la industria moderna y del proletariado industrial mucho mejor que la mayor parte de los demás demócratas. También Blanc establecía al mismo tiempo como objetivo final la república popular, basada en el sufragio universal, y la sociedad socialista con la abolición de la propiedad capitalista. Para él el problema principal consistía en encontrar un puente entre los males del presente y los ideales del futuro. Dentro del ámbito de la política en sentido estricto, la táctica correcta era: propaganda por todos los medios en pro del sufragio universal y de la república y, en su momento oportuno, la transición de la agitación pacífica a la revolución victoriosa. La construcción del puente adecuado que condujera del capitalismo al socialismo parecía mucho más difícil.

Blanc ponía en el centro de su doctrina social la teoría de la cooperación. Los obreros debían formar cooperativas libres a las que el estado habría de proporcionar el capital necesario en caso de que no lo pudieran encontrar en otra parte. Las cooperativas se debían desarrollar venciendo y eliminando gra-

dualmente a los capitalistas, y de este modo habrían conquistado el socialismo. La senda victoriosa de las cooperativas obreras sólo era posible si los obreros controlaban al estado y lo utilizaban para sus propios fines; para lo cual la república democrática era la condición previa necesaria del socialismo.

En ese período, la idea de las cooperativas era muy popular entre los obreros, y el gran éxito de las ideas de Louis Blanc se explica por el hecho de que exponía con formulaciones claras lo que no lograba manifestarse en la masa misma. La coincidencia con la tendencia proletaria dominante fue la fuerza y al mismo tiempo la debilidad del sistema de Blanc. En realidad es cierto que la cooperativa representa un medio válido de progreso social. Actualmente casi en todos los países civilizados existen cooperativas de consumo, y también las cooperativas de producción de los trabajadores han alcanzado importantes resultados. Baste recordar únicamente las cooperativas agrícolas de los trabajadores judíos en Palestina. Hasta 1933, en Alemania, los sindicatos libres tenían cooperativas de construcción y agrícolas, una banca propia, fábricas, etc. En otros países se pueden encontrar ejemplos de que las cooperativas de producción de los obreros —bien organizadas y dirigidas por expertos— pueden alcanzar grandes éxitos. No obstante es una ilusión infantil, que en la actualidad no sostiene ninguno de los que trabajan prácticamente en las cooperativas, considerar que se puede vencer al capitalismo con la ayuda de las cooperativas de producción. Cuando en un país existen cien fábricas de muebles administradas a la manera capitalista, es ciertamente posible construir una cooperativa de carpinteros con los empleados necesarios que den vida con éxito a la empresa ciento uno. La fábrica cooperativa se consolidará de una manera particularmente buena en el marco de la competencia capitalista si el estado o la comuna cubren las pérdidas de la empresa en tiempos de crisis. Pero esa fábrica cooperativa, por más eficiente que sea, no podría nunca constituir una amenaza para el sistema capitalista. Para lograr este propósito se deberían tener por lo menos cincuenta fábricas cooperativas de muebles en lugar de una; ¿pero cómo reunir el capital para las muchas otras empresas nuevas? Sólo a través de la expropiación de los capitalistas privados. Para dar cabida a las nuevas empresas cooperativas, debería cerrarse al mismo tiempo un número equivalente de antiguas fábricas capitalistas. Esto significa que, para que las cooperativas sean capaces de vencer

la competencia del capitalismo privado, éste último debería ser destruido en primer lugar con la fuerza de un estado obrero democrático. Pero esto es exactamente lo que la idea de la cooperativa se propone evitar. La consideración del capitalismo privado como útil o perjudicial depende de las propias concepciones, ya sea que se acepte o se rechace una determinada política. En ningún caso, sin embargo, la cooperativa de producción de los trabajadores puede vencer al capitalismo privado dentro de la esfera de una sociedad capitalista.

La idea de la cooperativa como medio para vencer al capitalismo privado fue no obstante muy popular entre los obreros europeos tanto antes de 1848 como en la generación siguiente. Los motivos se pueden señalar fácilmente. Los obreros de esa época, que procedían de ambientes en parte campesinos y en parte artesanales, todavía estaban imbuídos de tradiciones pequeñoburguesas; poco a poco se habían dado cuenta de que no se podía destruir la fábrica capitalista moderna con la demolición de las máquinas y de ese modo volver a la prosperidad de antes; se habían dado cuenta también de que un pequeño maestro artesano aislado no podía competir con los industriales modernos. Se aferraban así a su última tabla de salvación: lo que no puede hacer el artesano aislado tal vez lo pueda hacer el pequeño grupo de artesanos unidos. Si se unen y si el estado los ayuda paternalmente, entonces podrán reconquistar el honor y el salario del honesto trabajo manual.

Puesto que las masas populares democráticas europeas albergaban esas ilusiones y no querían aceptar la inevitabilidad de la gran empresa centralizada y administrada de acuerdo con los principios de la técnica moderna, todos los teóricos que respondían a esos sentimientos encontraban éxito. Una divertida carta del joven Engels de 1846 nos dice hasta qué punto, por ejemplo, los jóvenes artesanos y trabajadores alemanes que vivían en París eran sensibles a esos ideales. Las ideas cooperativas, de las que se burlaba Engels, eran sostenidas entre los jóvenes artesanos parisinos por un socialista alemán de nombre Grün. Éste difundía de una manera algo tosca y en parte equivocada ciertas teorías de Proudhon; destacaba no lo que un Proudhon y un Blanc habían deseado en realidad, sino aquello en lo que se habían convertido esos planes de reforma social dentro de la cabeza de los simples obreros.

Engels cuenta que, de acuerdo con la propaganda de Grün, se debe fundar ante todo una sociedad obrera que abra unas

cuantas empresas con los ahorros de sus miembros. "Tan pronto como el capital de la sociedad aumente con las nuevas aportaciones o con los nuevos ahorros de los antiguos accionistas, se empleará en la construcción de nuevos talleres o fábricas, y así sucesivamente, hasta que todos los proletariados estén ocupados, hasta comprar todas las fuerzas productivas disponibles en el país y, en consecuencia, hasta que los capitales que poseía la burguesía hayan perdido el poder de mandar sobre el trabajo y de lucrar a sus expensas. De este modo el capital queda eliminado al encontrar 'una instancia en que el capital, o el interés [...] por así decirlo, desaparece' [...]. La gente no piensa más que en comprar por el momento la Francia entera y más tarde tal vez también el resto del mundo, gracias a los ahorros de los proletarios y a la renuncia a la ganancia y al interés de su capital. ¿Se ha concebido así alguna vez un plan famoso? [...] Y esos estúpidos jóvenes trabajadores, me refiero a los alemanes, creen en estas estupideces. Ellos, que no logran tener en el bolsillo unos cuantos centavos para reunirse en una taberna, desean comprar con sus ahorros *toute la belle France*. ¡Rothschild y compañía son verdaderos chambones al lado de estos colosales especuladores!"

Por esa época, el popular escrito de Louis Blanc sobre la *Organización del trabajo* alcanzó un éxito enorme. De 1839 a 1847 se hicieron cinco ediciones del mismo en París. En unas cuantas semanas se vendieron seis mil ejemplares de la quinta edición entre los obreros parisinos. El partido de Ledru-Rollin se apropió las ideas fundamentales de Blanc y les prometió a los trabajadores una mejor organización del trabajo, en caso de que llegara al poder. Como pudo comprobarse, durante la gran agitación de 1847 en pro de la reforma electoral, el partido democrático ya tenía gran influencia no sólo entre los obreros parisinos sino también entre los campesinos y los habitantes de las pequeñas ciudades de provincia. Ledru-Rollin y sus amigos organizaron con gran éxito algunas manifestaciones masivas aun en las ciudades pequeñas. Es totalmente exacto que el partido evitaba un aislamiento de la clase obrera parisina en relación con los campesinos y artesanos de la provincia. La agitación de los demócratas no podía usar fórmulas que espantaran y alejaran a los campesinos. Aun tomando en cuenta todo esto, se debe decir, sin embargo, que la agitación de la democracia francesa anterior a 1848 era muy confusa y sentimental. Los oradores demócratas se preocupaban de elo-

giar a los obreros, de poner en evidencia su honestidad y abnegación, de describir su miseria y de presentarse como generosos paladines del pueblo pobre. Pero era difícil deducir de los discursos de Ledru-Rollin y de sus amigos lo que el partido habría hecho realmente para ayudar de una manera concreta a sus "queridos y fieles trabajadores" en caso de que hubiera llegado al poder. Desde un punto de vista objetivo se habría podido redactar un programa para los obreros franceses que tomara en cuenta, al mismo tiempo, los intereses legítimos de los campesinos y de la clase media. Pero para esto se habría tenido que hacer un análisis de las condiciones económicas contemporáneas mejor que el que había hecho el partido de Ledru-Rollin. En los años cuarenta, el partido se llamaba también "socialista-democrático", para señalar que no apuntaba solamente a la democracia política, sino que le daba la importancia necesaria al problema social. De este modo se presenta por primera vez a la gran opinión pública política este importante binomio.

¿DEMOCRACIA SOCIAL O DEMOCRACIA BURGUESA?

En la Francia de Luis Felipe la situación era la siguiente: existía el partido de la aristocracia feudal que apuntaba a la restauración de la línea de derecha de los Borbones ya derrotada, existían los diversos partidos de la burguesía poseedora satisfecha con el gobierno de Luis Felipe, pero en parte favorable y en parte contraria al sistema de Guizot, y existía, finalmente, el partido de las masas populares, los defensores de la república democrática. Añádase a esto el bonapartismo, que representaba, más que un partido organizado, el sentimiento popular en general. Existía, sin embargo, un partido más, colocado entre la oposición burguesa fiel a la constitución por un lado, y los demócratas republicanos por el otro. Era el partido de los republicanos burgueses.

El órgano principal de los republicanos burgueses era el diario *Le national*, bajo la dirección de Marrast. El famoso escritor político de oposición, Lamartine, no pertenecía personalmente al grupo de *Le National*, pero lo apoyaba incondicionalmente en las cuestiones políticas fundamentales. Al mismo tiempo que los verdaderos demócratas encontraban su ideal en el partido de la Montaña de la gran revolución, Lamartine

y *Le National* rechazaban todo lo que recordara a los jacobinos y a los métodos de 1793 y se remontaban en cambio a los girondinos. En su célebre *Historia de los girondinos*, Lamartine presentaba por otra parte una seria crítica a la táctica de la mayoría burgués-liberal de la Asamblea nacional francesa de 1789-1791. Según Lamartine, la burguesía francesa liberal había cometido un error decisivo al principio de la revolución, al contentarse con la limitación constitucional de la monarquía. En lugar de esto, debió proclamar inmediatamente y de una manera coherente la república. La república francesa habría nacido entonces con el sello de la legalidad y del orden y no con los métodos de la insurrección y del terror. Una república ordenada, surgida de la decisión mayoritaria de la Asamblea nacional, no habría tenido necesidad de ajusticiar al rey. Semejante república habría podido evitar la guerra entre las naciones europeas o llevarla a cabo de una manera totalmente distinta. No habría llegado nunca al 10 de agosto de 1792 y a la exasperación total de las masas populares pobres, que culminó con la caída de los girondinos y con el dominio del terror.

En el fondo, Lamartine tenía razón; también la teoría del pasado y del futuro político francés presentada por *Le National* era totalmente comprensible desde el punto de vista de la burguesía poseedora. La alianza de los intereses de la burguesía liberal con los restos feudales y monárquicos no constituía un reforzamiento, sino por el contrario un grave debilitamiento. Con sus métodos ya superados, las monarquías habían exasperado cada vez más a las masas populares, habían puesto en peligro la estabilidad del orden estatal, habían preparado las revoluciones y en consecuencia habían amenazado también a la sociedad burguesa. Por temor a la república, la burguesía francesa había elegido, en 1830, como rey a Luis Felipe, pero había sufrido una amarga desilusión. Los Borbones de la rama más antigua habían quedado fuera de discusión; y ¿quién podía prever cómo terminaría una nueva aventura bonapartista? Por esto, lo mejor era que los estratos poseedores y cultos se declararan abiertamente y sin ambages en favor de la república.

Cuanto más amplia es la base de un ordenamiento estatal, tanto más sólido será éste. Si los agitadores de la insatisfacción proletaria no tenían que chocar con un rey, con un grupo de aristócratas o con un ministerio reaccionario, sino con la socie-

dad burguesa misma, sin tapujos, el peligro de la revolución era mucho mayor. En cambio el estrato rico de Francia no podía aún llegar a un realismo tan desprejuiciado: en caso de existir la república no se podría evitar el sufragio universal y, desde el momento que es obvio que existen más pobres que ricos y en la república la representación popular es omnipotente, el poder terminaría en manos de las masas pobres exasperadas. Éstas no se contentarían nunca con reformas políticas, sino que llevarían la cuestión social hasta sus últimas consecuencias, consecuencias que no podían ser menos que espantosas. Así pues, era mejor todavía confiar en una cierta autoridad tradicional en el estado, mantener una monarquía constitucional y un derecho de voto limitado, y precaverse del peligroso experimento de la república y de sus consecuencias.

Con estas consideraciones, la inmensa mayoría de la burguesía poseedora francesa permanecía en la oposición constitucional monárquica de un Thiers. El partido del *National* se componía en términos generales de intelectuales y pequeños comerciantes, que deseaban el derecho de voto y esperaban que la república les diera una política fiscal más beneficiosa, y otras cosas por el estilo. En tiempos de paz, el partido del *National* no tenía una importancia particular, no obstante el interés que promovía el brillante diario. En efecto, ni los estratos determinantes de los detentadores del capital, ni los obreros se identificaban con esta tendencia. Pero en una situación revolucionaria, el partido de los republicanos burgueses pudo volverse sumamente importante, como extrema izquierda entre todos los defensores de la propiedad privada. Bajo el partido del *National* se pudieron reunir después, como bajo un escudo, todos los estratos poseedores para defenderse del asalto de las masas radicales.

En 1847, el partido del *National* tuvo que sostener una violenta polémica con el de *La Réforme*. En esta ocasión, tanto la dirección del *National* como Lamartine, reivindicaron para sí el nombre de "demócratas". Declararon que ellos eran los verdaderos demócratas, los representantes de la democracia ordenada y razonable, mientras que alrededor de *La Réforme* se reunían únicamente los "demagogos" y los "ultrademócratas". El debate entre los dos diarios republicanos de París es sumamente importante desde el punto de vista histórico; con él empieza en Europa el divorcio entre la democracia burguesa liberal más reciente y la democracia más antigua del pueblo

pobre. El debate de los dos diarios y de los dos partidos giraba alrededor de dos puntos principalmente: la táctica y el problema social. Si *La Réforme* rechazaba en su lucha contra el gobierno cualquier alianza con la oposición monárquica, cualquier consideración al respecto, los del *National* buscaban, en lo posible, un acercamiento a Thiers. *Le National* sostenía todavía de una manera incondicional la conservación de la propiedad privada, al mismo tiempo que *La Réforme* simpatizaba, sin comprometerse demasiado, con las modernas orientaciones socialistas. *Le National* escribía, por ejemplo, en un artículo publicado hacia fines de 1847, refiriéndose a *La Réforme*:

“Ustedes hablan de aspiraciones indefinidas, de teorías y sistemas que se desarrollan en el pueblo. Y nos critican porque atacamos abiertamente estas aspiraciones comunistas. Digan abiertamente si están a favor o en contra del comunismo. Nosotros declaramos en voz alta: no tenemos nada en común con los comunistas, con esa gente que niega la propiedad, la familia, la patria. El día de la lucha no combatiremos al lado sino en contra de estas execrables aspiraciones [...] ¿Y ustedes creen que el pueblo está con ustedes? ¿El pueblo aboliría la poca propiedad que ha ganado con el sudor de su frente, la familia y la patria? ¿Creen ustedes que el pueblo se dejará convencer de que da lo mismo que Austria nos aplaste bajo su despotismo o que las potencias despedacen a Francia?”

En Francia todavía ninguno entendía por “comunismo” las teorías de los jóvenes publicistas alemanes Marx y Engels, sino los sistemas más antiguos e ingenuos de un Babeuf y de un Cabet. Era fácil deshacerse de las teorías infantiles de igualdad universal y de la distribución universal de los bienes. En *Le National* y en Lamartine, se ocultaban sin embargo bajo estas polémicas la animadversión hacia cualquier cambio social serio. En este sentido *La Réforme* respondía:

“Nosotros no somos comunistas, precisamente porque el comunismo no se preocupa de las leyes de la producción, porque no se preocupa de que se produzca en cantidad suficiente para la sociedad entera. Sin embargo, las propuestas económicas de los comunistas están más cerca de nosotros que las del *National*, que aceptan sin ambages la actual economía burguesa. De aquí en adelante defenderemos a los comunistas contra la policía y contra *Le National*, porque les reconocemos por lo me-

nos el derecho a la discusión, y porque las doctrinas que provienen de los obreros mismos son dignas siempre de atención.”

En el transcurso de la discusión entre los dos partidos republicanos, se llegó también a una discusión sobre el conflicto y la lucha de clase. Garnier-Pagés, orador de la tendencia del *National*, aseguraba que no existía de hecho una oposición de clase entre los burgueses y los obreros. Para él, en Francia sólo había franceses con iguales derechos. La oposición de clase es sólo una mala invención del presidente de los ministros, Guizot, para dividir al pueblo francés. Cuando en 1847, Garnier-Pagés sostenía este discurso no sabía nada evidentemente de la existencia de Karl Marx; y mucho menos hubiera podido inculparlo de haber inventado la mala lucha de clases, para incitar al proletariado.

En Francia, todos los políticos serios de la burguesía, que habían aprendido la lección de la gran revolución y del desarrollo posterior, tenían, en realidad, ideas muy claras sobre la cuestión de las clases. Estos hombres, que muchas veces defendían el poder de la burguesía poseedora, podían comprender plenamente la cuestión de las clases, de la misma manera exactamente que sus adversarios socialistas y demócratas. No es casual que estadistas conservadores del siglo XIX como Metternich y Bismarck hayan sido capaces precisamente de tratar el problema de una manera absolutamente clara y precisa. El liberalismo de izquierda percibía, por el contrario, el problema de las clases como una perturbación, ya que esta “democracia” burguesa-liberal podía existir únicamente si se negaba frente a la burguesía poseedora la diversidad esencial de los obreros, y ante los obreros la diversidad esencial de los capitalistas. Guizot, que no sólo era un político burgués-conservador, sino también un notable historiador, comprendía mucho mejor que la redacción del *National* la lucha de clases.

Ninguno puede apropiarse la patente de un nombre de partido político, y así como en el transcurso de los últimos cien años existió una marea de las más diversas corrientes del socialismo, así también el nombre “democrático” está a disposición de todos para su uso libre. Si en ese tiempo el ala izquierda republicana de la burguesía se atribuía a sí misma, en Francia, el calificativo de “democrática” estaba en su derecho de hacerlo. Reviste, sin embargo una suma importancia histórica el hecho de que en esa época amplios círculos políticos europeos consideraran la pretensión de los señores del *National*

de llamarse demócratas como una presunción. Ledru-Rollin le pidió expresamente a la corriente del *National* que se sometiera a un tribunal democrático arbitral común, que debía estar compuesto en partes iguales por amigos de *La Réforme* y por partidarios de *Le National*, y que debía decidir cuál de las dos corrientes desarrollaba la política democrática correcta.

La *Deutsche Brüsseler Zeitung*, órgano de los demócratas revolucionarios alemanes en el exterior participó también en el debate y escribió: "En el juicio de desaprobación al *National*, *La Réforme* sólo manifiesta, por lo demás, la opinión que hace tiempo formularon la democracia alemana, inglesa y belga, y en general toda la democracia fuera de Francia."

Los demócratas de la corriente más antigua, los representantes del pueblo pobre en su lucha contra la aristocracia y el capital, en el momento de la explosión de la revolución de 1848 no querían reconocer como "democrática" al ala izquierda del liberalismo burgués. Tan viva estaba todavía la idea de la democracia revolucionaria inspirada en 1793.

LOS CARTISTAS INGLESES

Mientras en Francia la democracia tenía, bajo el reinado de Luis Felipe, una gran fuerza y contaba con una inminente revolución victoriosa, también en Inglaterra se había formado un partido democrático de masa. Era el partido de los cartistas que desde 1847 iba adquiriendo un influjo cada vez más grande entre los obreros y que muy pronto constituiría un movimiento de millones de partidarios. Dentro de su desarrollo económico la Inglaterra de entonces era con mucho el país más desarrollado del mundo. A partir de 1760 había comenzado la gran revolución industrial que creaba por primera vez la industria mecánica moderna y un gran proletariado industrial. La historia de la democracia inglesa es, sin embargo, absolutamente negativa entre 1760 y 1860. En el transcurso de todo este siglo se presentó en Inglaterra un estado de miseria ampliamente difundido entre las masas trabajadoras de la ciudad y del campo; la rabiosa desesperación de las masas chocaba frecuentemente con el orden político y social existentes. El ejemplo de la gran revolución francesa había tenido sus efectos también en Inglaterra, reforzando entre los obreros

y los estratos cultos la oposición al sistema existente. Repetidas veces, personalidades aisladas y grupos enteros de la opinión pública inglesa habían reclamado enérgicamente, aunque sin éxito, una reforma democrática radical. Durante todo este siglo el poder político permaneció firme y sin perturbaciones en las manos del estrato superior de la burguesía poseedora y de sus amigos aristócratas. A lo largo de esos cien años, el orden estatal dominante no se vio en ningún momento en peligro, a pesar de la insatisfacción de las masas y a pesar de los sangrientos encuentros aislados.

No es cierto que cuando un país se desarrolla económica y socialmente con mayor rapidez "madura" también más pronto para la revolución. El trastocamiento del orden político no llega cuando un país ha experimentado un desarrollo particular desde el punto de vista económico y social, sino sólo cuando se manifiesta una profunda contradicción entre el orden político y las fuerzas sociales que presionan. En Francia, la burguesía tenía la dirección económica desde la época de Luis XIV. Pero debió someterse todavía durante un siglo a la tutela política de una aristocracia incapaz y retrógrada, antes de que la contradicción entre la organización pública y la social se volviera tan aguda que desembocara en la revolución de 1789. En las trece colonias de los Estados Unidos estaba en proceso de formación una poderosa nación burguesa, que sin embargo se veía obstaculizada en todos sus avances por un gobierno extranjero cuyos intereses no coincidían con los propios. También en este caso la revolución debía romper el nexo que se había vuelto insoportable.

En Inglaterra el poder político de la burguesía poseedora estaba sólidamente fundamentado desde la época de la revolución victoriosa de 1688. Ya no existía la oposición política entre la nobleza feudal y monárquica por un lado y la burguesía capitalista por el otro, oposición que afectaba a los estados del continente. En Inglaterra la aristocracia estaba íntimamente ligada con la burguesía. La nobleza participaba en las empresas comerciales de la burguesía, dirigía sus partidos políticos, y en cierto modo estaba a la cabeza de la sociedad burguesa. Después de 1688, un movimiento democrático de masa no podía dirigirse, en Inglaterra, sólo contra el rey o la aristocracia. Todo el mundo sabía que la abdicación del rey o la misma dimisión de la Cámara de los Lores no habría cambiado mucho las condiciones existentes. La fuerza de la

vida pública inglesa se hallaba en la Cámara de los Comunes, en la que había muchos aristócratas, pero que representaba los intereses de la burguesía poseedora. Allí, un trastocamiento político no debía apuntar, en consecuencia, contra un monarca impopular, contra los privilegios de la nobleza o contra un ministerio reaccionario, sino contra la sociedad burguesa.

En Inglaterra, la burguesía fue siempre la que encarnó el progreso social y técnico, en el siglo comprendido entre 1760 y 1860. Por grande que fuera la miseria de amplios estratos populares, todos los años se podía comprobar que muchas nuevas fábricas se abrían, que se construían muchas casas nuevas y que aumentaba mucho el comercio exterior. Cada vez que una crisis interrumpía el desarrollo económico, empezaba, sin embargo, un nuevo período de creciente actividad económica. Las instituciones políticas del país estaban totalmente de acuerdo con el desarrollo social y cuando se producía algún desequilibrio, se corregía prontamente. La reforma electoral de 1832 fue una de estas correcciones: les asignó a los industriales un influjo político de acuerdo con su importancia económica. Esta reforma electoral no significó sin embargo ningún progreso en el camino hacia la democracia. Después de 1832, la gran masa de la población trabajadora estaba excluida de los derechos políticos del mismo modo que lo estaba el objetivo más importante de su agitación.

La idea básica coincidía exactamente con la de los movimientos políticos correspondientes que sacudían en esos años a Francia: la gran mayoría del pueblo estaba constituida por no poseedores. El sufragio universal le entrega a la masa pobre el poder político. Sólo cuando el pueblo pobre tenga en sus manos el poder político, podrá utilizarlo también para llevar a cabo todo lo que se necesita en el ámbito social. Al considerar todo esto, la aplastante mayoría de la burguesía inglesa rechazaba sin titubeos el sufragio universal y se apega tenazmente al sistema electoral de 1832. Los cartistas por el contrario representaban esencialmente los intereses del proletariado industrial.

En las agitaciones cotidianas, los cartistas sostenían las exigencias de los trabajadores ante los empresarios. Llamaban la atención sobre los salarios miserables, sobre los tiempos de trabajo excesivamente prolongados, sobre las condiciones indignas de trabajo en las que se mantenía en esa época al proletariado. Recordaban la arrogancia y las ganancias de la clase

dominante, y les aseguraban a las masas que todo esto cambiaría tan pronto como los trabajadores obtuvieran el derecho de voto. Sus discursos de agitación no permitían, sin embargo, comprender con mucha claridad cómo sería en realidad la nueva sociedad después de la victoria cartista. Dentro de sus defectos y de sus limitaciones, los cartistas constituían un verdadero partido democrático de tipo antiguo. Su buen corazón y su amor por el pueblo pobre debían suplir su falta de claridad económica. Cuanto más indeterminada era la situación que se produciría en Inglaterra después de la victoria de los cartistas, tanto más inquietante resultaba para sus amigos y enemigos. No sólo la clase de los capitalistas, sino también las clases medias estaban convencidas de que la victoria de los cartistas provocaría algo parecido a la invasión de los bárbaros en el imperio romano: caos, rapiña, muerte, despojo de toda propiedad grande o pequeña por parte de los elementos rojos y sin control. Se imaginaban todo esto más o menos en la misma forma en que *Le National* parisino describía a la gente común y corriente aterrorizada por una victoria del "comunismo".

Para un partido socialista u obrero que no sabe con certeza lo que quiere, siempre es extremadamente peligroso que amplios estratos populares se vean inducidos a creer que no se trata de una organización social mejor de la industria, sino de una anarquía bárbara. Cuando la gente se mete en la cabeza que la victoria de la revolución destruiría sus bienes y sus planes, la revolución no puede obtener la victoria. Una revolución democrática o socialista encuentra una resistencia tan apasionada no sólo en la clase superior, sino también entre toda la clase media y entre los hombres que tienen algo que defender en el orden de su hogar y en sus costumbres familiares, que resulta imposible una victoria. Los peores enemigos del movimiento democrático y socialista son los elementos aventureros y subproletarios que se les unen. Es igualmente peligrosa la idea vaga de que después de la victoria del movimiento radical podría llegar el fin del mundo.

En Inglaterra, la sociedad burguesa estaba decidida a defenderse del cartismo hasta sus últimas consecuencias, y los obreros ingleses no estaban preparados ni intelectual ni organizativamente para la gigantesca tarea de sustituir la sociedad burguesa todavía en ascenso con un orden nuevo. De este modo el partido cartista, a pesar de que movilizaba millones de

hombres en favor de una nueva "carta", la constitución popular con sufragio universal, no realizaba ningún adelanto positivo. Cuando los planes de reforma social de los cartistas se traducían en algo práctico, se desenvolvían dentro del marco de las cooperativas, usual en ese tiempo. El presidente del partido cartista, O'Connor, fundó una gran cooperativa agrícola. El capital y el terreno debían adquirirse con los ahorros de los miembros para dar ocupación a los desempleados. De esta manera se trataba de arrebatarles a los industriales el ejército de reserva de los no ocupados, cuya existencia mantenía bajos los salarios, creando al mismo tiempo en Inglaterra un estrato de pequeños campesinos democráticos.

Era ciertamente una idea alentadora, pero de una ingenuidad conmovedora como medio para la solución del problema social en un país con la industria más avanzada del mundo. ¿Cómo podían los proletarios ingleses mal pagados reunir con sus escasos ahorros sumas tan grandes que trastocaran la industria y la economía rural? En enero de 1848 los cartistas hicieron una manifestación masiva en Londres en la que entre otros un eminente líder del partido, Harney, expuso los objetivos del movimiento de esta manera: "Para el pueblo la tierra, para todo hombre su casa, para todo hombre su voto, para todo hombre su arma". En una síntesis eficaz de las metas populares de la democracia tradicional, pero es un programa más bien modesto para el partido obrero de un gran país industrial, porque no toma en cuenta la situación real de la economía y de la sociedad. Cada una de las consignas de Harney podría constituir un buen programa, por ejemplo, para los grandes campesinos conservadores de Suiza.

Antes de 1848 un movimiento democrático separado de la burguesía capitalista liberal era posible ante todo en los países europeos en los que la burguesía ya detentaba el poder. Tal era el caso de Inglaterra, de Francia, de los pequeños países de Bélgica, de Holanda y de Suiza. Bélgica se había separado del reino de Holanda, en 1830, por medio de una revolución típicamente burguesa. Después de esto se estableció una moderna monarquía parlamentaria. Junto con el extraordinario desarrollo industrial de Bélgica creció el número de los obreros que no gozaban de derechos políticos, que se oponían con un movimiento democrático a los capitalistas en el poder. La cercana Holanda sólo tenía una modesta industria en comparación con Bélgica. En aquella dominaba el ca-

pital financiero y comercial. En Holanda, el número de los obreros era pequeño y en consecuencia no se produjo ningún movimiento democrático de consideración antes de 1848. Más adelante hablaremos específicamente de la historia singular e importante de la democracia en Suiza.

En los países europeos en los que todavía dominaba el absolutismo feudal se constituyó una unidad natural entre la burguesía y los estratos populares más pobres contra la aristocracia feudal y la burocracia. Ésta era, por ejemplo, la situación de Prusia y de Austria. En los países en los que además de esto debían soportar también el dominio extranjero, como Polonia, Italia y Hungría, se abría un frente unitario todavía más amplio en la lucha por la patria y la independencia. Este frente comprendía los estratos populares más pobres, la burguesía y la nobleza patriótica.

En aquellos lugares en los que todavía dominaba el feudalismo, se formó con mucha facilidad un movimiento democrático particular después de las revoluciones desafortunadas, donde la acción de la lucha revolucionaria había puesto más claramente en evidencia la diversidad de las distintas clases. Esto fue lo que sucedió en Polonia durante la gran insurrección de 1830 contra el dominio ruso. En Polonia no existía todavía, como es natural, una burguesía de tipo europeo-occidental, pero entre los patriotas el partido de la aristocracia, que defendía totalmente los privilegios históricos de la nobleza, se distinguía de un movimiento democrático que aspiraba a la libertad de los campesinos. La democracia polaca o bien el partido amigo de los campesinos dirigieron la insurrección de Cracovia en 1846. Sin embargo, la tentativa de librar a Polonia partiendo de Cracovia falló en forma total y en esa ocasión Austria eliminó la pequeña república independiente de Cracovia.

En Italia, la sociedad secreta de los carbonarios guiaba, desde el principio del siglo, el movimiento nacional de liberación. Los carbonarios eran un partido exclusivo de la burguesía culta y de la nobleza patriótica. Sólo mostraban un escaso interés por las necesidades de las amplias masas populares. En 1820 y en 1821, los carbonarios dirigieron las revoluciones de Nápoles y del Piamonte, y en 1831, la insurrección de Italia central. Todos estos movimientos terminaron en un rotundo fracaso e Italia permaneció bajo el dominio extranjero de Austria, aliado con los pequeños estados. La evidente falta de organización de los carbonarios condujo, después de la de-

rrota de 1831, a la formación de un partido democrático dirigido por Mazzini. Los amigos de Mazzini se dirigieron a las masas del pueblo pobre: en una revolución popular general, todo el pueblo armado debía expulsar el dominio austriaco junto con las pequeñas dinastías y fundar la república democrática. También Mazzini, con su amor entusiasta por el pueblo sencillo y sus ideas ético-religiosas, era un típico representante de la antigua democracia. En el ámbito social tenía ideas cooperativistas confusas, aunque en Italia por lo menos la cuestión agraria, o sea, la oposición entre los grandes propietarios del suelo y los pequeños rentistas oprimidos, desembocó en una solución unívoca.

En Alemania todavía no se habían desarrollado las relaciones políticas. La burguesía alemana se había apropiado de todas las conquistas técnicas de los países occidentales, las máquinas, los ferrocarriles, las naves de vapor, etc. El proletariado industrial estaba creciendo de una manera especial en Prusia y algunas veces se levantaba espontáneamente contra sus condiciones de vida miserable, como en la famosa insurrección de los tejedores de Silesia. Aunque en el escenario político de Alemania todavía se desarrollaba de manera exclusiva la lucha de la burguesía liberal contra la monarquía feudal dominante. En el congreso del parlamento unido de 1847 se produjo un paralelo de la convocatoria de los estados generales franceses de 1789 y también la premisa de la revolución burguesa alemana.

En el interior del amplio frente del liberalismo alemán existían diferencias de táctica y de temperamento. Había defensores de la república y de la insurrección popular, al mismo tiempo que la burguesía poseedora en general prefería el camino constitucional y una monarquía constitucional. El desarrollo de una división política clara y real entre el liberalismo de la burguesía poseedora y la democracia del pueblo pobre dependía, no obstante, del curso que siguiera una futura revolución. También el pequeño grupo de los comunistas demócratas alemanes, que antes de 1848 trabajaba en el exterior bajo la guía de Marx y Engels, sólo veía al principio en Alemania la posibilidad de una revolución burguesa-liberal y les daba a sus partidarios la consigna de apoyar con todos los medios a la burguesía en su lucha contra el feudalismo. El segundo acto de una revolución democrático-proletaria se encontraba en Alemania todavía muy lejano.

En la Europa de 1847, por ejemplo, había madurado una situación en la que las masas democráticas combatían contra los burgueses liberales en el poder, o la burguesía liberal combatía contra el feudalismo dominante, o también las naciones oprimidas combatían contra los gobiernos extranjeros. Sucedió que todas estas distintas corrientes se reunieron en una revolución internacional europea única. El futuro de la democracia europea dependía también de la victoria o del fracaso de esta inminente revolución europea.

II. DEMOCRACIA Y MARXISMO 1845-1895

MARX Y ENGELS EN LA VÍSPERA DE LA REVOLUCIÓN DE 1848

En los años de 1846 y 1847, el movimiento democrático internacional se vio reforzado por dos excepcionales jóvenes revolucionarios alemanes, Karl Marx y Friedrich Engels. Debido a sus ideas, ambos se habían escapado de la persecución de la policía alemana y trabajaban ahora en el exterior, en Francia, Inglaterra y Bélgica. Se calificaban como comunistas porque querían sustituir la propiedad capitalista con una forma distinta de sociedad basada en una economía común, pero al mismo tiempo se declaraban demócratas porque esperaban realizar sus objetivos por medio de una gran revolución democrática. En julio de 1846, Marx y Engels le dirigieron desde Bruselas a nombre de un grupo de emigrados alemanes, una declaración de aliento y adhesión al líder de los cartistas ingleses, O'Connor. El mensaje se imprimió en la hoja cartista *The Northern Star*. Llevaba la firma: "Por los comunistas democráticos alemanes de Bruselas, el Comité: Engels, Ph. Gigot, Marx. Bruselas, 17 de julio de 1846." "Comunistas democráticos" es una combinación que en la actualidad parece muy rara, pero que entonces era absolutamente normal para cualquier militante revolucionario. Ph. Gigot, cuyo nombre se coloca con tanta audacia entre Marx y Engels, no era un alemán, sino un demócrata belga.

Marx y Engels le proporcionaban por primera vez al movimiento democrático una comprensión real y completa de su tiempo. Se ha señalado muchas veces cuáles eran las ideas tan infantiles y atrasadas acerca del desarrollo económico-social del mundo en que estaban atrapados los líderes democráticos de todos los países antes de 1848. En el campo de la crítica social, el producto más significativo aparecido hasta entonces en el sector democrático es sin duda el libro de Louis Blanc sobre la organización del trabajo. En cuanto a la descripción de la situación de los obreros franceses de esa época, los escritos de Louis Blanc son excelentes. Blanc es un maestro cuando

describe las necesidades del proletariado francés y sus condiciones dentro del estado y dentro de la sociedad francesa, pero no resulta tan seguro cuando se refiere al exterior o a la historia de las épocas pasadas, y cuando se ocupa de los problemas generales del desarrollo económico y social resulta francamente infantil.

Louis Blanc descubre la raíz de todos los males en la competencia que arruina tanto al trabajador como al burgués. Los trabajadores compiten recíprocamente en el mercado de trabajo, de tal manera que el empresario puede procurarse la fuerza de trabajo lo menos cara posible, puede reducir los salarios a su arbitrio y condenar a los desocupados a la miseria. Por otro lado, la libre competencia hace que el gran empresario desplace a los pequeños y alcance finalmente un poder monopolista. La competencia es también la que agudiza cada vez más el contraste entre los pueblos y crea continuamente nuevas guerras. La competencia con los demás pueblos fue la verdadera fuerza de la política inglesa de los últimos dos siglos. Louis Blanc está convencido, por lo tanto, de que sólo sus cooperativas, establecidas y dirigidas por el estado, pueden vencer la competencia, mal fundamental de la humanidad.

La crítica de la libre competencia, hecha por Louis Blanc, es cierta en gran parte. Pero al considerar únicamente la competencia se aleja completamente de la comprensión de la esencia de su propia época en relación con los períodos anteriores de la historia humana. La libre competencia, en efecto, y la correspondiente rivalidad entre los individuos y entre los estados es tan antigua como el comercio burgués. La competencia ya dominaba en la antigüedad la oposición entre Atenas y Corinto, entre Roma y Cartago, en la Edad Media entre Génova y Venecia, entre las ciudades hanseáticas y las holandesas, etc. La condena generalizada de la competencia tal como la presenta Blanc no es más que la condena de la voluntad de poder y del impulso a la ganancia y a la actividad que son propios de cada uno de los hombres y de cada una de las comunidades humanas. No es más que la antigua crítica utopista de la propiedad privada y del egoísmo en cuanto fenómenos perniciosos que la humanidad debería abolir para alcanzar una forma moral de vida más elevada. Semejante propaganda a favor del socialismo utopista, tal como se encuentra realmente presente en la filosofía económica de Louis

Blanc, provoca inmediatamente la propaganda opuesta de los defensores liberales de la propiedad privada: la felicidad del individuo, la existencia de la familia, de la cultura y del estado dependen de la propiedad privada, etc. Esta polémica se sostuvo en Europa casi durante dos milenios, desde el tiempo de los antiguos sofistas griegos hasta el siglo XIX, sin llegar a resultados prácticos serios. Existe una forma de vida humana en que los males de la libre competencia se han limitado drásticamente, si es que no se han abolido completamente: la organización corporativa del trabajo artesanal. Las leyes corporativas se preocupaban de que cada artesano y pequeño comerciante produjera y ganara aproximadamente lo mismo que su colega. Cuando en ese mismo período la economía agrícola contaba con su hermoso orden heredado del pasado, ninguno tenía que preocuparse, cada uno hacía su trabajo del mismo modo que sus padres y se iba a dormir tranquilo. Viéndolo bien, la lucha contra la competencia como mal en sí es, por lo tanto, sólo una reacción corporativa. Es la protesta de la gente pequeña espantada por el desarrollo moderno contra las terribles sacudidas de los nuevos tiempos.

Las cooperativas exigidas por los críticos sociales demócratas del siglo XIX no han sido más que un renacimiento de las corporaciones bajo una forma moderna, y por lo mismo, un experimento utópico sin salida. La agitación de un Louis Blanc era, a grandes rasgos, lo que el obrero europeo de 1848 quería oír, pero después de la victoria de la revolución democrática se podía producir un daño incalculable si se intentaban poner en práctica los programas de Louis Blanc. Si las cooperativas que se crearían después no resultaban adecuadas, la democracia y el socialismo se desacreditarían. Pero existía otro peligro tal vez más grave: en el momento en que llegaran al poder los socialistas de las cooperativas y sus aliados demócratas, intentarían poner inmediatamente en práctica sus experimentos, concentrando en este objetivo todas sus fuerzas y olvidándose de la burguesía, que seguiría existiendo, no obstante, aún después de la victoria de los demócratas, hasta que los golpes de la contrarrevolución los hiciera bajar de nuevo a la realidad.

Marx y Engels fueron los primeros demócratas que se liberaron completamente de estas ilusiones y de este gusto por los experimentos abstractos. Comprendían su tiempo porque se habían apropiado de todo lo que los pensadores guía de la

burguesía tenían que decir sobre su propia clase. Los economistas ingleses y los filósofos alemanes habían comprendido perfectamente la esencia de la sociedad burguesa moderna. Marx y Engels, al poner las doctrinas de un Ricardo y de un Hegel al servicio de la revolución democrática, habían descubierto los fundamentos teóricos de los que carecían totalmente un Louis Blanc, un O'Connor, o un Mazzini.

Para Marx y Engels, la revolución industrial del siglo XVIII era el hecho más importante del desarrollo moderno. La burguesía moderna había amasado enormes riquezas con la política colonial, el comercio mundial, el sistema bancario moderno y las deudas del estado. Al mismo tiempo, el desenvolvimiento del viejo orden feudal y de las relaciones agrarias tradicionales había desarraigado grandes masas de hombres, arrancándolos de la tierra y concentrándolos en las ciudades. En el siglo XVIII, al superar los viejos métodos de la manufactura, la burguesía rica se había apoderado de la técnica de las máquinas; los nuevos medios de producción esenciales para la sociedad, por ejemplo, se encontraban en manos de una pequeña minoría, en tanto que la gran masa de los hombres empobrecidos y expropiados se veía obligada a trabajar en las máquinas de los capitalistas.

De este modo nacía la burguesía moderna. El capital industrial se volvió decisivo para la nueva época, el antiguo capital comercial y bancario debió someterse al ritmo y a las exigencias de la industria moderna. En el *Manifiesto comunista* aparecido en 1848, Marx y Engels hablan de un dominio cuasi secular de la burguesía moderna: hacen sus cuentas aproximadamente desde la victoria de la revolución industrial de Inglaterra entre 1750 y 1760. A lo largo de este período la burguesía moderna transformó la faz de la tierra. Realizó el milagro de la técnica y de la organización frente a la cual palidecen todas las producciones de los períodos anteriores. Entre los grandes estados existentes a principio de 1848, la burguesía moderna ya cuenta con un influjo político decisivo en Inglaterra, en Francia y en los Estados Unidos. En Alemania, la burguesía industrial está próxima a tomar el poder y también en los demás países crece constantemente su poderío.

Según Marx y Engels, la burguesía moderna tiene la tarea de expulsar de todas partes los restos del atraso feudal, agrario y pequeñoburgués. En todas las luchas que la burguesía debe sostener, no sólo contra la nobleza feudal, la monarquía,

la iglesia, la burocracia, sino también contra el carácter limitado tradicional de los campesinos y de la pequeña burguesía, Marx y Engels se colocan incondicionalmente al lado de la burguesía. Esta última representa el progreso social, frente a dichos enemigos. Según Marx y Engels, todo país civilizado debe alcanzar ante todo la etapa del capitalismo y del dominio de la burguesía, antes de que se puedan alcanzar otros progresos. En aquellos lugares en que todavía domina el feudalismo, como en Alemania por ejemplo, los comunistas tienen la tarea de ayudar a la burguesía en la conquista del poder. La revolución democrático-proletaria sólo podía seguir a la burguesa como un segundo acto del gran desarrollo histórico.

La burguesía moderna, al reunir en sus propias manos una cantidad creciente de medios de producción, al expropiar las masas de pequeños propietarios y al reducirlas al nivel de asalariados sin propiedad, prepara sin embargo su propia caída. Según Marx, la burguesía crea por una necesidad natural el proletario moderno que la sepultará. Marx y Engels ya no utilizan la palabra "proletario" en el sentido genérico de la antigua democracia, sino referida específicamente al prestador de trabajo en la moderna industria de las máquinas. La masa creciente de los hombres expropiados, desarraigados, arrancados de todo nexo histórico debe considerar a la revolución y a la caída del capitalismo como su única salvación. De este modo, según Marx y Engels, los proletarios de la industria se convierten en los verdaderos portadores de la revolución democrática.

Marx y Engels no piensan de hecho en atacar la propiedad privada con argumentos morales a la manera de los socialistas utopistas. No se lamentan del egoísmo humano y de los males de la libre competencia. No atacan la propiedad en sí, sino sólo una forma históricamente determinada de la propiedad privada, propia de su tiempo. Del mismo modo que la propiedad feudal de los grandes terratenientes se convirtió poco a poco en un peso insostenible para la masa de los hombres dependientes, la concentración de los medios de producción industrial en las manos de unas pocas personas privadas es, para los pueblos modernos, un mal de la peor especie. Todos los progresos que lleva consigo el capitalismo moderno son puestos continuamente en duda por las crisis que con una regularidad periódica sacuden a la sociedad moderna. Cada

crisis significa para los millones de trabajadores y para los estratos medios una miseria sin fin. Sólo cuando quede eliminada la propiedad privada capitalista de los medios de producción socialmente importantes y la comunidad administre por sí misma los medios de producción necesarios, la humanidad podrá, según Marx, librarse de estos males.

La aceptación de las doctrinas de Marx habría significado para la democracia librarse de toda ilusión pequeñoburguesa y de toda concepción atrasada. Los partidos demócratas se habrían dado cuenta de la necesidad de la industria moderna centralizada y, una vez en el poder, habrían renunciado a los experimentos pequeñoburgueses y cooperativistas, equivocados. Marx y Engels no afirmaron nunca que la destrucción del capitalismo moderno se podía llevar a cabo de un solo golpe. Y trazaron también programas para una transición gradual de la economía privada a la economía colectiva. El punto de partida de todo el desarrollo sólo podría ser, sin embargo, la victoria de la revolución democrática.

Marx y Engels empezaron su propaganda entre los trabajadores alemanes que vivían en el exterior. Organizaron unos centenares de trabajadores alemanes en Londres, París y Bruselas. Ésta fue la base de la Liga de los comunistas, que a principios de 1848 publicó su programa, el *Manifiesto comunista*. Hubiera sido verdaderamente ridículo que Marx y Engels desearan emprender una acción cualquiera en algún país del mundo con su pequeño núcleo de comunistas organizados. Marx y Engels eran políticos muy clarividentes y realistas como para poder entregarse aunque fuera por un solo instante a semejante fantasía. No obstante, sus escritos de los años anteriores a 1848 expresan la firme confianza en la gran revolución inminente. Esta revolución, sin embargo, no debía llevarse a cabo por parte de una cuantas uniones comunistas, sino por el gran movimiento de millones de hombres de la democracia europea. Los comunistas debían colaborar en el ámbito de los partidos demócratas y esforzarse por influir en que la revolución democrática siguiera la dirección correcta.

Para Marx y Engels, el movimiento democrático era también en su conjunto una coalición de los obreros, de los campesinos y de los pequeñoburgueses. Pero dentro de esta coalición, el proletariado debía tomar necesariamente la dirección. Dada su situación particular de clase, sólo los obreros industriales eran capaces, en efecto, de librarse de todas las in-

certidumbres e ilusiones de que eran víctimas los pequeños burgueses. Cuando más avanzaba el movimiento democrático, tanto más debía aceptar la dirección proletaria. Si los comunistas eran capaces de darles a los obreros las consignas en el transcurso de la revolución, podían también, a pesar de su reducido número, determinar el ritmo y el ordenamiento de la revolución democrática. Si no se toma en cuenta el movimiento democrático masivo de los años 1846-1847, toda la doctrina marxista de la revolución se presenta carente de sentido. Sería como especular sobre el mejor modo de navegar sin disponer de agua.

El *Manifiesto comunista* deduce de las condiciones generales de ese período observaciones sobre la táctica de los comunistas, que serían casi incomprensibles para los partidos socialdemócratas o comunistas de la actualidad. Marx y Engels escriben en el *Manifiesto comunista*: "Los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros. No tienen intereses que los separen del conjunto del proletariado [...] Prácticamente, los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario."

Los cartistas democráticos ingleses constituían el único partido obrero verdadero existente en ese entonces en Europa. Marx y Engels no tenían por lo tanto la intención, aun cuando tuviera éxito su propaganda, de enfrentar su propio partido al partido cartista. Los marxistas ingleses debían trabajar en las filas de los cartistas.

En el *Manifiesto comunista* se dice además muy claramente: "En Francia, los comunistas se suman al Partido socialista democrático contra la *burguesía* conservadora y radical, sin renunciar, sin embargo, al derecho de criticar las ilusiones y los tópicos legados por la tradición revolucionaria".

El Partido socialista democrático era el partido de Ledru-Rollin y Louis Blanc. En Francia no se debía intentar ante la inminencia de la revolución fundar un partido comunista, sino que los marxistas debían seguir al partido de Ledru-Rollin del mismo modo que lo seguían las masas del proletariado francés. En el *Manifiesto comunista* se dan indicaciones parecidas para los demás países. Se dice, por lo tanto: "En resumen,

los comunistas apoyan por doquier todo movimiento revolucionario contra el régimen social y político existente. En todos estos movimientos ponen en primer término, como cuestión fundamental del movimiento, la cuestión de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos desarrollada que ésta revista."

En vísperas de la revolución de 1848, Marx y Engels estaban muy lejos de dividir de cualquier modo las fuerzas democráticas. Recomendaban, por el contrario, en todas partes la más elevada unidad en la táctica de los revolucionarios, aun en las filas de la democracia, en los países en que estaban todavía en juego las revoluciones burguesas y nacionales.

Marx y Engels se esforzaron en todas las partes del exterior por estar en relación con los movimientos democráticos. En 1847, por ejemplo, se constituyó en Bruselas una unión democrática en la que el jefe de la democracia belga se encontraba al lado de eminentes emigrados. El presidente honorario era un viejo radical belga, el general Mellinet, el presidente en funciones era el abogado demócrata belga Jottrand y el vicepresidente Karl Marx. Al pie de los manifiestos de la unión democrática de Bruselas, redactados en un tono absolutamente característico de la democracia histórica, basada en la libertad, igualdad, fraternidad, etc., se encuentra tranquilamente el nombre de Marx junto con los demás líderes locales democráticos. Para Marx lo importante, en ese momento, era únicamente el movimiento revolucionario en su conjunto, y no la cualidad teórica de cada una de sus manifestaciones cotidianas.

Cuando Engels llegó a París en octubre de 1847, buscó a Louis Blanc y lo informó sobre la situación alemana. Le dijo: "Usted puede considerar al señor Marx como jefe de nuestro partido, o bien, de la fracción más avanzada de la democracia alemana". Engels concertó con Louis Blanc una colaboración en todas las cuestiones internacionales. Se convirtió también en colaborador de *La Reforme*, el diario de Ledru-Rollin. El partido socialista democrático francés era naturalmente un feroz enemigo de los socialistas apolíticos que despertaban dudas entre los trabajadores sobre lo acertado de las acciones democráticas. En Francia, el socialismo no político más importante era en esa época Proudhon. Marx intervino directamente en los choques entre los socialistas franceses y en 1847 publicó en francés su escrito polémico contra Proudhon, *Miseria de la filosofía*. Las concepciones teóricas de Marx estaban alejadas tan-

to de las de Louis Blanc como de las de Proudhon. Pero Louis Blanc pertenecía, en el sentido amplio de la palabra, al mismo partido de Marx, en tanto que Proudhon lo atacaba. Marx y Engels se daban cuenta con toda claridad, en esos años, de las limitaciones personales de Ledru-Rollin, Louis Blanc y O'Connor. Pero ante la opinión pública mantendrían un respeto total hacia la autoridad de los cartistas y demócratas franceses. En ese momento no les interesaba en efecto una personalidad u otra, sino el movimiento democrático en su conjunto.

El servicio más valioso que Marx y Engels podían hacer antes de 1848 a los demócratas europeos consistía en la concentración internacional de las fuerzas democráticas. El *Manifiesto comunista* les asignaba directamente a los comunistas la tarea de trabajar "en todas partes por la unión y el acuerdo entre los partidos democráticos de todos los países". También esta es una tarea que a los comunistas actuales podría parecerles muy sorprendente. La Internacional democrática de 1848 tuvo consecuencias de una importancia excepcional desde el punto de vista histórico: las Internacionales socialistas posteriores surgieron directamente de la Internacional democrática. No es posible de ninguna manera comprender históricamente el socialismo internacional si no se parte de la democracia internacional, así como el marxismo revolucionario y el socialismo sólo pueden ser entendidos como una continuación de la democracia revolucionaria.

Después de 1815, la acción de sus enemigos les impuso a los demócratas y hasta a los liberales europeos la necesidad de una colaboración internacional. Los vencedores de 1815 habían sido las tres monarquías feudales de Rusia, Austria y Prusia que se habían aliado con el estrato dominante inglés. Después de la caída de Napoleón, reaparecía en Francia la monarquía borbónica restaurada. La Santa Alianza, inspirada por Metternich, representaba en todos los países la solidaridad de los intereses conservadores. Metternich consideraba la revolución social internacional como su enemigo más peligroso. Habría visto con muy buenos ojos que también la burguesía poseedora se reuniese alrededor del trono y de la nobleza, para rechazar el asalto de las masas radicales. Metternich, el hombre sin duda más agudo de la contrarrevolución europea, consideraba que la burguesía poseedora al exigir reformas liberales afectaba a sus propios intereses. En efecto, tan pronto como se hubiera consolidado el principio de la soberanía po-

pular, el desarrollo se pasaría inevitablemente más allá, hacia la izquierda. La marea radical rompía un dique tras otro, se llegaba finalmente al sufragio universal, a la democracia, a la anarquía, a la anulación de la propiedad y de la cultura. Metternich y los conservadores del continente europeo que pensaban en términos políticos no atacaban al liberalismo en sí mismo sino como fase de transición hacia la democracia.

Basándose en sus penetrantes estudios sobre la revolución francesa, Metternich encontraba en París el foco de todos los peligros para el orden social europeo. De la misma manera que había tenido que combatir como estadista la política de conquista de Napoleón, se había sentido feliz de que el emperador hubiera reconquistado en Francia una sólida autoridad y hubiera impedido la subversión social. Metternich no deseaba, por el interés general de la Europa poseedora, el derrumbe de Napoleón, sino únicamente una limitación de su poderío que permitiera a los demás estados existir pacíficamente al lado de Francia. Metternich no tuvo la culpa de que Napoleón no quisiera llegar a compromiso alguno, haciendo inevitable su caída. El derrumbe del reino legítimo francés de 1830 fue ciertamente un golpe muy duro para los intereses conservadores de Europa. Pero como puede verse fácilmente, también Luis Felipe quería defender el orden existente de la sociedad y la paz. Por esta razón tanto Metternich como toda la Europa conservadora se pusieron muy contentos cuando Luis Felipe se consolidó en su trono y por lo menos retrasó una nueva erupción del volcán parisino.

Durante el período 1815-1848, la colaboración de las cinco grandes potencias europeas más o menos conservadoras se vio perturbada varias veces por el choque de sus intereses nacionales particulares, sobre todo en el Oriente y en los Estados Unidos. Sin embargo, a pesar de todas las combinaciones diplomáticas y de los subterfugios del momento siempre fue posible restablecer el equilibrio entre las potencias. Para esto fue muy importante sobre todo la contribución del arte político sagaz y soberano del príncipe Metternich, que evitaba que las potencias alemanas tuvieran la ocasión de enfrentarse y que esperaba pacientemente que las demás buscaran un acuerdo con Austria y Prusia. La política conservadora de paz de la Santa Alianza servía al mismo tiempo a los intereses estatales de Austria y a las necesidades de la Alemania. Mientras el sistema de Metternich se mantuvo en pie, Austria y Prusia estuvieron

de acuerdo y entre las dos dirigían la Alemania. El gran bloque alemán estaba protegido al mismo tiempo en sus espaldas por Rusia con lo cual era prácticamente inexpugnable. Rusia, por su parte, podía seguir sin ser perturbada sus planes orientales y asiáticos, así como Inglaterra tenía las manos libres en los países de ultramar. La que soportaba el costo del sistema de la Santa Alianza era Francia, cuyo impulso expansionista en Europa y en los países de ultramar se veía obstaculizado por el acuerdo de las otras cuatro potencias. Luis Felipe creía, a pesar de algunas salidas, que no podía librarse de esta situación por motivos de política interna. La débil y defensiva política exterior del rey francés contribuyó de una manera determinante a su caída.

Las grandes potencias conservadoras de Europa sostenían que era su deber y su derecho oponerse con la fuerza a cualquier perturbación del orden en cualquier país. Rusia, Austria y Prusia impidieron de común acuerdo cualquier levantamiento de los polacos. El ejército austriaco sofocó todas las revoluciones en Italia. El acuerdo de las dos grandes potencias alemanas frenó el liberalismo alemán. La intervención armada de Francia en los años veinte derrotó la revolución en España. Aquellos países en que se pusieron en práctica nuevas formas políticas basadas en la revolución, como el reino de Luis Felipe en Francia y los reinos de Bélgica y de Grecia, tuvieron que adaptarse al esquema preexistente de la Europa conservadora.

Si se prescinde de sus fines liberales, democráticos o generalmente nacionales, la revolución debía contar, en cualquier país, con la intervención armada de las grandes potencias conservadoras. De este modo fue un hecho totalmente espontáneo que la Internacional de la contrarrevolución europea die-
ra origen a la Internacional de la revolución. Ya a partir de 1815 existían nexos entre los liberales franceses y los italianos. Entre 1830 y 1840, Mazzini trabajó por la solidaridad internacional de todos los revolucionarios. En Suiza, en Bruselas, en París y en Londres se encontraban los emigrantes políticos de todos los países. A pesar de su fracaso, la insurrección política de 1830 fue la que despertó apasionadas simpatías en todos los grupos que desaban la libertad en Europa central y occidental. Los emigrantes polacos eran recibidos en todas partes con una cordialidad particular, y la consigna de la ayu-

da a los polacos se convirtió en la consigna principal de la Internacional europea revolucionaria.

Se reconoció la necesidad incondicional de que, cuando se presentara un nuevo levantamiento en cualquier país, los demócratas y los revolucionarios de los demás países prestaran ayuda para impedir la intervención armada de los monarcas aliados en los países rebeldes. De ahí que la revolución no pudiera permanecer aislada en un solo país, sino que por el contrario debía expandirse lo más pronto posible en toda la Europa. Se debían sacar las necesarias consecuencias políticas y organizativas de esta conciencia común. Junto con esto se debe observar que en Europa, alrededor de 1848, ni el frente contrarrevolucionario ni el revolucionario tenían un carácter unitario; ambos campos eran notoriamente heterogéneos desde el punto de vista social. Las decisiones se tomaban al azar, según la clase o grupo que estuviera en el poder en un país. Los que detentaban el poder en Europa eran solidarios entre sí, y también lo eran las clases y los grupos excluidos del poder.

El frente contrarrevolucionario estaba constituido principalmente por las monarquías feudales de Rusia, Austria y Prusia, y por el resto del feudalismo europeo, con sus dinastías, con sus aristócratas, burócratas y detentadores del poder eclesiástico, que se apoyaban en los tres grandes dominadores de la Europa oriental. Pero también formaban parte de los defensores del orden constituido en Europa la burguesía poseedora de Inglaterra, Holanda y Bélgica y la fracción del capital financiero de Francia. El frente revolucionario albergaba a las masas democráticas pobres de Inglaterra, Francia, Bélgica, etc.; mientras en Francia albergaba también a la parte más importante de la burguesía media y a la mayor parte de los industriales, en Alemania albergaba a toda la burguesía que tenía intereses políticos, y en países como Italia, Hungría y Polonia a todo el pueblo con aspiraciones nacionales; en una palabra, no sólo a las masas pobres, a los burgueses y a los intelectuales, sino también a la nobleza con ideales patrióticos. El gran aristócrata con su misma posesión y con la misma mentalidad, que en Rusia podía ser un súbdito fiel del zar y en Inglaterra un miembro de la Cámara de los Lores, en Polonia y en Hungría era un apasionado revolucionario, dispuesto a combatir con las armas en la mano contra su legítimo monarca. Pero, ¿qué cosa tenía en común ese hombre con

un obrero comunista de París? Sin embargo ambos debían combatir codo con codo por la revolución europea.

Marx y Engels comprendieron que la condición previa más importante para el éxito de una Internacional democrática era la colaboración entre los demócratas de Francia e Inglaterra. De ahí la necesidad de establecer un nexo entre los políticos socialistas democráticos de Francia y los cartistas. Para esto era necesario ante todo que los dos partidos se conocieran más de cerca. Para lograr este objetivo, Engels escribió, en 1847 y a principios de 1848, una serie de artículos espléndidos sobre el movimiento obrero y sobre el cartismo para *La Réforme* y al mismo tiempo escribió la serie de artículos correspondiente sobre el movimiento obrero de Francia para *The Northern Star*. En esa misma época Marx y Engels trabajaban para el órgano de los emigrantes democráticos alemanes, la *Deutsche Brüsseler Zeitung*; de este modo, en vísperas de la revolución de 1848 crearon por lo menos una cierta unidad en la prensa democrática de la Europa occidental. Pero además de esto se requerían también relaciones organizativas directas. En Londres existía una Asociación fraternal de los demócratas (Fraternal Democrats). En la presidencia se encontraban dirigentes cartistas, emigrantes alemanes del círculo de Marx y franceses, polacos, suizos, etc. En noviembre de 1847, la Asociación celebró el aniversario de la revolución polaca de 1830 con una gran reunión en Londres. Después de haber hablado los oradores franceses e ingleses, tomó la palabra Schapper, un comunista alemán. Al final de su discurso dijo que tenía que hacerles una grata comunicación: también en Bruselas se había constituido una asociación fraternal de demócratas y había enviado un delegado, el doctor Marx, para que la representara en la convención. Schapper leyó además el siguiente mensaje: "Nosotros, los suscritos, miembros de la presidencia de la asociación democrática, que se constituyó en Bruselas para promover la unidad y la fraternidad de todos los pueblos, tenemos el honor de delegar al doctor Karl Marx, vicepresidente de nuestro comité, para que establezca una correspondencia y amistad recíprocas entre las dos asociaciones." Marx pronunció después un discurso en lengua alemana que fue recibido con grandes aplausos. Dijo entre otras cosas: "Los demócratas de Bélgica se dan cuenta de que los cartistas de Inglaterra son verdaderos demócratas y de que en el momento en que hayan realizado los seis puntos de su programa,

la senda hacia la libertad quedará abierta para todo el mundo. Alcanzad este gran objetivo, trabajadores de Inglaterra, y seréis considerados los salvadores de toda la humanidad."

Marx y Engels consideraban entonces que los demócratas llegarían en un corto plazo al poder en Francia y en Inglaterra. En efecto, tres meses después del anuncio en la convención de Londres, Ledru-Rollin y Louis Blanc eran ministros de la república francesa. En Inglaterra, a pesar de la oposición de las capas privilegiadas se llegó en 1832 a la reforma electoral. No era de hecho imposible que bajo el renovado estímulo de las masas se llegara también en Inglaterra, de un modo o de otro, a una ley electoral más amplia. De esta manera, los cartistas entrarían a formar parte del gobierno inglés. Un lazo sólido de unión entre un gobierno obrero inglés y la república francesa habría sentado las bases de la política democrática internacional. Como estaban las cosas entonces, una victoria de la democracia en Inglaterra o en Francia debía provocar necesariamente la revolución liberal inmediata en Alemania y la revolución nacional en Hungría, Italia y Polonia. Se podía suponer que la revolución alemana junto con los levantamientos en Italia, etc., habrían arrastrado velozmente a Prusia y Austria. Después, la democracia europea junto con sus aliados, debía sostener una guerra contra el zar, para hacer inofensiva la mayor fuerza de la reacción feudal.

Para la cooperación unitaria de las diferentes fuerzas revolucionarias, este programa general no era de ninguna manera fantástico y en la primavera de 1848 no estuvo muy lejos de ponerse en práctica. Se habría requerido mucha habilidad para evitar las contradicciones entre los distintos movimientos revolucionarios nacionales. Marx y Engels veían con especial preocupación el futuro del desarrollo nacional de Francia. Se sabía que en Francia importantes sectores de la burguesía, y sobre todo muchos industriales, deseaban la caída de Luis Felipe y la ruptura con el sistema político de 1815. Estos ambientes auguraban, en nombre de la tradición revolucionaria francesa, una gran guerra de conquista. Ésta debía conducir las armas francesas más allá del Rin, en donde debía resurgir la gran potencia francesa de matriz napoleónica y abrir así a la economía del país un vasto campo de acción. Había que ver si los demócratas franceses eran suficientemente fuertes para oponer resistencia a estos proyectos de conquista. En caso de que el ejército francés se hubiera anexado los territorios

del Rin en nombre de la revolución, la causa de la democracia habría sufrido un grave daño tanto en Alemania como en Francia. Por otro lado, algunos círculos liberales de Alemania esperaban que su revolución les diera un impulso nacional y tal vez la reconquista de la Alsacia-Lorena francesas.

Marx y Engels querían utilizar la Internacional sobre todo para ejercer cierta presión sobre los franceses. En 1847, Marx y Engels no estaban autorizados para impartir lecciones a los poderosos jefes democráticos franceses. Pero sí podían permitirse impartirlas a los cartistas. Por esto, Engels se opuso varias veces con artículos anónimos aparecidos en la *Northern Star* y de una manera amigable a las desviaciones nacionalistas de Louis Blanc. Para 1848 estaba programado un congreso democrático internacional que naturalmente se vino abajo por los acontecimientos borrascosos de la revolución. En este congreso, los cartistas junto con los alemanes, etc., habrían servido de contrapeso a los franceses y habrían podido poner en guardia sobre los planes expansionistas de Francia.

Además de la contraposición franco-germana, en caso de una victoria a nivel europeo, la revolución democrática habría debido mitigar los demás contrastes nacionales muy graves. En el caso de una reconstrucción de Polonia, surgía el problema de establecer las fronteras de tal manera que no se originaran desacuerdos: la alianza germano-polaca se presentaba, de hecho, como una necesidad insoslayable, en caso de que se tuviera que derrotar al zar. Otra interrogante estaba constituida por la futura línea limítrofe italo-germana, tan pronto como se hubiera aniquilado el imperio de Habsburgo. ¿A quién debía pertenecerle, por ejemplo, Trieste? Marx y Engels exigían una solidaridad entre los movimientos alemán e italiano, de tal manera que no se vieran afectados por las cuestiones limítrofes. Existía una cuestión ulterior, de cuya importancia para los fines del éxito de la revolución europea apenas se sospechaba en 1847: se trataba del problema de la relación de los alemanes y de los húngaros con los eslavos austriacos. ¿Cómo debían comportarse los checos frente a la revolución alemana? Y ¿los eslavos del Sur frente a la húngara? La futura revolución europea se veía obligada a soportar no sólo los profundos contrastes en las filas de los revolucionarios, sino también una serie de problemas nacionales que casi no tenían solución.

FRANCIA EN 1848

En 1848, los obreros representaban en Francia sólo una pequeña minoría en relación con la población total. Sin embargo se habían vuelto tan importantes que todo movimiento político debía adoptar una posición frente a los problemas de la industria y del proletariado; ciertamente de una manera mucho más amplia de lo que se había requerido en 1789. La posición de los obreros franceses era, en general, bastante desfavorable. No tenían ningún derecho de asociación. Las leyes no les permitían organizarse para mejorar su condición por medio de las huelgas. El horario de trabajo era excesivamente largo. Una jornada de trabajo de 12 a 14 horas era lo normal; se hablaba también de horarios más largos, especialmente para los trabajadores a domicilio. Las condiciones higiénicas de las fábricas y de las habitaciones eran extraordinariamente deficientes. El obrero calificado podía ganar en París entre 3 y 4 francos al día, con lo que a duras penas podía vivir. Hasta las mejores profesiones, aun en períodos normales, estaban sujetas a la discontinuidad en la ocupación. En París, los obreros calificados deberían prever un período regular de tres o cuatro meses de desocupación al año, y nadie les daba indemnización alguna por desocupación. Los salarios de las mujeres y de todos los demás trabajadores de la provincia eran mucho más bajos y muchas veces permitían únicamente una existencia de hambre. Se comprende pues que las masas de los trabajadores fueran presa del descontento y que exigieran ante todo a la revolución y a la victoria de la democracia un mejoramiento en sus condiciones materiales.

En 1847 y a principios de 1848 todas las corrientes de la oposición de Francia se unieron bajo la bandera de la reforma electoral. Se quería ante todo arrebatarle la mayoría parlamentaria a la camarilla dominante que, gracias a la escandalosa ley electoral, podía controlarla contra la voluntad de la inmensa mayoría del pueblo. Las manifestaciones por una mejor ley electoral se difundieron en 1847 por todas las provincias francesas. A principios de 1848, se agudizó la agitación en la misma capital. Luis Felipe y Guizot no se dieron cuenta sin embargo de la seriedad de la situación y negaron toda concesión. Cuando el gobierno quiso sofocar las manifestaciones parisinas en pro de la reforma electoral, estallaron desórdenes y el 24 de febrero se produjo una verdadera insurrección po-

pular. A la cabeza del levantamiento se encontraban sobre todo los obreros y los estudiantes. Fue decisiva la actitud de la guardia nacional. Bajo Luis Felipe esta arma era una milicia ciudadana constituida en defensa de la paz y del orden bajo el ejemplo de la de 1789. Los miembros de la guardia nacional conservaban en su casa sus divisas y sus armas. Se les convocaba con ocasión de festividades, paradas, y también en caso de desórdenes. Los no propietarios estaban excluidos de la guardia nacional. Era un arma típica de la clase media burguesa.

Cuando Guizot convocó a la guardia nacional de París, la mayor parte se declaró en huelga y permaneció en su casa. Los demás, los que se presentaron al servicio, no dispararon contra los revoltosos, sino que simpatizaron con el pueblo revolucionario al grito de "Viva la reforma! ¡Abajo el gobierno!" El ejemplo de la guardia nacional tuvo un efecto paralizador en el ejército regular. Las tropas, ya poco inclinadas a sacrificar su vida por una casa cualquiera de los Borbones, sólo opusieron una débil resistencia a la revuelta. Veinticuatro horas después, se derrumbaba el reino de Luis Felipe. El rey huyó, el gobierno de Guizot desapareció del escenario, el ejército desalojó París: la República había vencido.

Los obreros habían dado origen a la insurrección victoriosa del 24 de febrero y habían luchado por ella. Pero dadas las circunstancias existentes, el proletariado no había derrotado nunca a Luis Felipe con sus solas fuerzas. La parte decisiva la desempeñó el distanciamiento de la burguesía en relación con el llamado rey burgués. Cuando las tropas abandonaron París, el ejército seguía todavía totalmente intacto. Después del 24 de febrero, los generales reconocieron completamente el estado republicano y se pusieron al servicio del nuevo gobierno. El influjo socialista y democrático sobre el ejército era totalmente insignificante. Aun después del 24 de febrero, la guardia nacional burguesa siguió existiendo tanto en París como en la provincia. Contaba con armas y organizaciones propias, en tanto que los obreros revolucionarios sólo habían conseguido en un primer momento unas cuantas armas. De igual forma, el poderoso y centralizado aparato estatal francés no se había visto afectado. Este aparato había sido constituido por Napoleón y había sido aceptado después por los dos monarquías que le habían sucedido. Este aparato se extendía desde las sedes centrales de París hasta los pueblos más remotos. Después del 24 de febrero, también la adminis-

tración se puso a disposición de la república, pero no por esto cambió su carácter.

Después del derrumbe de la monarquía, se formó en París un gobierno republicano provisional. Estaba compuesto por una coalición de dos partidos republicanos influyentes. La corriente del *National* se puso de acuerdo con los de *La Réforme*. La tarea del gobierno provisional debía consistir en proteger la república del peligro de una contrarrevolución monárquica y en hacer que se eligiera cuanto antes una asamblea nacional con el sufragio universal. La futura asamblea nacional, como encarnación de la democracia francesa, debía darle al país la nueva constitución republicana. Los líderes de los dos partidos formaban parte del gobierno provisional: Lamartine, Marrast y Garnier-Pagés, en nombre de los demócratas moderados, junto con Ledru-Rollin y Louis Blanc. Se exigió también que junto con los políticos democráticos legales estuvieran representadas en el nuevo gobierno las asociaciones republicanas ilegales de París. De este modo el socialista Albert, obrero metalúrgico, que había desempeñado un importante papel en el movimiento ilegal, se convirtió en ministro. Un obrero socialista como ministro de una gran potencia era algo nuevo y pareció expresar el significado de la revolución de 1848.

Los demócratas radicales de 1848 hablaban continuamente de la tradición de 1793. Su práctica política demostraba, sin embargo, que en realidad no habían aprendido nada de Robespierre. El ejemplo de la gran revolución desaconsejaba absolutamente el ingreso de los demócratas radicales en el gobierno en una situación como la del 24 de febrero. En las calles de París todo parecía ciertamente como si el proletariado hubiera conquistado el poder: el ejército, la policía y la guardia nacional habían desaparecido de las calles de la capital y en todas partes los obreros rojos tenían vía libre. Pero un político serio que hubiera examinado las relaciones de fuerza reales, no se podía dejar engañar por la vívida imagen de la revolución parisina. Todos los medios efectivos del poder estaban todavía en manos de la burguesía poseedora. En cada una de las disposiciones serias del gobierno provisional se debían poner claramente en evidencias las oposiciones entre los dos partidos. Todas las corrientes de la burguesía se unieron desde el 25 de febrero bajo la bandera del *National*, se declararon a favor de una democracia pacífica y moderada y exigieron

una dura intervención contra los "terroristas, comunistas y jacobinos".

Después del 24 de febrero de 1848, la situación de los demócratas radicales era mucho más desfavorable que la que había seguido al 10 de agosto de 1792. En esta última fecha el ejército realista estaba totalmente desbaratado y apenas se estaba formando uno nuevo. Además, a partir del 10 de agosto, los demócratas tenían firmemente en su mano por lo menos la ciudad de París. Ahora, el antiguo ejército estaba intacto y los demócratas no tenían ciertamente el dominio de París como se comprobaría un poco más adelante. Sin embargo después del 10 de agosto Robespierre no había pensado tomar el gobierno. Le cedió en cambio el poder a la burguesía republicana poseedora y se contentó con reforzar la posición en París y esperó a que los girondinos perdieran toda credibilidad en el país. Además, la gran revolución enseñaba que, a pesar de que la burguesía liberal poseedora había impuesto inmediatamente después de la toma de la Bastilla una orientación fuertemente reaccionaria y contraria al interés de las grandes masas, se habían requerido casi cuatro años antes de que el liberalismo dominante estuviera desacreditado a la vista del pueblo francés y maduro para su caída. Así también, en el año de 1848, los demócratas no podían contar de ninguna manera con alcanzar el poder del estado de un solo golpe. Aun en el mejor de los casos, debía pasar cierto tiempo antes de que el pueblo francés abandonara las ilusiones de la línea de Lamartine y se declarara a favor de la corriente de la democracia social.

Si se consideran todos estos elementos, la utilidad de la participación de la democracia socialista francesa en el gobierno provisional parecía muy dudosa. Ledru-Rollin y Louis Blanc estaban convencidos en cambio de que al entrar en el gobierno habrían conquistado posiciones de fuerza para las masas trabajadoras y habrían mejorado inmediatamente la situación del proletariado. No se había perdido nada todavía mientras el partido socialista democrático se mantenía en contacto estrecho con las masas de la ciudad y del campo, actuaba abierta y claramente, no renunciaba en lo más mínimo a su programa y permanecía en el gobierno sólo hasta que lo permitieran los verdaderos intereses de la democracia.

La historia de los meses que siguen al 24 de febrero de 1848 es extraordinariamente importante para comprender la democracia del siglo XIX. En ese momento, las dos orientacio-

nes de la democracia tenían por primera vez la ocasión de demostrar su capacidad desde una gran tribuna, visible a todos los países. La democracia social debía demostrar, en su forma más antigua, qué podía hacer por las masas pobres con la libertad política, bajo el signo de la república y del sufragio universal, y qué ventajas prácticas podía obtener el proletariado industrial de la democracia. Del mismo modo, la nueva forma de democracia burgués-liberal debía superar la prueba. Debía demostrar que la libertad y el sufragio universal no perjudicaban la paz y el orden, que en el fondo también las masas eran pacíficas y moderadas, que no atacaban la propiedad, en una palabra, que la república con sufragio universal representaba, para el capitalismo y para la clase culta y los propietarios, en general, la forma política más adecuada y segura. Las dos fracciones de la democracia francesa pasaron mal la prueba de la historia. El 24 de febrero tenían de su parte a toda la Francia unida. Cuatro meses más tarde ambas eran despreciadas de igual manera, estaban deterioradas y eran impotentes.

En el período del gobierno provisional de fines de febrero a principios de mayo de 1848, se produjo una singular división del trabajo entre los dos partidos en el gobierno. Los republicanos burgueses llevaban a cabo una política de poder y los socialistas hacían una política social. El resultado fue que los demócratas socialistas lograron en poco tiempo una serie de progresos sociales extraordinariamente importantes, pero al mismo tiempo perdieron todas las posiciones de poder reales, de tal manera que finalmente la política social terminó convirtiéndose en algo aislado y suspendido en el aire. Este desarrollo era tanto más desconcertante cuanto que en el momento de la explosión de la revolución los socialistas democráticos parecían haber conquistado la posición más sólida de poder. En la división de los cargos entre los miembros del gobierno provisional, Ledru-Rollin recibió, en efecto, el ministerio del interior. Se dedicó sinceramente a darle a la administración francesa una orientación republicana. Envió sus comisarios a las provincias, emitió disposiciones enérgicas y trató de influir en las inminentes elecciones en favor de su partido. Pero el resultado efectivo de su actividad fue prácticamente nulo. De este modo se comprobó que el ministro por sí solo no podía controlar desde lo alto el gigantesco aparato que se le oponía, a pesar de su buena voluntad.

Los republicanos burgueses trabajaron con mayor éxito. El 24 de febrero tuvieron como primera idea apoderarse de la administración de la ciudad de París. Querían evitar, en efecto, lo que había sucedido durante la gran revolución: que el nuevo partido de la Montaña encontrara en el municipio de París un nuevo centro de propulsión. Mientras Ledru-Rollin libraba su batalla con los actos ministeriales, el partido del *National* logró controlar la ciudad de París. Garnier-Pagés fue elegido regente de París y cuando más tarde se convirtió en ministro de finanzas, fue sustituido por Marrast. El ministro de guerra, Arago, que pertenecía también al partido burgués, se dedicó, con la ayuda de los generales, a eliminar toda perturbación en la disciplina del ejército y convertirlo en un instrumento eficiente contra todo desorden obrero. A la vista del ministro Ledru-Rollin el partido burgués constituyó en la misma ciudad de París una nueva arma para la guerra civil. Estuvo constituida por la llamada guardia móvil, adiestrada precisamente para cualquier subversión eventual de los obreros radicales. La guardia móvil estaba compuesta por jóvenes desocupados de París, que alentados por el uniforme y por el sueldo seguro se dejaron usar contra sus compañeros de clase.

Una afortunada y excepcional combinación les había dado a los demócratas radicales franceses la posibilidad de armar al proletariado francés de una manera perfectamente legal. Después del 24 de febrero, ya se daba por descontado que el antiguo método discriminatorio con el que se había constituido la Guardia nacional bajo la monarquía ya no funcionaba. El arma de la burguesía poseedora debía convertirse en un ejército popular, en el que podían entrar tanto los pobres como los ricos. El principio de esta transformación democrática de la Guardia nacional fue aceptado por el gobierno. La aplicación estaba bajo la competencia del ministro del interior y, en consecuencia, de Ledru-Rollin. Pero aquí se puso de manifiesto la secreta determinación con la que la burocracia saboteaba las decisiones que no le gustaban. De repente no hubo ni uniformes ni armas para las masas de los nuevos miembros de la Guardia nacional, y el ministro revolucionario del interior no fue capaz de modificar las cosas. Sólo recibían armas y municiones los guardias nacionales que gozaban de la confianza de la burguesía poseedora. El increíble fracaso de los demócratas socialistas estuvo deter-

minado por el hecho de que el partido no era ni siquiera capaz de conservar en sus manos la organización de los desocupados, creada a consecuencia de la nueva legislación social dentro del marco de las llamadas fábricas nacionales.

Louis Blanc, como ministro, empezó una actividad excepcionalmente fructífera para mejorar la condición de la clase obrera en Francia. Se formó una comisión estatal para los problemas de los trabajadores con Louis Blanc en la presidencia y Albert que desempeñaba la función de presidente. Los obreros de París estaban representados en la comisión por los delegados de cada una de las profesiones. También los dadores de trabajo, asociados por profesión, mandaron un número correspondiente de representantes. Esta comisión de trabajo se reunía en el palacio de Luxemburgo y era una especie de consejo económico parisiense; o, si se consideran sólo los delegados obreros, una especie de congreso sindical. La comisión discutía todos los problemas de la reforma económica y de la política social que en ese entonces constituían un tema de reflexión. De este modo los trabajadores franceses habían logrado por primera vez el derecho de asociación reconocido por el estado, después del cual siguió inmediatamente el derecho de huelga. El influjo que ejercía el mismo Blanc estaba lleno de moderación. No albergaba ni la más mínima sombra de animadversión contra los empresarios. En nombre de la comisión del trabajo trataba de mitigar la oposición entre empresarios y trabajadores y de llegar a acuerdos sobre los salarios.

Por iniciativa de Louis Blanc, el gobierno provisional emitió una ley sobre los horarios de trabajo. La jornada laboral no debía pasar de las diez horas en París y de las once en la provincia. En esa época, la disminución de la duración de la jornada de trabajo representaba un triunfo de los obreros. El gobierno proclamó el derecho al trabajo en beneficio de los desocupados. Aunque desde el punto de vista práctico no significó más que un modesto subsidio para los que no percibían salario. El estado se comprometía a pagar un subsidio a todos los obreros que la autoridad no fuera capaz de emplear. El número de los desocupados creció vertiginosamente después de que se acentuó la crisis económica, especialmente en París, después del 24 de febrero. Las autoridades ordenaron que se ejecutaran trabajos de emergencia que, sin embargo, absorbieron sólo una pequeña parte de los desocupados. Los demás se presentaban provistos de los certificados necesarios a las

oficinas parisinas competentes para recibir los subsidios que les correspondían.

Los representantes de la burguesía en el gobierno provisional se preocuparon muy pronto por el aumento cotidiano de las filas de desocupados que se presentaban en la "oficina del timbre". Se pensó entonces en organizar de una manera distinta a los desocupados para hacerlos políticamente inofensivos. Los trabajadores de emergencia caían bajo la competencia del ministerio de los trabajos públicos. Se aprovechó esta circunstancia para concentrar todas las demandas de los desocupados en el ministerio de los trabajos públicos, dirigido por el republicano burgués Marie. Marie encargó a Thomas, un organizador muy hábil en el trato con los obreros, que colocara a los desempleados. La organización de Thomas dirigía al mismo tiempo los trabajos públicos de emergencia y pagaba los subsidios. Pero lo más importante era que los desocupados estaban organizados militarmente con un sistema preciso de jefes y subjefes estudiado para esa ocasión. Se podría comparar con el "servicio del trabajo" de la Alemania posterior a 1933.

Louis Blanc no tenía absolutamente nada que ver con las fábricas nacionales. En primer lugar, los trabajos de emergencia de esas fábricas, que por lo general eran absolutamente inútiles, tal como se habían concebido únicamente para ocupar gente, no eran realmente cooperativas de producción en el sentido del socialismo de Blanc. En segundo lugar, el aparato de las fábricas nacionales fue creado por Marie y Thomas precisamente con el fin de perjudicar al partido de Louis Blanc. El número de los miembros de las fábricas nacionales, que en parte trabajaban en tareas de emergencia y en parte recibían subvenciones, creció rápidamente. En el mes de junio superó las 100 000 unidades. El fin político, perseguido por los republicanos burgueses con esta organización, se logró plenamente, se logró una ruptura entre los que trabajaban y los desocupados. Los que trabajaban y enviaban sus representantes al palacio de Luxemburgo, eran partidarios en general de la democracia socialista; los desocupados, insertos en la organización de las fábricas nacionales, estaban por lo general a favor de la democracia burguesa.

Podría sorprender la facilidad con que los desocupados se dejaron ganar, en ese momento, para la causa de la burguesía. Pero se debe considerar la confusión política general, causada por la propaganda democrática de la época. Existía la repúbli-

ca y el sufragio universal. Aparentemente en Francia mandaba "el pueblo" y el gobierno demostraba que le interesaban mucho los problemas de los obreros desocupados y les pagaba una subvención en los momentos de necesidad, y esto parecía, entonces, una gran conquista social. ¿Por qué, pues, los desocupados no debían seguir a jefes como Marie y Thomas, que no hacían más que beneficiarlos? Louis Blanc y sus amigos habían perdido, en cambio, el contacto con los desocupados. Éste fue el pecado de omisión más grave de los republicanos socialistas en los meses que siguieron al 24 de febrero. El hecho de que el partido del *National* fuera capaz de organizar en París un ejército de cien mil desocupados, hacía imposible cualquier acción revolucionaria de los demócratas socialistas. El hecho de que la contrarrevolución se dirigiera después con una violencia particular precisamente contra sus fieles obreros de las fábricas nacionales y que estos obreros amantes de la paz económica, precisamente, desencadenaran en junio la más grande lucha de clase revolucionaria de esa generación, no cambia la realidad política. Louis Blanc y sus amigos se comportaron de una manera absolutamente moderada con los capitalistas y no se constituyeron las temidas cooperativas de producción con la ayuda del estado, incluso porque la república no disponía de dinero para este objeto. Los banqueros y los empresarios, sin embargo, seguían con preocupación creciente el desarrollo de los acontecimientos posteriores al 24 de febrero. La limitación del horario de trabajo establecida por la ley y el nuevo derecho de asociación de los trabajadores eran, para los empresarios, un elemento de perturbación. Además, los obreros que no estaban de acuerdo con sus condiciones de trabajo podían abandonar la empresa para ingresar en las fábricas del estado. Los obreros ganaban, en realidad, en una buena industria parisina, de 3 a 4 francos diarios, en tanto que sólo de 1 a 2 francos en las fábricas del estado. Pero lo que consideraban aquí era una especie de subsidio de huelga, y con la ayuda de las fábricas nacionales podían resistir hasta que los dadores de trabajo cedieran. La oposición de los dadores de trabajo era muy comprensible en este punto.

Los capitalistas estaban muy preocupados sobre todo por el desenvolvimiento de la legislación social francesa: se preguntaban si realmente se detendrían en las conquistas alcanzadas. La victoria de la revolución había hecho salir a la superficie todos los proyectos socialistas posibles. Se hablaba y se

escribía por doquier de la nueva sociedad socialista y mientras un Louis Blanc era ministro y podía pronunciar sus discursos socialistas en el palacio de Luxemburgo en nombre de la república francesa, todos los capitalistas sentían amenazada su propiedad. De este modo fue como los que tenían dinero retiraron preocupados sus capitales. A causa de la desconfianza general de la clase poseedora en el nuevo orden y a causa del creciente nerviosismo, las cosas iban de mal en peor, se cerraba un número cada vez mayor de fábricas y la desocupación crecía continuamente. Los capitalistas lanzaron la consigna de que, ante todo, se debían eliminar de una manera decidida a los socialistas y a los comunistas, ya que de otro modo no se podía reconquistar la confianza y reactivar la economía.

El gobierno de Luis Felipe le había dejado en herencia a la república un déficit espantoso. El hecho de que el estado necesitara dinero no constituía una calamidad para la monarquía, ya que los banqueros concedían préstamos y anticipos al estado y en esta forma nadie se preocupaba demasiado de la deuda pública. Ahora, en cambio, el gobierno republicano carecía de medios financieros y la crisis creciente restringía las entradas del estado. Por otro lado, las fábricas nacionales totalmente improductivas le costaban al estado sumas cada vez mayores y los bancos ya no concedían créditos a la república. El gobierno estaba en un terrible problema respecto al modo de afrontar sus propios compromisos financieros. Las disposiciones coercitivas contra los capitalistas no gozaban, de hecho, de las simpatías de los republicanos burgueses. Éstos no deseaban obtener préstamos obligatorios ni emitir papel moneda de circulación forzosa. De hecho temían que con esas disposiciones se desembocara en la senda de la dictadura económica y que de ésta se pasara necesariamente a una política y a un terror al estilo de 1793. Por otro lado no se atrevían ni siquiera a suspender los pagos a los desocupados ya que así se garantizaba la paz interna.

El partido mayoritario de los republicanos burgueses contaba con el reconocimiento de la clase de los propietarios, ya que la política de los nacionales había evitado la guerra civil, protegido la propiedad y contenido toda tentativa terrorista. Como contrapartida, la clase de los propietarios debía aceptar otros sacrificios. Por esto, el ministro de finanzas, Garnier-Pagés, propuso un aumento del 45% en el impuesto predial como contribución especial por la crisis. Los ministros socia-

listas demócratas se opusieron sólo de una manera débil y de este modo el gobierno provisional emitió esa ley fatal, que no afectaba a los capitalistas y pretendía salvar a los obreros: el peso de la crisis recayó sobre el estado que en ese momento no podía hacerse notar de una manera eficaz en París: el peso cayó sobre los campesinos, y en particular sobre la masa de los pequeños campesinos. Fue una iniciativa política que debía tener consecuencias catastróficas para las dos corrientes de la democracia francesa. La república evocada con tanto ruido no había hecho nada positivo, hasta entonces, por la población del campo. Y de repente se presentaba el aumento de los impuestos.

Casi todo el pueblo protestó contra los métodos de Luis Felipe. Pero ahora el mismo campesino, que bajo la odiada monarquía debía pagar 10 francos como impuesto, con la república democrática debía desembolsar 14 francos y medio. A esto se añadía la justificación de los impuestos sumamente perjudicial para la política democrática: el dinero se emplearía sobre todo en mantener a los desocupados de París. La masa de los campesinos franceses, y sobre todo los pequeños rentistas, y jornaleros, se habría mostrado comprensiva si un programa popular hubiera considerado conjuntamente las exigencias de los trabajadores de la ciudad y del campo. Pero pretender que el campesino, que trabajaba duramente, fuera víctima voluntaria de los ciudadanos que no trabajaban, era una cosa que iba más allá de toda comprensión humana. De este modo el gobierno democrático, por el sólo hecho de que dejaba a salvo a los capitalistas, destruyó el frente unido de la ciudad y del campo, enemistó a los campesinos con los obreros y con el nuevo sistema resquebrajando las bases del estado republicano.

Durante el mes de abril, los socialistas demócratas y sobre todo los trabajadores políticamente activos de París se dieron cuenta de que las cosas para ellos tomaban un cariz muy malo. Las relaciones que informaban sobre las orientaciones de la provincia eran desfavorables, los comisarios de Ledru-Rollin no informaban y empezaba a crearse una preocupación por las inminentes elecciones de la Asamblea nacional. Los socialistas demócratas tuvieron la desafortunada idea de pedir que se retrasaran las elecciones. Hubo una gran agitación en París, con manifestaciones callejeras, etc., para pedir una postergación de la fecha de las elecciones. La solicitud se justificó sosteniendo que en Francia la contrarrevolución había domi-

nado durante cincuenta años amordazando toda propaganda libre. Por este motivo las masas del campo y de las ciudades pequeñas eran políticamente ignorantes, y en las elecciones serían víctimas del engaño de los reaccionarios. Era necesario, pues, dejar pasar algún tiempo, durante el cual los republicanos podrían ilustrar a las masas en las diversas partes de Francia. Sólo entonces se podrían llevar a cabo elecciones que reflejaran, sin condicionamientos, la voluntad del pueblo.

También en esta ocasión los republicanos socialistas hubieran podido evitar un grave error si hubieran estudiado mejor las enseñanzas de la gran revolución. Después del 10 de agosto de 1792, Robespierre no pensó de hecho en solicitar una postergación de las elecciones de la Convención nacional, aun cuando la ley electoral para esa consulta fuera técnicamente mucho más favorable que el sufragio universal de 1848. Era totalmente obvio para Robespierre y sus amigos, que las elecciones no le serían favorables a su partido. Pero era totalmente suicida ponerse en contra de las elecciones de la Asamblea nacional en nombre de la democracia, después de una revolución popular victoriosa. Después del 9 de noviembre de 1918, la revolución alemana, que presenta notorias analogías con la situación francesa de 1848, llevó a los socialistas radicales a cometer el mismo error. Cuando, unas semanas después de la revolución, se dieron cuenta de que la mayoría del pueblo no estaba de su parte, se opusieron a las elecciones de la Asamblea nacional. Lenin, por el contrario, en 1917 no se opuso a la convocatoria de la asamblea nacional constituyente rusa, sino que le cedió al gobierno de Kerenski la desagradable tarea de dilatar las elecciones.

Cuanto más exigían los demócratas socialistas de París la postergación de las elecciones, tanto más decididamente trataba de adelantarlas la burguesía francesa. Los demócratas socialistas sólo lograron una derrota moral y un aumento de la animadversión de los campesinos y de la pequeña clase media de la provincia. Los provincianos tenían, de hecho, precisamente en ese momento, la sensación de que los politiqueros de París los explotaban y que pretendían retardar el momento de rendir cuentas. Las elecciones de la Asamblea nacional de Francia se llevaron a cabo el 23 de abril. Desde el punto de vista meramente técnico fue un espectáculo de democracia política jamás visto antes. El número de los que tenían derecho de voto llegaba casi a los nueve millones y medio. Los votos

válidos fueron aproximadamente ocho millones. El resultado de las elecciones fue desfavorable para la democracia socialista, fuera de toda expectativa. De los 900 diputados, apenas 100 pertenecían al partido de *La Réforme*. Por otro lado, se eligieron 100 pertenecientes a la contrarrevolución católica, que defendían abiertamente la antigua línea dinástica de los Borbones. A éstos se les añadían 200 monárquicos de la corriente de Thiers. Después de dos meses de república democrática, la monarquía había conquistado ya una tercera parte de los mandatos. Ésta era la respuesta de la población campesina al 45 por ciento de aumento en los impuestos y a la carencia absoluta de una política agraria por parte de los nuevos detentadores del poder.

La mayoría del nuevo parlamento, compuesto aproximadamente de 500 diputados, estaba constituida por republicanos burgueses del partido del *National*. El resultado de las elecciones no hubiera sido tan desastroso si estos 500 diputados hubieran sido verdaderamente demócratas liberales como Lamartine, o sea, si hubieran sido defensores de la propiedad privada, de la libertad política y de la paz entre las clases. La mayoría de los llamados demócratas republicanos estaba formada en realidad por rabiosos reaccionarios de la provincia y del campo. Eran los representantes de los pequeños empresarios, que maldecían a Louis Blanc, de los rabiosos campesinos que exigían una rendición de cuentas a los holgazanes de París. Estos diputados, abogados de provincia, propietarios, oficiales fuera de servicio, etc., se decían ciertamente republicanos, por el hecho de no estar directamente interesados en el regreso de los Borbones, pero no deseaban una república con un desarrollo libre y con una armonía entre las clases; auguraban, por el contrario, una mano de hierro contra todo lo que olía a proletariado o socialismo. Es obvio que los 300 monárquicos de la Asamblea nacional incitaban al ala derecha rabiosa de los republicanos burgueses a profundizar la lucha contra los trabajadores de París y contra el socialismo.

De este modo los demócratas socialistas quedaban derrotados. En los dos últimos meses habían cometido ciertamente enormes errores en todas las cuestiones políticas del poder y de la táctica electoral, pero tenían a su favor las óptimas operaciones de política social de Louis Blanc. Dadas las circunstancias del momento, la democracia socialista francesa difícilmente hubiera sido capaz, en el corto espacio de dos meses, de

conquistar la mayoría del pueblo francés y el poder político aunque hubiera contado con la dirección más genial. Era necesario prepararse para una prolongada lucha desde la oposición. El significado de los resultados de las elecciones era clarísimo para todos los políticos franceses. La Asamblea nacional tenía una mayoría burguesa, amplia y combativa, decidida a defender la propiedad privada. No había cabida, pues, para un ministerio socialista. El partido socialista-democrático debió abandonar el gobierno, ilustrar a los trabajadores sobre la verdadera situación y pasar sin precipitaciones ni aventurerismos a la oposición.

Cuando a principios de mayo se reunió en París la Asamblea nacional y estuvo en el orden del día la fundación de un nuevo gobierno, se creó en cambio una situación totalmente particular. Lamartine y sus amigos más cercanos estaban espantados del ala derecha rabiosa de su mismo partido. Sentían que estaba por desencadenarse la contrarrevolución y buscaron el apoyo de la izquierda: no quisieron romper la coalición con los demócratas socialistas. Se llegó en esta forma a una solución de compromiso, sacrificando a la nueva mayoría del parlamento los ministros socialistas Louis Blanc y Albert, que podían sin embargo continuar con sus actividades del palacio de Luxemburgo. Ledru-Rollin permaneció en cambio dentro del gobierno. Mientras la Asamblea nacional no tuviera preparada la nueva constitución francesa, el puesto de los ministros correspondientes sería ocupado por una comisión ejecutiva de cinco miembros —más o menos como en Alemania después del 9 de noviembre de 1918 los seis comisarios del pueblo dirigieron la política general controlando el trabajo de los ministros con cargos técnicos. Cuatro hombres de la corriente del *National*: Lamartine, Marie, Garnier-Pagés y Arago y un quinto que era Ledru-Rollin entraron a formar parte de la comisión superior del gobierno. Los cinco fueron exonerados de sus empleos en los ministerios. De este modo Ledru-Rollin perdió el ministerio del interior que fue tomado por un republicano burgués de confianza. Marie perdió el ministerio del trabajo y tuvo como sucesor al reaccionario rabioso Trelat. El ministro de guerra que suscitó a Arago fue el general Cavaignac. En los primeros días de su actividad parlamentaria, la mayoría burguesa de la Asamblea nacional todavía estaba insegura. Todavía no conocía muy bien las relaciones de fuerza y aceptó por el momento esta nueva forma de gobierno.

El hecho de que el partido de Ledru-Rollin permaneciera dentro del gobierno en esas circunstancias tuvo consecuencias excepcionalmente serias. Lo más importante, a este propósito, no era que los llamados demócratas socialistas estaban desautorizados y cada día perdían más apoyo, y ni siquiera que la mayoría reaccionaria de la Asamblea nacional se diera cuenta cada vez más de su fuerza y empezara a actuar ignorando al gobierno. El ejército y la administración franceses obedecían a la contrarrevolución y no a los caducos ministros demócratas. Era mucho más grave el hecho de que el partido de Ledru-Rollin y junto con él la democracia francesa se hubiera aislado totalmente de la clase obrera desde el principio de mayo de 1848. Era evidente que la mayoría de la Asamblea nacional tenía la intención de eliminar todas las conquistas de la revolución. El partido de Ledru-Rollin, al permanecer en el gobierno, se prestaba a la aplicación de decisiones reaccionarias de la Asamblea nacional y se enemistaba con la clase obrera. Los sentimientos de profunda simpatía hacia los obreros que el partido de Ledru-Rollin había demostrado en su propaganda antes de la revolución y en su comienzo, no resistieron el golpe de las primeras pruebas serias de fuerza. Cuando estalló la verdadera lucha de clase, se puso de manifiesto que la democracia francesa no era capaz de defender abierta y coherentemente la causa de las masas trabajadoras. Y puesto que la clase capitalista francesa no tenía ninguna confianza en los jefes demócratas, desde mayo de 1848 la democracia tuvo que desempeñar un papel risible entre los dos frentes opuestos. De la tradición de Robespierre no quedaba ya nada.

Cuando el partido legal oficial de la democracia socialista falló, hubieran podido salir, tal vez, de las filas de la democracia ilegal y de los grupos secretos que bajo el reinado de Luis Felipe habían luchado por la república nuevos jefes del pueblo trabajador. Entre los republicanos revolucionarios que la revolución de Febrero había liberado de la prisión, los más importantes eran Blanqui y Barbés. Blanqui era en gran medida el mejor cerebro de todas las corrientes de la democracia francesa. Era el único político realista que no se había dejado engañar por las consignas de la Revolución de febrero y de sus partidos. Él exigía el completo desarme de los capitalistas y de los militaristas y al mismo tiempo quería armar al pueblo trabajador. Mientras no se pusiera en práctica esta premisa todo lo demás carecía de importancia para él. Blanqui

no era ni un oportunista ni un aventurero. Por el contrario, era la conciencia viviente de la democracia francesa, y por esto era ferozmente odiado por los políticos oficiales, por los ministros y por sus seguidores.

En 1848, el influjo real de Blanqui sobre los trabajadores de París era limitado. Fundó un club, en cuyas reuniones desarrolló sus ideas. Pero al mismo tiempo surgieron muchos otros clubes democráticos y socialistas, y los otros jefes de club, que no tenían la clarividencia de Blanqui, se unieron contra él, frecuentemente con métodos indignos. Blanqui fue difamado por todas partes como el espíritu maligno de la revolución francesa, como terrorista y predicador de la guerra civil: la burguesía lo consideró como su peor enemigo. Blanqui se convirtió en el coco de todos los pequeñoburgueses, del mismo modo que Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg se convirtieron en el coco de Alemania en 1918. El resultado fue que Blanqui debió pasar la mayor parte de su vida en la prisión.

El significado histórico de la movilización contra Blanqui, en marzo y abril de 1848, consistió sobre todo en el hecho de que impidió el saneamiento del movimiento democrático francés. Cuando el partido oficial se derrumbó, en París quedó únicamente un montón de clubes y agitadores. En medio de este caos era imposible oír la voz de Blanqui. El proletariado parisino, abandonado por los partidos políticos, fue presa de aventureros y provocadores de la policía. Una insurrección armada de los obreros de París para llevar a cabo una segunda revolución no podía tener la mínima esperanza como en mayo de 1848. Por culpa de la táctica equivocada de la democracia se había producido un profundo distanciamiento entre los obreros y los campesinos. No es correcto decir que en las revoluciones de Francia París desempeñó regularmente el papel directivo y la provincia sólo siguió las indicaciones de la capital. La realidad histórica demuestra, por el contrario, que los movimientos parisinos salieron triunfantes solamente cuando encontraron eco en la voluntad de la mayoría de todo el pueblo francés. La toma de la Bastilla sólo fue tan importante porque también los campesinos de todo el país estaban dispuestos a lanzarse al mismo tiempo contra sus Bastillas. En mayo y junio de 1793, los montañeses pudieron vencer únicamente porque la gran mayoría del pueblo francés despreciaba la camarilla de Roland. En 1830, los parisinos combatieron por la revolución de acuerdo con la provincia y en el in-

vierno de 1847-1848 el movimiento contra Luis Felipe partió precisamente de la provincia y sólo más tarde afectó a París.

La corriente contrarrevolucionaria que se había impuesto en el campo y en las ciudades de provincia durante los meses de abril y mayo de 1848, logró que todos los levantamientos parisinos quedaran completamente aislados. Cuando las poblaciones pequeñas y las ciudades de provincia estaban en contra de la insurrección y la clase media burguesa odiaba a los "anarquistas" y a los "terroristas" se podía concluir que la parte burguesa de la guardia nacional y el ejército regular dispararían fanáticamente contra los obreros. Además, en la misma ciudad de París se llegó a una división entre los desocupados organizados estrictamente en las fábricas nacionales y que todavía estaban a favor del régimen, y los trabajadores de las empresas privadas favorables a la democracia socialista. Los que se enrolaban ocultamente en las filas de la administración francesa se habían preocupado de hacer entrar masivamente en la Guardia nacional a los obreros de las industrias del estado. Estos obreros fieles al gobierno habían recibido armas y constituían una parte dominante en las formaciones de la Guardia nacional en los distritos obreros. También los demócratas que trabajaban en los clubes estaban totalmente desunidos. Barbés odiada a Blanqui y siempre estaba dispuesto a ponerse de parte del gobierno, si esto le servía para eliminarlo. Finalmente, la presencia de Ledru-Rollin dentro del gobierno desorientaba a algunos estratos de la población. Los pequeños burgueses radicales y ciertamente también algunos trabajadores no comprendieron inmediatamente el cambio de frente de los demócratas socialistas: para éstos una insurrección contra un gobierno de Ledru-Rollin hubiera sido una aventura fratricida.

De este modo, en mayo de 1848 las fuerzas políticas de la democracia y del socialismo franceses se encontraron en la crisis más profunda y ningún jefe, que conservara el mínimo de cordura podía aconsejar seriamente, en esa situación, una segunda revolución. Después del 24 de febrero, los obreros de París habían demostrado un alto grado de disciplina y de responsabilidad. Se había llegado ciertamente a manifestaciones pacíficas de masa, pero no se habían producido nunca actos de violencia o hechos de sangre. Este comportamiento pacífico de los obreros parisinos no era, sin embargo, del agrado del ala derecha de los republicanos franceses. Esta corriente de reac-

cionarios rabiosos de las ciudades de provincia hacía mucho tiempo que consideraba la comisión de los cinco en el gobierno demasiado débil. Esta ala no deseaba ningún compromiso con los obreros de París, sino una mano de hierro. El hombre que gozaba de la mayor confianza del ala derecha burguesa era el nuevo ministro de guerra, el general Cavaignac. Se esperaba la primera ocasión para derrocar la comisión ejecutiva, para golpear a los obreros de París y para establecer después la dictadura militar de Cavaignac. Este proyecto se veía apoyado por el hecho de que los obreros de París no se proponían dar un golpe de estado. Para el 15 de mayo se preparó una gran manifestación de todos los demócratas y socialistas parisinos en apoyo de Polonia. El objetivo era más que legítimo; y si en esta ocasión la muchedumbre pasaba cerca de la Asamblea nacional para manifestar su propia fuerza con una marcha pacífica, no se trataba ciertamente de un incidente político. Había, sin embargo, el peligro de que algunas personalidades que agitaban en la sombra aprovecharan la manifestación para sus objetivos. Blanqui planteó, en vano, esta posibilidad. El entusiasmo de los obreros de París por Polonia, tierra de antiguas tradiciones democráticas, era tan grande que fueron inútiles todas las objeciones. Blanqui terminó por unirse a la manifestación con su club, para no quedar excluido de la acción democrática general.

El 15 de mayo transcurrió de un modo extraño. Las masas se presentaron, de acuerdo con los planes, frente a la sede de la Asamblea nacional. Desde hacía mucho tiempo, el gobierno había tomado todas las medidas necesarias para reprimir cualquier desorden en París. La capital y sus alrededores pululaban de tropas. El ejército, la Guardia móvil, la Guardia nacional estaban preparados. El gobierno le había dado siempre mucha importancia a la protección de la Asamblea nacional de cualquier disturbio. El 15 de mayo los manifestantes llegaron frente a la Asamblea nacional y encontraron, en cambio, desprotegidas y abiertas las entradas del edificio. Un grupo de obreros parisinos logró entrar hasta el aula de sesiones. Les gritaron a los diputados su descontento. No se llegó sin embargo a actos serios de violencia. Los manifestantes se apoderaron del aula de la Asamblea nacional durante tres horas, sin que ninguna fuerza armada se presentara para proteger al parlamento. Hasta ese momento, para el parlamento se había tratado únicamente de un incidente desagradable sin nin-

gún significado político real. Después un individuo de dudosa procedencia y supuestamente provocador declaró disuelta la asamblea en nombre del pueblo.

En ese momento fue cuando muchos manifestantes y también algunos de los jefes demócratas declararon que una segunda revolución había triunfado. La Asamblea nacional estaba evidentemente derrotada y no se había presentado la fuerza armada. Un grupo de manifestantes se dirigió al municipio para proclamar un nuevo gobierno obrero revolucionario. Barbés y Albert fueron tan miopes que se dirigieron con ellos al municipio. Cuando se puso en evidencia que se trataba de una revuelta política contra el gobierno legal, aparecieron de repente las tropas. El municipio fue ocupado sin ninguna resistencia. Barbés y Albert, junto con algunos otros radicales reconocidos, entre los que se encontraba también Blanqui, fueron arrestados. La tentativa de insurrección de los obreros parisinos, temida desde hacía algunos meses, se había desvanecido. Todo había ocurrido sin derramamiento de sangre, como en una opereta de mala calidad. La democracia socialista no sólo estaba derrotada completamente, sino había demostrado también una ridícula impotencia.

Basta un mínimo de experiencia sobre los movimientos de masa para no dudar en definir la acción del 15 de mayo como una colosal provocación y como una trampa. El objetivo político de toda la acción era demasiado claro. Los que tramaban en la oscuridad querían que la muchedumbre irrumpiera en el edificio de la Asamblea nacional y cometiera excesos. Había que permitir que se jugara un poco a la revolución socialista, para tener el pretexto para una dictadura militar y para la caída del gobierno. En cambio todo había sucedido de una manera demasiado rápida y sin daños. Desde el momento que los revolucionarios no habían opuesto resistencia, a su pesar, los generales no tuvieron ocasión de disparar. Los militares deseosos de actuar y los políticos que estaban a sus espaldas debían esperar una mejor ocasión. El 15 de mayo muestra el espantoso proceso de descomposición de la democracia francesa. El partido socialista democrático oficial no tenía poder ni en el gobierno ni entre las masas; los jefes democráticos de los clubes carecían de influjo y de autoridad; de este modo, los obreros de París cayeron presa del primer aventurero que pasaba. No es casual que el 15 de mayo se pusiera nuevamente de manifiesto en París la agitación bonapartista. Los obreros

habían perdido la confianza en los republicanos y en los demócratas, añoraban de nuevo al emperador y pensaban que con un nuevo Bonaparte las cosas no podían ir peor.

La corriente de los reaccionarios hostiles a los obreros, de los republicanos partidarios de la dictadura, apoyados por los partidos monárquicos de la Asamblea nacional, continuaba su obra. La comisión gubernamental para los trabajadores del palacio de Luxemburgo fue disuelta. De este modo los trabajadores perdieron su representación legal y se declaró la guerra al principio del derecho de asociación del contrato de trabajo. Ledru-Rollin siguió formando parte tranquilamente del gobierno. El siguiente golpe decisivo estaba dirigido contra las fábricas nacionales. Los diputados de provincia no sabían que las fábricas nacionales habían sido el baluarte de la corriente partidaria de la paz económica burguesa. Consideraban las fábricas nacionales únicamente como una institución para despilfarrar los impuestos y para fomentar el ocio. Los capitalistas aborrecían el principio del derecho al trabajo, que legitimaba las fábricas nacionales. Los industriales hubieran podido encaminarse gradualmente hacia un período de desarrollo económico, sólo en caso de que en Francia se derrotara en forma radical al socialismo. Querían para sus empresas industriales obreros sumisos y baratos, y consideraban las fábricas nacionales como una especie de apoyo a la huelga. El desmantelamiento de las fábricas nacionales les pareció la premisa para el saneamiento de la industria en sentido capitalista.

Las fábricas nacionales de París, con sus salarios miserables, con sus desconsiderados trabajos de emergencia, con su organización militar y con su política engañosa hacia los obreros, no tenían nada en común con ninguna forma de socialismo. Con toda razón, Louis Blanc había declinado toda responsabilidad en lo referente a las fábricas nacionales. Ningún socialista se hubiera interesado en continuar con las fábricas nacionales tal como estaban. La única solución justa era trasladar a los desocupados a un trabajo productivo. Pero había que ver en qué condiciones debían dejar estos trabajadores el trabajo de emergencia por las fábricas normales: si iban a encontrar salarios razonables o bien iban a quedar a merced del empresario. La mayoría de la asamblea nacional escogió la segunda salida. Las industrias nacionales debían cerrarse de manera provocadora y los obreros debían quedar ante la alter-

nativa de morir de hambre o aceptar un lugar en las fábricas con salarios bajísimos. Y en caso de que estallara una revuelta en París, los militares la reprimirían.

El problema de las fábricas nacionales se convirtió de este modo en una prueba de fuerza entre el capital y el trabajo, en la que precisamente la parte más moderada del proletariado, la parte que era en general antisocialista y amante de la paz económica fue víctima de la violencia capitalista. La crisis de la democracia liberal nació del problema de las fábricas nacionales. En Francia, la democracia socialista había muerto políticamente el 15 de mayo, no obstante el papel que Ledru-Rollin y un grupo de sus amigos seguían desempeñando en el parlamento. Sin embargo, la democracia liberal personificada por Lamartine, Marie, etc., tenía todavía formalmente el poder. Esta corriente dominaba en la comisión ejecutiva suprema del gobierno. Los demócratas liberales habían sido los que crearan las fábricas nacionales, los que les habían dado el aparato político en nombre de la conciliación de las clases y con la ayuda de Thomas. El brutal desmantelamiento de las fábricas nacionales debía resultar un grave golpe también para el gobierno liberal: en la crisis que se adivinaba con su clausura nacería también la ocasión para la caída del gobierno.

La comisión gubernamental dirigida por Lamartine estaba dispuesta, por lo demás, a disolver las fábricas nacionales, pero quería hacerlo en forma gradual, para evitar la provocación de los obreros. Pero la mayoría del parlamento deseaba precisamente la provocación para explotarla en su propio beneficio. La actitud de la comisión ejecutiva fue deplorable a este respecto. Garnier-Pagés estaba de acuerdo con Cavaignac y tramaba entre bastidores una intriga contra sus cuatro colegas. Éstos no lograban encontrar una salida y finalmente se plegaron a la amenazadora voluntad de la Asamblea nacional. El ministro del trabajo, Trelat, hizo todo lo posible para orillar a la desesperación a los trabajadores. Cuando Thomas, director de las fábricas nacionales, informó al ministro sobre lo que estaba por hacer y planteó un levantamiento de los obreros ocupados en los trabajos de emergencia, Trelat lo arrestó y lo condujo fuera de París. Este episodio era la mejor prueba del modo brutal y cínico en que el partido más fuerte de Francia provocó la insurrección de junio.

Se publicaron las disposiciones del gobierno para el des-

mantelamiento de las fábricas nacionales. Los desocupados y los obreros de los trabajos de emergencia debían buscar inmediatamente ocupación en la industria privada. Los jóvenes que no encontraran trabajo debían enrollarse, los demás serían enviados a trabajar en provincia, en donde de hecho no se sabía qué trabajos de emergencia ejecutarían las autoridades. Todo esto significaba el completo sometimiento de los trabajadores a la voluntad de los empresarios. Los obreros de París estaban abandonados entonces por todos los partidos, nadie podía darles un consejo o indicarles una salida. Los que estaban ocupados en trabajos de emergencia tenían la impresión de haber sido engañados y usados durante cuatro meses y de ser expulsados a puntapiés cuando ya no eran útiles.

En esta situación de desorientación, en una parte de los trabajadores se despertó la conciencia de clase: se buscó el acuerdo con los obreros revolucionarios de las industrias privadas, reviviendo el recuerdo de 1793 y del 24 de febrero de 1848. Como miembros de la Guardia nacional tenían armas; en las fábricas nacionales se habían acostumbrado a una cierta organización militar, y ahora preferían caer con honor que morir lentamente de hambre en nombre de la república democrática. El 23 de junio empezó la insurrección en los barrios obreros de París. Al lado de los obreros no estaban ni los jefes de partido ni los líderes famosos. Ya que no existía ningún partido democrático y los que se decían herederos de los montañeses habían renegado miserablemente de su misión, los simples obreros de París lucharon solos siguiendo la tradición de Robespierre.

La primera víctima de la insurrección fue el gobierno democrático liberal. En la mañana del 24 de junio, una escuadra de diputados airados entró en forma prepotente en las oficinas de la comisión ejecutiva y exigió la dimisión inmediata de los cinco. Éstos declararon que sólo se someterían a una decisión formal de la Asamblea nacional. La decisión no se hizo esperar. La Asamblea nacional cedió todo el poder ejecutivo al general Cavaignac: de este modo se destruía la comisión ejecutiva. Si en Francia la democracia socialista se había derrumbado el 15 de mayo, el 24 de junio marcaba el final de la democracia liberal. Se puede discutir sobre cuál de las dos abandonó el campo de batalla de una manera más deplorable.

Cuando el 23 de junio empezaron en París los desórdenes

obreros, se repitió la escena del 15 de mayo. Los insurgentes no encontraron ninguna oposición al principio y pudieron ocupar tranquilamente los barrios obreros, levantar barricadas, etc. Si el gobierno hubiera empleado toda la fuerza armada en las zonas obreras de París el mismo día en que había emitido las disposiciones para la clausura de las fábricas nacionales, difícilmente se habría llegado a una insurrección de esas dimensiones. Pero los amigos de la dictadura militar deseaban una verdadera batalla en las calles para acabar con el socialismo y con la democracia. Ahora habían logrado su objetivo. La pérfida provocación, con la que el partido de Cavaignac preparó la insurrección de junio de 1848, encuentra una analogía con el comportamiento del gobierno zarista de Rusia en enero de 1905, que dejó madurar el movimiento obrero del sacerdote Gapón para tener la oportunidad de perpetrar el deseado baño de sangre.

La insurrección de los obreros de París no tenía desde el principio ninguna esperanza de éxito. Sin embargo lucharon con un valor desesperado. Sólo después de una batalla de tres días, que costó miles de vidas humanas, el general Cavaignac obtuvo el triunfo. El general siguió como jefe del gobierno, organizó su ministerio con hombres del ala derecha de los llamados republicanos moderados y reprimió con una violencia brutal todos los movimientos de oposición de las masas. Mientras tanto, la mayoría de la Asamblea nacional terminaba su tarea de reelaborar la constitución republicana de Francia. Permaneció el sufragio universal, puesto que la clase dominante no le temía mientras fuera capaz de sofocar cualquier oposición con la ayuda de la policía, de los tribunales y de los militares. Si la dictadura militar en el poder podía sofocar a cualquier partido, asociación, asamblea o periódico que no fuera de su agrado, el sufragio universal seguía siendo una formalidad vacía.

En esto pensaba el partido gobernante francés, cuando introdujo en su constitución el nombramiento directo del presidente por parte del pueblo. No obstante, el sufragio universal le hizo una mala jugada al partido de Cavaignac. El 10 de diciembre, el pueblo debía elegir al presidente de la república. La burguesía poseedora, la burocracia y los propietarios apoyaban en su gran mayoría la candidatura del general Cavaignac, salvador de la sociedad y de la propiedad privada. Ledru-Rollin había continuado su agitación después de su

exclusión del gobierno, basándose en consignas como si no hubiera sucedido nada. Sus amigos abusaban del nombre de los montañeses apropiándose: Ledru-Rollin se presentó ante el pueblo francés como candidato de la "democracia social". La democracia pacifista estaba representada por el candidato Lamartine. Un grupo de socialistas intransigentes propuso como su propio candidato a Raspail.

Ningún obrero de Francia que tuviera una conciencia de clase podía votar por Cavaignac o Ledru-Rollin; y la candidatura de Raspail no tenía ninguna posibilidad de éxito. De este modo, la mayoría de los obreros franceses se decidió por otro candidato, que estaba colocado al lado de los representantes de los cuatro partidos: Luis Napoleón Bonaparte. El nieto del gran emperador era un hombre absolutamente insignificante y sus programas electorales no decían mucho: pero tenía a su favor el nombre y la tradición. Los obreros que después de las experiencias de los últimos meses no confiaban en la república ni en la democracia, se aferraron a los recuerdos del imperio. El voto a favor de Napoleón era por lo menos una venganza de la carnicería de junio, era la respuesta del proletariado a las provocaciones de Cavaignac y a su mayoría parlamentaria. También las masas campesinas votaron, sin embargo, por Napoleón Bonaparte. Éstas no confiaban en la monarquía; la república las había desilusionado con todas sus corrientes: el gobierno provisional había decretado el aumento del 45 por ciento de los impuestos y el general Cavaignac las golpeaba con brutalidad en los poblados rurales. El campesino respondió como el obrero votando por Napoleón.

El resultado de las elecciones superó todas las expectativas y todos los temores. La participación en el voto fue todavía muy numerosa: siete millones y medio de votos. Los 8 000 votos reunidos por Lamartine pusieron de manifiesto hasta qué punto el pueblo francés amaba la democracia liberal. Ledru-Rollin logró 370 000 votos, Raspail 36 000, Cavaignac un millón y medio. Napoleón Bonaparte, 5 millones y medio. La unión de las masas trabajadoras de Francia, que no había tenido éxito en la democracia, se veía realizada ahora en el nombre del bonapartismo. Pero los obreros y los campesinos de Francia tenían que quedar desilusionados con su presidente. Napoleón, en efecto, no pensaba gobernar en beneficio del pueblo trabajador: su acción se presentó bajo el signo de la reacción capitalista y militar. Un grupo de políticos franceses de la burgue-

sía, que se orientaban hacia el astro naciente, apoyó inmediatamente, el 10 de diciembre, la candidatura de Bonaparte. Independientemente de la forma en que había de cambiar la orientación de las masas populares en los años siguientes, el bonapartismo estaba muy afianzado en el trono. El camino de la presidencia de Luis Bonaparte al imperio de Napoleón III quedó marcado desde el 10 de diciembre. La revolución francesa de 1848, como movimiento democrático popular, ya había terminado con la carnicería de junio. Con el bonapartismo, las masas francesas escogieron la forma de esclavitud que les parecía más tolerable.

LA DERROTA DE LA REVOLUCIÓN EN LA EUROPA CENTRAL. 1848-1849

La victoria de la insurrección parisina del 24 de febrero les dio un vigoroso impulso a los demócratas de los países monárquicos con una estructura parlamentario-burguesa de Bélgica e Inglaterra. Tan pronto como se recibió la noticia de la proclamación de la república en Francia, la democracia de Bruselas entró en agitación bajo la dirección de Marx. La asociación democrática de Bruselas se congratuló con los franceses por su éxito, exhortó a los cartistas a conquistar pronto también en Inglaterra el sufragio universal y preparó por sí misma el ataque contra la clase dominante de Bélgica. Pero el gobierno belga fue el que pasó al contrataque. Los demócratas extranjeros del país, entre los que se encontraba Marx, fueron arrestados y expulsados y se cerró militarmente la frontera franco-belga. En marzo, los demócratas intentaron desde Francia una salida hacia su país. Fueron rechazados. El gobierno belga se consolidaba. El 10 de abril, los cartistas escenificaron en Londres una gran manifestación, en la que se planteaba nuevamente toda especie de esperanzas y temores. Sin embargo la jornada transcurrió pacíficamente. La derrota de la revolución de Francia con la batalla de junio tuvo un efecto paralizador también sobre la democracia belga e inglesa.

La revolución penetró mientras tanto, de una manera potente, en los países del continente europeo que eran absolutistas a medias o del todo. En Italia, en Alemania, en Hungría y en Polonia, hacía años que se había puesto la mirada en Francia. Tan pronto como estalló la revolución en París, los demás países quisieron hacer lo mismo, tan amplio había

sido el influjo del sentimiento revolucionario internacional en los ánimos. La burguesía y las amplias masas populares ya no querían soportar el dominio del monarca y de la nobleza, de la policía y de los burócratas. A todo esto se añadía la convicción de que cualquier pueblo triunfaba cuando tomaba decididamente las armas y saltaba sobre las barricadas. Las dos revoluciones francesas de 1830 y de febrero de 1848 inspiraron una fe casi mística en el carácter invencible de los que se encontraban atrás de las barricadas. El ejército de una gran potencia moderna, mientras mantiene la disciplina y obedece a sus propios jefes siempre puede sofocar cualquier insurrección. El ejército francés, como se vio, no tenía mucho interés por los Borbones y por esto tanto en 1830 como en 1848 combatió débilmente. Pero las masas populares y la opinión pública europea veían de otro modo los acontecimientos. En todas las ciudades más grandes, las masas populares eran presa de una increíble euforia de triunfo, a la que correspondía la preocupación y la indecisión de los gobiernos. Los pequeños burgueses ordinariamente pacíficos y los obreros de Berlín atacaron el 18 de marzo a la guardia prusiana con una inusitada determinación. Semejante era la fuerza de choque de las masas en Viena, Milán, Budapest, etcétera.

En marzo de 1848, la revolución liberal triunfó al principio con una sorprendente rapidez, en Alemania, Italia y Hungría. El rey de Prusia aceptó las exigencias de la burguesía liberal. En Viena, fue derrocado Metternich y se preparó al mismo tiempo una constitución liberal para Austria. Los húngaros les arrancaron a los Habsburgo una prolongada autonomía. El pueblo italiano expulsó las tropas austriacas de Milán y Venecia. El rey de Cerdeña puso sus tropas a disposición del movimiento nacional y liberal de Italia. También los demás príncipes italianos aceptaron las instancias de la burguesía. El rey de Prusia no sólo parecía dispuesto a acoger las exigencias nacionales de los alemanes, sino parecía también dispuesto a capear el movimiento polaco. Los polacos prusianos recibieron la autonomía administrativa y comenzaron a prepararse para atacar a Rusia.

Todo dependía de la forma en que colaboraría la república francesa y los movimientos liberales alemanes e italianos, húngaros y polacos. Si la Internacional liberal democrática permanecía unida, estaba asegurado el éxito de la revolución. Prusia y los pequeños estados alemanes se habían pasado, en efecto,

a la parte de la revolución y los estados italianos habían hecho la misma. El reino de los Habsburgo estaba en plena descomposición, y si los países revolucionarios permanecían unidos, serían capaces de derrotar fácilmente al mismo zar ruso. El gobierno provisional francés estaba dispuesto a actuar en el sentido de la solidaridad democrática internacional. Semejante política exterior activa era deseada en la misma medida por los obreros y por los demás ciudadanos. Los obreros franceses anhelaban la difusión de la revolución en todos los demás países de Europa y la burguesía deseaba extender, en esta ocasión, el poderío político y económico de Francia. Ésta fue la forma en que Francia les ofreció a los italianos su ayuda por mar y por tierra contra Austria. Al mismo tiempo, la república francesa se alió con Prusia. En caso de que Prusia hubiera hecho suyas las exigencias de los polacos y se hubiera desatado una guerra con Rusia, Francia estaba dispuesta a salir en ayuda de la revolución polaca y alemana.

Una guerra revolucionaria triunfante, sostenida en conjunto por la república francesa, por Prusia-Alemania, por Cerdeña-Italia, por Hungría y por Polonia, en rebelión contra el zar ruso, habría asestado ante todo un golpe mortal al reino de Habsburgo. La Rusia zarista estaba en guerra con una potencia de la Europa occidental ante la cual no hubiera podido resistir el largo tiempo. De este modo la conquista de los países de la Rusia occidental por parte de los aliados y la reconstrucción de Polonia se podrían llevar a cabo sin mucho esfuerzo. En 1848, Marx y Engels predicaron y difundieron repetidamente la guerra revolucionaria contra Rusia, especialmente a través de la *Neue Rheinische Zeitung*. No se trataba en absoluto de un proyecto fantasioso, sino por el contrario esa expedición fue tenida realmente en consideración en los círculos influyentes de París y de Berlín. No significaba todavía una victoria del comunismo internacional, pero habría reforzado ante todo el dominio del liberalismo burgués en Europa y habría sentado las bases de un ulterior desarrollo en el sentido señalado por el *Manifiesto comunista*.

Muy pronto se comprobó, en cambio, que el frente unitario revolucionario de Europa, que con frecuencia se había considerado como una realidad, de hecho no existía. La burguesía italiana estaba dispuesta ciertamente a expulsar a Austria de su país, pero albergaba una preocupación igualmente grande por la forma republicana y por el poder de las masas

de los no propietarios. Los liberales italianos habían elegido como jefe a Carlos Alberto de Cerdeña, para evitar, con la monarquía militar, los excesos radicales del movimiento nacional. Si las tropas francesas hubieran entrado en Italia en marzo o en abril de 1848, se las habría considerado como exportadoras de la república: el ejército francés era el ejército de un gobierno del que formaba parte Louis Blanc. Los liberales italianos tenían además que los franceses no intervenirían de una manera demasiado desinteresada, y que aprovecharían la ocasión para apoderarse de territorios italianos. Por esta razón el rey de Cerdeña rechazó la oferta francesa. Italia quería sostener por sí sola la lucha por la libertad. Italia hubiera podido vencer por sí sola a la deteriorada monarquía de Habsburgo si se empleaba realmente toda la fuerza popular contra el enemigo. Pero los jefes liberales junto con el rey Carlos Alberto tenían la movilización de las masas populares. Por esto la parte italiana llevó a cabo la guerra de una manera débil e inadecuada, esencialmente sólo con las fuerzas militares insuficientes del reino de Cerdeña.

La burguesía liberal alemana comprendió también de una manera muy pobre la necesidad de un frente revolucionario unitario. Veía en su revolución la senda a la grandeza nacional y no quería víctimas. No era ciertamente fácil encontrar en oriente una línea limítrofe entre Alemania y un nuevo estado polaco. Y el liberalismo alemán y el gobierno prusiano no mostraban ningún deseo serio de resolver el problema polaco. El proyecto de una colaboración franco-prusiana contra Rusia fue abandonado, y cuando los polacos desilusionados se levantaron en Posen contra las autoridades prusianas fueron dominados por la violencia en los meses de abril y de mayo. Con esto quedaba anulado el presupuesto esencial para la lucha de la revolución centro-europea contra Rusia. Los hechos de Posen fueron los que llevaron el proletariado parisino a la gran manifestación de simpatía por los polacos del 15 de mayo, que debía tener consecuencias tan fatales.

El liberalismo alemán, del mismo modo que no había afrontado el problema polaco, no hizo frente tampoco a los grandes problemas internacionales de 1848. Los liberales alemanes del mismo modo que los italianos querían apoyarse en una de las monarquías ya existentes. La dirección de la futura Alemania podía tocarle sólo a Prusia o a Austria. En la situación revolucionaria de 1848, era obviamente imposible, sin embargo,

una alianza del movimiento liberal con la casa de Habsburgo. En efecto, en caso de que triunfara la revolución ésta debía arrebatarse a la casa de Habsburgo Italia, Hungría y Galitzia, o sea, la mayor parte de sus territorios. De este modo, si el liberalismo alemán rechazaba la república para contentarse con la monarquía parlamentaria, lo único que le quedaba era el acuerdo con Prusia. Sin embargo se desperdició un tiempo muy precioso mientras las personalidades importantes lograban comprender estas simples realidades. La asamblea nacional alemana recién elegida, reunida en Francfort del Meno, logró elegir como regente provisional del Reich al archiduque austriaco Juan. Éste era un acto que por lo menos reforzaba a la casa de Habsburgo. Al mismo tiempo los liberales alemanes de Austria no querían renunciar a ninguna de las partes del reino de su imperio. La burguesía alemana aceptó que el gobierno austriaco aplastara con las armas la revolución italiana. Cuando las tropas imperiales dominaron en junio una insurrección de los artesanos checos y de los obreros de Praga, la burguesía alemana quedó satisfecha.

El nuevo gobierno húngaro, formado en Budapest bajo la dirección de Kossuth, quiso comportarse también de una manera legal. Sólo estaba interesado en construir una administración autónoma del país y no presentó ninguna objeción cuando el propio rey, en calidad de emperador de Austria, emprendió la guerra en Italia. De este modo, ya en la primavera de 1848 se había roto completamente la unidad del frente revolucionario de la Europa central. El egoísmo nacional de los italianos, de los liberales alemanes y húngaros, impedía toda acción en común. La que salió beneficiada fue ante todo la casa de Habsburgo. Los generales austriacos, protegidos por los círculos influyentes de Viena y de Budapest habían sofocado la revolución de Bohemia e impedido la de Galitzia. En el verano, Radetzky obtuvo resultados decisivos sobre el rey de Cerdeña. Los austriacos reconquistaron Milán. El rey de Cerdeña firmó en agosto un armisticio miserable que selló la derrota de la revolución en Italia.

Los demócratas italianos guiados por Mazzini veían con amargura el modo en que la burguesía liberal junto con el rey de Cerdeña, con sus burócratas y sus oficiales, arruinaban la revolución. Por el momento, sin embargo, los demócratas italianos no tenían ninguna posibilidad de atacar. En Hungría, el movimiento estaba completamente en manos de la nobleza

patriótica y de la burguesía poseedora, de tal manera que no existía ninguna posibilidad de una intervención democrática particular. En Polonia, el movimiento revolucionario había sido sofocado en su nacimiento, de tal modo que tampoco aquí los demócratas tenían ninguna posibilidad de distinguirse en la acción del partido patriótico de los aristócratas. En Alemania, la democracia era un poco más fuerte, pero incapaz de contrarrestar el fatal desenvolvimiento de las cosas.

De acuerdo con su desarrollo social, Alemania estaba dividida en tres partes. En las regiones agrícolas del este del Elba se enfrentaron los grandes terratenientes nobles con las masas oprimidas de los trabajadores del campo y de los pequeños campesinos. En estas provincias de la antigua Prusia una democracia sería debía haber movilizadado ante todo a los campesinos pobres y exigir la expropiación del latifundio. En segundo lugar estaban las regiones alemanas de las grandes ciudades y de las industrias modernas, como Berlín, Viena, la Sajonia, la Renania-Wesfalia y los distritos industriales de la Silesia. En todas estas regiones, los burgueses y los trabajadores estaban unidos por la oposición a la burocracia feudal dominante. Pero desde el principio se manifestaba al mismo tiempo el conflicto entre los empresarios capitalistas y la clase trabajadora. Una democracia sería debía haber organizado en estas zonas de Alemania la lucha de la clase trabajadora contra el feudalismo y contra la clase empresarial simultáneamente.

En tercer lugar, había en Alemania algunas regiones, especialmente en el Sur, en las que los contrastes de clase no eran tan agudos. En la Alemania del Sur eran pocos los nobles poseedores y no tenían ningún peso social. Casi toda la tierra pertenecía a los campesinos autónomos. En las ciudades sólo existían unas cuantas fábricas. Ni los capitalistas ni los trabajadores tenían un peso decisivo: en toda la Alemania del Sur todo dependía de la pequeña burguesía. Seguía existiendo la armonía entre los campesinos independientes, los comerciantes, los artesanos y el estrato culto aliado con ellos. En la Alemania del Sur se añadía, obviamente, la contraposición confesional, pero fuera de la religión el campesino y el artesano católico tenían en el campo práctico y en el campo político las mismas ideas que los campesinos y artesanos protestantes. Y ya que en 1848 el problema religioso no tenía actualidad,

el sentimiento unitario de la población del Sur de Alemania no se vio perturbado.

En estas condiciones se desarrolló en Alemania durante 1848 un doble tipo de democracia. Estaba ante todo una democracia social de estilo europeo-occidental, que deseaba, en primer lugar, organizar su lucha de liberación del proletariado y de los campesinos. Los representantes más brillantes de esta orientación fueron Marx y Engels. Habiendo regresado a Alemania después del estallido de la revolución, restablecieron sus antiguas relaciones en Renania y fundaron en Colonia la *Neue Rheinische Zeitung*. Marx y Engels llamaron a su periódico "órgano de la democracia". La *Neue Rheinische Zeitung* describió con una claridad y vigor extraordinarios los acontecimientos de la revolución alemana y de la internacional, y señaló el último camino a través del que se podía llevar a cabo la revolución burguesa, puesto que la revolución burguesa debía vencer antes de que se pudieran realizar los fines de clase del proletariado, a través de la república democrática.

En Alemania había muy pocos hombres fuera de Colonia que estuvieran dispuestos a trabajar de acuerdo con las líneas de la *Neue Rheinische Zeitung*. Los obreros de Berlín y de Viena y de los distritos industriales estaban dispuestos a combatir por la república democrática tan pronto como fueran llamados. Entre los estudiantes había muchos amigos sinceros del pueblo pobre, que estarían dispuestos a arriesgar su vida por la democracia. El proletariado campesino del este del Elba esperaba la señal de los demócratas para expulsar a los grandes latifundistas. La burguesía poseedora de Alemania del Norte era, en cambio, contraria a adoptar posiciones radicales, ya que temía que el desencadenamiento de las masas pudiera amenazar también la propiedad capitalista. Faltaban las condiciones previas para la creación de un partido de masa en el Norte de Alemania, en el sentido deseado por la *Neue Rheinische Zeitung*. La llamada izquierda coqueteaba algunas veces en el parlamento prusiano con el nombre y el lenguaje democrático, pero no desarrollaba ninguna política de clase fundamentalmente distinta del liberalismo burgués.

En ese tiempo, en la Alemania meridional la democracia tenía una base mucho más amplia; pero no era ciertamente la idea de democracia de la *Neue Rheinische Zeitung* la que había entrado en las masas de Baden, del Palatinado, etc. La población de la Alemania meridional había acogido con entu-

siasmo las ideas de reforma liberal y odiaba a los burócratas y la administración policiaca. En las zonas en que se dejaba sentir la cercanía con Francia o con Suiza, se simpatizaba también con la república. En la Alemania meridional existía, por ejemplo, una tendencia popular general a la oposición, que exigía reformas liberales y un gobierno parlamentario. Sin embargo, la oposición de clase desempeñaba un papel muy modesto. El maestro, el farmacéutico, el agricultor, el comerciante y el maestro artesano se encontraban socialmente en el mismo plano. Los pocos obreros e industriales existentes se confundían en una fraternidad democrática general. La democracia de la Alemania meridional era partidaria natural del sufragio universal: no se comprendía por qué un honesto ciudadano alemán debía mantenerse políticamente apartado.

Esta unidad de entendimiento que ligaba fuertemente a la ciudad con el campo y encontraba su ámbito propio en los pequeños estratos históricos, hubiera podido liberar una fuerza revolucionaria extraordinaria como lo muestra el caso de de las trece colonias norteamericanas. Pero en la Alemania meridional no existía ninguna tradición de libertad política ni de independencia. La población estaba acostumbrada desde hacía muchos siglos a obedecer a la autoridad. Los distintos estados no habían sido fundados por auténticos ciudadanos y agricultores como las colonias británicas de Norteamérica; eran, en cambio, producto casual de los acontecimientos dinásticos. Las asambleas pacíficas e inofensivas de los pequeños estados del Sur de Alemania, constituidas en 1815, no eran capaces de desarrollar en el pueblo una voluntad de lucha. De este modo, las masas populares alemanas del Sur participaron en 1848 con mucho entusiasmo en el movimiento liberal. Se alegraron por las conquistas de marzo, por los ministros liberales y por la Guardia civil. Los jefes y sus seguidores se consideraban buenos demócratas alemanes; pero estos llamados demócratas no estaban en su mayor parte a disposición de las acciones revolucionarias serias, y mucho menos si éstas iban más allá de las fronteras de su pequeño estado.

También en los pequeños estados septentrionales en que la composición social de la población correspondía a la meridional existía un acuerdo semejante al que existía en la Alemania meridional. En Schleswig-Holstein y en Hannover, la democracia campesina y pequeñoburguesa correspondía más o menos a la de Baviera y de Württemberg. Se tenía la forma nor-

mal de la democracia alemana de 1848, un tipo político esencialmente distinto de la democracia social de la Europa occidental. Era sólo un apéndice popular, en términos pequeño burgueses, del gran liberalismo burgués. En la emigración alemana de 1848, Arnold Ruge era el más famoso representante de esta democracia pequeñoburguesa. Ruge fue originalmente amigo y colaborador de Marx; pero después se separó por la diversa concepción del problema social. Cuando estalló la revolución, Ruge trabajaba en Alemania por la democracia burguesa. Los demócratas de tipo alemán meridional dominaban los parlamentos locales y constituían el núcleo de las izquierdas del nuevo parlamento de Francfort. También la izquierda burguesa del nuevo parlamento prusiano de Berlín seguía una línea política semejante.

En el interior de la democracia pequeñoburguesa de la Alemania meridional existía, sin embargo, un grupo de hombres que no se contentaba con hermosos discursos sobre la libertad sino deseaba actuar de una manera revolucionaria. El más significativo de ellos, era Hecker, diputado en el parlamento de Baden. Rechazaba los compromisos con la monarquía, al contrario de lo que hacían en todas partes los liberales alemanes. Su objetivo era la república democrática alemana que el pueblo debía conquistar con las armas. La tradición histórica a la que pertenecía Hecker era la de la gran guerra de los campesinos de 1525. El movimiento obrero moderno le era ajeno, porque consideraba en primer lugar las relaciones pequeñoburguesas de su minúscula patria. Entre los políticos alemanes de 1848, Hecker era el único que ejercía una incidencia real en las masas populares y que gozaba de una autoridad personal. En abril, decidió la insurrección para expulsar a los príncipes y establecer la república. De este modo, Hecker desafiaba no sólo a los príncipes alemanes y a la nobleza, sino a todo el movimiento liberal oficial.

Hecker dio comienzo a la insurrección en Constanza y en Baden. Su empresa no era un *Putsch*, sino tenía bases concretas. Los gobernantes alemanes todavía estaban moralmente paralizados bajo la impresión de los acontecimientos de marzo; el ejército y la policía, desorientados e incapaces de actuar. Si el pueblo alemán intentaba tomar en serio las consignas de libertad y nación, ésa era la hora de actuar. Hecker extrajo las consecuencias del 18 de marzo. Si el pueblo no lo hubiera seguido, se habría perdido realmente la revolución alemana.

Cuando Hecker proclamó la república tenía de su parte algunos amigos, entre los que se contaban el parlamentario de Baden, Struve, y Willich, que había sido oficial prusiano. No obstante su gran popularidad, sólo siguieron a Hecker dos mil voluntarios. Eran en su mayoría hijos de campesinos y de pequeños comerciantes; el elemento proletario no jugó ningún papel. Las tropas gubernamentales dispersaron fácilmente a los insurrectos. Los jefes de la empresa se refugiaron en Suiza y en Francia. Estaba claro que todas las numerosas organizaciones llamadas democráticas y "de izquierda" de Alemania, no le servían a la revolución, ni siquiera en un momento tan propicio. Cuando Hecker vio a fines de junio la derrota del proletariado parisino en la batalla de junio, renunció a la causa de la revolución europea. Esto aclara aun más su línea política. Hecker partió para los Estados Unidos; Struve proclamó una vez más, en septiembre, la república de Baden, pero no tuvo ningún éxito y cayó prisionero.

Mientras tanto, la potencia militar austriaca que había triunfado en Italia y en Bohemia se preparaba también a intervenir contra Hungría. Si se hubiera logrado derrotar también al gobierno autónomo húngaro, se habría podido reconstruir el imperio austriaco en su antigua forma y se habrían podido arrancar, sin mucha dificultad las constituciones que la casa de los Habsburgo se había visto obligada a reconocer en marzo. Los obreros vieneses y los estudiantes intuyeron el peligro y se rebelaron en octubre, para impedir la partida de las tropas de Viena a Hungría. Las masas populares ocuparon la ciudad. Éste es el ejemplo más espléndido de solidaridad democrática internacional en la historia de los años 1848-1849. La situación de Hungría era más favorable que todas las demás situaciones revolucionarias de Europa. La nobleza húngara desde hacía muchos siglos había consolidado su propia realidad. En Hungría, por lo menos los estratos superiores tenían una tradición de autogobierno parlamentario, que recuerda el inglés. Además, el gobierno húngaro había aprovechado la debilidad momentánea de la casa de los Habsburgo de marzo de 1848 para constituir su propio ejército; las tropas de los Habsburgo reclutadas en Hungría habían sido sometidas a las autoridades húngaras.

Viena se había levantado en favor de la cuestión húngara. El gobierno de Kossuth habría estado dispuesto entonces a acudir en ayuda de los vieneses lo más pronto posible con to-

das sus fuerzas disponibles. Una victoria común de los húngaros y de los vieneses sobre el ejército imperial habría destruido nuevamente el reino de los Habsburgo, habría despertado de nuevo la revolución en Italia y les habría dado una nueva dirección a los acontecimientos en Alemania. Pero la ayuda húngara fue insuficiente y tardía. Los demócratas vieneses se vieron obligados a sostener por sí solos la lucha contra el preponderante poderío imperial. La izquierda democrática de Alemania se contentó con manifestar su simpatía. La izquierda de la Asamblea nacional de Francfort mandó algunos diputados a Viena. Uno de ellos, Robert Blum, hombre de gran valor personal, participó en la defensa de la ciudad y después de la conquista de Viena fue procesado y fusilado por la autoridad militar austriaca. Los obreros vieneses debieron pagar en 1848, precisamente como pagarían después en 1934, por haber sido superiores en clarividencia política y en valor a los demás demócratas y socialistas de la Europa central. Cuando el ejército imperial reconquistó Viena, en Austria se perdió la revolución. Las tropas imperiales marcharon entonces también sobre Hungría. Cuando el rey de Cerdeña osó, en marzo de 1849 una nueva intervención armada, fue derrotado nuevamente por Radetzky y Cerdeña salió definitivamente de la lucha revolucionaria.

En la primavera de 1849, sin embargo, un inesperado viraje en los países más importantes de Europa pareció dar principio a un nuevo impulso revolucionario. Los húngaros obtuvieron, ante todo en mayo, una serie de victorias sobre las tropas austriacas y las expulsaron de nuevo. En la Italia central los republicanos habían empezado a actuar de una manera independiente. El Papa tuvo que abandonar Roma y se proclamó la república con Mazzini a la cabeza. Garibaldi asumió la dirección militar de la democracia romana. La república romana encontró junto con los austriacos y el rey de Nápoles, otro enemigo, cuya intervención al lado de los contrarrevolucionarios no era previsible algunos meses antes. El nuevo enemigo era Francia. El neo presidente Napoleón Bonaparte quería ganarse el favor de los católicos franceses con una acción en favor del Papa. Las tropas francesas desembarcaron en Italia y atacaron Roma, pero fueron rechazadas en abril por Garibaldi. Las brillantes acciones militares de la república romana contrastaban de una manera característica con las acciones insuficientes del ejército realista de Cerdeña.

Mientras tanto, en Francia la Asamblea nacional había concluido su actividad y en mayo de 1849 se eligió el parlamento legal o Asamblea legislativa, sobre la base de la nueva constitución republicana. Bajo la presión del bonapartismo, las instituciones republicanas perdieron gradualmente su significado, aunque se mantenían todavía de manera temporal. Las elecciones de mayo de 1849 fueron más bien singulares. El presidente Napoleón tenía ciertamente la mayoría del pueblo a su favor, pero el desarrollo del bonapartismo había sido tan impetuoso que el presidente, que no había organizado todavía un partido con sus seguidores se vio obligado a apoyarse temporalmente en uno de los partidos existentes. Napoleón eligió el antiguo partido monárquico del que tomó sus ministros. Los monárquicos entraron en la lid electoral como amigos del presidente Napoleón y de este modo obtuvieron la gran mayoría en el Parlamento. Por otra parte, sin embargo, muchos electores que habían votado por Napoleón en las elecciones presidenciales, no quisieron darles en esta ocasión su voto a los seguidores de los Borbones. De este modo, en mayo de 1849, el partido de Ledru-Rollin obtuvo un gran éxito en una serie de circunscripciones electorales. Los socialistas democráticos tenían en el parlamento una cuarta parte de los escaños. Ledru-Rollin y sus amigos declararon que mayo y junio de 1848 habían sido sólo una pesadilla; ahora todo estaba nuevamente en orden y los obreros y los campesinos de Francia ya seguían nuevamente la verdadera bandera de la democracia revolucionaria. El partido de Ledru-Rollin orquestó una viva propaganda contra el presidente y contra el gobierno reaccionario; acusó con fuerza a los detentadores del poder por el ataque a la república romana. El ruido que hacía el partido de los montañeses era tan grande, que muchos esperaban una nueva revolución obrera en París. En caso de que hubiera tenido éxito, se habría borrado la batalla de junio y Francia habría encabezado la Revolución democrática europea.

Después de la victoria de los húngaros, después de la nueva oleada revolucionaria en Francia y después del éxito de la república romana se produjo en Alemania una nueva crisis. La Asamblea nacional alemana de Francfort del Meno había concluido finalmente la preparación de la consitución del Reich alemán. En realidad tanto la Asamblea nacional como su gobierno se fueron por la borda, ya que los distintos estaditos

alemanes seguían existiendo no obstante los discursos que se pronunciaban en Francfort en la Paulskirche. El ejército, la policía y la administración pertenecían a los gobiernos de los distintos estados, y el parlamento del Reich alemán no disponía de ningún poder estatal efectivo. El parlamento de Francfort tenía, sin embargo, el valor de representante legal del pueblo alemán y gozaba de un notable prestigio. La mayoría de la burguesía liberal alemana se había decidido finalmente a poner en práctica la unidad alemana bajo la dirección de Prusia. Se debía fundar un imperio alemán parlamentario y se deseaba darle al rey de Prusia Federico Guillermo IV la corona de emperador.

El partido liberal burgués de la Asamblea nacional estableció un compromiso con la izquierda democrática, para obtener una mayoría para su propio proyecto constitucional, puesto que era partidario de la solución prusiana del problema nacional. Un compromiso que favorecía sobre todo a la izquierda democrática alemana del Sur. Si la constitución del Reich hubiera nacido en 1849, el rey de Prusia habría tenido el título formal de emperador pero habría tenido poco poder real. El poder supremo habría pertenecido al parlamento alemán del Reich elegido por el sufragio universal. De acuerdo con la letra de la constitución, los pequeñoburgueses del Sur habrían tenido el poder supremo: se trataba de una situación totalmente anormal. Las mentes más claras del capitalismo alemán del Norte rechazaron el compromiso que sus amigos de partido habían firmado en Francfort con la democracia. No querían saber nada de una constitución que sometía el destino del capital prusiano y del ejército al sufragio universal. El rey Federico Guillermo IV estaba todavía menos dispuesto a aceptar la corona de emperador en esas circunstancias. En abril rechazó el ofrecimiento de Francfort.

La destrucción de la constitución alemana por obra de los príncipes sacudió profundamente a las masas populares. Los trabajadores estaban tan amargados como los demócratas de la Alemania del Sur. A principio de mayo estalló una insurrección de los obreros sajones en Dresde, y pronto fue sofocada por el ejército prusiano. También en otras partes de Alemania se produjeron levantamientos. Los más importantes fueron los de Baden. Las ideas de Hecker habían echado raíces entre los soldados de Baden; entre las tropas, más que en cualquier otra parte de Alemania, existía un estado de ánimo revolucio-

nario. Del 9 al 12 de mayo, los soldados se levantaron en las mayores guarniciones de Baden. El Granduque, los oficiales fieles a él y los funcionarios debieron huir; de este modo el comité nacional de las asociaciones populares democráticas de Baden, guiado por von Brentano y Goegg, se encontró de repente e inesperadamente con todo el poder en sus manos. También en el estado vecino de la Renania y del Palatinado, triunfó la revolución. Los primeros días del levantamiento militar de Baden se parecían a los del levantamiento de los marineros alemanes de fines de octubre y de los primeros días de noviembre de 1918. Todo estaba en hacer que la insurrección militar saltara lo más pronto posible las fronteras de Baden, de manera que se difundiera; era necesario legalizar al mismo tiempo la insurrección haciendo que la Asamblea de Francfort la aceptara como propia. Con el fracaso de la iniciativa constitucional, casi todos los diputados moderados habían abandonado Francfort del Meno. Por esto la izquierda dominaba en la Asamblea, que seguía siendo sin embargo la autorizada para hablar en nombre de todo el pueblo alemán. Podía darle al amotinamiento de Baden el carácter de una lucha legal por la constitución legal del Reich. Una vez más se presentaba la posibilidad de salvar la revolución alemana.

Una tras otra se fueron perdiendo, sin embargo, las esperanzas revolucionarias en Europa. Cuando el partido de Ledru-Rollin organizó en París el 13 de junio una manifestación revolucionaria en la plaza, los manifestantes fueron fácilmente dispersados por los soldados de Napoleón. De este modo estalló la pompa de jabón del partido de los neo-montañeses. Ledru-Rollin salió al destierro en Londres, siguiendo el ejemplo de Louis Blanc. La derrota del partido francés de la Montaña destruyó al mismo tiempo las esperanzas de los republicanos de Italia. En julio, la república romana debió rendirse ante las superabundantes fuerzas de la reacción, después de una valiente resistencia. El zar de Rusia puso a disposición de la casa de Habsburgo su propio ejército para derrotar la revolución húngara. En el verano de 1849, Hungría fue conquistada por la acción conjunta de las tropas rusas y austriacas. Las cuatro grandes potencias de la Europa continental, Rusia, Austria, Prusia y la Francia de Bonaparte vencieron sus diferencias y juntas aplastaron la revolución.

El ejército prusiano junto con las tropas de los pequeños estados alemanes se pusieron en movimiento contra Baden y el

Palatinado. La revolución de Baden, empezada con tanto entusiasmo, adquirió muy pronto el carácter de una farsa. En primer lugar, la revolución respetó mezquinamente las fronteras del pequeño estado de Baden. Se perdieron tres semanas preciosas, antes de que se decidiera a ordenar que las tropas revolucionarias pasaran la frontera. Al mismo tiempo la izquierda de la Asamblea nacional de Francfort no tuvo el valor de unir su propio destino con la revolución de Baden. Uno de los jefes de la izquierda de Francfort, Raveaux, llegó a Baden pero sólo a título personal y no hizo más que aumentar la confusión. Cuando finalmente el 30 de marzo, las tropas de Baden debían pasar la frontera norte de Hesse, estaban completamente desmoralizadas y los soldados se negaron a hacerlo. El comandante del ejército revolucionario de Baden, el lugarteniente Sigel, trató de animar a sus tropas, hizo personalmente prisionero a un habitante de Hesse cerca de la frontera, y después de esto, las primeras partidas de Baden entraron prácticamente en "territorio enemigo". Pero cuando se produjeron los primeros disparos, las tropas rojas dieron marcha atrás y se replegaron precipitadamente hacia Baden.

La dirección de los políticos demócratas, Brentano y Goegg, había destruido hasta este punto los sentimientos de los soldados revolucionarios en el espacio de tres semanas. Es comprensible que los soldados perdieran la moral al ver que el movimiento revolucionario se estancaba, que Baden quedaba aislado y que en el partido demócrata más importante reinaba la peor de las confusiones. Al recibir la noticia del fracaso del 30 de mayo, Brentano y Raveaux querían capitular inmediatamente, llamar de nuevo al Granduque y acusar a Sigel de "haber agredido a Hesse". No obstante, Brentano cambió pronto de opinión y quiso continuar la lucha. La situación no tenía salida, desde el momento que las tropas revolucionarias de Baden no podían hacer frente a la enorme potencia prusiana. Sólo llegaron del vecino Palatinado refuerzos limitados entre los que iba un cuerpo de voluntarios guiados por Willich. El asistente de Willich era Friedrich Engels que después de la prohibición por parte del gobierno prusiano de la *Rheinische Zeitung* había abandonado Colonia para dirigirse al Palatinado.

Cuando Hecker se enteró en los Estados Unidos del levantamiento de Baden, se embarcó decidido a participar en la lucha. Sin embargo llegó demasiado tarde para las decisiones

definitivas. Desde que Hecker dejó de estar presente, la democracia resuelta no tenía en Baden ningún apoyo popular. Struve fue liberado por la revolución. Empezó la oposición contra el gobierno de Brentano, pero no logró imponerse. Brentano y Goegg siguieron a la cabeza de las tropas revolucionarias de Baden. Se eligió una Asamblea Constituyente de Baden. Es significativo que Struve no recibiera ninguna curul en las elecciones. Sólo al final de la insurrección entró a formar parte de la Constituyente en calidad de suplente. El parlamento revolucionario de Baden estaba completamente en manos de la democracia moderada oficial. Sigel dice en sus memorias, acerca de los diputados: "Eran en realidad una élite de conservadores: comerciantes bien establecidos, industriales, abogados y literatos, sacerdotes, profesores y otros enseñantes, doctores en medicina, empleados estatales y municipales, notarios, etc." El elemento proletario no desempeñaba ningún papel en la insurrección. Sólo en Mannheim, ciudad de Baden, había entonces algunos obreros de fábrica. Se trataba de una típica acción democrática de las pequeñas ciudades de la Alemania del sur. Los círculos populares de Baden no se habrían movido nunca si no hubieran tenido ante sus ojos el ejemplo de los soldados revolucionarios.

Mientras tanto, lo que quedaba de la Asamblea nacional de Francfort ya no se sentía seguro. Los diputados de izquierda no se reunieron con los insurgentes de Baden sino se dirigieron a Stuttgart. Ahí los soldados de Württemberg dispersaron el 18 de junio la Asamblea nacional. Ésta ya había nombrado una regencia del Reich compuesta por cinco miembros. Estaba constituida por el ya citado Raveaux, que en el ínterin había regresado al parlamento alemán, y también por Karl Vogt, Heinrich Simon, Schüler y Becher. Estos cinco hombres constituían el gobierno democrático revolucionario de la Alemania. Su actividad era la digna conclusión del trabajo democrático de la revolución de 1848-1849. Sigel, que pertenecía personalmente al ala moderada, escribió a este propósito, sin ironía: "Los desafortunados regentes se trasladaron a Baden guiados por Raveaux, admiraron el hermoso paseo y el antiguo castillo de Baden-Baden y ahí esperaron con la más grande tensión la noticia del enfrentamiento de Waghäusele Rastatt. Pronto fueron liberados de esta situación tragicómica por la llegada de los fugitivos de Gernsbach y de Rastatt; se dirigieron entonces a Offenburg y a Friburgo y de ahí al destierro."

El resto de las tropas revolucionarias de Baden fue empujado por los prusianos hasta la frontera suiza y en Suiza fue desarmado. Casi todos los jefes del movimiento salieron desterrados a Inglaterra. Pero a esa farsa le siguieron, después de juicios sumarios ante tribunales de guerra los fusilamientos y las largas condenas de cárcel ominosa pronunciadas contra los buenos patriotas. También fue encarcelado el notable escritor democrático Kinkel; a fines de 1850 logró escapar y se trasladó también a Inglaterra.

En el verano de 1849, la revolución democrática estaba derrotada completamente en todos los países europeos, como lo estaban también la liberal y la nacional. El movimiento nacional se reorganizó muy pronto en los países sometidos al dominio extranjero, y también la derrota de la burguesía liberal capitalista en la revolución de 1848-1849 fue sólo un episodio. La democracia revolucionaria, por el contrario, estaba definitivamente liquidada, en la forma en que se había desarrollado a través de la gran revolución francesa. El ingeniero declamador del encuentro entre las clases, Ledru-Rollin y el preocupado turista de la Selva Negra, Raveaux, habían llevado a la tumba el movimiento; el mismo movimiento que Robespierre y Saint-Just habían creado.

¿POR QUÉ FRACASÓ LA DEMOCRACIA EN 1848-1849?

Después del 24 de febrero de 1848, una entusiasta pintora inglesa llamada Goldsmith pintó un cuadro alegórico de la república francesa y del sufragio universal. Muestra un paisaje severamente festivo con campos y chimeneas en el fondo. En primer plano está Francia representada por la simbólica figura de una mujer. La Diosa Francia tiene en su mano los derechos del hombre y junto a ella se encuentra la gran urna de las elecciones del sufragio universal. Largas filas de obreros y campesinos avanzan para depositar sus papeletas en la urna. En el fondo se halla un árbol de la libertad, tal como se plantaban, entonces, por todas partes, adornado con banderas, en el que se apoya pensativo Ledru-Rollin.

Ese mismo espíritu anima el llamado con el que el gobierno provisional Lamartine-Ledru-Rollin incitaba al pueblo francés a la elección de la Asamblea nacional. En él se dice:

“La ley electoral provisional, decretada por nosotros, es la más amplia que pueblo alguno de la tierra haya jamás exigido para el ejercicio del más elevado derecho del hombre, el de su soberanía. El derecho electoral les pertenece a todos sin excepción. Después de esta ley ya no existe en Francia ningún proletario. Todo francés adulto es un ciudadano político, todo ciudadano es un elector. Todo elector es soberano. El derecho es exactamente igual para todos. No hay ningún ciudadano que pueda decirle a otro: ‘Tú eres más soberano que yo’. Considerad vuestro poder, preparaos para ejercerlo y seréis dignos de poseer vuestro reino. El reino del pueblo es la República.”

Tanto el cuadro de la artista, como el llamado oficial del gobierno francés, presentan del mismo modo las ilusiones en que entonces rebozaban las distintas corrientes de la democracia en Francia. Se le daba un culto fetichista a la república y al sufragio universal. Se creía realmente que el pueblo ya había alcanzado lo esencial desde el momento que había expulsado al monarca y todo ciudadano adulto tenía el mismo derecho a la boleta electoral. La audaz afirmación del gobierno provisional en el sentido de que en Francia al introducirse el sufragio universal desaparecería el proletariado, puede sostenerse si se le da a la palabra proletario su antiguo significado. Si el proletario no es más que un ciudadano que no posee nada y que no tiene derechos políticos, entonces el proletariado sería incompatible con el sufragio universal. Pero si se considera el proletariado moderno de las fábricas de París o de Lyon, o bien los desocupados que encuentran refugio de emergencia en las fábricas nacionales, entonces la afirmación de Lamartine y de Ledru-Rollin se reduce a un infantilismo o a una mofa.

Según la tradición histórica de la gran revolución francesa, la democracia social era una coalición de obreros, campesinos y pequeños burgueses llamada globalmente “pueblo” en oposición a los aristócratas, entre los cuales estaban incluidos de igual manera los nobles de nacimiento o por riqueza. Era completamente erróneo pensar que con la eliminación del poder opresor monárquico y con la introducción del sufragio universal se realizaba automáticamente la democracia social, y que una vez comenzado, el proceso avanzaría por sí solo. La democracia social no es un portento que surge en un momento dado para luego continuar automáticamente: es, por el contrario, un deber político que obliga a trabajar ininte-

rrumpidamente. Después del 24 de febrero, la democracia social requería, en Francia, un cuidadoso equilibrio entre los intereses de los campesinos y los intereses de los obreros. El "pueblo", en efecto, sólo puede funcionar políticamente si se comprenden sus distintas partes, si éstas se ponen al servicio de sus intereses específicos y se asegura su colaboración dentro de la unidad más estrecha. Hablarles a las masas de libertad e igualdad, agitar las banderas republicanas, por sí solo, no sirve de nada. Más arriba señalamos de qué manera la insensata política fiscal del gobierno republicano había apartado a los campesinos franceses del frente popular y había creado la oposición entre la ciudad y el campo que contribuyó decididamente a la decadencia de la segunda república francesa. Pero la historia de 1848 enseña algo más. Así como la unidad de los obreros y de los campesinos no es evidente y automática por sí misma, sino que debe ponerse en práctica, por el contrario, a través de una laboriosa unidad política, así la armonía entre los obreros de la ciudad no es tampoco una realidad natural garantizada de una buena vez. Cuando crece la desocupación, se produce una divergencia de consenso y de intereses entre los obreros de las fábricas y los que están fuera de ellas. El partido socialista-democrático francés tenía una unión seria con los obreros de las industrias, a causa de la actividades de Louis Blanc, pero dejó escapar a los desocupados; ¡y realmente la democracia socialista oficial no tuvo la culpa de que los obreros de las fábricas nacionales librasen, después, la batalla de junio contra el capitalismo!

A principio de mayo, el partido socialista-democrático cometió también el error de permanecer dentro de la condición gubernamental con la mayoría antisocialista y antisoberana de la Asamblea nacional. Desde entonces, el partido de Ledru-Rollin quedó privado completamente de bases sociales: no lo seguían ni los campesinos, ni los desocupados, ni los obreros de las fábricas. Ya era sólo la expresión de algunos estratos radicales que se oponían a la pequeña burguesía. En 1848, la catástrofe de la democracia social de Francia no consistió en haber sacado la peor parte de la lucha. La democracia debió poner en guardia a la clase trabajadora sobre el aislamiento y no lanzarlo a la lucha sin esperanza. Si se hubiera llegado al choque y el partido democrático hubiera sido derrotado con honor, el movimiento habría quedado por lo menos con vida. Pero en la Francia de marzo de 1848, el partido socialista-democrático

no tenía de hecho nada que ver con la lucha real de clase. Los capitalistas y los generales apoyados por los campesinos, por los soldados y por los mercenarios reclutados entre los desocupados, atacaron al proletariado. Los obreros se defendieron heroicamente en la insurrección de junio. El partido democrático se mantuvo apartado y se lanzó contra la nequicia de los tiempos, pero no participó de ningún modo en la lucha. De este modo se asistió al completo aislamiento de la democracia histórica por parte del movimiento de los obreros revolucionarios. Cuando en junio de 1849, finalmente, el partido de Ledru-Rollin convocó a las masas a la lucha contra el despotismo de Bonaparte, los obreros parisinos no se movieron.

La personalidad de los jefes de los grandes movimientos de masa tiene ciertamente también su importancia. No se podría uno imaginar, en realidad, un Robespierre o un Saint-Just en la posición de Ledru-Rollin y de Louis Blanc. Robespierre puso su mayor atención, desde el principio, en la clase campesina francesa. En todas las cuestiones prácticas importantes estuvo al lado de los campesinos pobres, y ninguno podía pensar que una acción del partido montañés parisino, guiado por Robespierre, podía resultar perjudicial para los intereses de los campesinos. Robespierre aseguró siempre la existencia de los desocupados de la ciudad. Más bien con su política de aumento de los precios y de los salarios entró en conflicto, con los obreros de las fábricas. Pero aun en ese caso los obreros inteligentes debían convencerse de que el gobierno del partido montañés defendía los intereses generales del pueblo trabajador. Robespierre y sus amigos llevaron a cabo una política realista de poder; primero tomaron firmemente en sus manos la ciudad de París convirtiéndola en el centro de las operaciones hacia la periferia francesa. Ledru-Rollin y Louis Blanc, en cambio, se dejaron arrebatar de las manos sin prestar ninguna resistencia las posiciones de poder, como los niños que se dejan quitar sus juguetes. En abril de 1793, Robespierre no se hubiera dejado convencer, en nombre de la república y del sufragio universal para entrar en el gobierno girondino y para desorientar de este modo a los revolucionarios de París paralizándolos. Cuando Robespierre tuvo que sucumbir, después del 9 de termidor, ante las enormes fuerzas del capitalismo y de la reacción, cayó junto con la democracia y con el proletariado. El recuerdo de la hazaña de Robespierre mantuvo viva hasta 1848 la tradición de la democracia revolucio-

naria en Europa e influyó de una manera considerable en los obreros franceses todavía en 1871. En cambio cuando fue derrotado Ledru-Rollin sólo el escarnio lo acompañó al destierro.

Si es cómodo inculpar a los jefes de la democracia socialista francesa del fracaso de 1848 y es fácil criticar la figura de tribuno sentimental de Ledru-Rollin, la investigación histórica no puede contentarse con estas respuestas. En los demás países europeos se lleva a cabo un desarrollo semejante al mismo tiempo que se produce el ocaso de la democracia social en Francia. Por sobre todas las cosas, cada movimiento de masa es responsable de sus jefes. Si Ledru-Rollin y sus amigos quedaron, sin oposición, al frente del partido democrático-socialista, esto significa que a pesar de su incapacidad personificaban la ideología del movimiento. La democracia social europea no fracasó, en 1848-1849, únicamente por la incapacidad de sus jefes, sino sobre todo por las contradicciones internas del movimiento.

En la época de la gran revolución francesa ya existía en Francia el proletariado urbano, aunque durante mucho tiempo no tuvo la importancia de 1848. En ese tiempo los campesinos no tenían todavía la propiedad de la tierra. En 1789, la tarea de la democracia consistía en dirigir de una manera unitaria la lucha de los campesinos pobres contra el capital. En ese tiempo esto era mucho más fácil que en 1848. Durante el período comprendido entre estas dos fechas, el proletariado industrial a pesar de que por lo general trabajaba todavía en pequeñas industrias, había crecido tanto en importancia que hacía culminar cualquier problema político serio en la oposición entre el proletariado y el capitalismo. El desarrollo de la revolución francesa de 1848 y 1849 pone de manifiesto todo esto en forma detallada. Por otra parte, los campesinos de Francia eran libres y los nobles poseedores no contaban. Ciertamente en la Francia de 1848, había todavía sólo una minoría de la población campesina que era poseedora independiente. La mayoría de la gente del campo estaba constituida por pequeños rentistas, jornaleros, etc. En los poblados, sin embargo, seguían influyendo los campesinos medios poseedores. El campesino medio poseedor y el obrero de la ciudad tenían, en 1848, una conciencia de clase desarrollada de una manera totalmente distinta que en 1789. Se requería por parte del partido democrático una habilidad táctica totalmente especial para hacer

converger el movimiento de los obreros y de los campesinos. Si se quería pasar por encima de los campesinos poseedores, para llegar a las masas de los pequeños rentistas y de los jornaleros, era necesaria una táctica absolutamente realista y muy compleja.

De este modo, cincuenta años después de Robespierre, la tarea de la democracia social se volvió cada vez más difícil y al mismo tiempo fue cada vez menor la capacidad intelectual de los demócratas para resolver los problemas. En la misma época de Robespierre la democracia social comprendió muy poco la importancia decisiva de las fuerzas económicas de su tiempo. En el curso del medio siglo siguiente, no mejoró en realidad su capacidad de entender los problemas económicos. Al ampliar el programa de la democracia socialista con los proyectos pequeñoburgueses de las cooperativas, Louis Blanc no contribuyó a aumentar el alcance del partido. En 1848, la práctica de Louis Blanc fue mucho mejor que su teoría. Pero se puede decir que construyó su política social en el vacío, sin ningún nexo con las relaciones de poder. Cuando en Francia cayó la democracia, desaparecieron junto con ella las conquistas político sociales. Cuanto menos estaban a la altura de la realidad los jefes de la democracia social de Francia, tanto más se aferraban a discursos vanos y a ilusiones. La simple retórica sobre la república y el sufragio universal, tal como se presentó en Francia durante el año de 1848, no hubiera sido ni siquiera concebible en la época de Robespierre.

En Alemania, la democracia social empezó donde terminó la francesa, o sea, a partir de la pequeña burguesía aparentemente radical. Las fuerzas sociales decisivas de Alemania se encontraban en el Norte, sobre todo en Prusia: por un lado, los grandes terratenientes de la nobleza, el capital industrial y bancario y, por el otro, el proletariado urbano y campesino. Sin embargo, a causa de motivos externos, la democracia, en cuanto movimiento político no se arraigó en la Alemania septentrional que presentaba claras contraposiciones de clase, sino en el sur que tenía una convergencia acomodaticia de tipo pequeñoburgués. En el transcurso de la revolución alemana, la democracia de la Alemania meridional se encontró en la necesidad de cumplir tareas para las que de hecho no estaba preparada y fracasó completamente. En Francia, durante 1848 y 1849, la crisis de la democracia había llevado a una fractura entre la clase obrera y los jefes políticos pequeñoburgueses;

en Alemania, por el contrario, la democracia pequeñoburguesa no afectó a los obreros. Sólo en caso de que la constitución del Reich de 1849 se hubiera convertido en realidad o en caso de que la insurrección de Baden hubiera triunfado en todo el territorio alemán, se habrían puesto en el orden del día, en Alemania, el problema de la democracia social y la cuestión obrera.

En 1848-1849, la coalición de clase entre obreros, campesinos y pequeña burguesía, que representaba la verdadera esencia de la antigua democracia, fue destruida por el desenvolvimiento de la revolución en Francia y en Alemania. Tanto en Francia como en Alemania, la derrota política de la democracia había causado la bancarrota moral de sus dirigentes. No sucedió lo mismo en Italia, en la que la revolución les había dado una importancia extraordinaria a las ideas personales de Mazzini. La gloriosa historia de la república romana se elevó muy por encima del miserable fracaso del liberalismo y de la monarquía saboyana ligada a este último. Pero cuanto más decididamente le oponía Mazzini la república popular a la monarquía de los grupos superiores, tanto menos capaz era de afrontar con éxito los problemas económicos italianos. En Italia el proletariado industrial sólo estaba en su comienzo. El problema social decisivo del país no se refería todavía a los obreros, sino a las masas campesinas oprimidas, a los pequeños rentistas de la Italia central y meridional, que estaban sometidos de una manera todavía medieval a los terratenientes. Algunos republicanos progresistas italianos criticaban el hecho de que Mazzini no tuviese una posición clara respecto a la cuestión agraria, al no querer tocar la propiedad privada. Su autoridad personal, sin embargo, era suficientemente fuerte para no dejar traslucir ese contraste. De esta manera, después de la derrota de 1849, el problema italiano se convirtió ante todo en el problema de la liberación nacional frente al cual las distintas cuestiones sociales pasaban a segundo plano. Lo mismo vale para Hungría y para Polonia.

La segunda orientación de la democracia europea que en Francia se definía como "moderada" en contraposición con la democracia social, y que sería mejor definir, dentro del marco histórico, como "democracia liberal", no había tenido mejor suerte en la revolución. Sus portavoces eran los representantes clarividentes y cuidadosos de la burguesía liberal, que consideraban perjudicial toda referencia a una tradición feu-

dal o monárquica. Esperaban consolidar, en la república del sufragio universal, el predominio de los grupos cultos poseedores, con la condición de que se enfrentaran con sagacidad a las masas. En Francia, la corriente, personificada por Lamartine y sus amigos, había llegado al poder, después del 24 de febrero. Pero se mostró incapaz de superar los contrastes de clase. La mayoría de los capitalistas y la de los grupos poseedores, en general, tenía tanto miedo a la clase obrera socialista que no quería comportarse con comprensión y confianza sino a sangre y fuego con las masas desheredadas. Es significativo que en el momento decisivo, la mayoría del partido del *National* abandonara el lenguaje bonachón de la democracia ordenada y se pasara del lado del general Cavaignac.

Otra enseñanza del movimiento de 1848-1849 se refiere al sufragio universal. Cuando la democracia liberal humanitaria se transformó en su opuesto, en el terror blanco y en el gobierno de las bayonetas, el sufragio universal sobrevivió a la tempestad. Una corriente militar o del gran capital pudo lograr la mayoría mediante el sufragio universal engañando a las masas ignorantes y explotando la pasajera adhesión popular. La clase dominante tenía a su disposición el ejército, la policía y la justicia y podía también apelar a la "democracia" con ocasión de las elecciones. En un sistema de este tipo, se reprimió con dureza y se redujo al silencio la oposición que se presentaba en favor de los obreros y de los no poseedores en general y en pro del libre movimiento de las masas populares. Cuando la oposición no lograba que la escucharan y cuando las autoridades administrativas se preocupaban, sobre todo en el campo y en las ciudades pequeñas, de que en las elecciones todo se llevara a cabo de una manera formalmente correcta, también la contrarrevolución terrorista podía aceptar el sufragio universal. De este modo, la constitución de la república francesa que nació bajo el terror militar de Cavaignac dejó intacto el sufragio universal, y Napoleón Bonaparte lo utilizó en beneficio propio. La revolución de 1848-1849 les enseñó a los verdaderos demócratas y socialistas que el autogobierno del pueblo presupone siempre el sufragio universal, pero que su caricatura es compatible también con la opresión más brutal de las masas populares.

LAS LUCHAS EN LA EMIGRACIÓN DE 1849 A 1859

La disolución de la democracia social histórica europea fue una realidad objetiva desde 1849. Pero aun se necesitaba algún tiempo para que fuera reconocida y evaluada plenamente por las personalidades políticas y por las organizaciones europeas. El proceso de clarificación de los movimientos políticos del continente europeo se volvió más difícil por el hecho de que en la década de 1849 a 1859 la persecución policiaca impidió en todas partes la discusión. De este modo, los análisis necesarios se pudieron llevar a cabo en la emigración, sobre todo, en Inglaterra y en los Estados Unidos. En esos años las divergencias entre los emigrados residentes en Londres y en otras partes tuvieron naturalmente con frecuencia un carácter mezquino y personal. Revistieron sin embargo una importancia histórica extraordinaria. En ese período se trazaron las líneas del desarrollo político y partidista que en parte fueron decisivas para la historia de Europa hasta nuestros días.

En Inglaterra y en Norteamérica, la composición de la emigración europea continental era totalmente heterogénea. Se habían visto obligados a emigrar todos los que habían tenido problemas con la policía de su propio país. De Polonia, de Hungría y de Italia llegaban patriotas sin distinción de clase, empezando por algunos distinguidos aristócratas de antiguas familias. De Francia llegaban sobre todo los enemigos burgueses del bonapartismo que estaban comprometidos. De Alemania llegaban sobre todo hombres que se habían distinguido en diversas insurrecciones y en el último período del parlamento de Francfort. Los amigos franceses de Ledru-Rollin y los prófugos alemanes que se agrupaban alrededor de Ruge y Kinkel trataban comprensiblemente de apoyarse en la emigración húngara e italiana; los demócratas burgueses procedentes de Francia y Alemania no habían adquirido mucha fama en la revolución. Por el contrario, no sólo la personalidad de Mazzini era universalmente conocida, sino la acción militar y política de la Hungría de 1849 había convertido a Kossuth en una figura de relevancia internacional.

En Londres, los distintos grupos de emigrantes se reunieron en un comité central europeo, encabezado por Kossuth, Mazzini, Ledru-Rollin y Ruge. El comité central tenía nexos también con los emigrantes polacos. Se trataba de una tentativa de continuar la Internacional revolucionaria de 1848,

como si en el ínterin no hubiera pasado nada y en 1851 se pudiera partir de nuevo del punto en que se habían quedado en 1847. La diferencia consistía en que en 1847 la Internacional democrática había representado una gran fuerza: en 1851 sólo era una comedia. En 1847 se podía contar con el hecho de que la próxima revolución de Francia habría llevado al poder el partido socialista democrático y de que a continuación seguiría automáticamente la revolución burguesa en Alemania y la revolución nacional en Italia, en Polonia, etc. Aun después de la derrota de 1849, seguían existiendo los movimientos nacionales en Italia, en Hungría y en Polonia. Del mismo modo, la burguesía liberal de Alemania no había sido aniquilada y debía renovar su lucha contra la burguesía feudal en la próxima ocasión. También en Francia existía una considerable fracción de la burguesía, que rechazaba el bonapartismo y que quería sustituirlo con alguna organización liberal estatal.

La comedia no consistía, pues, en el hecho de que alguno creyera en la continuación de la lucha nacional en Italia, Hungría, y Polonia y de la lucha liberal en Alemania, sino más bien en creer que entre estos movimientos patrióticos y liberales, por un lado, y el movimiento obrero, por el otro, se justificaba la existencia de un tercer movimiento: la llamada democracia europea. La diferencia entre los políticos de la oposición burguesa, que se habían quedado en casa en Alemania y en Francia, y los demás que habían preferido emigrar se justificaba únicamente por el hecho casual de las persecuciones policiacas, de las órdenes de arresto, etc. Ni en Alemania ni en Francia existía una clase social o un movimiento político real que en 1851 fueran favorables a Ledru-Rollin y Kinkel. No obstante los grupos Ledru-Rollin y Kinkel-Ruge trataban de continuar su vida política en la emigración. Afirmaban que eran los representantes de una democracia decidida en oposición al débil liberalismo de los restantes grupos burgueses. Para poder representar alguna cosa a nivel internacional, Ledru-Rollin y Ruge debían unirse con Kossuth y Mazzini.

Respecto a la situación de 1847, se había producido un cambio notable. Mientras la democracia social europea había sido una corriente real y vital, los partidos franceses e ingleses predominantemente proletarios habían encontrado en ella la guía. Ahora, los países socialmente atrasados, en los que no existía todavía un proletariado moderno y en los que la nobleza lu-

chaba por la independencia nacional, debían tomar la delantera. Kossuth, como jefe nacional de la nobleza húngara y de la burguesía era ciertamente un hombre importante, pero las masas trabajadoras de la Europa central y occidental no podían permitir que ni él ni Mazzini ni cualquier otro general patriota polaco les impusiera el ritmo de su desarrollo. La dirección italo-húngara de la llamada democracia europea no significaba más que la bancarrota de los partidos francés y alemán, el acantonamiento de todos los problemas sociales serios y la adaptación gradual del movimiento al nivel de los países socialmente más atrasados.

Tampoco era posible una colaboración de esta democracia renovada de la Europa continental con el movimiento obrero inglés. El partido cartista de Inglaterra estaba de regreso de 1848, pero seguía existiendo y en los años cincuenta era todavía el representante político del proletariado inglés. Los obreros ingleses mostraban como siempre una viva simpatía por Polonia, por Italia y en general por las fuerzas libertarias del continente europeo. Pero no podían aceptar los programas de una asociación internacional que no se preocupaba del conflicto entre los obreros y los capitalistas o que sólo lo afrontaba con consignas insignificantes. La revolución de 1848-1849 había fracasado en primer lugar en el conflicto entre la burguesía y el movimiento obrero. Esto ponía de manifiesto todo el desarrollo de los acontecimientos franceses desde el 24 de febrero hasta el triunfo de Bonaparte. Del mismo modo, en Alemania, los estratos más importantes de la burguesía habían dado marcha atrás espantados por las medidas decididas en contra de la monarquía y del feudalismo, ya que deseaban permanecer en el terreno de la legalidad y no querían abrirle el camino a las masas "anarquistas" y "comunistas". También en Italia la revolución nacional había quedado bloqueada por la oposición entre los estratos superiores liberalmonárquicos y las vastas masas populares. Y la Internacional democrática de 1851 no habría podido salir triunfante nunca a pesar de que fuera mucho más atrasada y confusa que la democracia de 1847 en todos los problemas sociales?

Marx y Engels adoptaron una posición nueva en relación con el significado objetivo completamente distinto de la democracia europea oficial de 1850. Marx no había apoyado el partido de Ledru-Rollin y Louis Blanc porque tuviera una confianza particular en sus jefes sino porque millones de obre-

ros revolucionarios y campesinos seguían claramente sus banderas. Marx y Engels habían apoyado la democracia europea oficial mientras quedaba una sombra de esperanza en su capacidad de movilizar a las masas. Aunque Marx comprendió de una manera profunda e inmediata el significado de la carnicería parisina de junio de 1848, compartió, sin embargo, algunas de las esperanzas planteadas nuevamente por el aparente avance del partido montañés francés en 1849. A principio de 1849, Engels se encontraba en el Palatinado al lado de los demócratas insurrectos, y Marx en París casi en calidad de intermediario entre los alemanes demócratas insurrectos en Baden y en el Palatinado y el partido montañés francés. Al mismo tiempo, Marx y Engels exaltan las hazañas del ejército húngaro.

Sin embargo, a partir de 1850, se puso totalmente en evidencia que los jefes oficiales de la democracia, que fundaban sus comités en la emigración y lanzaban sus manifiestos, no tenían nada que ver con la clase obrera francesa y alemana, ni con la burguesía de esos países. No eran más que los restos de una época superada. Por esta razón, a partir de 1850, Marx y Engels pusieron de manifiesto con la máxima energía su distanciamiento de la democracia europea oficial y previnieron a los obreros contra las consignas de Kossuth, Ledru-Rollin, Ruge, etc. En 1851, Ledru-Rollin no era personalmente ni mejor ni peor que en 1847. Pero mientras en 1847 había sido el representante de un gran movimiento de masa que avanzaba, en 1851 se representaba únicamente a sí mismo.

El viraje táctico de Marx y de Engels no significaba de hecho que hubieran abandonado las ideas fundamentales de la revolución democrática. Por el contrario, siguieron siendo durante toda su vida demócratas con el espíritu de 1848, en el mejor sentido del término. No les recomendaron nunca a los trabajadores que se apartaran con una burda política corporativa de los demás estratos del pueblo trabajador. Después de 1848, Marx y Engels dedicaron mucho tiempo al estudio de la cuestión agraria en todos los países. En aquellos lugares en que la burguesía liberal estaba en lucha contra el feudalismo, Marx y Engels exigían incondicionalmente que la clase obrera apoyara la lucha de la burguesía, para llevar naturalmente después de la victoria común, el movimiento más allá de sus límites liberal-burgueses.

Según las enseñanzas de Marx y de Engels, el proletariado, a

la cabeza del pueblo trabajador victorioso, debía "constituirse en acción" y de esta manera hacer posible la transición de la economía privada capitalista a la economía colectiva socialista. El declararse en favor de la democracia y de la revolución democrática no significaba de ninguna manera la aprobación de las acciones de un grupo-guía impotente y objetivamente contrarrevolucionario. Después de 1850, esperaban que con la siguiente oleada revolucionaria surgieran en los países más importantes nuevos partidos, que llevaran a cabo la obra de 1848. Esperaban que los nuevos movimientos tendrían en el futuro un carácter mucho más claro y que se apoyarían más que en el pasado en un proletariado consciente. Estos movimientos futuros no debían dejarse frenar, sin embargo, por las personas y por las ideas que en 1848 habían puesto en evidencia su insuficiencia.

La fisura entre los restos de la democracia burguesa oficial y el movimiento obrero se estaba llevando a cabo plenamente en todas partes durante el año 1849. Por el momento, sin embargo, parecía que la dirección del movimiento obrero europeo autónomo no afectaba a Marx y a Engels sino a otras personas y a otras corrientes. La Liga de los comunistas dirigida por Marx y por Engels contaba todavía, después de la derrota de la revolución, con algunos miembros en Alemania. Pero su actividad se vio pronto impedida por la policía. La Liga de los obreros comunistas alemanes de Londres llegó a ser la organización más importante. No obstante, en 1850 surgió dentro de esta asociación una fuerte oposición contra Marx y Engels. Además no siempre fue muy atinada su actuación en la dirección de la asociación obrera. Marx y Engels le imponían al proletariado tareas políticas tan avanzadas que los simples obreros no podían cumplir fácilmente. Según las enseñanzas de Marx, el proletariado debía ponerse a la cabeza de la revolución democrática, establecer o rechazar alianzas con las demás clases según la necesidad y tener presentes siempre tanto las exigencias nacionales como las internacionales del movimiento. Después de la victoria de la revolución democrática se debía construir la nueva sociedad. El simple obrero comprendía únicamente las necesidades inmediatas que encontraba en la vida diaria. El espíritu de los trabajadores no estaba maduro todavía para comprender las enormes y complejas tareas de la revolución internacional.

Marx y Engels eran de la opinión de que el proletaria-

do debía pasar a través de una preparación larga y laboriosa, antes de ser capaz de resolver autónomamente los problemas que le planetaba la historia mundial. Mientras tanto, la clase obrera debía seguir a sus dirigentes, que, provistos de las conquistas de la ciencia burguesa, debían señalarle al proletariado el camino correcto. Marx y Engels habían decidido siempre de una manera totalmente autocrática lo que el proletariado debía hacer o no en una determinada situación. No toleraron nunca ni se detuvieron ante cualquier contradicción por parte de los obreros "limitados". De este modo se puede comprender fácilmente que los obreros alemanes de Londres, sobre todo después de las deprimentes experiencias de una revolución perdida y de una emigración llena de preocupaciones, no comprendieran y no soportaran la guía de Marx y de Engels. En 1850, la oposición abierta tenía como causa aparente una divergencia de opiniones sobre la futura revolución. Marx y Engels se daban cuenta, sin embargo, de la gravedad de la derrota que había sufrido la democracia internacional y no creían que la lucha pudiera continuar simplemente como si no hubiera sucedido nada. Los miembros simples e impacientes no querían creer, por el contrario, que la revolución ya hubiera terminado. El resultado fue que la mayor parte de los trabajadores alemanes de Londres se separaron de Marx y de Engels.

Cuando Engels salió al destierro de Londres, después del fracaso de la insurrección de Baden, se llevó consigo a su jefe militar Willich. Willich entró a formar parte de la Liga de los comunistas. Era un valiente soldado, pero sin experiencia política. Muy pronto pasó a una actitud de oposición hacia Marx y Engels, y en la controversia de 1850, se alineó con los demás miembros. Willich y Schapper, un viejo funcionario de la Liga de los comunistas, se convirtieron de este modo en los jefes de los obreros alemanes que se habían separado de Marx y Engels. Esto tenía una importancia considerable, ya que entonces las corrientes internas de la migración todavía se consideraban en general representantes fieles de las tendencias de su patria, obligadas a guardar silencio únicamente debido a la opresión policiaca.

Willich y Schapper se pusieron de acuerdo con la parte proletaria de los emigrantes franceses de Inglaterra. Los obreros franceses ya no querían saber nada de Ledru-Rollin y de sus amigos. Blanqui, por el contrario, gozaba en la cárcel de

una gran autoridad moral sobre los obreros franceses; se habían dado cuenta, en efecto, de que en 1848 él había sido el único que se había opuesto desde el principio a las ilusiones imperantes y el único que había puesto en guardia a los obreros. A decir verdad, no había ni en Francia ni en la emigración una verdadera organización vital de blanquistas, sino el gran nombre de Blanc que actuaba y constituía el símbolo del proletariado francés en lucha. Por esto, los emigrantes franceses socialistas que querían distinguirse de la democracia burguesa se llamaron generalmente blanquistas. Louis Blanc estaba liquidado como político, pero como persona gozaba todavía de cierto prestigio. Cuando los emigrantes socialistas franceses se pusieron de acuerdo con la corriente de Willich, Louis Blanc los siguió y fue aceptado en la asociación.

Los cartistas ingleses querían mantener viva la unión con los obreros que actuaban políticamente en el continente. No se orientaban tanto a personas aisladas sino a la parte en que se encontraban los obreros franceses y alemanes. Los cartistas estaban, pues, dispuestos a entrar en relación oficial con el grupo Willich-Schapper y sus amigos franceses. El ala radical de los emigrantes polacos y un grupo de húngaros de tendencia democrática se adhirieron a la asociación. En noviembre de 1850, "los demócratas socialistas alemanes y franceses" junto con los demócratas polacos y húngaros hicieron un llamado a los demócratas de todos los pueblos, en que los invitaban a la continuación de la lucha revolucionaria y planteaban como su objetivo la república mundial, democrática y social.

De este modo, entre 1850 y 1851, existían en Londres dos Internacionales democráticas opuestas entre sí. La primera tenía un carácter esencialmente burgués, la otra era predominantemente proletaria. La Internacional burguesa tenía de su parte a los grandes nombres del pasado político; la otra, el interés de clase de los trabajadores de la Europa central y occidental y de los campesinos pobres de la oriental. El gran éxito moral de la Internacional socialista consistía en el reconocimiento de los cartistas, que junto con Willich y Louis Blanc seguían la tradición de la "fraternidad democrática" de 1848. La posición personal de Marx y Engels era sumamente desfavorable, ya que ahora estaban excluidos de ambas Internacionales y de cualquier movimiento socialista o democrático real. El 24 de febrero de 1851 se llevó a cabo en Londres

una gran manifestación internacional por el aniversario de la revolución francesa de 1848. Willich la presidió, Louis Blanc era uno de los oradores y estaban presentes importantes líderes cartistas, emigrantes húngaros y polacos. Cuando se presentaron dos amigos de Marx fueron expulsados por la multitud indignada como presuntos provocadores.

Desde el punto de vista político, la situación de 1851 marcó el punto más bajo en las relaciones de Marx y Engels con la clase obrera. Marx estaba personalmente muy amargado porque el ex lugarteniente prusiano Willich lo había expulsado con mucha facilidad de la dirección del movimiento obrero internacional. No obstante, Marx y Engels siguieron absolutamente impertérritos: no hicieron ninguna concesión ni en el plano teórico ni en el de sus relaciones personales. Engels vivía como comerciante en Manchester y Marx como escritor en Londres. Marx prosiguió su actividad científica y periodística siempre en estrecha y constante colaboración con Engels. Estaba firmemente convencido de que el futuro le habría dado la razón y de que las dos Internacionales democráticas eran sólo figuras de transición sin un significado serio. (Muy pronto se pondría en evidencia que la Internacional democrático-burguesa no tenía futuro puesto que trataba de representar algo distinto de los movimientos nacionales y liberales de los distintos países. En esas circunstancias, la internacional democrático-socialista de Willich y de sus amigos no podía durar tampoco. Vivía de las ilusiones de un sector de los emigrantes alemanes y franceses de que se podía seguir simplemente la revolución ahí donde habían terminado las luchas armadas de 1849. Marx se daba cuenta, en cambio, de que por el momento no existía ni en Francia ni en Alemania un movimiento revolucionario real entre los trabajadores. Si después de algún tiempo no se hubiera cumplido la esperada revolución, la organización de Willich y de sus amigos franceses se habría disuelto por sí sola. Willich y sus colaboradores no tenían ningún conocimiento político ni científico. No eran capaces, de hecho, de dirigir el movimiento obrero a través de un largo período de derrotas: de este modo Marx y Engels podían esperar tranquilamente que el destino de ambas Internacionales se cumpliera.

En la década siguiente no se produjo en Francia ninguna revolución. Por el contrario, tanto en Alemania como en Francia, la oposición liberal-burguesa se robustecía cada vez más.

Una parte de los emigrantes regresó a su patria aprovechando la amnistía; otros más abandonaron la política y buscaron en otras partes una nueva profesión. Los emigrantes democrático-burgueses alemanes y franceses que querían seguir la política activa, se convirtieron en un apéndice insignificante de la oposición liberal de su patria. Cuando el gobierno prusiano pareció tomar un cariz liberal, Ruge se dirigió a Prusia. Kinkel y los demás emigrantes londinenses de la misma tendencia se convirtieron en miembros del grupo local de la Unión nacional alemana, la gran organización de la burguesía liberal alemana. La historia de la emigración democrática alemana en Inglaterra, empezada con tanta fuerza en 1849, concluiría en los años sesenta con luchas mezquinas internas del grupo local londinense de la Unión nacional. Mientras tanto ya ninguno se ocupaba de Ledru-Rollin; éste era cuando mucho un eco en el exterior de la oposición legal republicana burguesa de Francia.

Los movimientos nacionales que en 1848 y después habían desempeñado una función tan importante en la Internacional revolucionaria se degradaron alineándose con el bonapartismo. Bonaparte —desde 1852, emperador Napoleón III— albergaba la idea de una revisión de los tratados de 1815 y se presentaba como protector de todas las nacionalidades conculcadas y oprimidas. El partido nacional húngaro, dirigido por Kossuth, como también la parte aristocrática de los emigrantes polacos y el gobierno monárquico-liberal de los patriotas italianos, establecieron nexos con Napoleón y esperaban que éste realizara sus esperanzas. Mazzini, en cambio, permaneció fiel a sus principios y rechazó toda comunidad con el bonapartismo corrompido, que sólo podía llevar a la ruina el movimiento italiano por la libertad.

Si la Internacional democrático-burguesa se disolvía, la democrático-proletaria de la corriente de Willich de los años cincuenta no tuvo mejor suerte. Ante la falta de un éxito positivo, aunque fuera mínimo, estallaron nuevas luchas en la liga obrera comunista londinense y se llegó pronto a la completa disolución. Willich se acercó temporalmente a los demócratas burgueses de la corriente Ruge-Kinkel y después emigró a Norteamérica. Schapper y los demás obreros alemanes políticamente comprometidos que vivían en Inglaterra se acercaron nuevamente a Marx. Al mismo tiempo, la organización de los emigrantes socialistas franceses perdía toda importancia. De este

modo la Internacional obrera antimarxista que había hecho tanto ruido en 1850-1851, puso de manifiesto lo que era: un episodio.

Mientras todos los grupos de la emigración democrática europea se disolvían y sus jefes se perdían en las sombras, Marx seguía trabajando incansablemente en Londres. Su trabajo científico, único en su género, atraía como un imán a los representantes más inteligentes del movimiento obrero. Los líderes de la clase obrera inglesa se pusieron nuevamente en contacto con Marx y Engels. Esto fue de gran ventaja tanto para el partido cartista en los últimos años de su existencia como para los sindicatos, cuando éstos se interesaron también en los problemas políticos. Del mismo modo, los pocos que alrededor de 1860 reflexionaban sobre la política de clase de los trabajadores de Alemania, encontraban en Marx su guía científica. Desde 1860 aproximadamente, la lucha política dentro de la emigración europea estaba por extinguirse y se redujo únicamente a inútiles polémicas personales. El movimiento democrático histórico ya no existía. Quedaba sólo el liberalismo burgués en sus diversas formas nacionales, por un lado, y por el otro, Marx y el movimiento obrero.

LOS INICIOS DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Desde 1859 se había superado la parálisis de los movimientos políticos y sociales, producida a consecuencia de la fallida revolución de 1849. En todos los países más importantes se notaban signos de recuperación. En 1863 y 1864, la situación de Europa y de Norteamérica había evolucionado tanto que se podía señalar nuevamente una situación mundial revolucionaria semejante a la de 1847. En Inglaterra, el partido cartista se había entorpecido lentamente, pero su herencia había sido acogida por los sindicatos, que no representaban únicamente los intereses económicos del proletariado inglés, sino también sus aspiraciones políticas. Los sindicatos renovaron, en Inglaterra, la agitación por el sufragio universal, y ya en 1863 y en 1864 se puso de manifiesto que la oposición de la burguesía en el poder se había vuelto más débil. El ala radical del liberalismo inglés apoyaba, aunque impulsado por los acontecimientos americanos, las exigencias de los obreros de una ley electoral. Si los obreros ingleses hubieran logrado con-

quistar entonces, finalmente, el sufragio universal las consecuencias hubieran sido imprevisibles.

En Francia el bonapartismo ya no ejercía ningún encanto. Los obreros franceses habían comprendido mientras tanto la enormidad de su error al darle su voto a Napoleón el 10 de diciembre de 1848. Napoleón III no era el emperador de las masas populares, sino favorecía por el contrario al grupo superior poseedor. Se le habían quitado nuevamente a los obreros todas las conquistas sociales de la revolución de 1848. Los obreros franceses ya no tenían ningún derecho de asociación. A cada tentativa de huelga eran perseguidos cruelmente por la policía y por la justicia imperial. La jornada laboral se había prolongado nuevamente a doce horas. Los salarios y las condiciones de trabajo eran establecidas por los patrones. Bajo Napoleón III, los campesinos franceses no fueron maltratados como los obreros, pero también para ellos el imperio era una dura desilusión.

Napoleón I había introducido en Francia una administración justa y correcta. No necesitaba recurrir a la policía para mantener a raya a las masas, ya que éstas confiaban libremente en él. Bajo Napoleón I, la promoción de cualquier elemento valioso en el ejército imperial era una especie de compensación por la democracia política perdida. Bajo Napoleón III las cosas eran distintas. El ejército y la administración estaban en manos del antiguo grupo superior, a los que no llegaban los partidarios personales del emperador. Era una camarilla de aventureros, oportunistas y especuladores bursátiles despreciados por toda Francia. Un aparto policiaco tan capilar y corrompido como brutal oprimía a la población en las ciudades y en los campos. El campesino no había obtenido ningún beneficio del gobierno de Napoleón III. El imperio se manifestaba para él sólo a través de la arbitrariedad policiaca y de las maniobras bursátiles.

La burguesía poseedora de 1849 se había acercado gradualmente al imperio. Le exigía sin embargo a Napoleón III una política exterior fuerte y eficaz, que le abriera a la burguesía francesa nuevos campos de actividad. Napoleón III hizo mucho ruido en efecto, con su política exterior. Llevó a cabo dos guerras victoriosas en Europa, la de Crimea contra Rusia y la de 1859 contra Austria. Se añadieron después las guerras en Asia oriental, en México y en Francia. Sin embargo el resultado positivo de estas acciones fue muy modesto. En 1864,

Napoleón era jefe de Francia desde hacía quince años: en este tiempo había conquistado para Francia Niza y Saboya y había empezado en Asia la colonización de Indochina. Un resultado pobre. El equilibrio político no se había inclinado de ningún modo en favor de Francia. Más bien sucedió lo contrario. Las cuatro antiguas grandes potencias europeas con las que Francia tenía relaciones, no se habían vuelto más débiles. Además, la imprudencia política de Napoleón había permitido que en Italia surgiera una nueva gran potencia. El nuevo reino italiano se encontraba, además, en una oposición natural con Francia, ya que Napoleón no les permitía a los italianos ocupar Roma, donde las bayonetas francesas defendían el poder temporal del Papa.

En 1863, el ejército francés se dejó inducir a una dudosa aventura en México, y Napoleón III se esforzaba en vano por proteger a los polacos que se habían rebelado contra el zar de Rusia. El problema de la unificación alemana bajo la dirección de Prusia había recobrado actualidad. Con el nacimiento del nuevo reino de Italia, del que Napoleón era responsable, Prusia tenía un aliado eficiente en todas sus controversias con Austria. Los observadores críticos de la política exterior francesa se dieron cuenta muy pronto de que los errores de Napoleón combinados con la unificación de Italia llevarían también a la reunificación centralista de la Alemania bajo la hegemonía de Prusia. En caso de que esto se hubiera realizado, la relación de fuerzas en Europa se habría desplazado pesadamente en perjuicio de Francia.

La burguesía francesa se daba cuenta de la incapacidad personal de Napoleón, y lo consideraba ni más ni menos que como un miserable aventurero que había asaltado el poder sobre un pueblo de gran cultura aprovechando su nombre y la crisis social, poder que ahora consolidaba con los medios más indignos. La peor cualidad de Napoleón consistía en su total incredibilidad. Siempre era capaz de lanzar a Francia a una guerra peligrosa, bajo cualquier pretexto; no se podía esperar de él tampoco una política interna estable en favor de la burguesía. A decir verdad, en la primera década de su gobierno, había representado con celo los intereses de la burguesía, de los capitalistas, de la iglesia y de las familias de los oficiales. La economía francesa se había desarrollado, en términos generales, positivamente, y el gobierno promovía con obras públicas e iniciativas semejantes la vida comercial. Pero tan pronto

como Napoleón empezó a temer la pérdida de su trono, fue capaz de cualquier cambio aun en la política interna.

El ejemplo típico fue la firma del tratado comercial anglo-francés de 1860. El emperador sentía que su popularidad disminuía en amplios estratos de la población. Quiso, pues, salir al encuentro de la población más pobre reduciendo el precio de los artículos de primera necesidad, y tomando de sorpresa a la opinión pública firmó un tratado comercial con Inglaterra, que consideraba una notoria reducción de los aranceles aduanales franceses. Los industriales franceses se irritaron en grado extremo. En esa época algunas gentes que el emperador utilizaba para su política personal, mostraban un destacado interés por el estado de indigencia de los obreros franceses. Con esas maniobras, Napoleón III no reconquistó por otra parte el favor del proletariado francés, y lo único que logró fue aumentar la desconfianza y la inseguridad de la burguesía. ¿Qué sentido tenía para la burguesía francesa soportar el despotismo imperial y sus intervenciones contradictorias, si en la política exterior Napoleón III lanzaba a Francia a imprevisibles aventuras, y en la política interior estaba dispuesto a realizar toda clase de experimentos?

Todos los franceses honestos e independientes sin distinción de clase despreciaban a Napoleón III y a sus seguidores. Desde 1860 se añadió la duda siempre creciente de la burguesía acerca de la oportunidad de la continuación del mismo imperio dictatorial. El emperador y sus seguidores se volvieron inseguros. La máquina de la opresión ya no se dejaba manejar como antes, por lo menos en las grandes ciudades. Las diversas corrientes de la oposición emprendieron prudentemente una actividad política. Las elecciones del parlamento habían sido hasta entonces una escuálida comedia bajo el terror de la policía imperial. Las de 1863, en cambio, adquirieron un carácter serio. Los distritos rurales eligieron todavía los candidatos propuestos por el gobierno, pero todas las ciudades más grandes se pronunciaron contra el imperio. Sobre todo en París se eligieron únicamente candidatos republicanos y liberales de la oposición.

Con todo esto, las elecciones de 1863 representaron un duro golpe para el imperio. Era el principio del fin. No sólo las masas trabajadores, sino también la burguesía poseedora se rebelaba contra Napoleón. En los años siguientes se podía esperar en Francia una nueva revolución burguesa. Era muy

dudoso que el ejército se batiera por los despreciados herederos de un gran nombre y en contra de la nación. De este modo, en lo que respecta a Inglaterra y Francia parecía regresar la situación de 1847. En Inglaterra ya se encontraban ante la conquista del sufragio universal por parte de los trabajadores y en Francia ante la revolución republicana. En caso de que en París hubiera triunfado la revolución, los obreros habrían vuelto de nuevo al primer plano en el escenario político.

Los demás países europeos presentaban, de igual manera, un cambio singular en relación con la situación anterior a la revolución de 1848. En Alemania la burguesía liberal se había restablecido de la parálisis en que había caído a causa de la revolución perdida. En los estados del Sur de Alemania, el liberalismo se puso de nuevo a la cabeza. El emperador de Austria fue obligado a aprobar una constitución progresista, y en Prusia se desarrolló una lucha decisiva entre la nobleza feudal y la burguesía. En Prusia había quedado, como resultado de la revolución, una constitución con un parlamento que no tenía ningún poder real, pero que en tiempos de agitación podía convertirse en la expresión de la voz del pueblo. En este período estalló un conflicto constitucional entre el rey y la nobleza por una parte y la burguesía liberal por la otra. En esta lucha, los obreros y los artesanos, así como la mayor parte de los campesinos estaban del lado de la oposición liberal. Casi todos los distritos electorales, aun en los más alejados rincones rurales al oriente del Elba, mandaron al parlamento opositores al gobierno. El rey Guillermo I y su presidente de ministros Bismark habían infringido la constitución. Reinaban de una manera dictatorial contra el parlamento y contra las nueve décimas partes del pueblo. En Prusia maduraba claramente una situación revolucionaria, y el rey mismo esperaba de un momento a otro la misma suerte de Luis XVI.

A principio de los años sesenta, los movimientos nacionales habían desertado nuevamente. En 1863, estalló en la Polonia rusa una insurrección que encontró apasionadas simpatías en la Europa central y occidental. Hungría estaba en creciente efervescencia. Los húngaros rechazaban en todas las formas posibles el centralismo de Viena, ya sea que se presentara bajo la forma del absolutismo como después de 1849, ya sea bajo la de un liberalismo alemán como después de 1860. En Italia, la situación se había puesto nuevamente en movimiento con

la guerra que Napoleón III sostuvo en 1859 con Austria en alianza con Cerdeña. Napoleón sólo logró entonces el retiro de Austria de Lombardía —un pobre resultado para los patriotas italianos— y el movimiento popular italiano avanzó solo. Invadió Italia central y en 1860 Garibaldi dirigió su célebre expedición a Sicilia. Garibaldi junto con sus patriotas y republicanos voluntarios aniquiló, con una serie brillante de victorias, el corrompido reino feudal de Nápoles.

La impresión que produjeron las victorias de Garibaldi en Europa fue enorme. Por primera vez después de muchos años la revolución democrática había vencido con las armas en la mano. Los elementos radicales de todos los países albergaron nuevas esperanzas. La autoridad moral de los republicanos italianos y de la dirección Garibaldi-Mazzini, que ya había dado una espléndida prueba en 1849 era más alta que nunca. Pero muy pronto se puso de manifiesto que si los republicanos eran capaces de vencer, los frutos de sus victorias beneficiaban a los monarcas liberales. A pesar de su valor y amor por las masas populares, los republicanos no tenían ningún programa social que oponer a los monarquistas liberales. La conquista militar del Sur de Italia no fue muy difícil; pero no era suficiente, si en el país no cambiaban también de manera simultánea y radical las relaciones sociales. Al mismo tiempo que en el Mediodía y en Sicilia millones de pequeños rentistas miserables e ignorantes seguían siendo esclavos de los latifundistas, Sicilia y Nápoles eran una conquista problemática para el Norte avanzado. Garibaldi y Mazzini no tenían sin embargo la intención de desencadenar la revolución agraria en Italia. De este modo sólo sirvieron prácticamente para la unificación nacional y los frutos de sus victorias fueron cosechados por el gran estadista liberal del reino de Cerdeña: Cavour. La pequeña Cerdeña se transformó en el gran reino de Italia. Comprendía todos los territorios italianos con excepción de Venecia, Trento y Trieste, en que dominaba Austria, y Roma, en la que las bayonetas francesas protegían el poder temporal del Papa.

De este modo, mientras Roma y Venecia quedaban excluidas de la unidad nacional, el problema nacional italiano no estaba totalmente resuelto. La monarquía y el partido liberal en el gobierno acataron por el momento las órdenes de Napoleón III y no osaron llevar a cabo ningún ataque contra Roma. Garibaldi no consideraba sin embargo concluida su

propia misión mientras los enemigos pisaran todavía el suelo de Italia. Él y sus voluntarios constituían en cierto modo un contraejército revolucionario que en cualquier momento podía ser movilizado independientemente del ejército del estado. En sus ataques contra Roma Garibaldi no sólo tenía en su contra el ejército francés sino también al gobierno real italiano. La crisis nacional de Italia seguía existiendo, pues, y la decepción de la cuestión romana profundizaba nuevamente la oposición entre el reino y el liberalismo gobernante, por un lado, y el movimiento democrático republicano por el otro. Tampoco en Italia había terminado la revolución.

Un observador crítico de la Europa tenía, pues, ante sí en los años 1863-1864, la propaganda en pro del derecho electoral en Inglaterra, la crisis del Imperio en Francia, el conflicto por la constitución en Alemania, la insurrección en Polonia, el movimiento de Garibaldi en Italia y la efervescencia en Hungría. Se trataba más o menos del mismo grupo de países en los que había surgido el movimiento de 1847 a 1849. Pero en esta ocasión se estaban llevando a cabo en otros dos grandes países fenómenos cuyo resultado era absolutamente imprevisible. En los Estados Unidos la guerra civil entre el Norte y el Sur le había impreso una enérgica renovación a la democracia en lucha. La guerra civil había inaugurado una nueva relación entre los movimientos europeos y americanos, ya que todos los obreros con conciencia de clase y los demócratas europeos simpatizaban con el Norte en tanto que los gobiernos capitalistas se inclinaban por el Sur esclavista. Ya estaban preparados algunos proyectos de intervención francesa o inglesa en el conflicto americano, y la democracia tenía la misión de impedirlos. Si la guerra civil terminaba con la derrota de los esclavistas, Norteamérica volvería ciertamente a ser la central de una fuerte democracia que se apoyaba en las masas trabajadoras.

Al mismo tiempo, el emperador de Rusia se veía obligado a abolir la esclavitud de la gleba. Sin embargo, en Rusia, la distribución de la tierra seguía siendo siempre absolutamente desfavorable a las masas de los campesinos. Por esta razón se podía contar más que nunca con el nacimiento de un movimiento de lucha política de los campesinos en Rusia, por lo que la oposición de la burguesía y de los intelectuales al zarismo podría contar con la base de masa necesaria. Rusia ya no constituía el bloque unitario y reaccionario de 1848, contra

el que se estrellaban las oleadas revolucionarias de la Europa central. Ahora tenía la revolución en su interior.

En los años 1863 y 1864 existían por lo tanto las condiciones previas para la renovación de la democracia revolucionaria internacional. Se trataba, sin embargo, de saber quién debía dirigir el movimiento, puesto que en los principales países de Europa los partidos democráticos con el espíritu de 1848 habían dejado de existir. Era obvio que la misma clase trabajadora debía saltar la brecha. El proletariado en cuanto clase debía tomar las armas que habían sido abandonadas por la vieja democracia. En el plano de las ideas todo esto era claro y simple: en el plano de la práctica política, la realización era mucho más difícil. La fuerza y la debilidad del antiguo movimiento democrático se hallaba en el hecho de que había sido una movilización del "pueblo". Esto explica, por un lado, la nebulosidad verbal de la mayor parte de los antiguos demócratas sobre el problema social; pero, por el otro, también la apasionada energía que tenía unidos bajo una sola bandera democrática a obreros y campesinos, artesanos y estudiantes. La idea democrática de 1848 había puesto verdaderamente en movimiento a las masas y las había conducido a las barricadas. Sólo un poco antes, Garibaldi había movilizad con programas patrióticos y democráticos a todo el pueblo del Sur de Italia para luchar contra el restringido grupo de los señores.

El movimiento democrático había fracasado siempre a causa de sus propias contradicciones sociales. Pero había tenido el gran mérito inicial de sacudir al pueblo, de despertar la voluntad de las masas hasta el punto de dar su vida por la libertad y por un futuro mejor. ¿Si el movimiento obrero se presentaba ahora como heredero de la antigua democracia, sería capaz de un sacrificio semejante? Todas las organizaciones de los trabajadores eran capaces de ver con más claridad los problemas reales de la vida social que la vieja democracia. ¿Pero la clase obrera organizada sería capaz de dar el salto de los problemas pequeños y particulares de tipo corporativista a los grandes problemas de la revolución? ¿Serían capaces los obreros, en cuanto obreros, de organizar a las masas de los campesinos, de los artesanos, etc. y de conducirlos a rebelarse contra el sistema dominante?

En 1848, las consideraciones políticas habían eliminado todas las demás. Los trabajadores de todos los países estaban

convencidos de que el pueblo debía conquistar ante todo el poder. Lo demás vendría por añadidura. El movimiento era tan fuerte que muchas veces arrastró consigo círculos socialistas apolíticos. Es significativo que, en 1848, hasta Proudhon se hiciera elegir para la Asamblea nacional de Francia, naturalmente no como hombre de partido, sino como socialista independiente. La derrota de la revolución política debió conmover la fe de los trabajadores en la fuerza de la mera acción política y de la democracia revolucionaria a la antigua. En la década de 1860 a 1870 se presentaron cuatro formas en las que los trabajadores trataron de configurar su movimiento de clase en oposición a la antigua democracia: el partido político de los trabajadores, los sindicatos políticos, el anarquismo apolítico pacifista y, finalmente, el anarquista apolítico revolucionario. La primera forma estaba representada, en Alemania, por el partido de Lassalle, la segunda por los sindicatos ingleses. Las dos tendencias anarquistas estaban formadas por los seguidores de Proudhon y de Bakunin.

En la década de los sesenta, se llegó en Alemania a la formación de partidos del ala izquierda de la burguesía. Estos movimientos del liberalismo intransigente eran los que se esforzaban por conquistar también a las masas de la pequeña burguesía y de la clase trabajadora. La forma específicamente alemana de la democracia de 1848, que no había sido más que el ala izquierda del liberalismo con tendencias pequeñoburguesas, se trasladó a los nuevos partidos: en Prusia existía el partido alemán del progreso y en la Alemania del Sur, el partido alemán popular. En ambos partidos trabajaban hombres que en 1848 habían sido demócratas, como por ejemplo Schulze-Delitzsch en el partido del progreso y Karl Mayer en el partido popular. Pero hay que señalar sin embargo que los dos partidos trataban de evitar, con los nombres que habían escogido, la denominación de democráticos. Se tenía la impresión de que a un partido pacífico y legal de la burguesía no le agradaba la palabra "democrático" o, como decía ásperamente Lassalle, "la antigua, honesta y clara palabra 'democracia' se había diluido en el falso y equívoco nombre de 'partido del progreso'". A principio de los años sesenta hacía tiempo que había desaparecido en Alemania la Liga de los comunistas. Sólo algunas personas mantenían contacto directo con Marx y Engels en Inglaterra. Los obreros que estaban interesados en un movimiento político radical se unieron al

ala izquierda de la burguesía, al partido del progreso y al partido del pueblo. A consecuencia de la separación de los grupos obreros con respecto al partido del progreso y al partido popular nacieron después los dos partidos autónomos socialdemócratas de Alemania. El objetivo popular del movimiento social reformista de los trabajadores y de los pequeño-burgueses indigentes seguía siendo todavía la cooperación inspirada en Louis Blanc. Si se consideraban bien las cosas, la burguesía no tenía por qué temer a las cooperativas. Schulze-Delitzsch fundó, por ejemplo, cooperativas en nombre del partido del progreso y en Prusia los obreros debieron estar contentos con su partido: este partido luchaba por la libertad política. En 1863, precisamente, el partido del progreso se había aliado en el conflicto con el rey y con Bismarck y los trabajadores obtenían al mismo tiempo sus cooperativas. Schulze-Delitzsch, naturalmente, a diferencia de Louis Blanc, exigía que las cooperativas no se pusieran en marcha con la ayuda del estado sino que se mantuvieran exclusivamente con los medios de los socios.

El hecho de que el proletariado alemán que crecía continuamente en número y en autoconciencia tuviera que seguir dependiendo políticamente de la burguesía poseedora constituía, sin embargo, una situación antinatural. En 1848, los obreros no habían entendido ciertamente la democracia como conciliación de clase con los industriales y los banqueros. Después del fracaso de la democracia revolucionaria en 1849, lo que quedaba de los demócratas se había refugiado bajo las alas del liberalismo burgués. Y el hecho de que durante algún tiempo los obreros participaran en este repliegue constituía únicamente la manifestación de la derrota de todas las fuerzas populares en Alemania. Pero debía llegar el momento en que la clase trabajadora alemana fundara su propia democracia después de la desaparición de la antigua democracia revolucionaria.

Cuando los obreros alemanes empezaron a independizarse políticamente, encontraron un jefe de gran estatura en Lassalle. En Alemania, éste era sin lugar a duda la mejor inteligencia entre los jóvenes políticos e investigadores sociales que se había posesionado de las enseñanzas de Marx. Lassalle explotaba las divergencias de opinión dentro de los círculos obreros progresistas para dirigir la lucha contra Schulze-Delitzsch y contra la burguesía. Les presentaba a los obreros alemanes

la realidad de la lucha de clase en toda su crudeza. Exigía para los obreros el sufragio universal, que en esa época no tenían ni en Prusia ni en la Alemania del sur, ni en Austria. Exigía que el estado apoyara con sus medios las cooperativas de producción de los obreros. Sólo de este modo habría sido posible un resultado positivo, en tanto que las cooperativas de Schulze-Delitzsch se disolverían por sí solas por falta de medios.

En 1863, Lassalle fundó la Asociación obrera alemana, el primer partido obrero autónomo y activo en territorio alemán. La Liga de los comunistas había constituido en efecto únicamente un pequeño grupo sin una base de masa. La asociación obrera de Lassalle era un partido democrático porque exigía el sufragio universal y quería que el pueblo trabajador tomara el poder en el estado. Marx y Engels recibieron el nacimiento del partido de Lassalle con sentimientos opuestos. Les sorprendía ante todo la teoría de la cooperación que Lassalle no había tomado de Marx sino de Louis Blanc. Marx no creía que la controversia sobre la forma correcta de las cooperativas fuera precisamente un buen punto de partida para el nuevo partido de los trabajadores. De la propaganda a favor de las cooperativas Marx no esperaba más que una desorientación y un revés. Lo peor era que con la ayuda del estado se podían fundar muy fácilmente algunas cooperativas aun dentro del marco del capitalismo. En Francia se emprendieron algunos experimentos cooperativistas, precisamente después de la carnicería de junio de 1848. Schulze-Delitzsch demostraba que la misma burguesía liberal podía crear cooperativas obreras. Hasta el rey de Prusia podía, si lo consideraba oportuno, financiar algunas cooperativas obreras de producción: de este modo la vanguardia del proletariado se habría transformado precisamente en un grupo de pensionados dentro del estado policiaco prusiano.

Pero lo que Marx y Engels les reprochaban sobre todo a Lassalle y a sus seguidores, no se refería tanto a las cooperativas, sino a la táctica política en general. En 1863, precisamente, cuando Lassalle empezó su agitación, en Prusia la burguesía liberal se encontraba en abierta oposición con el monarca y con el gobierno. Para lograr crear su partido obrero, Lassalle tuvo que concentrar su ataque, en ese momento, contra el liberalismo burgués; de este modo, voluntaria o involuntariamente, se convirtió en aliado táctico de Bismarck, o sea el gobierno aristocrático prusiano. Lassalle, pensador in-

dependiente y sumamente agudo, se daba cuenta claramente de las consecuencias y no las temía. No creía que la burguesía liberal alemana, en cualquiera de sus formaciones, fuera capaz de sostener una lucha revolucionaria. En el momento decisivo, la burguesía habría capitulado ante la monarquía y ante la nobleza como en 1848-1849. No tenía ningún objeto apagar la agitación del partido obrero contra el liberalismo con la esperanza de una acción revolucionaria de los liberales que no habría de existir nunca.

En Alemania, la democracia nacional del futuro sólo podía ser fundada por la clase trabajadora y por una clase trabajadora que hubiera roto completamente con el capitalismo liberal. Desde el punto de vista táctico, una alianza del partido de los trabajadores con el gobierno aristocrático prusiano resultaba embarazosa, pero no por eso se podía renunciar a la meta final. Lassalle comprendía además, que la solución del problema alemán estaba a la puerta y que sólo era posible bajo la hegemonía de Prusia. Por esto, el movimiento obrero debía optar por una nueva Alemania centralista bajo la dirección de Prusia. En esta nueva Alemania se trataba de obtener con la lucha el sufragio universal. Y no era del todo imposible que si Bismarck se encontraba cada vez más en un atolladero y si aumentaba la presión de las masas, terminaría por conceder el sufragio universal. Un parlamento alemán del Reich elegido por el sufragio universal no tendría, al lado de la monarquía militar, un poder demasiado amplio, pero crearía las bases sobre las que podría crecer el partido democrático alemán. Por el momento podía parecer que el movimiento obrero democrático era un instrumento en manos de Bismarck; pero se pondría finalmente de manifiesto quién había dirigido realmente el juego.

Éstos eran más o menos los puntos fundamentales de Lassalle, desde la fundación de su partido hasta su muerte prematura en 1864. Hay que admitir que veía con extraordinaria claridad, tan rara en los profetas políticos, el futuro de Alemania. Y todo se llevó a cabo ciertamente como Lassalle lo había previsto. Pocos años después de su muerte, Alemania quedó centralizada bajo la dirección de Prusia, con exclusión de Austria. La oposición de los liberales contra la nobleza militar prusiana fracasó miserablemente, pero Bismarck otorgó igualmente el sufragio universal. A medida que se sucedían las elecciones parlamentarias del Reich el partido obre-

ro iba creciendo hasta que en 1918 los sucesores políticos de Bismarck y de Guillermo I tuvieron que dejar el campo a los sucesores de Lassalle. Sería demasiado fácil llegar a la conclusión de que Lassalle tuvo razón en todo y que Marx y Engels se habían equivocado en todo. En el caso específico de Alemania, Lassalle había escogido ciertamente la táctica correcta para crear un partido obrero autónomo. Pero Marx y Engels descubrieron, sin embargo, con su crítica general el punto débil de todo el movimiento socialista desde 1863 hasta nuestros días.

En su crítica a Lassalle, sobre todo en lo que respecta a la situación política de la Prusia de esa época, Marx se refería a la lucha de la burguesía contra la monarquía y en pro de la libertad. Marx estaba muy lejos de sobrevaluar la fuerza de choque del partido berlinés del progreso. Pero seguía existiendo siempre un conflicto fundamental entre el liberalismo y la aristocracia militar, y en semejante conflicto, el partido de los trabajadores no podía encontrarse nunca, directa o indirectamente, al lado de la nobleza feudal. La Asociación obrera alemana luchaba ciertamente contra los capitalistas, pero, según Marx, descuidaba la situación del campo. El partido de Lassalle no hacía nada por los jornaleros oprimidos del este del Elba. Esto frenaba toda polémica contra la nobleza y la monarquía.

Después de la muerte de Lassalle, tomó la dirección del movimiento Schweitzer, un político avisado e inteligente que dirigió la Asociación obrera alemana en la senda trazada por su fundador. Al final de 1864, Schweitzer, que quería fundar un periódico del partido, invitó a Marx y Engels a colaborar. Ninguno de los dos había publicado, hasta entonces, sus críticas a Lassalle, y prometieron en un primer momento colaborar con la esperanza de poder influir en el movimiento alemán de los trabajadores. Pero desde el momento que la tendencia de Schweitzer y de su partido no daba muestras de cambiar, se llegó a la ruptura. En febrero de 1865, Engels le escribía a Marx, a propósito de la agitación de los seguidores de Lassalle: "En un país predominantemente agrícola como Prusia es de lo más cobarde llevar un ataque exclusivo a la burguesía en nombre del proletariado industrial, sin dedicar nunca una palabra a la explotación patriarcal del proletariado rural bajo el látigo de la gran aristocracia feudal".

Pocos días después Marx explicaba en una carta a Schweit-

zer su ruptura con el partido de Lassalle e interrumpía su colaboración con el periódico de la Asociación obrera alemana.

La carta de Marx era un documento unilateral pero de una gran importancia. Marx asegura que nunca pretendió que los seguidores de Lassalle provocaran con sus polémicas un conflicto con la policía y con la justicia.

"Inclusive una forma de polémica contra el gobierno posible para el *Meridiano* de Berlín, es indudablemente muy diferente de un galanteo o inclusive de la apariencia de compromiso con el gobierno [...] Está fuera de duda que la infortunada ilusión de Lassalle concerniente a la intervención socialista en un gobierno prusiano, terminará en un chasco. La lógica de las cosas dirá la última palabra. Pero el honor del partido obrero exige que se rechacen semejantes engaños antes de que la experiencia demuestre su vaciedad. La clase obrera es revolucionaria o no es nada."

Marx cometió una grave injusticia con Schweitzer cuando lo consideró en cierto modo como un agente del gobierno prusiano. Schweitzer no traicionó por un solo instante, como no las había traicionado antes Lassalle, a la clase trabajadora y a la democracia en beneficio de Bismarck. La táctica de Schweitzer se explica por las necesidades de su partido y por los mismos deseos y votos del movimiento obrero alemán. El pequeño partido de los lassallianos tenía entonces una posición terriblemente difícil. Para convertirse en un partido vital, debía liberar ante todo un considerable número de trabajadores del liberalismo burgués y esto sólo era posible a través de una dura polémica contra las consignas liberales. Si el partido hubiera realizado al mismo tiempo una propaganda entre la población del campo, habría desperdiciado sus fuerzas en esta doble dirección, y probablemente no habría logrado combinar nada en ambos campos. Por otro lado, la parte más consciente del proletariado alemán deseaba un verdadero partido obrero: un partido que se alinease clara y unívocamente en pro de los trabajadores y que no mezclara la cuestión obrera con las de otras profesiones.

Marx y Engels no tenían por el contrario la preocupación de cómo fundar en el tiempo más breve posible un partido socialista en Alemania, sino únicamente cómo promover la revolución en Alemania. La revolución en Prusia no era posible, sin embargo, si los trabajadores de la ciudad se aislaban.

Los obreros debían aliarse con la población campesina pobre y derrotar al mismo tiempo la monarquía militar, realizando precisamente de este modo la revolución burguesa en Alemania por encima de las cabezas de la burguesía. Marx y Engels exigían que el partido de Lassalle se comportara como un partido de demócratas revolucionarios. Éste debía llevar adelante la obra de 1848, aunque purificado de mezclas pequeño-burguesas y de su fraseología. En ese tiempo era difícil sin embargo ganarse la parte del proletariado europeo con mayor conciencia de clase, para la causa de esa política. Cuando más clara veía la vanguardia del proletariado su propia posición en el interior de la sociedad burguesa, tanto más se aislaba y enucleaba el elemento específicamente proletario en contraposición con todos los demás estratos y tendencias de la clase poseedora. En esta etapa, un movimiento proletario radical tendía a considerar a los nobles y a los campesinos, a los industriales y a los estratos cultos como "una masa reaccionaria unitaria". De este modo, empero, la clase obrera se aislaba y había imposible una política revolucionaria.

Como se señaló más arriba, Lassalle le había reprochado a la burguesía liberal y sobre todo a los radicales burgueses que hubieran renegado del calificativo de "democráticos". La consecuencia fue que el movimiento autónomo de los obreros alemanes se reivindicó este calificativo. El movimiento político obrero empezó a llamarse "socialdemocrático", en el sentido de la tradición de 1848. Desde el punto de vista meramente lingüístico, esta denominación era inobjetable, desde el momento que designaba un movimiento que exigía al mismo tiempo un autogobierno del pueblo basado en el sufragio universal y la transformación de la sociedad en beneficio de las masas trabajadoras. Desde el punto de vista histórico, la definición era, sin embargo, menos correcta. Los nuevos partidos obreros, en efecto, dentro de su aislamiento abandonaban lo que era más esencial en la democracia histórica.

Marx y Engels no estaban de ninguna manera satisfechos con la definición de "socialdemócrata" para el movimiento obrero. En 1864, Schweitzer había comunicado en Inglaterra que el nuevo periódico de la Asociación obrera alemana se llamaría *El socialdemócrata*. Engels le escribe a Marx: "¡Qué porquería de título, *El socialdemócrata*! ¿Por qué esos tipos no lo llamaron directamente: *El proletario*?" Y Marx respondía diplo-

máticamente: "*Socialdemócrata* es un título malo. Sin embargo no había que desperdiciar los títulos mejores, si están condenados al fracaso." En 1848 Marx y Engels no se habían avergonzado de hecho de llamarse demócratas; pero en 1864, el nombre de "*socialdemócrata*" les parecía la reapertura de la sociedad fracasada de Ledru-Rollin y Louis Blanc. Finalmente estuvieron de acuerdo en la convicción de que el nombre no inventado era bastante adecuado para los seguidores de Lassalle. De esta manera singular nació la denominación de "*socialdemócrata*" para los partidos marxistas.

El nombre de "*socialdemocracia*" fue popular, en cambio, entre los trabajadores alemanes políticamente activos. Cuando después de 1866 surgió en Alemania, junto con la Asociación obrera alemana un segundo partido obrero éste se llamó directamente Partido obrero socialdemócrata. Lassalle había fundado su partido apartando los trabajadores prusianos del partido del progreso. Algo parecido hicieron Wilhelm Liebknecht y Bebel en la Alemania meridional y en la Sajonia. En estas regiones se debía apartar los trabajadores del partido popular. Los dos partidos se distinguieron sobre todo por la diversa posición frente a la cuestión alemana. Lassalle y sus sucesores de declaraban partidarios de la solución prusiana del problema alemán. El partido popular, por el contrario, representaba en la Alemania central y meridional la decidida ala prusiana del liberalismo.

Después de 1849, los ciudadanos de las pequeñas ciudades del Sur habían perdido completamente su inclinación por los gestos revolucionarios. Pero seguían sin querer saber nada del centrismo prusiano y defendían la tranquila independencia estatal de sus pequeños estados. Ésta era la forma práctica en la que vegetaba la "*democracia*" en la Alemania meridional después de 1866. La parte progresista y moderna de la burguesía estaba a favor de Bismarck y de la unidad alemana. Esta orientación estaba representada por el partido nacional-liberal. Contra él luchaban en Alemania del Sur los pequeños burgueses del partido popular junto con los católicos amigos de Austria. En Baden y en el Palatinado, la dirección estaba en manos de los nacional-liberales. En Baviera, los campesinos católicos y los artesanos tenían su propio partido. Al partido popular le quedaron como zona de actividad Württemberg, Francfort del Meno y algunas regiones de Sajonia. Las asociaciones de los obreros, cercanas en un primer momento al partido popular,

se independizaron y se unieron en el partido socialdemócrata obrero.

El nuevo partido estaba bajo la dirección de Wilhelm Liebknecht que en su juventud había participado en la insurrección de Baden de 1849, adhiriéndose a la corriente de Struve. Había salido al destierro en Londres, en donde se había alineado con Marx. Se consideró ser siempre fiel seguidor de Marx y pretendió hacer una política en el sentido de Marx. Pero no le fue posible nunca lograr el apoyo de Marx y Engels para su actividad política práctica. Wilhelm Liebknecht demostró, después de su regreso a Alemania, como jefe del partido que era un notable orador y organizador. Sabía ganarse la confianza de los trabajadores y mantener unido el movimiento aun en circunstancias difíciles. Pero carecía de una seria comprensión de los problemas científicos y de las conexiones políticas más vastas. Durante treinta años los métodos de Liebknecht llevaron a Marx y Engels al borde de la desesperación.

El partido de Liebknecht se distinguía del de Lassalle sobre todo por su destacada tendencia antiprusiana. Por este motivo, la propaganda de su partido tuvo un carácter vivaz y aparentemente revolucionario. La tarea de un partido obrero alemán democrático habría podido ser, en efecto, después de 1866 la de reunir a su alrededor a todos los enemigos del sistema de Bismarck. Sin embargo Liebknecht y sus amigos no eran capaces de encontrar una línea autónoma dentro de los graves problemas políticos cotidianos. Representaban valientemente los intereses de la categoría de los trabajadores alemanes, pero resbalaban al mismo tiempo hacia una completa dependencia del particularismo antiprusiano del partido popular. La dirección del partido obrero socialdemócrata se entusiasmaba sólo en los ataques a Bismarck, en beneficio de la casa de Austria de los pequeños padres de la patria derrotados por los prusianos y de la mezquina burguesía provincial. La antipatía que sentían Marx y Engels por Wilhelm Liebknecht y por su táctica es totalmente comprensible. Pero este ejemplo demuestra una vez más que entonces era difícil para un partido obrero autónomo encontrar en Europa su propia senda política. Tan pronto como los trabajadores y sus jefes abandonaban el camino conocido de la democracia revolucionaria se encontraban en la jungla de un país desconocido. Cada paso hacia adelante presentaba sus peligros, y ordinariamente se perdía el camino.

Los acontecimientos contemporáneos de Francia demuestran

que la fundación del partido obrero autónomo, en 1863, no nació de un capricho ambicioso de Lassalle, sino que fue determinada, por el contrario, por las condiciones de la época. Cuando Napoleón III se sintió inseguro y se dio cuenta de que crecía la oposición, desplazó su mirada hacia el movimiento obrero. En 1862, el gobierno imperial les permitió a los obreros franceses elegir una especie de representación profesional. Estos delegados de los trabajadores debían representar al proletariado francés en la exposición mundial de Londres, que se llevaba a cabo en ese período. Este contacto entre los trabajadores franceses e ingleses estimulado por Napoleón III debía resultar más tarde importante para el surgimiento de la primera Internacional. Napoleón no hizo nada en concreto por los obreros franceses. Pero por lo menos se legalizaron en Francia algunas organizaciones obreras moderadas. Estos grupos de trabajadores decidieron presentarse autónomamente en las elecciones parlamentarias de 1863, de París. Los candidatos de los trabajadores se dirigieron a los electores con manifiestos que ponían con extraordinaria claridad el acento en la oposición de clase entre trabajadores y capitalistas y en la necesidad de un partido autónomo de los trabajadores. Era el mismo año en que Lassalle empezaba en Alemania su gran agitación.

Los dos movimientos eran completamente independientes entre sí. Los jefes del movimiento político de los trabajadores de París eran hombres honestos que no tenían nada que ver con las maniobras de Napoleón. Aprovechaban con todo derecho la mayor libertad de movimiento que habían logrado los obreros. La propuesta de los candidatos obreros autónomos de París significaba, sin embargo, en este momento un resquebrajamiento de la oposición a Napoleón. Del mismo modo que los liberales alemanes presentaban la acción de Lassalle como un favor a Bismarck, los republicanos burgueses de Francia veían en las candidaturas obreras una maniobra de Bonaparte. Es significativo que en 1863 los candidatos obreros parisinos sufrieran un completo revés al obtener únicamente algunos centenares de votos. Por lo demás, los éxitos electorales de los partidos socialistas de Alemania fueron igualmente modestos al principio. De 1867 a 1877, se convocaron en la Alemania septentrional cinco elecciones con sufragio universal. Pero en Berlín los primeros parlamentos socialdemócratas sólo fueron elegidos en 1877. La idea de un partido obrero autónomo, se-

parado de la oposición democrático-burguesa y de la republicana-burguesa, sólo ganó adeptos entre el proletariado de una manera muy lenta.

La segunda forma de separación del proletariado con respecto a la política del partido democrático de tipo antiguo, se produjo en Inglaterra. En este país los sindicatos fueron los que recogieron la herencia del movimiento cartista. Además de los motivos de carácter personal, locales o casuales, dos causas principales contribuyeron a la desaparición del movimiento cartista. Ante todo el fracaso de la democracia revolucionaria en el continente europeo después de 1849 cumplió una función paralizadora aun sobre el movimiento inglés paralelo. Además, la concentración unilateral de la propaganda cartista sobre el derecho de voto político ya no era suficiente para el movimiento obrero inglés. Los obreros ingleses que pensaban en términos políticos seguían exigiendo ciertamente la reforma electoral. Pero se sentían alejados gradualmente de un partido que seguía hablando siempre de reformas parlamentarias únicamente y que dejaba en la sombra las necesidades prácticas y cotidianas del proletariado. La promesa de los cartistas de que todo cambiaría después de la reforma electoral, a la larga, ya no era suficiente para los obreros ingleses. De este modo, en la década de los sesenta encontraron también su patria política en las asociaciones profesionales, es decir en los sindicatos.

Esto no significa que los trabajadores se hubieran vuelto enemigos radicales de la actividad política, sino que los sindicatos ingleses lucharon con creciente interés por el sufragio universal e influyeron también en el campo de las cuestiones políticas internacionales. El obrero inglés ya no creía en cambio que un partido político y democrático del proletariado pudiera sostener sus intereses. Tal vez la presión de los obreros organizados en un sindicato sobre los partidos burgueses existentes habría surtido el mismo efecto, si no es que hasta uno mejor. De este modo el alejamiento de las masas del antiguo ideal del partido democrático del pueblo trabajador era innegable también en Inglaterra.

En Alemania y en Francia, los defensores de un partido obrero autónomo concordaban con los sindicalistas que actuaban políticamente en Inglaterra en darle la mayor importancia a la actividad política dentro del marco del estado existente y de su constitución. Los franceses y los alemanes querían

tener sus propios diputados obreros en el parlamento. Los ingleses querían hacer presión desde el exterior sobre los partidos burgueses del parlamento. Todos creían de igual manera en la importancia de una actividad política dentro del parlamento y dentro del estado. Al mismo tiempo, sin embargo, se desarrolló en el movimiento obrero europeo una tendencia totalmente opuesta. También esta tendencia se oponía a la democracia tradicional, pero iba mucho más allá: rechazaba completamente la actividad política dentro del marco del estado existente. Ya señalamos que el antiguo socialismo utopista había rechazado el método político para el cambio del estado. El fracaso completo de la revolución europea de 1849, la derrota de todas las acciones políticas de las masas, empujadas con tanto entusiasmo y sacrificio, parecían darles la razón a estos escépticos.

Desde el principio, muchos socialistas utopistas tenían una tendencia anarquista, o sea, querían la disolución del estado coercitivo y centralista para sustituirlo con comunidades más pequeñas, informales y autónomas. Proudhon renovó la antigua crítica al centralismo y al estado coercitivo. No sólo rechazaba el estado capitalista existente y el formal, sino albergaba la más completa desconfianza por toda tentativa de realizar el socialismo con la ayuda de un gran aparato centralista organizado. Los que pensaban como Proudhon no encontraban ningún progreso objetivo en el hecho de que los trabajadores estuvieran bajo las órdenes de un aparato centralista y estatal burocrático, aun cuando esté asumiera el nombre de "socialista". En la generación anterior, los seguidores del pensamiento de Proudhon citaban con gusto como ejemplo la Rusia soviética para demostrar lo fundamentado de sus temores. Proudhon y su escuela no hallaban un verdadero progreso en ninguna revolución mientras ésta estuviera dirigida por una máquina partidista centralizada, porque las masas sólo pasan de una opresión a otra.

El rechazo del partido político está estrechamente ligado con la crítica del estado centralista. El partido es algo semejante a un estado en miniatura que tiende, finalmente, a convertirse él mismo en un estado. El partido encarna la autoridad de una manera exactamente igual que el estado. El hecho de que un partido presente propuestas radicales o prometa a sus seguidores la república, la democracia o el socialismo no sirve de mucho en la práctica. Después de conquistar el poder polí-

tico, el partido domina al pueblo con la ayuda de su propio aparato como el gobierno anterior. El terreno concreto en que se desarrollan los partidos políticos es el parlamento. Los políticos de partido invitan a las masas a votar en su favor prometiéndoles todas las conquistas posibles, que han de lograrse en el parlamento. Sin embargo, los jefes de partido utilizan, en realidad, el parlamento únicamente en beneficio de su poder personal. Los anarquistas le recomendaban, por esto, al pueblo que se mantuviera alejado de los partidos políticos y que boicoteara las elecciones.

Un anarquismo pacifista, que valorizaba algunas ideas de Proudhon alcanzó cierto influjo entre los obreros franceses en los años sesenta. La desconfianza por los partidos políticos y por las iniciativas de la burguesía, el énfasis puesto en los intereses particulares de clase de los trabajadores y el rechazo de toda organización obrera que tuviera una autoridad centralista fuerte son típicos de estos obreros. La mayoría de los obreros parisinos estaba constituida todavía en ese tiempo por demócratas revolucionarios, cuyos objetivos estaban simbolizados por el nombre de Blanqui. Pero esta corriente que esperaba una ocasión para rebelarse, no podía organizarse bajo la represión de la policía bonapartista. La posibilidad de organizarse sólo existía para la minoría moderada y pacífica en la que se fundaban un proudhonismo popular y los proyectos de un nuevo partido obrero.

Una orientación pacifista corresponde plenamente a la esencia del anarquismo. Toda revolución violenta o toda acción presupone, en efecto, cierta unión de la masa. Para esta unión se requieren jefes y disciplina, y en consecuencia, una autoridad. El anarquista escéptico no tiene ningún respeto por esta autoridad que se dice revolucionaria. Por lo tanto, el anarquismo consecuente conduce a sus miembros a evitar acciones precipitadas. Desea por el contrario promover la instrucción de las masas, mientras el pueblo no se vuelva tan maduro que realice libremente un orden social mejor.

Junto con los anarquistas moderados que se consideraban discípulos de Proudhon, existía, sin embargo, otra corriente. Se trataba de ardientes revolucionarios que odiaban la situación existente en la misma forma que los demócratas radicales, como por ejemplo, los blanquistas. También éstos deseaban la insurrección. Ésta, sin embargo, no debía ser obra de un partido organizado, sino debía estallar por parte de las

masas. Las masas por sí solas y sin ser mandadas debían romper su yugo y sustituir el estado centralista de los capitalistas y de los monarquistas con cooperativas pequeñas y libres. Este movimiento anarquista y revolucionario que impulsa a la acción está lleno de graves contradicciones internas. Tan pronto como el movimiento logra un éxito debería establecer una organización para sí que contradiría sus mismas aspiraciones.

Esta segunda forma de anarquía estaba representada, sobre todo en los años sesenta, por el revolucionario ruso Bakunin. Éste trabajó principalmente en la Europa occidental y tomó parte, por ejemplo, en la insurrección de Dresde. Bakunin deseaba la revolución, pero sin la constitución de una nueva autoridad política. Más tarde se comprobó que esta forma particular de movimiento sólo podía encontrar un número bastante grande de seguidores entre las masas populares muy atrasadas, envilecidas, frustradas, como por ejemplo el proletariado rural de España y de Italia. En España las revoluciones se sucedían unas a otras desde el principio del siglo XIX. Los monarquistas combatían contra los republicanos, la nobleza feudal luchaba contra la burguesía, los libres pensadores atacaban a la iglesia. Toda clase de grupos compuestos por oficiales y por civiles pugnaba por tener un peso en el estado. Todos los partidos les prometían a las masas mares y montes, pero la situación social del pueblo no cambiaba. La población pobre del campo debía quedar invariablemente sometida a los grandes terratenientes. La situación de Italia no era distinta. En este país, los clericales feudales de vieja estampa luchaban contra los liberales modernos, y a éstos se les añadían los republicanos de Mazzini. El partido mazziniano había fundado también algunas asociaciones obreras. Pero para las masas del proletariado rural del Mediodía no cambiaba nada. Estos campesinos y asalariados rurales del Sur de Europa no sabían ni leer ni escribir, pero estaban dispuestos a rebelarse contra sus patrones, aunque desconfiaban de los políticos y de los partidos y combatían con más decisión cuando lo hacían de manera independiente y sin "jefes". Todas las poblaciones rurales combatían por sí mismas. La propaganda anarquista revolucionaria parecía estar cortada con la misma tijera para estos estratos populares.

De este modo, el movimiento obrero de los años sesenta presentaba un cuadro de lo más variado. Todas las tendencias posibles estaban representadas. En todos los países se podía

encontrar, sin embargo, un alejamiento de la democracia de 1848 y una lucha por nuevas formas del movimiento proletario. En todas partes se tenía la sensación de que los trabajadores de todos los países con conciencia de clase formaban una unidad y tenían tareas comunes.

LA FUNDACIÓN DE LA I INTERNACIONAL

La exasperación de la situación política de Europa hacia 1863-1864 puso en movimiento a los obreros. Estaban encabezados por los trabajadores ingleses. Éstos no combatían únicamente por la reforma electoral en su país, sino hacían también manifestaciones de apoyo a Polonia y a Italia, y cuando Garibaldi visitó Inglaterra, los obreros le prepararon un recibimiento oficial.

La guerra civil norteamericana lanzó gran parte de los obreros ingleses al más grave estado de indigencia. La flota del Norte bloqueó los puertos del Sur impidiendo la exportación de algodón a Europa. De este modo les faltaron a las industrias textiles inglesas las materias primas y centenares de miles de obreros quedaron sin trabajo. El mero egoísmo corporativo habría aconsejado levantar el bloqueo y continuar la libre entrega de algodón: de este modo los obreros ingleses adoptaron una posición en favor del Sur y contra el Norte. Pero en un gran movimiento de solidaridad democrática internacional, los sindicatos ingleses y sus miembros se alinearon con el Norte. Deseaban la derrota de los esclavistas, aunque esto los perjudicaría sensiblemente. Las simpatías de Europa durante la guerra civil norteamericana se dividieron por doquier de acuerdo con las líneas de clase. En Inglaterra la mayoría de la clase dominante era partidaria del Sur, pero el proletariado estaba casi totalmente a favor del Norte. Las declaraciones de los obreros ingleses en apoyo a Lincoln y contra la esclavitud contribuyeron de una manera esencial para conjugar una intervención de las grandes potencias europeas en la guerra civil norteamericana.

Cuando la prolongada lucha de los Estados Unidos se inclinó gradualmente a favor del Norte, el hecho contribuyó a aumentar extraordinariamente la autoconciencia de los obreros ingleses. Los sindicatos intensificaron la agitación por el sufragio universal y quisieron organizar mejor sus relaciones

internacionales. Para esto, los obreros ingleses utilizaron la amistad que los ligaba nuevamente, desde 1862, con el proletariado francés. En el otoño de 1864, los sindicatos ingleses invitaron a las asociaciones obreras francesas a una manifestación común en favor de Polonia. Los hombres más importantes de la parte inglesa eran en esta ocasión, Odger, presidente de la Unión sindical londinense, y Cremer, secretario de la asociación de albañiles. Odger era también presidente del comité de agitación de los sindicatos en pro del sufragio universal y junto con Cremer había dirigido también las manifestaciones londinenses en apoyo a Norteamérica y a Garibaldi.

Las asociaciones obreras francesas con las que estaban relacionadas las inglesas eran las organizaciones legales que, en los últimos años habían podido desarrollarse a causa de la tolerancia de Bonaparte. Se inclinaban por un partido obrero al mismo tiempo que se inspiraban en las ideas proudhonianas. El todo se ensamblaba de tal manera que se inspiraba en un partido obrero que no debía ser político, sino más bien una organización de clase sin autoridad en el vértice basada en un completo autogobierno de los miembros. Como representante de los obreros parisinos llegó a Londres entre otros un candidato de los trabajadores en las últimas elecciones, Tolain. El 28 de septiembre de 1864 se llevó a cabo una reunión internacional de los trabajadores. Junto con los ingleses y los franceses también algunos delegados de las asociaciones obreras italianas de la corriente mazziniana tomaron parte en la manifestación. Marx también fue invitado a la reunión, como representante de los trabajadores alemanes. Comprendió que en esta ocasión se trataba de un movimiento serio y aceptó la invitación.

En la manifestación de Londres se decidió fundar una liga internacional, que debía reunir ante todo las organizaciones de los trabajadores de Inglaterra, Italia, Francia y Alemania. Se exhortó a los trabajadores de los demás países a unirse a la liga. La dirección de la Internacional fue asumida por un Consejo general con sede en Londres. Marx desarrolló muy pronto un influjo decisivo en el Consejo general, redactó el programa de la Internacional y dirigió su política.

Hay que señalar que Marx y Engels no fueron los que fundaron la "primera" Internacional, sino que la idea surgió de los trabajadores mismos, sobre todo de los sindicatos, y que

sólo posteriormente Marx acogió el proyecto de los obreros ingleses. Además, no fueron los limitados intereses de categoría los que llevaron a la fundación de la Internacional, sino más bien los grandes problemas de la política internacional. La ocasión contingente de la fundación de la Internacional no fue una huelga cualquiera, sino una acción de solidaridad con Polonia, una ocasión en que los obreros como categoría no tenían nada que ver. La formación de la Internacional habría sido inconcebible sin la colaboración internacional anterior de la democracia europea. La política exterior de los cartistas le dio a la Internacional el antecedente más importante. La manifestación de 1864 en Londres era una continuación directa de las instituciones londinenses de la "fraternidad de los demócratas" de antes y después de 1848. La primera Internacional representaba una gran tentativa de la clase obrera europea de reunir nuevamente los hilos que la antigua democracia había abandonado. La idea fundamental consistía en cambiar también la situación económica de la clase obrera de todos los países más importantes, de una manera decisiva, por medio de la victoria política de la democracia proletaria.

También los intereses estrictos de la categoría de los trabajadores desempeñaron ciertamente un importante papel en las publicaciones y en los congresos de la Internacional, y Marx se esforzó continuamente en poner de manifiesto la unión entre las necesidades cotidianas del proletariado y los grandes movimientos políticos. En 1867 la Internacional les consiguió a los trabajadores del bronce que estaban en huelga en París una ayuda pecuniaria reunida por los sindicatos de Londres. Esta acción de solidaridad proletaria internacional produjo una gran impresión y contribuyó de manera sustancial a la victoria de los obreros parisinos en huelga. Marx estuvo orgulloso del éxito. No obstante Marx y Engels no consideraron nunca que la tarea principal de la Internacional consistiera en resolver problemas económicos. De 1866 a 1869, la Internacional celebró anualmente sus congresos en Suiza o en Bélgica. Marx y Engels no participaron en ellos, y no les dieron mucho peso a las decisiones sobre cuestiones económicas y sociales. A Marx no le inquietó el hecho de que alguna vez el Congreso hubiera adoptado una resolución de carácter proudhoniano. Lo principal no era lo que se decía en las sesiones de la Internacional, sino su misma existencia.

El primer objetivo práctico que perseguía Marx con la

Internacional era el de influir directamente en el movimiento obrero inglés a través del Consejo general. De este modo, la Internacional era capaz de dirigir efectivamente la lucha de los obreros ingleses por el derecho electoral. Con esto le daba a Marx la posibilidad de ampliar su influjo a los obreros franceses, y esto podía resultar de enorme importancia tan pronto como explotara en París la tan esperada nueva revolución. La colaboración entre los obreros ingleses y los franceses, que había dado una gran prueba de sí misma durante la huelga, podía darle un nuevo giro a la política europea en caso de que hubiera funcionado de manera correcta con ocasión del próximo evento revolucionario de Francia. Si los obreros ingleses obtenían mientras tanto el derecho de voto, determinando de este modo la política de su país, y si la Inglaterra democrática avanzaba al lado de una nueva república francesa, se habrían puesto finalmente las bases de un ascenso del proletariado en Europa. Todavía no se sabía hasta qué punto esa colaboración anglo-francesa podía ser sostenida por la democracia norteamericana renovada y por los movimientos de la Europa central y occidental.

Marx se daba cuenta obviamente con claridad que la Internacional era sólo una asociación desarticulada y heterogénea. Los sindicalistas ingleses no eran socialistas. Los afiliados franceses eran, por lo general, proudhonianos y seguían la actividad "autoritaria" del Consejo general con la máxima reserva. En 1865, Marx llegó a una ruptura abierta con los lassallianos alemanes. La táctica miope y particularista del partido de Liebknecht no reforzaba ciertamente a la Internacional. Las asociaciones italianas afiliadas estaban en cambio bajo el influjo de Mazzini y posteriormente acogieron las ideas de Bakunin. Los grupos de la Internacional de los países más pequeños no tenían tampoco un carácter unitario y con frecuencia se oponían al Consejo general. En todas estas crisis y dificultades, los ingleses debían constituir el principal apoyo de la Internacional. Pero los jefes de los sindicatos ingleses sostenían al mismo tiempo relaciones personales con el liberalismo burgués, y esto representaba una fuente inagotable de conflictos y contradicciones.

Marx tenía la impresión de que en Europa únicamente existía un solo grupo obrero grande íntimamente de acuerdo con él, y este grupo no pertenecía propiamente a la Internacional de manera oficial: los obreros revolucionarios de París. Se

conocía su existencia y se esperaba su actuación, pero no estaban organizados como partido. En Francia, la policía no permitía el surgimiento de un partido obrero revolucionario y en la emigración no había ninguno que pudiera hablar verdaderamente en nombre de esta parte de los obreros de París. En septiembre de 1867, Marx escribía en una carta: "Lo malo es que no tenemos un solo hombre en París que se pueda poner en contacto con las secciones obreras enemigas de los proudhonianos (¡que son la mayoría!)." Marx tenía una gran simpatía por el viejo Blanqui. Era verdaderamente el único jefe de la democracia de 1848 que Marx apreciaba mucho como hombre. Y Blanqui le correspondía. Pero las oportunidades de ponerse en contacto con Blanqui dentro o fuera de la prisión eran raras, y el significado práctico de esas tentativas era modesto, ya que Blanqui no tenía un partido y para los obreros de París era sólo una gran figura de contornos esfumados. Marx debió permitir que los proudhonianos idealistas y criticones fueran los que hablaran en nombre de la Francia dentro de la Internacional, ya que los obreros revolucionarios franceses carecían de organizaciones.

A pesar de estas enormes dificultades internas, Marx fue capaz de mantener unida la Internacional hasta que los terribles acontecimientos de la política europea hicieron imposible su existencia. Marx se sentía satisfecho del resultado no obstante los contratiempos contingentes. En septiembre de 1867 le escribía a Engels con esa mezcla lingüística que era habitual en sus comunicaciones durante la emigración: "*Meaning while* [mientras tanto] nuestra Asociación ha hecho grandes progresos [...] *Les choses marchent* [las cosas siguen adelante] y en la próxima revolución, que tal vez esté más cerca de lo que parece, nosotros, o sea tú y yo, tendremos esta potente *engine* [máquina] en nuestras manos. *Compare with this the results of Mazzini's etc. operations since 30 years!* [Compara esto con los resultados de las operaciones de Mazzini etc. en los últimos treinta años]. Y, además, sin medios financieros. ¡Con las intrigas de los proudhonianos en París, de Mazzini en Italia y de los celosos Odger, Cremer, Potter en Londres, con Schulze-Delitzsch y los lassallianos en Alemania! ¡Tenemos que estar satisfechos!" Potter era un jefe sindicalista inglés. En cuanto a la próxima revolución, Marx piensa claramente en el levantamiento de París, que en esa época se esperaba de un momento a otro.

EL DERRUMBE DE BONAPARTE

Al principio, la Internacional obtuvo, en realidad, éxitos políticos. En 1867, los obreros ingleses conquistaron el sufragio universal. Esto fue posible porque la causa de los trabajadores había sido apoyada no sólo por el ala radical de los liberales, sino también por el nuevo partido conservador de Disraeli. De este modo Inglaterra había pasado a la democracia burguesa bajo la presión determinante de los trabajadores organizados. A esto se añadió la victoria decisiva de los estados americanos del Norte en 1864 y 1865 con la completa desintegración de la aristocracia esclavista. La Internacional se congratuló formalmente con el presidente Lincoln por el éxito logrado. El mismo Marx redactó la congratulación y Lincoln le dio una respuesta sumamente cordial. Al mismo tiempo se hacía cada vez más evidente el ocaso de Bonaparte en Francia. El movimiento de huelgas en Francia apoyado por la Internacional tuvo como efecto la agudización de las contradicciones. La violencia de la policía imperial exacerbaba en esas ocasiones aun a los proudhonianos más pacíficos y demostró que en Francia aun las más modestas conquistas sociales sólo serían posibles después de la expulsión de Bonaparte. Hacia algún tiempo que había desaparecido la aparente simpatía de Napoleón por los trabajadores.

En Alemania se había reforzado extraordinariamente en esos días la autoridad de la clase dominante a causa de los éxitos de Bismarck. Desde 1866 la burguesía liberal se había reconciliado completamente con él y ahora encabezaba un bloque compacto del que formaban parte el rey de Prusia y los pequeños príncipes alemanes, la nobleza militar prusiana y la burguesía liberal. Bismarck había otorgado efectivamente, de acuerdo con las previsiones de Lassalle, el sufragio universal para el nuevo parlamento alemán del Norte. Las elecciones de 1867 le dieron la aplastante mayoría al gobierno. Los católicos del partido popular enemigos de Prusia y los dos grupos socialdemócratas eran absolutamente impotentes desde el punto de vista político. La solución formal definitiva del problema alemán con la incorporación de los Estados del Sur en la federación dirigida por Prusia sólo era evidentemente cuestión de tiempo. En Alemania, este desarrollo no era ciertamente satisfactorio desde el punto de vista democrático y socialista, pero favorecía en cierto sentido los objetivos de la

Internacional. En primer lugar, la unidad de Alemania provocaba, en efecto, un vigoroso impulso económico y junto con esto un reforzamiento del proletariado. La solución del problema alemán le quitaba su sentido a la oposición entre los alemanes "grandes" y "pequeños" y posibilitaba de este modo la unificación del movimiento de los trabajadores alemanes. En este momento era todavía más importante el hecho de que cada reforzamiento de Alemania significaba un debilitamiento de Bonaparte y en consecuencia un acicate a la revolución francesa. En el resultado de la guerra de 1866, la opinión pública francesa fue testigo de una gran derrota nacional. Con sus errores, Napoleón III había favorecido primeramente la unificación de Italia y después la centralización de Alemania bajo la dirección prusiana. La situación internacional de su país se había vuelto, en consecuencia, sumamente seria y difícil.

Después de la derrota diplomática de Napoleón en Alemania, siguió el fracaso de su política en Norteamérica. Napoleón había explotado la debilidad de los Estados Unidos ocupados en la guerra civil para construir en México una especie de protectorado francés. En ese país existían dos partidos opuestos, el de los grandes terratenientes y de la iglesia, por un lado, y, por el otro, un movimiento popular campesino. El partido republicano dirigido por el presidente Juárez representaba los intereses de los campesinos pobres. Los grandes terratenientes buscaron ayuda en el exterior contra él. Napoleón III intervino en México y en esta decisión influyeron también algunos intereses financieros oscuros del ambiente imperial. Las tropas francesas ocuparon México. Sin embargo los republicanos continuaron su resistencia sosteniendo una guerra de guerrillas. Napoleón exportó a México una parodia de su imperio: puso en el trono como "emperador" a Maximiliano, hermano del emperador de Austria. Una elección fraudulenta confirmó los poderes. El nuevo emperador se comportó como legítimo soberano del país y ordenó que tribunales militares fusilaran a los prisioneros republicanos.

La institución del imperio de México era una grave violación de los principios políticos fundamentales americanos sancionados por la doctrina Monroe. Pero durante la guerra civil de los Estados Unidos, el presidente Lincoln evitó tomar una decisión clara. Dejó que Napoleón llegara a tener la impresión de que los estados del Norte toleraban el imperio

mexicano. De este modo se evitó que Napoleón tomara parte en apoyo de los estados del Sur en ese momento crítico. Pero cuando el Norte venció definitivamente, los políticos norteamericanos se quitaron la máscara y exigieron la partida inmediata de los franceses de México. Napoleón cedió y en 1867 las tropas francesas abandonaron el país, en tanto que el presunto emperador Maximiliano fue abandonado a su suerte. Su imperio se derrumbó rápidamente, puesto que tenía todo el pueblo en su contra. Maximiliano fue hecho prisionero por Juárez. Los republicanos de México veían en Maximiliano a un bandido extranjero, al invasor de su país a despecho de todo derecho, al masacrador de los patriotas mexicanos. Juárez ordenó fusilar a Maximiliano después de un proceso, que fue una especie de repetición americana de la ejecución de Luis XVI. No fue posible, sin embargo, fundar todavía en esa época una república democrática duradera en México, ya que las masas campesinas indígenas estaban todavía demasiado atrasadas e impreparadas.

De este modo en 1867, la política de Bonaparte había fracasado simultáneamente en Europa y en América; lo único que puede sorprender es que Francia haya podido soportar el gobierno de semejante hombre hasta Sedán. El motivo fundamental que conservó el trono de Bonaparte fue el mismo que mantuvo en pie el reino de Luis Felipe: el miedo de la burguesía francesa ante lo que pudiera suceder después. Hacía tiempo que la burguesía francesa había roto sus relaciones con Napoleón III. Si hubiera tenido la certeza de que a Napoleón le sucedería un reino burgués de los Orleans o una república conservadora al estilo de Cavaignac, habría expulsado inmediatamente al emperador. De hecho los mismos oficiales y soldados franceses difícilmente hubieran sacrificado su vida por semejante Bonaparte. Pero no se podía prever nunca con certeza el resultado de una revolución. Si la insurrección se producía en una ciudad de millones de habitantes como París con su proletariado, nada era más fácil que el establecimiento de una república roja. Y comparado con ésta, el emperador con sus contradicciones, con su administración policiaca y con su eutourage odioso y su política aventurera parecía todavía el mal menor para muchos ciudadanos franceses.

Entre tanto, todos los partidos y las corrientes políticas francesas debieron preocuparse seriamente, después de 1867, del problema de lo que debía asegurar la caída del despotismo im-

perial. De hecho Bonaparte ya no podía confiar únicamente en su aparato policiaco y burocrático, en los oscuros aventureros interesados personalmente en el imperio y en algunos especuladores de bolsa. No obstante el aparato imperial todavía era capaz de prefabricar las elecciones en el campo y en las pequeñas ciudades por medio del engaño y la violencia. Pero si todos sabían de qué manera se habían logrado estos resultados electorales, la cosa no tenía mucho significado práctico.

Los viejos monarquistas franceses se dividieron en dos corrientes: los seguidores de la antigua línea de los Borbones y los defensores de la casa de Orleans. No se trataba solamente de una rivalidad dinástica, sino también de una fractura social fundamental. Los que apoyaban la antigua línea legitimista deseaban la reconstrucción de Francia tal como estaba antes de 1789 o por lo menos antes de 1830, o sea el predominio de la nobleza histórica y de la iglesia. Claro está que este partido de los legitimistas no habría podido nunca reconquistar la Francia con sus propias fuerzas. El clero francés se había aliado con el bonapartismo después de 1849 puesto que Napoleón había hecho todo lo posible por satisfacer a la iglesia y por favorecer celosamente el poder temporal del Papa. Durante el sangriento periodo del segundo imperio, el partido monárquico legitimista había quedado debilitado por el abandono del clero. Pero tan pronto como el trono de Napoleón empezó a tambalearse, se formó nuevamente el antiguo alineamiento: la antigua línea de los Borbones, la aristocracia y los obispos se aliaron; si se toma en cuenta, sin embargo, que la mayoría oprimida del pueblo francés hacía tiempo que se había emancipado de las formas de vida feudal, el partido de los monarquistas por sí solo únicamente podía adquirir peso político si se aliaba con otros grupos.

Los que apoyaban a los Orleans no tenían nada que compartir con las tradiciones feudales de Francia. No deseaban la monarquía por pura nostalgia, sino porque estaban convencidos de que un reino hereditario era tal vez la mejor garantía del orden y de la propiedad. Un representante sobresaliente de esta corriente en los años sesenta era Thiers, que se hizo elegir en el parlamento imperial y criticó con una violencia particular el diletantismo de Bonaparte en política exterior. En el fondo, entre la corriente de Thiers y los republicanos conservadores no existía ninguna diferencia. Ambos deseaban un gobierno fuerte en beneficio de la clase propietaria y una re-

presión energética de las masas populares pobres. Sólo estaban divididos en cuanto a los medios y en cuanto a los modos: si era tácticamente preferible tener como jefe de estado a un rey o a un presidente de la república.

El partido republicano moderado seguía apegado a la tradición del general Cavaignac y del *National*. Este partido era responsable de la carnicería de junio de 1848, cosa que los bonapartistas le echaban en cara de muy buena gana. Para la burguesía poseedora, este episodio del pasado de los republicanos moderados les daba obviamente mucha seguridad. Hacia el final de los años sesenta, se iba formando entre los jefes republicanos conservadores un grupo cada vez más numeroso de hombres que en 1848 habían estado en primera plana. Entre ellos se encontraban Garnier-Pagés y Jules Favre, que en 1848 había sido subsecretario de estado para asuntos exteriores en el gobierno de los cinco. Entre los jefes más jóvenes de los republicanos conservadores sobresalía sobre todo Ferry.

En 1848, junto con los republicanos conservadores había una corriente de los demócratas burgueses, representada por Lamartine. Eran hombres que deseaban mantener la propiedad capitalista, pero al mismo tiempo ponían su confianza en las masas y estaban plenamente convencidos de que una república con sufragio universal constituía la mejor garantía para un gobierno ordenado y razonable. Hacia el final de los años sesenta se formó en Francia un partido de este tipo. Su líder era el joven abogado y parlamentario Gambetta. Este último dirigió sin incertidumbres la lucha contra el Imperio, profetizó la derrota de Napelón por obra de una acción revolucionaria y la constitución de la república democrática. Deseaba el triunfo del sufragio universal con todas sus consecuencias y la eliminación sin miramientos del aparato burocrático monárquico, que se había enseñoreado de Francia desde principio del siglo. Sobre el problema social los juicios de Gambetta eran, sin embargo, muy imprecisos y limitados. Gambetta atacaba a los republicanos conservadores, que se mantenían alejados del pueblo y buscaban compromisos frágiles. De este modo se ganó una gran simpatía entre las masas parisinas. Pero la fuerza social real de su corriente, tan distinta de la burguesía poseedora como del proletariado consciente, no se podía determinar con facilidad. Sólo el futuro la aclararía.

Esta era, pues, la nueva fisonomía de la vida política de Francia en los años sesenta, de acuerdo con las líneas históri-

cas de la formación de los partidos. Los bonapartistas, los dos partidos fieles a la monarquía, y los republicanos conservadores representaban una tradición que no se había interrumpido nunca. Gambetta renovaba por lo menos en su esencia la política de Lamartine y de los miembros más progresistas del *National* después del 24 de febrero de 1848. Pero con esto terminaba en 1869-1870 el alineamiento de los partidos en Francia. A la izquierda de Gambetta no había nada. En esto consiste la gran diferencia entre la situación política de 1847 y la de 1869. Anteriormente se encontraba a la izquierda de Lamartine el gran movimiento de masa del partido democrático socialista. Ahora, los partidos organizados terminaban con Gambetta. Se sabía que las masas de los obreros franceses apoyaban el programa de lucha de Gambetta, pero lo superaban ampliamente en sus exigencias. Pero no había ningún jefe ni partido alguno legítimamente capaz de tomar la palabra en nombre de estas masas.

El pequeño grupo de los proudhonianos y de los reformadores sociales formaba en realidad la sección francesa oficial de la Internacional de los trabajadores. Pero nadie consideraba a estos teóricos pacifistas como futuros jefes del ejército rojo ni como sucesores de Robespierre. Blanqui era apenas algo más que un recuerdo. La opinión pública francesa buscaba un representante de la extrema izquierda proletaria y no lo encontraba. También Marx y Engels lo buscaban en vano. En esta situación singular surgió la sospecha de que un periodista apolítico editor de una hoja literaria fuera el sucesor de Robespierre: el significado histórico de Rochefort consiste en el hecho de que llenaba de una manera tangible este vacío de democracia revolucionaria organizada en Francia. El valor y la carga de ironía con que Rochefort atacaba al emperador, a la emperatriz y a toda la familia Bonaparte, atrajeron la atención de todos; sus conflictos con la policía imperial y con la justicia lo hicieron cada vez más popular. Cuando un príncipe de la casa Bonaparte mató a un colaborador del periódico de Rochefort, éste osó imprimir en París bajo el gobierno de Napoleón la acusación de que todo Bonaparte era un asesino. Rochefort terminó en la cárcel, pero durante el funeral del periodista asesinado, París estuvo al borde de la revolución y Napoleón creyó que las cosas habían terminado para él. La sobrevaluación de Rochefort, sólo explicable a causa de la situación partidista-política particular de la Francia de

entonces, era compartida también por los observadores más informados. Engels escribía el 15 de agosto de 1870: "Lo peor es esto, ¿quién tomará las riendas de París en caso de que se presente un verdadero movimiento revolucionario? Rochefort es el más popular y el único elemento utilizable —Blanqui parece olvidado."

Las elecciones francesas de 1869 fueron una edición corregida de las de 1863. Una vez más se logró conjuntar una mayoría imperial. Pero las ciudades más grandes encabezadas por París habían votado unívocamente contra Napoleón. El emperador, espantado, buscó un compromiso con la burguesía. Transformó el despótico militar en una monarquía parlamentaria y encontró también un republicano muy conservador, Ollivier, dispuesto a inaugurar como presidente de los ministros la nueva era de Bonaparte. Napoleón convocó una nueva consulta popular en pro o en contra del nuevo imperio "liberal". El plebiscito se resolvió una vez más en una victoria de las ya experimentadas maniobras electorales imperiales. Pero París votó también esta vez contra el imperio. La comedia liberal del gobierno de Ollivier era sólo el comienzo del fin, como decía Gambetta, el puente entre la república de 1848 y la república del futuro.

En julio de 1870 Bonaparte entró en la guerra contra Prusia que marcaría el final sangriento de esa trágica caricatura de imperio. A partir de las primeras derrotas de agosto de 1870 cada uno se preparaba para la caída de Bonaparte. También los generales especulaban sobre el futuro político, en el que consideraban a los republicanos rojos de su país mucho más peligrosos que los prusianos. La táctica adoptada por el comandante en jefe del ejército francés mariscal Bazaine hacia la mitad de agosto estaba dictada únicamente por consideraciones de política interna. Deseaba conservar el ejército, apoyado en la fortaleza de Metz, debilitado lo menos posible, para poderlo emplear después del tratado de paz contra la revolución de París. En esta forma, Bazaine retardó la retirada de Metz y les dio a las tropas alemanas la posibilidad de sitiario en la fortaleza. Para salvar a Bazaine de la trampa en la que se había lanzado, el segundo ejército francés dirigido por Mac Mahon debió realizar la insensata avanzada que culminó con la catástrofe de Sedán. El comportamiento de Mac Mahon durante la guerra de 1870 fue militar y personalmente irrepachable. El comportamiento de Bazaine, por el contrario, fue

una verdadera traición a su país en ventaja de Alemania, pero en beneficio de una contrarrevolución secreta. Lo cierto es que el gobierno conservador francés posterior a 1871 condujo a Bazaine ante un tribunal militar pero utilizó de buena gana los instrumentos de poder que Bazaine había conservado. Los oficiales y los soldados del ejército de Bazaine, al regresar del cautiverio de guerra, aplastaron la Comuna de París.

Cuando se supo que entre los prisioneros de Sedán se encontraba también Napoleón, se derrumbó el edificio imperial cubierto de ignominia. El 4 de septiembre se proclamó en París la república. El gobierno provisional de 1870 estaba compuesto momentáneamente por jefes de los distintos grupos republicanos. Junto con Favre, Garnier-Pagés y Ferry también Gambetta se convirtió en ministro. A ellos se les unió Trochu, que había adquirido renombre como crítico del sistema militar imperial. Era el hombre de la conexión entre el gobierno republicano y los monarquistas. Thiers se puso a disposición del nuevo gobierno para misiones diplomáticas. Se quiso además que en el "gobierno de la defensa nacional" hubiera también un representante de la extrema izquierda. No quedaba en realidad otra salida que liberar de la cárcel a Rochefort y convertirlo en ministro. El curso de los acontecimientos decidiría cual sería la verdadera relación de fuerzas dentro de este abigarrado gobierno de coalición. La realidad de la desafortunada guerra y de la invasión por parte del ejército alemán sobre todo debía imprimirles un carácter particular a todos los problemas políticos.

LA COMUNA DE PARÍS Y EL FINAL DE LA I INTERNACIONAL

En septiembre de 1870, una parte del ejército regular francés se encontraba en cautiverio y la otra parte estaba recluida en Metz. En el país sólo quedaban reclutas y formaciones territoriales. Francia parecía desprotegida. Un ejército alemán empezaba el sitio de París. No obstante el gobierno republicano trató de continuar la guerra para lograr mejores condiciones de paz. Pronto se puso de manifiesto en el interior del gobierno provisional que Rochefort no era capaz de ejercer ningún influjo. El conflicto que existía era entre Gambetta y la mayoría conservadora. El sitio de París provocó la división del gobierno francés en dos bandos. Gambetta abandonó París en

un globo aerostático y asumió la organización de la defensa nacional con plenos poderes extraordinarios. Trochu, Favre, etc. permanecieron en París. De este modo Francia tenía dos centros de poder opuestos. En las provincias Gambetta gobernaba en nombre de la democracia radical burguesa, apoyado por las masas de los campesinos, de los obreros y de los artesanos y obstaculizado por la desconfianza de los estratos poseedores. En París gobernaban, en cambio, los republicanos conservadores junto con sus amigos monarquistas. Se apoyaban en la burguesía rica y en la burocracia y eran hostigados por la creciente desconfianza de la clase trabajadora.

Es unas cuantas semanas Gambetta se convirtió en una figura de relieve nacional. Con la misma energía con que había atacado al bonapartismo en el tribunal y desde las bancas del parlamento, se oponían ahora a la invasión enemiga. Gambetta formó de la nada un nuevo ejército popular, que resistió la avanzada alemana todavía cinco meses después de Sedán. Gambetta esperaba que la república reencontrara el espíritu de 1793 y que en esta ocasión se lograra vencer la invasión enemiga. La entrega de las masas populares francesas de 1870 no era menor que en 1793, aunque la dirección de que gozaban no era peor. Como organizador, Gambetta estaba en el mismo nivel que Carnot, y los jefes del nuevo ejército francés hicieron todo lo que se podía hacer en esas difíciles circunstancias.

Si la república francesa de 1870-1871 no logró obtener el mismo éxito que en 1793, se debió al hecho de que en esta ocasión estaba combatiendo contra un adversario totalmente distinto. En tiempos de Robespierre, el ejército popular francés combatía con los viejos ejércitos del feudalismo europeo, escasos en número y lentos en sus movimientos. El ejército prusiano de 1870, en cambio, estaba profundamente transformado y se había convertido en la institución más moderna y al mismo tiempo más reaccionaria de Alemania; reaccionaria porque el cuerpo de sus oficiales había sido reclutado sobre todo entre la nobleza feudal del este del Elba, y porque la máquina militar oprimía a las masas populares. Al mismo tiempo, sin embargo, el estado mayor prusiano se había apoderado, desde la guerra de liberación de 1813-1815, de las formas de la guerra burguesa moderna desarrolladas por la revolución francesa y por Napoleón I. El estado mayor prusiano tenía a su disposición un ejército popular sujeto al servicio militar obligatorio y bajo la guía genial del general Moltke

empleó una estrategia de aniquilación que no tenía nada en común con los métodos del siglo XVIII.

La guerra de 1870 era para los alemanes una lucha por la unidad nacional. La burguesía liberal alemana estaba unida con Bismarck y arrastraba consigo amplias masas populares. En 1793, los ejércitos de las monarquías europeas, compuestos por soldados de profesión, eran tan escasos en número que el ejército popular francés pudo luchar contra Europa entera. Y, además, las tropas monárquicas tenían un movimiento tan lento y pesado, que el ejército popular francés tuvo tiempo de aprender gradualmente el arte de la guerra. En 1870-1871, los alemanes tenían, en cambio, un ejército de millones de soldados sujetos al servicio militar obligatorio, y los comandantes alemanes tenían tal capacidad de acción que no les daban tiempo a los franceses para organizar un nuevo ejército. —En las batallas del invierno de 1870-1871 los alemanes contaban con soldados que tenían en promedio una experiencia militar de tres años, contra los tres meses de los franceses. El ejército alemán tenía oficiales de profesión educados en escuelas especiales, en tanto que el ejército francés sólo contaba con oficiales improvisados y recientemente nombrados.

En el momento del choque ya se daba por descontado el resultado. Los reclutas franceses que Gambetta mandó al campo de batalla estaban en la mejor disposición y tenían un entusiasmo patriótico auténtico. En las batallas del invierno, los jóvenes soldados franceses atacaron generalmente en los primeros días con decisión pero en los días siguientes simplemente no tenían fuerzas para resistir el frío y la fatiga. No es posible encontrar en toda la historia militar una campaña semejante a la del invierno de 1870-1871; ni siquiera en la guerra de 1914-1918. Al principio de esta última los estados pusieron en el campo de batalla únicamente sus mejores tropas y sólo más tarde se produjo la combinación gradual de los ejércitos con el lanzamiento al campo de batalla de soldados inexpertos, y la participación simultánea de todos los estados en la guerra. La derrota de Gambetta no es un hecho que demuestre la superioridad en la guerra de una monarquía militar sobre una república democrática. El resultado de la guerra de 1870-1871 se debió en cambio a circunstancias totalmente particulares de los ejércitos.

Naturalmente las masas populares francesas de 1870 no eran capaces de comprender claramente las relaciones de fuer-

za reales. Los obreros parisinos, sobre todo, entraban con entusiasmo en la Guardia nacional y esperaban que la república repitiera el milagro de 1793. Cuando se estrechó el férreo cerco del sitio alemán alrededor de París y quedaron bloqueadas las salidas de los sitiados, los obreros creyeron que el gobierno capitalista saboteaba intencionalmente la defensa ya que no quería de ninguna manera la victoria de la república roja. —En realidad, ni siquiera el mayor genio militar hubiera podido evitar la derrota. El gobierno provisional se preocupaba sin embargo por la creciente desconfianza de amplios estratos populares en relación con los nuevos detentadores del poder.

El desarrollo de la revolución condujo nuevamente a primer plano el problema de la administración autónoma de París. En 1848, los republicanos moderados se habían apoderado inmediatamente de París para evitar una repetición de la Comuna de 1792. En 1870 los hombres de gobierno siguieron la misma receta. No era en realidad plausible que la nueva república democrática se negara a concederle a la capital del país una administración democrática autónoma, sobre todo porque la existencia del gobierno dependía de los trabajadores y de los artesanos armados de París. Pero precisamente porque la fuerza del gobierno provisional se limitaba por el momento a la ciudad de París, éste quería mantener por sí sólo las riendas y no podía tolerar un gobierno paralelo. Entre los ministros que habían permanecido en París predominaban claramente los conservadores. Fuera, en el país, dominaban en cambio los alemanes o Gambetta. En el invierno de 1870-1871 el gobierno de París representaba el núcleo legal de la reconstrucción capitalista-conservadora de Francia.

Si con las elecciones libres se hubiera formado en París una administración ciudadana democrática, el parlamento ciudadano hubiera estado compuesto por obreros revolucionarios o por lo menos por seguidores de Gambetta. En caso de conflicto, la Guardia nacional habría obedecido a la administración de la ciudad y no al ministro. Para todas las decisiones prácticas París habría sido una filial de Gambetta y los ministros de la corriente de Favre no habrían tenido ninguna base real. Todo esto debía evitarse a toda costa. El gobierno nombró entonces como alcalde de París a Ferry, e impidió la institución de una administración democrática. Los obreros radicales de París y las Guardias nacionales, dirigidas nuevamente por Blanqui, comenzaron una agitación por la administración ciudadana,

por la Comuna. No se trataba, de hecho, de una aventura y ni siquiera de una consigna simbólica por el socialismo o el anarquismo: los parisinos exigían simplemente su derecho democrático. En la ciudad sitiada de París se produjeron desórdenes y manifestaciones. El gobierno de París se defendió hábilmente. Convocó en la ciudad una consulta popular sobre la confianza o desconfianza hacia el "gobierno de la defensa nacional". Por el interés de la defensa del país, la mayoría de la población parisina se sintió obligada a votar por el gobierno. De este modo Favre y sus amigos habían conseguido un voto de confianza del pueblo parisino. Fortalecidos con esto, pospusieron todavía más la formación de una administración ciudadana democrática y pudieron proceder contra los agitadores radicales. Blanqui tuvo que dejar secretamente París.

Durante enero de 1871, la situación militar francesa se había vuelto cada vez más desesperada. Los ejércitos combatientes habían sido derrotados y los aprovisionamientos de la población parisina se estaban acabando. El dilema entre la guerra y la paz había dejado de ser, sin embargo, una cuestión de evaluación realista y se había convertido en un problema de clase y de partido. Gambetta exigía la continuación de la guerra hasta sus últimas consecuencias y lo apoyaban las masas de las grandes ciudades. Los estratos superiores poseedores querían en cambio la paz: si terminaba la guerra terminaría también la dictadura de Gambetta y el movimiento armado de los trabajadores. A fines de enero, el gobierno parisino emprendió las negociaciones con Bismarck y firmó un armisticio con el que comenzó la paz. El gobierno de Favre no estaba autorizado en realidad para estas negociaciones. Si París hubiera tenido que rendirse, la parte del gobierno que se encontraba en la ciudad se habría convertido virtualmente en prisionero de guerra y no podía comprometer la parte libre del país, en mayor medida de la que se les había autorizado a Napoleón III después de la rendición de Sedán o a Bazaine después de la rendición de Metz. Pero ahora se ponía de manifiesto cuán útil resultaba para la clase poseedora que en París no hubiera una administración ciudadana elegida por el pueblo. Los ministros podían atreverse a declarar en nombre de Francia el fin de la guerra sólo porque en los últimos días de enero de 1871 no existía ninguna administración ciudadana autónoma.

Bismarck fue lo suficientemente inteligente como para no con-

siderar a los ministros de París prisioneros de guerra, y para tratarlos en cambio como hombres aparentemente libres. Formuló las condiciones de armisticio de modo que el ejército alemán permaneciera alrededor de París, sin que los prusianos entraran en la intrincada situación de la ciudad. La Guardia nacional parisina quedó por el momento abandonada a sí misma; Gambetta, que se encontraba en Burdeos, no reconoció el armisticio y durante algún tiempo intentó continuar la guerra, apoyado por la democracia revolucionaria y sin preocuparse por el pedazo de papel firmado por Favre. Pero pronto se vio obligado a reconocer que los campesinos franceses ya estaban hartos de la guerra y de los sacrificios y no querían continuar una lucha sin esperanzas. Gambetta se retiró y de este modo los ministros conservadores de París tuvieron el camino libre.

En febrero toda Francia eligió una Asamblea nacional basada en el sufragio universal. Ésta debía reunirse en Burdeos y decidir sobre la guerra o la paz. Las tropas de ocupación alemanas no impidieron las elecciones. Los partidos monarquistas y los republicanos conservadores hacían propaganda por la paz; los demócratas burgueses junto con Gambetta y los obreros revolucionarios pedían la continuación de la guerra. De este modo las elecciones presentaron un cuadro totalmente distorsionado de la opinión popular real. La población del campo y de las pequeñas ciudades votó por los monarquistas ya que deseaban la paz. El resultado fue que de los 650 diputados 400 aproximadamente eran partidarios de los Borbones, en parte de la antigua línea dinástica y en parte del partido de los Orleans. A éstos se añadían 30 partidarios del imperio; el resto estaba constituido por republicanos de la corriente de Gambetta: en París se habían elegido casi únicamente opositores de la paz. Los diputados de París representaban una mezcla heterogénea de republicanos radicales y socialistas. París había elegido junto con Gambetta, Rochefort y Tolain, cofundador de la Internacional, al viejo Louis Blanc. Entre los diputados de París de la corriente de Gambetta se encontraba también el joven médico y alcalde de una circunscripción, Clemenceau. La Asamblea nacional de Burdeos eligió a Thiers como jefe provisional del estado. Él fue el que formó un nuevo gobierno compuesto de monarquistas y republicanos conservadores. El partido de Gambetta quedó totalmente excluido por el momento. La Asamblea nacional se declaró en pro

del armisticio y esencialmente en favor de la paz. Se debieron aceptar las condiciones de Bismarck, que exigía además de los millones por reparaciones de guerra también la cesión de Alsacia-Lorena. En tanto no fueron pagados completamente los daños, las tropas alemanas se estacionaron en el Norte de Francia. El gobierno de Thiers y la Asamblea nacional trasladaron su sede a Versalles.

La misión de Thiers consistía en hacer inocuos a los obreros de París, que como miembros de la Guardia nacional poseían armas. La Guardia nacional parisina, constituida durante la guerra, era un verdadero ejército obrero con más de 100 000 hombres, bien provistos de fusiles, cañones y toda clase de materiales bélicos. Los distintos batallones de la Guardia tenían sus comités de representación, y éstos "consejos de soldados" habían creado un comité en el vértice. El gobierno conservador francés había impedido hasta el momento el nacimiento de una administración citadina democrática. En su lugar se había formado en París una institución que sustituía plenamente a la Comuna y era mucho más peligrosa para la clase dominante: se trataba del Consejo central de la Guardia nacional, el vértice de la armada roja parisina.

El sitio había bloqueado toda la vida comercial de París. Los desocupados habían entrado en la Guardia nacional. El salario de los guardias correspondía, en proporción con el tiempo de guerra, al subsidio de los desocupados. Por esta razón la Guardia nacional parisina de 1871 correspondía, desde el punto de vista social, más o menos a las fábricas nacionales de 1848. Ambas iniciativas eran igualmente odiadas por la burguesía poseedora. Desde el punto de vista de un burgués conservador como Thiers, es totalmente comprensible que no quisiera la armada roja en París. Si en toda Francia se licenciaban las fuerzas militares creadas por la guerra, el gobierno conservador no se proponía hacer ninguna excepción con la Guardia nacional de París. En marzo se debía decidir si los obreros de París deponían las armas y volvían a las fábricas que empezaban a abrirse nuevamente o aprovechaban la ocasión de la guerra y de la armada roja de la que disponían para empezar un encuentro decisivo contra el capitalismo.

Quando estalló la guerra franco-germana, la posición de Marx y de la Internacional dirigida por él era perfectamente clara. Prescindiendo de los aspectos particulares del juego diplomático, no podían existir dudas de que esta guerra en su

conjunto era un producto del aventurerismo de Bonaparte. La guerra debía liberar al movimiento obrero y a la democracia de la pesadilla que la tenía subyugada desde hacía 22 años: Napoleón Bonaparte y su sistema. Marx no tenía la mínima simpatía por Bismarck y por su política; deseaba sin embargo por consideraciones de carácter general, la victoria de Alemania y la derrota de Bonaparte. Les recomendó, en consecuencia, a los obreros alemanes que apoyaran la guerra nacional y a los franceses que fomentaran la derrota de Bonaparte.

Pero Sedán y la proclamación de la república en París cambiaron radicalmente la situación. Era obvio que el pueblo francés debía pagar la culpa de Bonaparte, con el tratado de paz: se trataba ahora de hacer lo más soportable posible la paz para Francia. Marx se opuso con toda energía al plan alemán de la anexión de Alsacia-Lorena: en primer lugar, Alemania no podría nunca asimilar las dos provincias y en segundo lugar, Francia sería empujada por este golpe en brazos de la política rusa. Una alianza de Francia con el zarismo habría representado un daño incalculable tanto para Alemania como para la causa internacional de los trabajadores.

De este modo, después de Sedán, Marx les recomendó a los obreros franceses que apoyaran al nuevo gobierno republicano para defenderse contra la invasión alemana, al mismo tiempo que los obreros alemanes debían hacer propaganda por una paz moderada y oponerse a la anexión de Alsacia-Lorena. También los obreros ingleses manifestaron su simpatía por la república francesa, y Garibaldi encabezó un cuerpo de voluntarios italianos que acudieron en ayuda de los franceses. De este modo, el último partido democrático que quedaba desde 1848, el partido de los republicanos italianos, demostró su solidaridad internacional. Todo esto, sin embargo, no tenía mucha importancia práctica. Garibaldi no podía detener la marcha victoriosa de los ejércitos alemanes. La propaganda de los socialdemócratas alemanes fue reprimida por la policía de Bismarck y la burguesía inglesa gobernante no encontró ninguna utilidad en facilitar de manera activa la liquidación napoleónica. Durante todo el transcurso de la guerra, la política exterior de Bismarck procuró no darles ni a Inglaterra ni a Rusia ocasión alguna de intervenir. El resultado completamente negativo de todos los esfuerzos internacionales en favor de la república francesa constituyó naturalmente un duro golpe para Marx y la Internacional. Pero, desde el punto de vista prác-

tico, la única cosa posible era que los obreros alemanes y franceses declararan por su parte que no reconocían la anexión de Alsacia-Lorena. Una solución mejor de la controversia franco-germana debía posponerse para un futuro acuerdo libre entre los dos pueblos. Lo importante era que la guerra terminara lo más pronto posible y que el movimiento obrero alemán y francés se organizaran en la nueva situación. Después de Sedán, Marx y Engels estaban convencidos de que la resistencia militar de Francia no tenía esperanzas de éxito y lamentaban las ilusiones de los obreros franceses sobre las posibilidades de una guerra de liberación revolucionaria. Un francés de la confianza de Marx se dirigió a París a principio de septiembre. Su informe fue bastante pesimista. Escribió que a decir verdad se corría peligro de ser "casi despedazados" y que "los mejores vivían todavía de los recuerdos de 1793".

Frente a la confusión y a las ilusiones que reinaban entre los obreros de París, Marx y Engels estaban profundamente preocupados de que el proletariado se dejara arrastrar a aventuras de consecuencias impredecibles. El 12 de septiembre de 1870, Engels escribía a Marx:

"Si algo puede hacerse en París, es impedir un levantamiento de los obreros antes de que se concluya la paz [...] Cualquiera que sea la forma en que se concluya la paz, debe ser concluida antes de que los obreros puedan hacer algo. Si resultasen victoriosos ahora —al servicio de la defensa nacional— tendrían que cargar la herencia de Bonaparte y de la actual República piojosa y serían estérilmente aplastados por los ejércitos alemanes y retrasados por otros veinte años. Con esperar nada pueden perder. Las posibles modificaciones de frontera son de todos modos provisionarias y se pondrán en discusión nuevamente. Sería una locura enfrentarse a los prusianos para defender a la burguesía [...] Después de la paz, los obreros tendrán más *chances* favorables que en el pasado. Pero, ¿no se dejarán arrastrar nuevamente bajo la presión del ataque exterior, procurando la república social en vísperas de la toma de París? Sería terrible que los ejércitos alemanes debieran librar una lucha callejera con los obreros parisinos como último acto de guerra. Sería como retroceder cincuenta años."

Marx compartía plenamente los temores de Engels. Ambos habían concentrado desde hacía muchos años toda su política futura en la caída de Bonaparte y en la revolución francesa como el principio de una nueva avanzada revolucionaria en

Europa. Bonaparte ya había sido derrotado, la república había vencido en París, el orden social existente junto con todas sus instituciones había sido sacudido fuertemente: las perspectivas para una democracia social eran más alagüeñas que nunca. Pero era necesario que los obreros de París siguieran una línea razonable sin dejarse llevar por manifestaciones descabelladas. Los obreros veían con toda razón en el gobierno de Thiers el principio de la contrarrevolución de la monarquía y del gran capital. Tenían la sensación de que quedarían a merced de sus peores enemigos, si abandonaban en ese momento sus cañones y sus armas. Sin embargo, una fría evaluación de la realidad habría desaconsejado una sublevación obrera en marzo de 1871.

Las fuerzas militares de las que Thiers disponía por el momento eran débiles: los restos cansados y desmoralizados del ejército popular de la provincia. Si la armada roja de París hubiera actuado sorpresivamente y con decisión, habría podido conquistar Versalles en poco tiempo y aplastar la Asamblea nacional monárquica. Era muy improbable que en ese caso las tropas de la provincia dispararan contra los parisinos. Pero el factor decisivo de ese momento no era Thiers sino Bismarck; no eran los restos del ejército francés, sino los cuerpos del ejército alemán victorioso. ¿Qué hubiera pensado Bismarck de una revolución popular en Francia? Habría bastado el más pequeño incidente para que su ejército sofocara en un baño de sangre la sublevación de los obreros franceses. O bien, Bismarck habría permitido al gobierno conservador francés formar una guardia blanca con los prisioneros de guerra que se encontraban en Alemania, que habrían derrotado al proletariado. En todo caso, los obreros franceses deberían posponer una acción mientras las tropas alemanas no hubieran dejado el país.

Además, para los obreros franceses existía el peligro de quedar aislados en marzo de 1871 como lo habían estado en junio de 1848. En 1871, el problema del poder de clase y de la constitución estatal se combinaba de la manera más funesta con el problema de la paz o de la guerra. Las masas del campo y de las pequeñas ciudades, o sea, la inmensa mayoría de los franceses, deseaban absolutamente la paz en ese momento. Si los obreros hubieran atacado, la mayoría de la población habría considerado fácilmente esto como una maniobra para prolongar la guerra. Esto haría recaer sobre los revoltosos de

París la responsabilidad de provocar una guerra civil a la vista del enemigo en una Francia ya postrada. ¿En ese momento, de dónde podía surgir, en los campos y en las ciudades pequeñas una objetiva aprobación para los obreros de París y para su política? Éste era pues el peligro serio de que los obreros de París se aislaran como en 1848, el peligro de que las masas campesinas y de las pequeñas ciudades se inclinaran de parte del capital. Con ese estado de ánimo del pueblo francés estaba prácticamente excluida una victoria de los obreros parisinos.

En Francia, la causa de la democracia proletaria sólo podía triunfar con una espera más prolongada. La Asamblea nacional, en efecto, no correspondía de hecho a la opinión real del país, ya que los campesinos no tenían interés alguno en el regreso de los Borbones. Tan pronto como las tropas alemanas hubieran abandonado Francia, en los campos y en las ciudades estallarían necesariamente el conflicto entre el parlamento y las masas populares. En la lucha en pro o en contra de la república democrática, los obreros parisinos no quedarían aislados: como partido político podrían unirse a la corriente de Gambetta. Los obreros parisinos de hecho no pensaban entonces, como lo demuestra la historia de la Comuna, en una realización inmediata del socialismo. Eran partidarios, ante todo, de la seguridad de la república democrática en sentido burgués, de la creación de la autonomía administrativa local y de una total libertad de movimiento para las masas populares. Sobre esta base, se podía marchar sin más al lado del partido de Gambetta. En ese momento Gambetta estaba fuera del gobierno porque sostenía la guerra hasta sus últimas consecuencias; pero tan pronto como acabara la lucha, Gambetta y su partido volverían automáticamente a la palestra. La democracia burguesa no era en esta ocasión más que un castillo en el aire como en 1848, pero gracias a la actividad de Gambetta se había convertido en el típico partido patriótico francés. El partido de Gambetta no era tampoco la forma acabada a través de la cual los campesinos franceses podían manifestar su confianza en la república democrática. Si se considera la crisis de Mac Mahon de los años setenta —aunque con un proletariado parisino compacto— es posible imaginar con mucha aproximación las posibilidades políticas existentes.

Lo que más necesitaban los obreros de París era un partido político capaz, dirigido inteligentemente, en cierto modo una reedición de la democracia socialista de 1848, pero sin sus

debilidades. Como ya hemos dicho muchas veces, en marzo de 1871 no existía en Francia un partido de esa índole. La sección francesa de la Internacional albergaba una serie de hombres dignísimos e inteligentes, pero empapados casi todos en las teorías proudhonianas: no tenían una verdadera voluntad política y eran incapaces de dirigir el proletariado parisino en armas. Desgraciadamente Blanqui había sido arrestado una vez más fuera de París: de este modo se privaba a los trabajadores de su consejo y de su autoridad, precisamente en el momento que más lo necesitaban. No existía un partido blanquista en el sentido de una organización masiva programada. Los consejos militares rojos, que en ese momento detentaban el verdadero poder en París, se denominaban frecuentemente blanquistas. Esto no significaba, sin embargo, que un determinado partido y su organización hubieran llegado al poder, sino que los obreros revolucionarios armados se declaraban "blanquistas" para tener un nombre político. La parte revolucionaria del proletariado parisino carecía en realidad de una dirección política. La antigua democracia había desaparecido; y no se había formado una nueva. Es obvio el fracaso de la tentativa de Marx y de la Internacional de convertir la clase trabajadora en un nuevo movimiento político democrático eficiente y dispuesto a la lucha. La culpa no se debía ante todo a la circunstancia técnica meramente externa de que la Internacional no había comprendido la parte más importante de los trabajadores franceses. Pero existía un segundo motivo más profundo aun; a partir de 1848 el movimiento europeo en su conjunto había aislado a los obreros que actuaban políticamente del resto de la masa popular. Cuando la vanguardia proletaria tenía más necesidad que nunca de un contacto con las masas lentas de los campesinos y de los pequeños burgueses, éste no se produjo. De este modo, los obreros de las grandes ciudades lucharon una vez más aislados, y fueron al encuentro de la ruina.

El 18 de marzo de 1871, el gobierno de Thiers decidió quitarle la artillería a la Guardia nacional recurriendo a las tropas regulares. El consejo central de la Guardia nacional no estaba preparado, como por lo demás no tenía tampoco una línea política para esos días decisivos. Las masas populares parisinas se opusieron sin embargo espontáneamente a abandonar sus cañones y se rebelaron. Las tropas del gobierno no quisieron disparar sobre sus hermanos y de este modo la Guar-

dia nacional no sólo conservó los cañones, sino se encontró de repente dueña de la capital. El gobierno abandonó París junto con sus órganos y las tropas que le quedaban. Los obreros parisinos estaban en rebelión por instinto y por ansia de lucha: ninguna persona de su confianza había sido capaz de indicarles una línea política. Con esto el Consejo central de la Guardia nacional se convirtió en un contragobierno revolucionario republicano frente a los monarquistas de Versalles, ocultos o declarados.

Lo sucedido ya no tenía remedio y es fácil imaginarse con qué sentimiento recibió Marx en Londres las noticias de París. Ahora había que intentar por lo menos prolongar temporalmente el primer éxito de la revuelta. El Consejo central debía establecer inmediatamente en París un gobierno dictatorial fuerte. Había que reunir a todas las fuerzas de la Guardia nacional, marchar sobre Versalles, y dispersar la Asamblea nacional monarquista, ganarse o desarmar las tropas gubernamentales todavía indecisas. El gobierno republicano de París debía declararse, además, de una manera clara en favor de la paz y comprometerse con Alemania a mantener las condiciones de paz y tranquilizar finalmente a los campesinos franceses con un programa moderado. Marx consideraba correcta una política de este tipo, como lo demuestran sus cartas de ese período.

En cambio no se adoptó ninguna de estas iniciativas necesarias. En primer lugar se excluyó toda ofensiva militar fuera de París, a pesar de que se disponía no sólo de la Guardia nacional sino también de una armada roja organizada, digna de confianza y bien armada: una circunstancia favorable de la que poquísimas revoluciones populares podían disponer. La dirección militar de la insurrección parisina fue difícil. En el plano operativo no se hizo nada, y en la administración militar reinaba tal confusión que en las semanas siguientes la mayor parte de la Guardia nacional permaneció inactiva. Una escasa minoría de los obreros armados luchó heroicamente, pero no fue capaz de cambiar su destino. En el momento de la desesperada guerra civil, el Consejo central de la Guardia nacional no tenía otra preocupación que la de darles finalmente a los parisinos la administración democrática que tan ardientemente habían deseado. ¡En lugar de marchar sobre Versalles, el gobierno de París convocó ante todo a elecciones para la administración de la ciudad!

Los recién elegidos de la Comuna eran en su mayoría partidarios de la insurrección revolucionaria que se decían blanquistas o jacobinos; era menor en cambio el número de los representantes de la Internacional. Estos últimos, cercanos a los partidos burgueses, no participaban en los trabajos de la Comuna. La elección de la Comuna no reforzó de hecho la dirección política, sino por el contrario la copresencia de la Comuna civil y del Consejo central militar aumentó la confusión. La insurrección de París carente de una dirección y sin un plan definido se encaminaba directamente a su fin. La obra más importante de la Comuna no fue la actividad política, y ni siquiera la social, porque la Comuna no adoptó ninguna disposición que pudiera llamarse socialista. Tenía de hecho como única tarea inmediata la defensa de la república burguesa-democrática y el autogobierno del proletariado. La grandeza de la Comuna está más bien en algunas tentativas en parte casuales y en parte deliberadamente experimentales de encontrar en Europa una nueva forma de autogobierno popular.

El gobierno y sus órganos habían abandonado París. De este modo los obreros insurrectos debieron luchar por sí solos. El ejército del estado y la policía, en cuanto formaciones ajenas al pueblo, habían desaparecido; su lugar había sido ocupado por la milicia obrera armada. Los funcionarios del estado y los jueces habían sido hasta ese momento los representantes del aparato centralista del poder; ahora eran sustituidos por simples comisarios del pueblo. El estado burgués liberal normal se caracteriza por la división de poderes: el legislativo, el ejecutivo y el judicial están rigurosamente separados uno del otro. El objeto de esto consiste en establecer límites al parlamento, que encarna más que ningún otro los estados de ánimo del pueblo. El aparato administrativo y judicial deben independizarse lo más posible del parlamento, para que los ataques radicales que provienen de sus electores se estrellen contra la oposición de la burguesía y de la justicia.

Esta relación era clarísima en los países del continente europeo, en los que el aparato centralista estaba encabezado por el rey. En Francia, bajo Luis Felipe y Napoleón III, el parlamento estaba al lado de un poderosísimo aparato administrativo. El parlamento era todavía más débil en relación con el gobierno del rey de Prusia y con el gobierno imperial de Austria. También en Italia se desarrolló un gran aparato es-

tatal centralizado a partir de 1860 aunque en condiciones algo distintas. Cuando se le reprochaba y todavía en la actualidad se le reprocha a los parlamentos que en lugar de actuar se dedican a "charlar" se trata sólo de una forma de crítica popular contra la división de poderes. La Comuna de París, en cambio, al superar el aparato de poder centralizado del estado, encarnaba al mismo tiempo el cuerpo legislativo y ejecutivo. La representación comunal de París se articuló a través de diversas comisiones que sustituyeron a los ministerios tradicionales.

Todo esto se había llevado a cabo de una manera más o menos espontánea; y correspondía sin embargo al mismo tiempo a los ideales proudhonianos. La minoría proudhoniana de la Comuna hizo de la necesidad virtud e indujo a la mayoría a apoyar decisiones que debían contribuir a superar el sistema estatal heredado. Las deliberaciones de la Comuna de París trazaron la imagen futura de una Francia en la que cada comuna goza de pleno autogobierno y en que los militares, la policía, la burocracia y la justicia son sustituidas en todas partes por simples órganos del pueblo trabajador. El antiguo gobierno centralista debía ser sustituido tanto en el campo como en la ciudad por una federación libre de comunas con autonomía administrativa. De este modo en las semanas difíciles de la Comuna parisina aparecen los primeros gérmenes todavía confusos de un nuevo tipo de democracia. La idea fundamental era que el estado coercitivo centralista era inconciliable con el autogobierno de los trabajadores. La democracia social no puede contentarse simplemente con tomar en sus propias manos el aparato coercitivo centralista existente: debe destruirlo. La nueva forma de democracia comunal intentada en París en 1871 muestra sorprendentes analogías con el autogobierno de las ciudades libres de la Edad Media y de las pequeñas repúblicas de la antigüedad.

Pero todas estas ideas nuevas no le sirvieron de nada a la Comuna parisina en su lucha desesperada contra sus enemigos. París quedó aislada. Algunas tentativas de los obreros de otras ciudades francesas de prestar ayuda a los parisinos y de ampliar el movimiento fracasaron completamente. De hecho se estableció contra los trabajadores de París una alianza entre el gobierno francés conservador y el nuevo imperio alemán. Las autoridades de ocupación sofocaron en su zona todo movimiento de simpatía por la Comuna. Las tropas alemanas cola-

boraron para el aislamiento de París, y Bismarck repatrió cuantos prisioneros del antiguo ejército francés le pedía Thiers.

Si desde el punto de vista militar la Comuna carecía de ayuda y estaba inerte, el ejército gubernamental crecía constantemente. El mariscal Mac Mahon, en cuanto general de la época imperial que menos personalidad había perdido, tomó el mando supremo de las tropas gubernamentales. El llamado gobierno republicano de Francia usó el aparato militar del imperio para golpear a los obreros de París y a los verdaderos republicanos. Entre los insurrectos y también entre la población inerme se llevó a cabo una verdadera carnicería. El número de los muertos llegó por lo menos a 20 000. Muchos miles de obreros parisinos fueron encarcelados o conducidos a campos de concentración o tuvieron que huir. La derrota de la insurrección comunera estuvo acompañada por la aniquilación física de la vanguardia proletaria y republicana de Francia. Habría que remontarse a la guerra de los campesinos alemanes de 1525 para encontrar otro ejemplo de una derrota tan terrible del pueblo trabajador.

Para Marx, la derrota de la Comuna de París significó el fin de su programa revolucionario. Como Marx y Engels lo habían previsto desde 1870, la iniciativa de los obreros franceses quedó destruida al menos por una generación. Esto significaba que también en los otros países de Europa, la democracia proletaria dejaba de tener esperanza alguna durante un largo tiempo. Marx se encontró ante una difícil decisión. Personalmente no tenía ninguna responsabilidad en la Comuna de París. Desde el principio había juzgado equivocada la insurrección y cuando se convirtió en realidad el levantamiento de los obreros de París, criticó duramente en sus cartas los errores cometidos. La gran mayoría de los miembros de la Comuna no había tenido ninguna relación con la Internacional y la minoría con su oposición proudhoniana había dificultado el trabajo de Marx.

La posición proudhiana hacia el estado, tal como había sido recibida por la Comuna, era completamente distinta de la marxiana. También Marx consideraba al estado como medio de constricción en manos de la clase dominante, también él esperaba que en el transcurso del desarrollo hacia el comunismo se habría "extinguido" el estado burocrático para transformarse en una comunidad libre de los productores. Pero en el momento de la revolución el pueblo no debía disolver

el aparato centralista del estado, sino más bien explotarlo sin escrúpulos para sus propios fines. El proletariado victorioso tenía, según Marx, la tarea de formar ante todo un gobierno fuerte, centralista y activo a la manera de Robespierre. Marx entendía esa "dictadura del proletariado" no como una antítesis de la democracia sino como su culminación armada: en la revolución, el proletariado actúa en nombre de todo el pueblo trabajador, y por lo tanto en nombre de la aplastante mayoría de la nación. La democracia disciplinada y armada debe eliminar ante todo a sus enemigos. La "extinción" del estado sólo debe exigirse en un período muy posterior.

En este sentido, Marx hubiera deseado que después de la revolución del 18 de marzo, el Consejo central de la Guardia nacional hubiera asumido en París un poder dictatorial y dirigido la ofensiva contra Versalles. La elección pacífica de la Comuna en medio de la guerra civil y todos los experimentos de administración autónoma descentralizada eran, en ese momento, para Marx, únicamente un infantilismo proudhoniano. Para Marx hubiera sido fácil criticar públicamente los errores de la Comuna y rechazar toda responsabilidad en los desafortunados acontecimientos de París. Pero no le interesaba tener la razón ante la opinión pública, sino más bien asegurar el futuro del movimiento. A pesar de los errores cometidos, los obreros revolucionarios de París eran los compañeros de partido de Marx en el sentido más pleno de la palabra. Y cuando hablaba de su "partido", Marx no entendía una asociación causal, sino la gran comunidad de los militantes revolucionarios de todos los países. En realidad, la lucha heroica de los obreros parisinos cerraba de una manera irreversible todo un gran período de los movimientos democráticos de Europa, pero ahora se trataba de conservar y valorizar la tradición de la Comuna para el futuro.

De este modo fue como Marx redactó a nombre de la Internacional su célebre escrito sobre *La guerra civil en Francia*, cuando todavía tenía fresca la impresión del terror blanco de París. En ese escrito oculta toda divergencia de opinión teórica o táctica con los hombres de la Comuna. Aprueba la Comuna de principio a fin, aun en sus experimentos por una inmediata eliminación del estado centralista y la presenta a los obreros y a los revolucionarios de todos los países como un ejemplo luminoso. Desde el punto de vista teórico esto representaba una retirada parcial del marxismo frente al proudhonismo.

Pero cualquier pretensión de tener la razón o estar equivocado no tenía para Marx ninguna importancia en comparación con las grandes tareas del movimiento.

El escrito de Marx sobre la guerra civil de 1871 tiene una importancia histórica excepcional. Marx hizo suya audazmente la Comuna y desde entonces el marxismo tiene una tradición revolucionaria ante los ojos de la humanidad. Hasta 1870, Marx tenía fama de teórico de vanguardia del movimiento obrero, pero el gran público no conocía nada de la actividad política y revolucionaria de los marxistas. Sólo después de que adoptó públicamente una posición abierta y decidida en pro de la Comuna, en 1871, y después de haber atraído hacia sí toda la indignación de la sociedad burguesa, logró el efecto de hacer coincidir ante la opinión pública mundial su Internacional con la Comuna. La Comuna de París, tal como la veía Marx, había ejercido un influjo extraordinario sobre todo en el desarrollo de los acontecimientos de Rusia.

De este modo Marx les dio, en 1871, una importante tradición a los futuros movimientos e introdujo en ellos su doctrina. Pero comprendió claramente al mismo tiempo que la Internacional obrera, tal como había sido fundada en 1864, no tenía ya ninguna justificación. La idea fundamental de Marx y Engels había sido la de llegar con su ayuda a una colaboración de los obreros franceses e ingleses en el sentido de la revolución democrática. Con el derrumbe de la Comuna, el movimiento francés quedaba eliminado. Los obreros ingleses habían logrado mientras tanto el derecho de voto. Pero se contentaron con este éxito político y trataron de sacar algún provecho del reconocimiento legal de los sindicatos, etc. Los obreros ingleses no parecían nada inclinados a fundar un partido político autónomo del proletariado. Después de 1871, el nexo de los obreros ingleses con la Internacional parecía insostenible. A la larga no era posible que los mismos jefes del sindicato inglés apoyaran la Comuna revolucionaria, como miembros de la Internacional, mientras en su propia casa, es decir, en Inglaterra seguían apoyando al partido liberal. ¡Al mismo tiempo, la mayoría de los que pertenecían a los sindicatos votaba directamente por los conservadores!

A pesar de que la escisión de los sindicatos ingleses con respecto a la Internacional se hubiera vuelto inevitable y la oposición de Bakunin y de sus anarquistas se dejaba sentir al mismo tiempo de una manera cada vez más fastidiosa, Marx y

Engels habrían podido sostener en pie, sin embargo, la Internacional. Aún después de la escisión de los ingleses y de los bakuninistas, Marx podía contar con los socialdemócratas alemanes de todas las tendencias. Después de la Comuna conservaba el papel de guía de los emigrantes franceses y contaba también con partidarios en Austria, en Italia y en los países menores de Europa. A esto se añadían las relaciones con los Estados Unidos y con los emigrantes rusos. Marx no temió nunca la lucha en el interior del movimiento y no retrocedió nunca ante una división. Todavía en los años sesenta hubiera podido mantener unida una Internacional que reuniera la parte más importante de la vanguardia proletaria. Pero, ¿qué ganaba con esta Internacional? Habría organizado congresos, emitido manifiestos, distribuido honores y discutido los intereses internacionales de categoría de los obreros. Marx no deseaba poner su capacidad de trabajo al servicio de una Internacional de este tipo. La Internacional no podía ser una palanca revolucionaria en la situación mundial modificada de 1871. Para Marx ya resultaba superflua.

Marx sólo quería impedir que el nombre y la autoridad de la Internacional se transformaran en el refugio de los anarquistas. En el Congreso de la Internacional celebrado en la Haya en 1872, apoyó la decisión singular de trasladar la sede del Congreso general de Londres a Nueva York. Todavía en la época del barco de vapor y del telégrafo no era posible que la dirección del movimiento obrero europeo estuviera en Norteamérica. Además, la sección americana de la Internacional era en ese momento totalmente insignificante. Pero Marx creía que en Nueva York el Consejo general estaría libre de los ataques de los anarquistas. Todo esto significaba sepultar la Internacional, que de hecho se disolvió lentamente después de 1872.

La Comuna de París es el fin de la tentativa del movimiento obrero de realizar autónomamente las tareas de la antigua democracia revolucionaria. Si se exceptúa Suiza, en 1871 la democracia estaba completamente derrotada en todos los países del continente europeo. En Francia gobernaba la Asamblea nacional monarquista rodeada de generales. En 1873 Thiers fue despojado de su posición de poder y el Mariscal Mac Mahon se convirtió en jefe supremo del estado. Se veía en él sólo un regente en espera del regreso de los Borbones. En Alemania el imperio de Bismarck daba claramente la apariencia de que

en mucho tiempo sería imposible su derrumbe. En el imperio de los Habsburgo, Hungría había logrado en 1867 la autonomía administrativa. Desde entonces el reino de Hungría estuvo dominado por una oligarquía de la nobleza y de la burguesía adinerada. De este modo el movimiento nacional húngaro quedó reducido completamente al campo de la reacción. También el poderío de los Habsburgo de la parte austriaca del reino se reforzó nuevamente con la satisfacción de las exigencias del grupo dominante húngaro.

La unidad nacional italiana se había completado sustancialmente con Venecia y Roma. El poder estatal estaba repartido entre los capitalistas del Norte, los latifundistas feudales del Sur, los políticos de profesión, los burócratas y los militares. Las grandes masas populares estaban excluidas. Mazzini no se rindió ante el nuevo orden italiano. Siguió impertérrito criticando el mal gobierno del nuevo reino y haciendo propaganda por la república democrática. Pero como verdadero representante de la democracia de 1848, no comprendió tampoco el movimiento del proletariado italiano urbano y rural, que no quería detenerse ante la propiedad privada. Mazzini, hombre recto y valeroso murió en 1872, aislado y en conflicto con todas las clases. Junto con él bajó a la tumba todo un período de la democracia europea. También el movimiento revolucionario polaco acabó con la derrota de 1863-1864.

De este modo la democracia, tanto la proletaria como la burguesa, quedó eliminada en 1871, en cuanto fuerza política viva del continente europeo. Pero la democracia burguesa había desarrollado mientras tanto nuevas formas en los países anglosajones.

LA DEMOCRACIA BURGUESA EN LOS ESTADOS UNIDOS, INGLATERRA Y SUIZA

En los Estados Unidos, el partido republicano-democrático de Jefferson ya había abandonado completamente la lucha con el capital financiero desde 1815. Desde entonces ese partido se convirtió en la manifestación de una gran unión popular, por lo menos de todos los ciudadanos blancos que vivían en los Estados Unidos; el latifundista y el dueño de esclavos vivían tranquilamente al lado del pequeño terrateniente, el gran capitalista al lado del trabajador de la fábrica. De este

modo la democracia americana perdía su propio carácter de lucha social. La comunidad americana conservó, sin embargo, su originalidad, que la distinguía de una manera clarísima de los estados europeos.

En el capítulo sobre el sistema colonial moderno de *El capital*, Marx explicaba claramente la diferencia existente entre la economía americana y la europea, por lo menos tal como se presentaba al final de los años sesenta del siglo XIX. Por "colonia" Marx entiende aquí un "terreno virgen que es colonizado por inmigrantes libres". El principio rector es por lo tanto el territorio libre. Todos los inmigrantes sanos y fuertes, a pesar de no contar con grandes sumas ni con instrumentos de producción, podían apropiarse de un pedazo de tierra inculta y convertirse en ese lugar en agricultores autónomos con el trabajo de sus propias manos. La existencia de territorios libres le quita automáticamente al empresario el llamado ejército de reserva industrial. Aquí no existen las masas de fuerza de trabajo excedente, que normalmente se ofrecen al empresario permitiéndole reducir los salarios y el nivel de vida del proletariado. En las colonias con territorios libres, el empresario se ve obligado a pagar salarios tan altos que neutralicen la tentación de sus obreros de cambiar de trabajo de fábrica por la vida de pequeño agricultor autónomo. También el proletariado industrial se asegura automáticamente un nivel de vida libre y elevado, ya que el terreno todavía es accesible para la masa popular.

Esta característica de la economía colonial le permitió a la democracia americana sobrevivir aún después de 1815. Cuando los blancos que no tenían nada, y en primer lugar los obreros reivindicaron después de 1815 casi en todas partes el derecho político de voto en los distintos estados de la Unión, no se trataba de hecho de una mera formalidad. La economía colonial, construida sobre el principio del territorio libre, le proporcionaba su contenido a la democracia americana. La asociación de trabajo entre los capitalistas y los proletarios, entre los terratenientes y los pequeños campesinos, se concluyó bajo el signo del territorio libre.

En el curso del siglo XIX este idilio de la democracia americana se vio turbado ante todo por el enorme desarrollo de una aristocracia esclavista en los estados del Sur de la Unión. Si los barones esclavistas hubieran logrado posesionarse del poder de la Unión, habrían resultado perjudicados el principio

del territorio libre y de la forma democrática del estado. Se trataba de salvar la democracia colonial de este fracaso. El partido republicano renovado bajo la dirección de Lincoln eliminó en los años sesenta, con una violenta guerra civil, la aristocracia de los esclavistas y le devolvió con esto su validez al principio del territorio libre con todas sus consecuencias.

Marx seguía con gran simpatía la obra política de Lincoln. Pero se daba cuenta con claridad de que el episodio de la democracia colonial de los Estados Unidos tendría una duración limitada. En *El capital* señala que la guerra civil norteamericana había producido un colosal debilitamiento estatal y con su presión fiscal había llevado a la creación de una aristocracia financiera y al abandono de una inmensa parte de los territorios públicos en manos de sociedades especuladoras, para la explotación de los ferrocarriles y de las minas: en síntesis, la concentración más acelerada del capital: "¡la gran república había dejado de ser la tierra prometida de los obreros inmigrantes!".

En la introducción de la edición de 1882 al *Manifiesto comunista*, Marx y Engels señalaron que en las últimas décadas la situación económica y política norteamericana había cambiado: "La pequeña y mediana propiedad de los granjeros, piedra angular de todo el régimen político de Norteamérica, sucumben gradualmente ante la competencia de las granjas gigantescas, mientras que en las regiones industriales se forma, por primera vez, un numeroso proletariado junto a la fabulosa concentración de capitales."

Marx y Engels previeron para los Estados Unidos el fin del compromiso entre las clases, en el que se basaba la democracia colonial, para dar lugar a gigantescas luchas de clase de obreros y granjeros contra el gran capital. De hecho, en los Estados Unidos el territorio libre había desaparecido aproximadamente en 1890 y junto con él se había destruido la base social y económica de la antigua democracia americana. La consecuencia fue que después de 1890 se formó en Norteamérica un nuevo movimiento de masa de la democracia social. La lucha de las masas trabajadoras contra el capital de los trusts por el poder económico y político continuó en diversas formas.

También en los grandes dominios, en las posesiones autónomas de ultramar del imperio británico, en que el terreno virgen era cultivado por colonos blancos, existía al principio

la condición previa para la democracia colonial. En Australia, sin embargo, una legislación inmobiliaria desfavorable, de la que Marx hablaba ya en *El capital*, permitió desde el principio la formación de latifundios inmensos, sobre todo en Nueva Gales del Sur y en Queensland. Por lo tanto, a fines de 1890 aproximadamente la población obrera de Australia se vio obligada a luchar contra el capital financiero e inmobiliario formando un partido obrero autónomo. Con esto se rompió también la tregua entre las clases, típica de la democracia colonial y fue sustituida por la lucha por una nueva democracia social. En Canadá y en Nueva Zelanda, el período del territorio libre y de la democracia colonial duró hasta la guerra mundial debido a sus condiciones más favorables.

A partir de 1867, se desarrolló en Inglaterra otra forma de democracia burguesa que se aparta de la primitiva democracia social. Marx esperaba que la concesión del derecho de voto a importantes estratos obreros industriales ingleses llevaría en corto tiempo a la nueva formación de un partido político obrero. El mismo desarrollo de las elecciones para la Cámara baja les produjo a Marx y a Engels una grave desilusión puesto que todos los candidatos obreros quedaron derrotados. Cuando los sindicatos ingleses rompieron sus relaciones con la Internacional después de 1871, se desvaneció toda esperanza de un cartismo renovado.

La aplastante mayoría de los obreros ingleses siempre consideró a los sindicatos como su propia organización. Estos representaron enérgicamente los intereses profesionales de los obreros; pero al mismo tiempo los obreros se contentaban normalmente con enviar al parlamento candidatos de los partidos burgueses. Estos últimos podían contar con los votos de los obreros con la condición de mostrarse favorables a sus instancias. Ya desde 1858, Engels había señalado la posibilidad de semejante desarrollo ante la desaparición del partido cartista. Escribía: "Parece que el proletariado inglés se aburguesa de hecho cada vez más hasta el grado de que esta nación —la más burguesa de todas— parece querer llegar a tener junto a la burguesía una aristocracia burguesa y un proletariado burgués. ¡Por lo demás esto se justifica en cierto modo en una nación que explota a todo el mundo!"

El compromiso entre las clases, sobre el que se fundaba la democracia burguesa e inglesa, no podía tener su propia base en el territorio libre, como sucedía con la democracia

colonial norteamericana. En Inglaterra los campos y el terreno pertenecían a un número reducido de personas. En cierto modo el dominio económico mundial de Inglaterra desempeñaba aquí el papel de territorio libre. Los éxitos extraordinarios de la burguesía inglesa en el comercio, en los transportes marítimos y en la política colonial daban la posibilidad de elevar también el tenor de vida de una parte por lo menos de los trabajadores por encima del nivel continental. Esto podía cuando menos "aburguesar" a la clase obrera. La democracia burguesa inglesa, tal como se desarrolló en el siglo XIX, podía definirse muy bien como una democracia imperialista. Desde el momento que los problemas del poder mundial inglés se convirtieron de este modo en la base de la forma del estado, el partido liberal estaba destinado a caer. Más adelante se explicarán los motivos de esto.

El verdadero portador de la democracia imperialista fue el renovado partido conservador de Disraeli. Éste desarrolló su visión política de un compromiso entre las clases basado en el poder mundial inglés. Como ministro de un gobierno de minoría, Disraeli llevó a feliz término, en 1867, la memorable ley de la reforma electoral, que marcó el primer paso decisivo hacia la igualdad de los derechos políticos de los trabajadores industriales. Las elecciones de 1868 llevaron una vez más una mayoría liberal a la Cámara baja, pero al mismo tiempo indicaron, para Marx y Engels, sorprendentes progresos de los conservadores precisamente en las grandes ciudades. En 1874, el partido conservador de Disraeli conquistó por primera vez la mayoría en el parlamento. Todavía durante la vida de Engels se produjo la fulminante carrera del "tory democrático" Randolph Churchill y la transición de Joseph Chamberlain a la misma parte. Resulta claro sin embargo que Marx y Engels no podían considerar definitiva esa solución. Esperaban el momento en que los trabajadores ingleses denunciarían el compromiso de clase y reanudarían políticamente su propio camino, o sea, abandonarían la democracia imperialista y volverían a combatir por la democracia social. En el prefacio a la edición de 1890 del *Manifiesto comunista*, Engels cita con orgullo la frase del presidente del congreso obrero inglés realizado en Swansea en 1887: "¡El socialismo continental ya no nos asusta!". En realidad el avance de la clase obrera inglesa hacia una política de clase autónoma de acuerdo con las aspiraciones de Marx y Engels se llevó a cabo de una manera mu-

cho más lenta. Al principio, la forma de la democracia imperialista de Inglaterra mostró ser todavía la más fuerte.

Durante la vida de Marx y Engels se consolidó en Suiza una tercera forma de democracia burguesa. Las repúblicas suizas tuvieron sus orígenes más remotos en la Edad Media. Un grupo de cantones alemanes, los llamados cantones originales, mantuvieron una democracia campesina desde el siglo XIV hasta el XIX. Pero la democracia de estas comunidades agrícolas estaba completamente atrofiada desde el siglo XVI, había perdido todo contacto con las fuerzas progresistas de Europa: de hecho, estas comunidades campesinas se dejaron gobernar por unas cuantas familias aristocráticas. También en el resto de Suiza una restringida camarilla de nobles había usurpado por lo general el poder en los siglos XVII y XVIII.

Durante el período de 1815 a 1848, en los cantones suizos la tendencia aristocrática y conservadora entró en conflicto con la burguesía moderna. Los campesinos católicos privilegiados de los cantones originales formaban la base sólida del viejo orden. En los demás cantones, por el contrario, la masa de los campesinos carecía de derechos políticos y era, por lo tanto, una aliada natural de la burguesía moderna. En Suiza, el movimiento obrero estaba apenas en sus comienzos, pero en los cantones de lengua francesa dejaban sentir el influjo de la democracia social francesa y de las distintas escuelas del socialismo parisino. También los cantones suizos más importantes se unieron al levantamiento de las masas sin derechos, siguiendo el modelo de la revolución de 1830. El dominio de los aristócratas se derrumbó y los cantones directores se transformaron en repúblicas democrático-burguesas con sufragio universal. El partido burgués y progresista no pudo negarles el derecho electoral puesto que en este caso dependía de la ayuda de las masas campesinas. El partido patricio-conservador no renunció, sin embargo, a sus esperanzas mientras duró la resistencia de los cantones originales. En 1847, se llegó de este modo a la guerra civil. Los cantones modernos más grandes de Berna, Zurich, etc., derrotaron con relativa facilidad a los cantones originales.

Marx y Engels estaban, entonces, incondicionalmente de parte de la moderna democracia burguesa suiza y condenaron toda celebración romántica de los cantones originales, cuya llamada democracia campesina sólo era en realidad el velo que cubría un particularismo fosilizado y una obtusa reacción.

Después de 1847, la transformación de Suiza en una confederación moderna de estados no encontró más obstáculos. Al principio, los distintos cantones se constituyeron en repúblicas burgués-parlamentarias. En los años sesenta se produjeron, sin embargo, importantes cambios constitucionales, primero en los cantones y más tarde también en la confederación: el régimen parlamentario culminó con la votación directa de toda la masa de los ciudadanos, que decidía por sí sola acerca de las nuevas leyes, etc. Suiza quedaba fuera de toda discusión de la gran política europea, y su ejército sólo servía para la defensa de sus fronteras. En Suiza, la democracia burguesa pudo consolidarse en el pequeño ambiente de los cantones con condiciones absolutamente pacíficas y en medio de la creciente prosperidad de la masa popular. Durante la vida de Marx y Engels, las decisiones políticas de Suiza dependían de una clase media consciente y acomodada. El número de los obreros de la industria aumentaba, pero también no era posible imaginar una conquista del poder por parte de los obreros. Marx y Engels reconocieron la funcionalidad de las instituciones de Suiza en el restringido ámbito de estos cantones ricos y pacíficos. Pero también pusieron en guardia sobre la transposición mecánica de los ordenamientos políticos de Suiza a los países estructurados de una manera distinta y con un proletariado fuerte.

LA DESVALORIZACIÓN DE LA DEMOCRACIA DESPUÉS DE 1871

A partir de 1871, Suiza era el único país del continente europeo que estaba en la afortunada condición de poder elegir pacíficamente sus diversas formas de democracia burguesa. En todos los demás países, las grandes masas populares estaban bloqueadas en su libertad de movimiento, desalentadas por las derrotas, reprimidas por los rígidos controles militares y burocráticos. En Europa la derrota de las fuerzas trabajadoras se volvió todavía más dura por el hecho de que las masas habían abandonado hasta las consignas y los objetivos por los que habían luchado las generaciones anteriores. Ya no se sabía, en efecto, qué era la democracia revolucionaria y se había olvidado qué cosa significaba en realidad "pueblo" en las batallas democráticas. Antes de 1848, el obrero europeo se parecía a un analfabeta consciente de no saber leer ni es-

cribir, pero decidido a eliminar esta deficiencia. Después de 1871, la masa popular debía compararse en cambio a un hombre no sólo incapaz de leer y escribir, sino que hasta desconoce la existencia de estas artes.

Si las masas habían olvidado la democracia revolucionaria, después de 1871 se podía decir lo mismo de los estratos dominantes de Europa. Tal era, por ejemplo, la forma en que debió expresarse sobre el cartismo el historiador liberal inglés Mac Carthy en su *Historia de nuestro tiempo* aparecida en 1882. El historiador habla del cartismo con un tono de compasiva superioridad y en esta ocasión hace las siguientes consideraciones:

"Nuestro tiempo ya no es el tiempo de las abstracciones políticas. Las palabras, en efecto, que inflamaban tanto a nuestros antepasados arrastrándolos de una parte o de otra, han perdido para nosotros casi todo su significado. Actualmente nos reímos de expresiones como 'derechos del hombre'. Difícilmente sabemos ahora qué se entiende cuando se habla de 'pueblo' en el sentido de otras épocas, cuando con 'pueblo' se entendía la gran masa de los hombres que sufrían la injusticia, que no tenían ninguna representación política y que eran oprimidos por los privilegiados y por los aristócratas."

MacCarthy informa, sin embargo, a sus lectores que esos principios y esas consignas superados tenían en otro tiempo algún significado: "Esto es válido para 'pueblo', 'derecho del pueblo', 'derecho al trabajo', y para todas las demás frases altisonantes que actualmente consideramos huecas y sin sentido".

Un examen objetivo de la situación del continente europeo seguramente habría conducido a la conclusión de que la inmensa mayoría de la población obrera estaba, en 1882, por lo menos tan esclavizada, oprimida y explotada como en 1848. Las exigencias de 1848 no habían perdido su contenido, los hombres se habían desacostumbrado simplemente a tomarlas en serio, en todas partes, excepción hecha tal vez de Rusia.

En ese mismo año de 1882, Friedrich Engels publicó la primera edición alemana de su célebre *Del socialismo utópico al socialismo científico*. Por más que se apartara en su juicio político e histórico de la opinión media de la burguesía liberal, Engels estaba de acuerdo con el liberalismo en la subestimación del papel histórico de la democracia revolucionaria. Engels consideraba que el contenido intelectual del socialismo mo-

dero provenía de los filósofos franceses del iluminismo del siglo XVIII, luego de los filósofos clásicos alemanes del siglo XIX y finalmente de los grandes socialistas utopistas. La realidad concreta, de la que surge el socialismo moderno, proviene, según Engels, del desarrollo del capitalismo industrial. Todo esto es sustancialmente correcto, pero es al mismo tiempo unilateral, porque de este modo Engels ya no le reconoce a la democracia revolucionaria su papel histórico.

Al referirse en esta obra a la época de Robespierre, Engels escribe ciertamente:

“Si bien, hacia 1800 los conflictos que brotaban del nuevo orden social apenas empezaban a desarrollarse, estaban mucho menos desarrollados, naturalmente, los medios que habían de conducir a su solución. Si las masas desposeídas de París lograron adueñarse por el momento del poder durante el régimen del terror y con ello llevar al triunfo a la revolución burguesa, incluso en contra de la burguesía, fue sólo para demostrar hasta qué punto era imposible mantener por mucho tiempo ese poder en las condiciones de la época. El proletariado, que apenas empezaba a destacarse en el seno de estas masas desposeídas, como tronco de una clase nueva, totalmente incapaz todavía para desarrollar una acción política propia, no representaba más que un estamento oprimido, agobiado por toda clase de sufrimientos, incapaz de valerse por sí mismo. La ayuda, en el mejor de los casos, tenía que venirle de fuera, de lo alto.”

En este pasaje, Engels expone con la acostumbrada maestría las debilidades del movimiento de 1793 y las causas de su rápida derrota. Pero ciertamente tuvo un significado enorme el hecho de que en la Francia de 1793-1794 las masas que nada tenían hubieran podido conquistar el poder, aunque sea por un instante. Toda la historia siguiente de todos los movimientos populares de Europa estuvo determinada por este “instante”. Cuando Engels escribió, en 1882, su ensayo seguía siendo el mismo demócrata revolucionario del período 1848-1871. Pero en esta ocasión subvaluó el alcance histórico tanto del llamado gobierno del Terror como de la revolución de 1848. Su mirada estaba puesta en el futuro, en el advenimiento de la gran revolución socialista que el proletariado debía llevar a cabo inspirado en el pensamiento de Marx. En 1882, Engels consideraba superfluo el nexo histórico del movimiento socialista con el pasado democrático. Esto se debía al hecho

de que fuera de Rusia, no existía en Europa ningún estrato popular capaz de ponerse en movimiento con un llamado a la tradición de la democracia revolucionaria. De acuerdo con la convicción de Engels, el futuro de la clase trabajadora estaba exclusivamente en el proletariado socialista. Los demás estratos populares oprimidos —pequeños campesinos, clases medias ciudadanas, etc.— no podían hacer más que asociarse al movimiento del proletariado. De este modo, en 1882, a Engels le pareció que la democracia revolucionaria histórica había muerto, exactamente como le había parecido al historiador liberal inglés citado anteriormente.

El gran historiador francés Mathiez publicó en mayo de 1917, o sea, bajo la impresión directa de la revolución rusa, un artículo sobre Babeuf y Robespierre. Mathiez habla del juicio expresado sobre Robespierre por los franceses posteriores y comprueba que hasta 1870 todos los demócratas y socialistas revolucionarios lo consideraron como un modelo:

“Sólo en nuestra época, en la que se ha perdido la tradición revolucionaria, sobre todo después de 1870, con la difusión simultánea del marxismo, los demócratas y socialistas franceses, o por lo menos una parte de ellos, se han dejado desorientar por afirmaciones tendenciosas que tienen un carácter más político que retórico y han dejado de comprender a Robespierre, al que sus antecesores admiraron tanto. Pero es significativo que esta tradición se haya conservado en el exterior, especialmente en algunos países, para los que el estudio de nuestra revolución les ha servido como medio para su liberación.”

En la última frase Mathiez se refería claramente a Rusia, en la que los partidos revolucionarios se habían orientado siempre con el modelo de 1793. Para Francia es absolutamente cierto que la tradición revolucionaria directa permaneció viva sólo de 1789 a 1871. La desaparición de la Comuna marcó simultáneamente el fin de la democracia revolucionaria. Tan pronto como esta tendencia política desapareció de la vida real les resultó más difícil a los escritores políticos e historiadores comprenderla. Para los políticos de la burguesía francesa, la Comuna fue una atrocidad. Los obreros honraban ciertamente la memoria de los combatientes de la Comuna como sus compañeros de clase, pero cuando se reconstruyó en 1880 aproximadamente el movimiento obrero francés, ya no existían los mismos presupuestos del pasado. Después de 1871 el

significado del partido montañés resultó más difícil puesto que Robespierre y sus amigos no pertenecían ni a la burguesía ni al proletariado socialista en sentido marxista. Mathiez pudo reconstruir el sentido histórico de Robespierre sólo porque el mismo era portador de las ideas de la democracia revolucionaria. Para la política y la sociedad francesas en general queda, sin embargo, el hecho de que la democracia revolucionaria en cuanto movimiento vital terminó en 1871.

En Inglaterra, durante ese mismo período, la tradición carlista había quedado completamente olvidada. Del mismo modo el recuerdo de la revolución de 1848 les llegaba a los súbditos del imperio alemán, después de 1871, como un mundo lejano. La burguesía alemana, la clase culta y la clase media habían abandonado desde hacía algún tiempo toda aspiración revolucionaria. Cuando mucho se podía reconocer todavía la parte nacionalista del movimiento de 1848: los hombres de 1848 habían aspirado, con medios inadecuados y sin éxito a la misma meta que sería alcanzada en una forma tan gloriosa por Bismarck. Un caso típico del cambio en la opinión pública lo constituía el desarrollo de las regiones de Baden y del Palatinado. Éstos eran los territorios de la insurrección republicana de 1849 y los baluartes más sólidos de la antigua democracia revolucionaria. Después de 1871, el partido nacional-liberal, representante de la burguesía bismarckiana obtuvo una segura mayoría en los dos Länder. En Baden y en el Palatinado, la oposición al liberalismo nacional no provenía de la izquierda radical sino del Centro, partido de los campesinos y pequeño-burgueses católicos. Los berlineses honraban la memoria de los caídos en marzo, de los combatientes de las barricadas del 14 de marzo de 1848, del mismo modo que los proletarios parisinos guardaban un alto recuerdo de la Comuna. Pero los obreros socialistas del imperio alemán carecían de un nexo vivo con 1848, que como modelo revolucionario pudiera servirles de lección para el presente. Aún después de 1871, en Italia y en Hungría seguía viva la tradición de 1848. Pero sólo sobrevivía el aspecto nacionalista de la revolución en el culto a Garibaldi y a Kossuth, mas no el democrático.

Con la pérdida de valor de la democracia histórica europea se produjo un cambio en el significado del sufragio universal. Hasta 1848, amigos y enemigos le habían dado suma importancia al sufragio universal. Parecía absolutamente evidente que con su conquista empezaría un dominio ilimitado de la

gran masa popular en la política y en la economía. Bastaría recordar únicamente con qué empeño y pasión se libró en Inglaterra y en Francia la batalla por el derecho electoral antes de 1848. La experiencia sufrida en Europa desde 1848 en adelante con el sufragio universal señalaba ahora una dirección distinta. En Francia, sobre todo, los obreros radicales no podían olvidar que tanto la batalla de junio de 1848 como la derrota de la Comuna de 1871 habían ocurrido con la aprobación de una asamblea nacida del sufragio universal. Napoleón III lo había utilizado para darle a su imperio aventurero una apariencia cada vez mayor de consenso popular. Bismarck había introducido el sufragio universal en 1867 para la elección de la dieta de la federación alemana del Norte y en 1871 para el nuevo Reich. Desde el punto de vista del movimiento obrero revolucionario, los resultados fueron absolutamente miserables. El pueblo alemán siempre le había dado al canciller Bismarck la mayoría que necesitaba. A pesar de que en el Reich alemán había grandes partidos de oposición, éstos representaban los intereses del capitalismo liberal o de la pequeña burguesía católica.

El sufragio universal ya no representaba ahora un peligro tan grave para los monarquistas y para el grupo poseedor. Por otra parte, los estratos obreros radicales dudaban de que alguna vez fuera posible representar los verdaderos intereses del pueblo trabajador a través de ese instrumento. Por más que la democracia y el sufragio universal fueran factores necesariamente inseparables, en este período empezó el debilitamiento y la desvalorización del concepto de una democracia, todavía en funciones. Se empezó a considerar como democracia no ya al autogobierno activo de las masas trabajadoras como medio de liberación política y social, sino únicamente a una forma capitalista de estado que se distinguía por tener un parlamento elegido por el sufragio universal, pero que por lo demás no ofrecía ninguna ventaja para las masas.

Si se examinan objetivamente los hechos históricos del siglo XIX se debe concluir que antes de 1848 el sufragio universal fue muchas veces sobrevaluado en su significado social y fue igualmente subvaluado después. Existía una fuerte inclinación a considerar el sufragio universal como algo independiente, capaz de hacer milagros por sí solo y de manera inmediata. Pero cuando no se produjeron los milagros, se abandonó toda esa institución en medio de desilusiones. El sufra-

gio universal no puede, en realidad, hacer milagros, sino funciona únicamente en conjunto con todas las relaciones sociales de un país. Cuando una población completamente ignorante, semianalfabeta, políticamente sorda, espiritual y económicamente subyugada, recibe de repente el derecho de voto no puede obtener de él ningún beneficio. Bastaría recordar únicamente el infeliz abuso que se hizo en los Estados Unidos del derecho de voto de los negros, después de la liberación de los esclavos. Por este motivo el problema del derecho electoral de los siglos XIX y XX tenía un significado muy limitado en países como España, Italia, la península balcánica y Sudáfrica. Las masas del campo y de las pequeñas ciudades, desprotegidas y dependientes, votaban como querían los detentadores del poder. En esos países, la adopción del sufragio universal logró cuando mucho elegir algunos diputados obreros o representantes de la burguesía progresista en algunas ciudades grandes o en zonas industriales, siempre que las elecciones eran libres. De otra manera no cambia nada en la estructura social del país mientras no sacuda a las masas una revolución social.

Si el gobierno puede manipular a su gusto los resultados o amordazar la propaganda de la oposición con la represión policiaca, el sufragio universal tiene un valor limitado aun en los países avanzados. La Francia de Napoleón III proporciona el ejemplo clásico de este uso del sufragio universal. Finalmente, cuando las fuerzas que deciden la vida pública son independientes del parlamento, el sufragio universal no sirve de mucho ni siquiera en un país con alto grado de instrucción de la población y con elecciones libres. De este modo, después de 1871, en el Reich alemán el rey de Prusia, apoyado por el ejército y por la burocracia era mucho más fuerte que el parlamento alemán. En aquellos países en que no existen esos obstáculos, el sufragio universal es el medio indispensable para que las masas trabajadoras ejerzan sus propios derechos políticos.

SOCIALISTAS Y ANARQUISTAS DESPUÉS DE 1871

Después de 1871 el número de los obreros del continente europeo dispuestos a actuar por la liberación de su clase era relativamente reducido. Este restringido estrato de trabajadores

era sacudido, además, por violentas luchas internas. Por una parte se encontraban los seguidores de Bakunin: rechazaban toda política partidista en el sentido usual del término y toda participación en la elección del parlamento; por la otra, estaban los defensores de un partido obrero autónomo, que debía tener, en primer lugar, la tarea de instalarse de manera estable en el parlamento para apoyar las exigencias del proletariado. Marx había disuelto prácticamente la Internacional porque no quería ser líder de pequeños partidos europeos débiles e incapaces de hacer una revolución. Pero la disolución de la Internacional no puso fin a la lucha entre los seguidores de Bakunin y los llamados marxistas. Mientras los anarquistas inspirados por Bakunin atacaban duramente a Marx, los pequeños partidos políticos obreros buscaban cada vez más el apoyo de Marx y Engels. De este modo aun después del final de la I Internacional quedó en pie cierta comunidad de intereses entre Marx y los partidos de los trabajadores.

El partido obrero más fuerte de esa época era, sin duda, la socialdemocracia alemana. En 1875, los lassallianos se habían fusionado con los seguidores de Liebknecht. En las elecciones del parlamento de 1877, la socialdemocracia alemana ganó 12 de los 397 escaños. En una Alemania que ya estaba sólidamente industrializada; era un pobre resultado en las meras condiciones de sufragio universal; sin embargo la socialdemocracia alemana era todavía con mucho más fuerte que el movimiento correspondiente de Austria, Italia, Francia y de los pequeños estados. Era evidente, por lo tanto que con esas relaciones de fuerza los partidos obreros no podían pensar en una revolución, pero se mostraban contentos cuando con la propaganda lograban aumentar su número, penetrar en los parlamentos y obtener mejoras económicas para los trabajadores.

Este trabajo modesto y pacífico en beneficio de los intereses de categoría de los trabajadores no bastaba sin embargo para un pequeño número de hombres, esparcidos en todos los estados europeos, en los que estaba vivo el recuerdo del pasado revolucionario. Se daban cuenta de la opresión de las masas de Europa y se sentían traicionados y vendidos por los partidos políticos. Su rencor apuntaba sobre todo contra la socialdemocracia legal. Al confundir la causa con el efecto —como sucede frecuentemente en la psicología política— estos hombres le achacaban a la socialdemocracia la dureza de los tiempos y la debilidad del movimiento obrero. Para estos radica-

les apasionados, los partidos obreros legales no eran más que máquinas electorales, fabricadas para engañar a los obreros, para que algunos jefes tuvieran un escaño en el parlamento y pudieran hacer sus negocios privados y públicos. Se necesitaban acciones revolucionarias y no elecciones parlamentarias.

Los fanáticos de la acción revolucionaria, que trabajaban aislados, encontraron una corriente con jefes, teóricos, diarios, etc. que compartía su animadversión por la socialdemocracia y por el trabajo legal en el parlamento: los anarquistas, discípulos de Bakunin. Los hombres de la acción salvaje no estaban, por lo general, muy empapados en cuestiones teóricas, pero se unieron a los grupos anarquistas y creyeron que la ideología anarquista era la suya. El anarquismo, como método de crítica social, no tiene nada que ver con el lanzamiento de bombas y el terrorismo. Pero los atentados políticos realizados en el último tercio del siglo XIX en Alemania, Francia, Italia, los Estados Unidos y otros países más eran obra de hombres que se autodefinían anarquistas. La penetración de revolucionarios terroristas en las sociedades anarquistas creó desde entonces en la opinión pública una imagen totalmente distorsionada del anarquismo.

Las distintas acciones terroristas totalmente carentes de sentido realizadas por los que se decían anarquistas no tuvieron ningún efecto político. Las masas detestaban estos métodos y los gobiernos tomaron como pretexto las acciones anarquistas para perseguir a todo el movimiento obrero. De este modo los dos atentados fallidos contra el emperador Guillermo I en 1878 le dieron a Bismarck el pretexto para hacer pasar la ley de excepción contra la socialdemocracia alemana. El resultado indirecto más importante del terrorismo anarquista fue sin embargo la radicalización de la contraposición entre los anarquistas y los miembros de los partidos obreros. Al oponerse a los métodos de las bombas y de los atentados, los socialdemócratas se aferraron con celo creciente al parlamento y a la legalidad. El rechazo justificado de esos actos terroristas creó entre los trabajadores socialdemócratas la idea de que en la lucha política había que rechazar incondicionalmente cualquier recurso a la violencia. La participación en las elecciones se convirtió sin más en la manifestación de una táctica exclusivamente pacífica que sólo prometía éxitos en el marco de la ley. De este modo la lucha apasionada contra

el anarquismo educó a los partidos obreros en un sentido totalmente antirrevolucionario.

Marx y Engels se encontraban en una situación singular dentro del conflicto entre los partidos legales de los trabajadores y los terroristas anarquistas. Ambos eran enemigos incondicionales del anarquismo, tanto del original con su negación del trabajo político como del posterior con sus bombas. Marx era partidario de la gran revolución popular, pero consideraba insensatos unos cuantos atentados aislados. Además, el trabajo realizado por Marx y Engels en el ámbito de la Internacional fue criticado por los anarquistas de una manera ininterrumpida y no siempre objetiva. Por una parte, los partidos obreros legales se apoyaban en Marx y Engels asegurando que querían llevar a la realidad las ideas de los maestros. Marx y Engels aprobaron incondicionalmente la participación de los trabajadores en las elecciones del parlamento. Estaban de acuerdo con todas las reformas prácticas que elevaban la condición de la clase trabajadora. De este modo, aún después de la disolución de la Internacional, Marx y Engels se sintieron impulsados hacia un frente unitario con los partidos obreros legales.

Con esto se descuidaban mucho las profundas diferencias existentes entre Marx y Engels y la socialdemocracia alemana. Marx y Engels siguieron siendo esencialmente revolucionarios hasta su muerte. No empujaron a los obreros a acciones aventureras, aunque siempre evaluaron la situación política sólo desde la óptica de las posibilidades revolucionarias que presentaba. Los partidos obreros continentales, por el contrario, se olvidaron de considerar la revolución como una posibilidad política práctica. Sólo tomaban en cuenta el trabajo legal cotidiano. El estado socialista del futuro se desvanecía en un futuro nebuloso. Cuando los socialistas europeos promovían las batallas cotidianas de los trabajadores contra los empresarios, acentuaban la posición particular del proletariado como clase, votaban por el parlamento y rechazaban los errores de los anarquistas, creían que esto era "marxismo". Hasta su muerte (1883) Marx sufrió profundamente por la falta de espíritu revolucionario de los partidos obreros; no dejó nunca de criticar duramente la teoría y la práctica de estos partidos. Pero el lazo de lucha entre Marx y los partidos obreros contra los anarquistas quedó como un dato de hecho. El acercamiento del marxismo a los partidos de categoría de los trabajadores euro-

peos se convirtió más tarde, durante el período de la II Internacional, en un hecho de un significado histórico excepcional.

LA REACCIÓN EUROPEA DESPUÉS DE 1871

Durante el período de 1871 a 1880, casi en todas las partes del continente europeo, las fuerzas conservadoras y los defensores de la propiedad y de la autoridad impusieron su poder. Al lado del zarismo ruso, antiguo centro de la fuerza de la contrarrevolución europea, apareció una nueva potencia, todavía más poderosa, el imperio alemán. Después de 1871, la casa de Habsburgo ya no conservaba en Europa la fuerte posición que tenía en la época de Metternich. Sin embargo, a pesar de las derrotas de 1859 y 1866, Francisco José logró consolidar el imperio. Después de lo sucedido en San Petersburgo y Berlín, Viena se convirtió en la tercera gran central de la Europa conservadora. En 1870 se había cumplido de manera sustancial el sueño de los patriotas y revolucionarios de Italia, la unificación nacional. Pero la centralización del aparato estatal que de ahí se siguió no les reportó ningún beneficio a las masas trabajadoras italianas. Bajo el gobierno de los ministerios del reino de Italia era absolutamente idéntica la situación de indigencia de la población rural que bajo los gobiernos del reino de Nápoles y del estado pontificio. En Francia la Tercera república nació bajo el signo de la carnicería de los obreros parisinos de 1871. Aún después de que los republicanos burgueses habían logrado conjurar por medio de las luchas el peligro de una restauración del bonapartismo, primero bajo el mando de Mac Mahon y luego de Boulanger, la república siguió siendo débil y la situación de las masas de los simples obreros, grave. Si se exceptúa el caso de Suiza, durante el período de 1871 a 1889 en ninguno de los demás estados menores del continente europeo se pudo poner en práctica el autogobierno del pueblo trabajador.

Bajo el nuevo gobierno imperial, Alemania se industrializó con una rapidez extraordinaria. En épocas anteriores, todo desarrollo industrial y en general todo desarrollo de la economía urbana había acrecentado el poder político de la burguesía y reducido el influjo de las fuerzas feudales. Después de 1871, esta afirmación carecía de valor, por lo menos en su

forma directa. Más adelante se analizarán con mayor detención los motivos de este extraordinario e importante cambio histórico. Bismarck construyó el Reich sobre la base de un compromiso entre la nobleza feudal prusiana, las casas reinantes de los pequeños estados feudales y la burguesía liberal. La inmensa mayoría de la burguesía alemana estaba de acuerdo con la concepción y el sistema de Bismarck, a pesar de que carecía de los más modestos derechos de participación parlamentaria. El rey de Prusia dirigía el ejército, el poderoso aparato administrativo prusiano y, de acuerdo con los príncipes confederados menores, también el Reich. El parlamento nacional (Reichstag) no podía hacer caer el gobierno del Reich con un voto de desconfianza, del mismo modo que el parlamento prusiano (Landtag) no podía hacer nada en relación con el gobierno prusiano. La burguesía estaba, en general, satisfecha de esta situación, en tanto que Bismarck personificaba la grandeza nacional de Alemania, aseguraba al nuevo Reich una posición de guía del mundo y respondía a los deseos de los ciudadanos en todas las cuestiones económicas y prácticas. La oposición liberal a los métodos semiabsolutistas de Bismarck seguía siendo sobremanera débil.

El partido más fuerte de oposición a Bismarck era el Centro, en el que se reunían los católicos y los distintos adversarios locales del centralismo prusiano. El Centro se apoyaba en los campesinos católicos de la Alemania occidental y meridional, en las familias antiprusianas de la antigua aristocracia alemana y en las asociaciones cristianas de los trabajadores. Pero ni el Centro ni el liberalismo de izquierda estaban preparados para una lucha contra Bismarck en el sentido de la democracia revolucionaria. En las regiones protestantes de Alemania, los campesinos y los pequeñoburgueses votaban como liberales o conservadores y la socialdemocracia avanzaba lentamente aun entre los obreros.

En estas circunstancias las perspectivas de éxito aun en sentido de la democracia liberal eran muy restringidas en la Alemania de Bismarck. No obstante, el pequeño partido socialdemocrático era un fastidioso estorbo para el canciller del Reich. Bismarck había seguido atentamente la insurrección de la Comuna de París. A esto se le añadía el crecimiento de la ola revolucionaria en Rusia. Cuando se produjeron los atentados terroristas en Alemania, durante 1878, Bismarck consideró posible que la oleada de la revolución social proveniente del

Este y del Oeste pudiera afectar también a Alemania. De este modo quiso sofocar, antes de que naciera, cualquier movimiento socialista o anarquista, por medio de una ley de excepción. Además, para Bismarck, la existencia de un gran partido obrero alemán era indeseable, incluso por motivos de táctica política. La oposición del Centro y de los liberales de izquierda no era considerada peligrosa mientras estos grupos permanecieran aislados. Pero si se formaba además de ellos un gran partido obrero democrático, semejante bloque de oposición podría reunir fácilmente a su alrededor a la mayoría del pueblo alemán. Bismarck quiso prevenir semejante eventualidad eliminando la socialdemocracia. La ley antisocialista de 1878, impidió ante todo cualquier actividad pública de la socialdemocracia en Alemania y bloqueó el crecimiento del partido. La cohesión de los obreros socialdemócratas era, sin embargo, tan fuerte en las fábricas que ninguna persecución policíaca logró nunca destruirla.

El reino de Habsburgo pudo consolidarse nuevamente como gran unidad económica en la cuenca del Danubio, después de 1871. El crecimiento capitalista, que se podía notar en toda Europa durante este período, se dejó sentir también en los países del Danubio. La gran industria moderna se desarrolló al lado del capital bancario sobre todo en Bohemia, en Viena y en Budapest. En 1867, el imperio de los Habsburgo se dividió en dos estados independientes, Austria y Hungría, unidos en la persona del soberano, por el ejército unitario y por la política exterior y aduanal común. Por otro lado se pusieron de manifiesto inmediatamente tanto los intereses cortesanos de la aristocracia como el deseo de los capitalistas de conservar el gran aparato estatal como un elemento de unión entre los diversos partidos del imperio.

En el reino de Hungría, el poder político estaba en manos de la nobleza terrateniente y de la alta burguesía. Las masas trabajadoras estaban excluidas del derecho de voto. Los eslavos y los rumanos que vivían en Hungría, a pesar de que constituían casi la mitad de toda la población, se vieron obstaculizados en su aspiración a la independencia nacional. La oligarquía dominante explotó muy hábilmente el secular aparato estratificado que había heredado de la Edad Media. La clase dominante podía usar, según sus necesidades, el propio aparato administrativo contra el rey de Viena y contra las masas trabajadoras. Si Hungría hubiera podido fusionar las

fuerzas del proletariado del campo y de la ciudad con las de las nacionalidades oprimidas habría podido ofrecer el terreno ideal para una revolución democrática. Pero la clase dominante logró conservar intacta su autoridad hasta la guerra mundial, a causa de la debilidad y de la dispersión de las fuerzas democráticas del país.

En la parte austriaca del reino, la burguesía poseedora era en general alemana. Sin embargo dentro de la aristocracia junto con las familias alemanas había familias checas y polacas. Mientras en Hungría, después de 1867 la autonomía administrativa oligárquica tenía nuevamente el camino libre, en Austria gobernaba la burocracia imperial. Existía por lo tanto un conflicto de intereses entre la burguesía liberal que después de 1867 aspiraba a un desarrollo parlamentario y las fuerzas aristocrático-burocráticas. La corriente conservadora católica trataba por el contrario de apoyar a los pueblos eslavos, ya que el liberalismo austriaco representaba esencialmente la parte alemana. En Galitzia, la nobleza polaca deseaba tener un mínimo de independencia cultural y lingüística dentro del reino de los Habsburgo y sostenía celosamente la tendencia conservadora. También el movimiento nacional checo era, en sus comienzos, predominantemente conservador y fiel al imperio. El liberalismo alemán tuvo, en términos generales, la dirección de Austria, hasta 1879, en que la presidencia del consejo de ministros fue asumida por Taaffe, de tendencia conservadora. Se entregó a la tarea de sustituir el predominio de la corriente alemana y del liberalismo conservador con un sistema diverso basado en el compromiso entre las diversas clases y naciones. La función directiva dentro del estado debía corresponderle a la burocracia y a la nobleza. Pero Taaffe promovió al mismo tiempo los intereses económicos de la burguesía y atendió a las justas aspiraciones de las poblaciones no alemanas. Hasta 1889, tanto en Austria como en Hungría las fuerzas populares y democráticas eran débiles. Los obreros, privados del derecho de voto, quedaban a merced de la policía. Las masas campesinas pobres no estaban organizadas para la lucha contra el latifundio.

Entre las grandes potencias europeas, Italia fue la que progresó menos económica y políticamente después de 1871. Fue fatal el hecho de que el Norte burgués moderno del país se encontrara unido con las zonas rurales todavía atrasadas del Centro y del Sur. El Norte sólo podía asegurarse el poder si

una gran revolución social hubiera desterrado a los latifundistas y a las camarillas meridionales, conduciendo de este modo a las masas campesinas atrasadas al nivel de ciudadanos. La burguesía capitalista del Norte, unida con la dinastía, con los burócratas y con los oficiales del Piamonte, no podía sin embargo llevar a cabo ese revolucionamiento, que en cierto sentido Mazzini había inspirado. De este modo, el Sur reaccionario se impuso en los años sesenta, sobre el Norte moderno. También los políticos del Sur se declaraban partidarios de la unidad italiana y de la forma parlamentaria del estado, definiéndose unas veces "liberales" y otras "radicales". Pero también en Italia, como en otros muchos países, los nombres de los partidos eran más bien indiferentes; muchas veces tenían sólo el objeto de disfrazar las fuerzas sociales reales. La corriente que gobernó en Italia desde el final de los años setenta hacía elecciones en el mejor estilo bonapartista, con la ayuda de los burócratas, latifundistas y detentadores locales del poder. Las entradas del estado fueron explotadas en beneficio de intereses locales privados. El poder de los propietarios terratenientes se sostuvo por todos los medios; las tentativas de insurrección de las masas campesinas en la miseria fueron reprimidas cruelmente. En semejante circunstancia, no era posible un apoyo sistemático de la economía moderna por parte del estado. Italia quedó técnicamente atrasada y su organización militar no estuvo a la altura de las circunstancias. Entre la juventud universitaria, que vivía todavía de la tradición de Garibaldi y de Mazzini, era habitual la oposición a la rutina general y a la mala administración. Estos círculos soñaban con una Italia mejor y más fuerte, con la liberación de los "hermanos irredentos" de Trento y Trieste todavía bajo el dominio austriaco. En esas circunstancias, la oposición de la clase obrera era muy débil. El sistema encontró su máximo representante en el presidente Crispi. En política interna, su dirección significó el dominio de los políticos del Sur y de sus mandantes junto con una brutal represión de toda oposición; en política externa, el acercamiento a Bismarck y, en oposición a toda tradición nacional italiana, la alianza con Austria en el marco de la Triple alianza.

En los años setenta, España atravesaba por un período de desorientación y de guerra civil. Varias fracciones de los monarquistas clérico-feudales luchaban con los republicanos burgueses por el poder. Finalmente se reconstituyó la monarquía

con su carácter histórico católico feudal. Las tentativas de las masas campesinas, que en este país se inspiraban en parte en programas anarquistas, fueron reprimidas. También la monarquía del vecino Portugal tenía un carácter conservador semejante. Durante toda la segunda mitad del siglo, se consolidó en Holanda y en Bélgica la burguesía poseedora ligada a la monarquía y les negó a las masas toda concesión política.

La evolución política de los países escandinavos siguió una dirección muy distinta en la segunda mitad del siglo XIX. En Suecia, el antiguo orden por estados se transformó sin crisis de importancia en un moderno estado liberal parlamentario, en el que, sin embargo, el reino se consolidó como árbitro entre las clases y los partidos. En Dinamarca se produjeron, en cambio, conflictos constitucionales graves y prolongados, después de 1870. El reino, que se apoyaba en la burocracia y en las clases superiores, se opuso a la presión de las amplias masas populares que apuntaban a una evolución democrático-parlamentaria. Los conflictos más fuertes se produjeron, sin embargo, en Noruega. Los ciudadanos y los campesinos noruegos combatían por la independencia nacional de su país en contra de la dinastía extranjera sueca, impuesta por el Congreso de Viena de 1815. Durante los años ochenta, el rey debió reconocer en Noruega la forma de gobierno parlamentario. En este país se formó gradualmente una nueva democracia liberal vital, ya que el partido radical-burgués pudo ser portavoz de la nación al reunir a las fuerzas campesinas y más tarde también a las obreras. Marx y Engels les prestaron poca atención a los acontecimientos noruegos, que se encontraban fuera de los centros importantes de la vida social europea.

Cuando Mazzini trató de encontrar, durante sus últimos años, un lugar en que la revolución nacional y democrática pudiera tener una nueva reactivación, concentró sus esperanzas en los Balcanes, en los que hacia 1871 parecían existir las condiciones previas para una gran revolución nacional. Los pueblos cristianos de los Balcanes habían estado sometidos siempre de una forma o de otra al poderío del feudalismo turco. Sólo una parte de los griegos había logrado una independencia estatal en su pequeño reino. Los búlgaros vivieron, hasta 1878, en términos globales bajo el dominio turco. Una parte de los serbios era súbdita directa del sultán y otra parte estaba asentada en el principado de Serbia, estado vasallo de Turquía. También Rumania había sido, hasta 1878, un principado va-

sallo turco. En Rumania imperaba la aristocracia local que junto con el príncipe tenía sometidos a los campesinos. Los príncipes de Serbia y sus burócratas no permitían ningún movimiento libre a sus súbditos campesinos y pequeñoburgueses. En las provincias turcas, la población eslava era tremendamente explotada y maltratada por los detentadores del poder. Los eslavos del Sur, que pertenecían a la monarquía de los Habsburgo, vivían por lo menos en un estado civilizado; aunque carecían de cualquier posibilidad de existencia política autónoma.

Los patriotas eslavos del Sur, que querían despertar a su pueblo y conducirlo a una existencia mejor, tenían que luchar con tres clases de adversarios: con el imperio turco, con la monarquía de los Habsburgo y con los burócratas de su propio principado serbio. En los años setenta los estudiantes eslavos meridionales se habían unido, en Suiza y en otros países, con el movimiento progresista europeo. Fue particularmente importante la unión con el movimiento revolucionario italiano que seguía el programa de Mazzini. La asociación juvenil serbia que se formó en los años sesenta —la Omladina— quería seguir en los Balcanes el ejemplo de Garibaldi. Los jóvenes intelectuales serbios esperaban ponerse a la cabeza de los campesinos y de los artesanos oprimidos, expulsar a los extranjeros y a sus burócratas serbios y poder fundar de este modo una gran democracia eslava del Sur. En la Omladina también estaban difundidas las ideas del socialismo cooperativista.

Los años setenta llevaron consigo las revueltas populares eslavas de Bosnia y de Bulgaria contra el dominio turco. En 1877, nació ahí la guerra ruso-turca. El congreso de Berlín de 1878 sancionó la nueva sistematización. El congreso y los acontecimientos que le siguieron representaron un éxito para los pueblos balcánicos: se creó el principado de Bulgaria, se agrandaron Serbia y Grecia, la Rumania y la Serbia obtuvieron su independencia de Turquía. Los habitantes de Bosnia quedaron libres del dominio turco y pasaron bajo la dominación habsbúrgica. El mayor inconveniente que produjo el congreso de Berlín fue la conservación del dominio turco en Macedonia. De este modo, la población del país, predominantemente búlgara, siguió en la antigua miseria y todos los esfuerzos del partido revolucionario nacional búlgaro de Macedonia fueron vanos hasta 1912.

En los Balcanes, existía en forma muy modesta una burguesía capitalista. Sólo en Rumania había una aristocracia feudal cristiana. No había pues, aparentemente, ningún obstáculo para que se crearan constituciones populares, por lo menos en Serbia, Bulgaria y Grecia, dentro del marco de una democracia campesina. La juventud patriótica intelectual podía abrirle el camino a las amplias masas populares. Una tarea común de los pueblos cristianos balcanes era la de expulsar a los turcos de Macedonia en la primera oportunidad. El ejemplo de un desarrollo democrático logrado al sur del Danubio le imprimió también el pulso necesario al movimiento campesino rumano.

Las cosas sucedieron, en realidad, de una manera completamente distinta. En ninguno de los estados balcánicos se lograron crear relaciones estables y fijar una forma de gobierno que correspondiera a la voluntad del pueblo trabajador. Una de las causas de este fracaso debe buscarse indudablemente en el enorme atraso económico e intelectual de las masas populares heredado de cuatro siglos de posesión turca. Pero el factor decisivo que llevó a la parálisis de la democracia popular en los Balcanes fue el acoplamiento del movimiento por la libertad de los países eslavos del sur con el zarismo ruso. Los pueblos balcánicos no tenían que luchar sólo con los turcos o con la casa de Habsburgo: los Balcanes eran desde hacía varios siglos el punto focal de la política de poder internacional de las grandes potencias. Si en 1871 se hubiera consolidado en la Europa central y occidental una democracia revolucionaria, ésta les hubiera podido tender la mano también a los jóvenes pueblos balcánicos. Pero la victoria de la reacción en el resto de Europa difundía su efecto paralizador también a los Balcanes. Los mazzinianos no podían dar cuenta ni siquiera en su patria de sus dificultades: los demócratas italianos no eran capaces de prestar ayuda a la juventud radical de los Balcanes, ni el reino de Italia podía ponerse de algún modo a la cabeza de los pueblos oprimidos del Este después de 1871. En sus luchas por la liberación, no les quedaba otro remedio a los pueblos cristianos de los Balcanes que acercarse a la gran potencia rusa afín por su origen étnico o aliada por la misma fe.

Un pueblo que le debía su propia liberación al zar no podía ser nunca libre en realidad. La triste historia del principado de Bulgaria después de su fundación por obra del con-

greso de Berlín es una demostración explícita de esta afirmación. El zarismo ruso no deseaba ciertamente que se constituyera en los Balcanes una democracia campesina autónoma, sino más bien la formación de estados vasallos que obedecieran cualquier indicación de San Petersburgo. El ejemplo típico lo constituye el pequeño y todavía primitivo principado de Montenegro, que sobrevivía con las limosnas zaristas. Los agentes rusos y los oficiales zaristas se adueñaron de Bulgaria y hacían imposible el gobierno popular del príncipe Alejandro de Battenberg. El gobierno de su sucesor, el príncipe Fernando, se caracterizó también por la lucha entre los grupos filorrusos y antirrusos. En Serbia, el partido radical surgido de la Omladina combatió valientemente en los años setenta y ochenta contra el mal gobierno de los príncipes. Las exigencias de la política nacional lanzaban, sin embargo, cada vez más a los jefes radicales en manos de la Rusia zarista y al mismo tiempo favorecían el compromiso con los poderosos locales. Paschitsch, el jefe más influyente de los serbios radicales, empezó su vida política en Suiza como estudiante revolucionario. Cuando estalló la guerra mundial y aun antes en las guerras de los Balcanes, era presidente de los ministros del rey de Serbia y al mismo tiempo el hombre de confianza del zar, más escuchado.

Hasta el estallido de la guerra mundial, las dinastías y los políticos balcánicos que deseaban librarse del influjo de Rusia caían bajo la tutela de Austria-Hungría. La voluntad de las masas campesinas no tomaba decisiones en ninguna región, el poder estaba en manos de los príncipes, de los burócratas, de los oficiales fuertemente politizados y de los políticos de profesión, que se hacían elegir en el parlamento con las acostumbradas intrigas. Entre bastidores actuaban los agentes rusos o habsbúrgicos. A esto se le añadió, sobre todo después de 1878, el influjo alemán y, especialmente en Atenas, el influjo inglés y francés. Los estados balcánicos eran simples peones en el juego de las grandes potencias.

La política mundial rusa era una de las mayores centrales de la contrarrevolución internacional, a pesar de que la autoridad del zar era atacada al mismo tiempo y de manera seria en su patria. A partir de 1870, las aventuras de la política exterior rusa estaban determinadas esencialmente por el deseo de encontrar una salida a la efervescencia interna. Por otro lado, la *intelligentsia* patriótica de Rusia seguía presionando

con la convicción de que el zarismo naufragaría tarde o temprano precisamente en los escollos de la política exterior. En cierto sentido los paneslavistas y los revolucionarios rusos desempeñaban diversas funciones. La derrota diplomática del zar en el congreso de Berlín de 1878 debilitó la autoridad del gobierno e imprimió un vigoroso impulso a todas las tendencias revolucionarias dentro del país.

Las fuerzas que se oponían en Rusia al zarismo no tenían, alrededor de 1880, casi nada en común con los movimientos populares de la Europa central y occidental. Mostraron, por el contrario, un sorprendente parecido con la situación revolucionaria de 1848. En Rusia, el poder estaba en manos de la clase feudal latifundista, de los burócratas, de los oficiales y de los sacerdotes reunidos todos ellos alrededor del zar. La burguesía y el proletariado modernos estaban sólo en su comienzos. El que se oponía al zarismo era de hecho todavía el "pueblo" oprimido, y sobre todo la masa exterminada de los campesinos rusos. La llamada liberación de los campesinos, que el zar Alejandro II había realizado, no pudo resolver la cuestión agraria: la mayor parte de los campos y de los terrenos agrícolas permanecieron en manos del zar, de la nobleza y de la iglesia aun después de la eliminación de la servidumbre de la gleba. Las masas campesinas pobres siguieron oprimidas como antes. Los intelectuales radicales de Rusia estaban convencidos de que bastaba organizar las inmensas masas del país para eliminar el zarismo.

Alrededor de 1880 el movimiento revolucionario ruso no estaba representado pues ni por la burguesía liberal ni por el proletariado industrial: era más bien un movimiento amplio y general del pueblo oprimido contra las clases de los patrones y en consecuencia no tenía claros sus objetivos. Las dos figuras características de este momento de la revolución son el campesino y el estudiante. Los revolucionarios recurrieron a la violencia porque era imposible cualquier propaganda legal en pro de la democracia. Además de las amplias tentativas de levantamiento se llegó a actos aislados de terrorismo. En 1881, el mismo Alejandro II fue asesinado por los terroristas rusos.

Marx veía bien tanto los confusos fundamentos teóricos como la dudosa táctica de los revolucionarios rusos. Pero se trataba, en este caso, de un gran movimiento popular auténtico con el objetivo de crear una democracia revolucionaria. Marx no podía quedarse con los brazos cruzados ante la revolución rusa.

Entonces existían todavía algunos restos de propiedad campesina común. El significado de esta supervivencia era ampliamente sobrevaluado por los revolucionarios populistas. Éstos creían que después de la caída del zarismo ruso se podría establecer un socialismo campesino democrático, fundado en las cooperativas agrícolas. De este modo Rusia podría superar la fase del capitalismo industrial que de no ser así se presentaba como necesario para todo país moderno. Por problemática que pudiera ser esta teoría, Marx la apoyó para establecer un puente con la revolución rusa.

En 1882, apareció en Ginebra una traducción rusa del *Manifiesto comunista*, bajo el cuidado de la conocida dirigente revolucionaria Vera Zasúlich. Marx y Engels escribieron un prefacio para esta edición, en el que se puede leer:

“Al producirse la revolución de 1848-1849, no sólo los monarcas de Europa, sino también los burgueses europeos veían en la intervención rusa el único medio de salvación contra el proletariado, que empezaba a despertar. El zar fue aclamado como jefe de la reacción europea. Ahora es, en Gátchina, el prisionero de guerra de la revolución, y Rusia está en la vanguardia del movimiento revolucionario de Europa. El *Manifiesto comunista* se propuso como tarea proclamar la desaparición próxima e inevitable de la moderna propiedad burguesa. Pero en Rusia, al lado del florecimiento febril del fraude capitalista y de la propiedad territorial burguesa en vías de formación, más de la mitad de la tierra es posesión comunal de los campesinos. Cabe, entonces, la pregunta: ¿podría la comunidad rural rusa —forma por cierto ya muy desnaturalizada de la primitiva propiedad común de la tierra— pasar directamente a la forma superior de la propiedad colectiva, a la forma comunista, o, por el contrario, deberá pasar primero por el mismo proceso de disolución que constituye el desarrollo histórico de Occidente? La única respuesta que se puede dar hoy a esta cuestión es la siguiente: si la revolución rusa da la señal para una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se completen, la actual propiedad común de la tierra en Rusia podrá servir de punto de partida para el desarrollo comunista.”

Si Marx no hubiera sido más que el portavoz de los obreros de la industria, el desarrollo de los acontecimientos rusos le habría sido indiferente, como la situación irlandesa por ejemplo. Para Marx, los obreros de la industria no eran importan-

tes en realidad como estrato profesional, sino únicamente como clase que estaba llamada por el desarrollo a dirigir la moderna revolución popular. Los campesinos y los estudiantes rusos que se proponían destruir el zarismo eran una fuerza impulsora para la revolución industrial mucho más vigorosa que cualquier sindicato pacífico de la Europa occidental. Cuando Marx y Engels redactaron ese prefacio del *Manifiesto comunista*, en 1882, veían en Rusia la vanguardia de la revolución europea. En la última década de su vida, Marx puso de nuevo sus esperanzas esencialmente en el desarrollo de los acontecimientos en Rusia. Con el derrumbe de la Comuna, el movimiento obrero europeo y la democracia habían caído en un círculo sin salida. Sólo de oriente podía llegarles un nuevo impulso. Si en Rusia vencía realmente la revolución democrática y surgía de las ruinas del antiguo orden feudal una nueva forma de socialismo campesino, se despertarían también las masas populares de la Europa central y occidental.

Los socialdemócratas europeos no comprendían este modo de pensar de Marx y Engels. No lograban imaginarse que la revolución triunfaría en Rusia y que después el movimiento tomaría de nuevo formas revolucionarias en sus países. En noviembre de 1882, Engels le escribía a Marx: “Adjunto una carta de Bebel que recibí hoy: el elemento ‘místico’ que él no lograba comprender y que puede liberar de la ley antisocialista es naturalmente el estallido de la crisis en Rusia. Es raro que la gente no pueda acostumbrarse a la idea de que el ataque debe venir de allá. Y yo se lo he explicado varias veces.”

Bebel era entonces, junto con Wilhelm Liebknecht, el jefe más popular de la socialdemocracia alemana. Desde el punto de vista personal, Marx y Engels tenían mucha más simpatía por Bebel que por Liebknecht.

Naturalmente el desarrollo de los acontecimientos de Rusia no se produjo de hecho, en ese entonces, con la rapidez que Marx y Engels esperaban en 1882. En los años ochenta la reacción policiaca pareció reforzarse bajo Alejandro III. El levantamiento ruso no pudo liberar a los obreros alemanes de la presión de la ley antisocialista ni ayudar a los obreros franceses a superar las consecuencias del fracaso de la comuna.

FRANCIA DESPUÉS DE LA COMUNA Y LA TENTATIVA DICTATORIAL DE BOULANGER

En Francia, después de 1871, el movimiento democrático estaba en pleno reflujó. El bloque de los capitalistas, de los latifundistas, de los militares y de los burócratas dominaba el país. El movimiento obrero estaba completamente destruido. Los campesinos y los pequeñoburgueses de la provincia estaban desorientados y espantados y aceptaban la dirección de la clase superior. Los demócratas burgueses de la corriente de Gambetta eran totalmente impotentes. La clase dominante apoyada por la mayoría conservadora de la Asamblea nacional, por el ejército y por la justicia, se sentía plenamente segura de su posición de poder.

Todo esto era perfectamente claro y evidente. No se había resuelto, sin embargo, el problema de en qué forma el bloque gobernante, que había dado cuenta de la Comuna, podía imponer la futura constitución de Francia. La gran mayoría de los estratos cultos y poseedores no quería aventurarse en el peligroso experimento de la república y quería por el contrario que se estableciera en el estado una autoridad suprema fuerte, para poder sofocar en el momento mismo de su nacimiento cualquier tentativa de repetir la Comuna. Pero no era fácil encontrar esa autoridad fuerte, en la que pudiera confiar verdaderamente la clase dominante. Después de Sedán el bonapartismo estaba moralmente liquidado. No se podía pensar seriamente en llevar de nuevo al trono la familia de Napoleón III. Y, después de la derrota del ejército francés en 1870. 1871, no era posible encontrar otro general popular que pudiera ser dictador.

Por esto, en Francia, la solución más cómoda parecía ser la de llamar de nuevo a la casa de los Borbones. Pero también esta restauración tenía sus inconvenientes para la clase capitalista francesa. Si verdaderamente se quería reconstruir la autoridad de la casa dinástica para frenar a las masas populares, no se podía tomar un príncipe cualquiera, sino era necesario coronar a alguno que pudiera ser verdaderamente rey de Francia por derecho hereditario. El legítimo heredero del trono francés, el conde Chambord, tenía sin embargo una concepción absolutamente medieval y feudal, cuyo ideal era la Francia anterior a 1789. El verdadero feudalismo, como dominio de la aristocracia histórica terrateniente, era, no obstan-

te, muy débil en Francia. La burguesía monárquica no tenía ningún interés en someterse a los nobles, sólo quería utilizar al rey únicamente como baluarte contra el movimiento obrero. La divergencia de opiniones se manifestó finalmente en la discusión sobre un símbolo. El conde Chambord sólo quería aceptar la corona real si se restauraba la antigua bandera blanca de los Borbones. Pero la clase dominante no estuvo dispuesta a renunciar a la tricolor, a los colores de la Francia moderna de la época de la gran revolución. El ejército tenía también cuando mucho la tradición bonapartista, pero no tenía viva ninguna tradición borbónica.

De este modo fue como el conde Chambord rechazó la dignidad real ligada a los colores de la "bandera de la revolución". En los años setenta, la clase dominante francesa no tenía ningún candidato, para la monarquía o para la dictadura. Un grupo de capitalistas franceses y de sus defensores políticos consideró que en esas circunstancias lo mejor era renunciar totalmente a jugar con la monarquía y fundar, en cambio, una república conservadora. Es significativo que después de 1871, Thiers, que durante muchos años había sido representante de una monarquía capitalista burguesa, se inclinara también por la república. La mayoría de los capitalistas franceses y en general la mayoría de los miembros de la clase superior no siguieron, empero, el consejo de Thiers. Si por el momento no había un rey o un dictador, se deseaba poner a la cabeza del estado un lugarteniente para el próximo soberano. Con todas estas consideraciones, la mayoría de la Asamblea nacional derrocó en 1873 a Thiers y eligió como presidente de la república a Mac Mahon. El mariscal personificaba la forma de estado de un bonapartismo provisional. En todo caso, ésta no era ciertamente una gran solución, aceptable para las masas. Al mismo tiempo, la clase dominante consideraba también el gobierno de Mac Mahon sólo como una precaria solución del apuro.

En 1875, la Asamblea nacional aprobó un cierto número de leyes constitucionales provisionales. La legislación debía proporcionar la base del bonapartismo disimulado. A la cabeza del estado se encontraba el presidente, elegido por las dos cámaras en sesión conjunta para un período de siete años. El presidente debía trabajar junto con la Cámara de diputados y con el Senado. La Cámara de diputados debía ser elegida por sufragio universal. Es sintomático de la devaluación del sufra-

gio universal ante la opinión pública el hecho de que la contrarrevolución francesa de 1875 considerara superflua una limitación del sufragio universal. Habían pasado apenas cuatro años de la Comuna. La vanguardia del movimiento obrero francés estaba liquidada. En Francia no era posible ninguna agitación socialista o proletaria. La clase dominante, apoyada en el gran ejército permanente, en la justicia y en la poderosa policía centralizada se sentía perfectamente segura. La comedia del sufragio universal podía funcionar ahora tan bien como en tiempos de Napoleón III. Si la policía reprimía toda oposición sería las elecciones debían forzosamente salir "bien". Sin embargo, en caso de que el pueblo hubiera votado "mal", el estrato superior no tenía tampoco que temer mientras pudiera disponer de todos los centros de poder del estado y de la sociedad.

Junto a la Cámara de diputados estaba el Senado. La cuarta parte de los senadores habían sido elegidos de por vida. Los restantes habían sido elegidos por 9 años por las representaciones comunales, a través de un complicado sistema electoral. El que obtiene un cargo inamovible por nueve años es prácticamente independiente de la voluntad de los electores. El senado francés estaba concebido como una fortaleza de los intereses conservadores; el presidente del estado tenía la tarea de nombrar a los ministros; los ministros debían colaborar con ambas ramas del parlamento. Quedaba todavía totalmente oscuro si los ministros debían contar o no con la confianza del parlamento en el desempeño de su cargo. Con el consenso del Senado, el presidente podía disolver la Cámara de diputados. Por lo tanto se tomaba al menos en consideración la posibilidad de un conflicto entre el gobierno nombrado por el presidente y la mayoría de la Cámara. Así pues, los legisladores de 1875 no consideraban de ninguna manera obvio que la voluntad del gobierno estuviera siempre de acuerdo con la mayoría de la Cámara.

Con la constitución de 1875, un presidente fuerte, aliado con la mayoría del Senado y apoyado por el aparato estatal, hubiera podido gobernar de acuerdo con el estilo bonapartista. Las leyes de 1875 estaban hechas precisamente para esto: al menos Mac Mahon las quería utilizar en esta forma. Sólo más tarde, y en circunstancias totalmente diversas, las leyes constitucionales de 1875 fueron modificadas no en la letra sino en su aplicación de tal manera que pudieron transformarse en el

fundamento de la república parlamentaria. La debilidad particular del bonapartismo de 1873 a 1875 consistió en el hecho de que esa constitución exigía una gran personalidad a la cabeza del estado. Un dictador debe ser o un gran hombre como Napoleón I, o bien la hábil imitación de un gran hombre, como Napoleón III. El mariscal Mac Mahon tenía, como soldado, un pasado honroso, pero seguía siendo uno de los generales derrotados de 1870 y ninguno podía arder en amor o en odio por él. A las grandes masas les parecía el lugarteniente del conde Chambord. Los campesinos franceses y los ciudadanos de la provincia habían votado por los conservadores, ya que deseaban la paz y detestaban la Comuna o por lo menos la caricatura de Comuna que se les presentaba: sin embargo no se inclinaban de hecho por volver a quedar bajo el dominio de los nobles y de los sacerdotes como en "los buenos tiempos de antaño".

Las elecciones para la Cámara de diputados de 1876 les dieron la mayoría a los republicanos burgueses. Pronto se llegó a un conflicto abierto entre la Cámara y el presidente. Mac Mahon mantuvo en el cargo un gobierno monárquico, aunque la mayoría de la Cámara les negaba su confianza a los ministros. En 1877, con la aprobación del Senado, Mac Mahon disolvió la Cámara de diputados y recurrió nuevamente al pueblo. La policía y el aparato administrativo se entregaron con celo a influir en que las nuevas elecciones favorecieran a los conservadores. El conflicto constitucional llevó a Gambetta a primer plano en el escenario político. Éste juzgaba la situación de una manera lúcida. Sólo un milagro podía darle el triunfo a la democracia francesa —aunque fuera sólo como democracia burguesa— ya que todavía estaba fresca la derrota de la Comuna. El adversario tenía todos los medios reales de poder y los obreros de París eran completamente incapaces de actuar. Los republicanos sólo podían moverse, por lo tanto, de una manera prudente: sería erróneo presentar exigencias que corrieran peligro de no ser comprendidas y aprobadas por los campesinos y por los habitantes de la provincia. Además, los republicanos democráticos debían explotar la división existente entre la clase dominante.

El programa de lucha de Gambetta y de sus partidarios era simplísimo en 1876-1877: eliminación de la dictadura de Mac Mahon y regreso a las condiciones constitucionales, en las que se respetara la voluntad de la mayoría popular. Con este pre-

supuesto, Gambetta pudo colaborar con los republicanos capitalistas moderados. Se formó un frente unitario de los partidarios de la legalidad constitucional, que se extendió desde la fracción republicana de la gran burguesía hasta los campesinos y los ciudadanos de la provincia y hasta los obreros de la industria. Gambetta puso a disposición del bloque republicano todo el peso de su autoridad nacional y sus cualidades oratorias. Los republicanos evitaron cuidadosamente cualquier acción violenta, cualquier manifestación o tentativa de insurrección.

Las elecciones de 1877 dieron como resultado una mayoría republicana. Era el tiempo de la decisión. Para como estaban las cosas, Mac Mahon y los conservadores hubieran podido vencer sin mucha dificultad: bastaba que utilizaran los instrumentos del poder que tenían en sus manos. Es sumamente improbable que seis años después de la Comuna los republicanos fueran capaces de responder con una insurrección a una nueva disolución de la Cámara. Sin embargo, el estrato superior no tuvo deseos de actuar. Los partidarios del grupo conservador temían provocar una guerra civil y el completo desorden de la vida económica. Sólo por esta razón Mac Mahon permaneció en el cargo de presidente. Los republicanos influyeron de una manera particularmente fuerte sobre los monarquistas burgueses, porque no querían provocar una abierta guerra armada y posponían la crisis. El movimiento popular dirigido por Gambetta aparecía tan amplio y serio como para poder ser vencido sólo por una guerra civil. Ésta era inevitable si Mac Mahon convocaba un gobierno compuesto por republicanos moderados.

El bloque conservador decidió dar marcha atrás. Mac Mahon declaró en 1877 que quería servir a la voluntad de la mayoría popular. Convocó un nuevo gobierno compuesto de republicanos moderados. La mayoría de la Cámara se consideró satisfecha con el notable éxito y evitó ulteriores ataques que pudieran hacer peligrosa la situación. Sólo en 1879, Mac Mahon presentó su dimisión, ya que no quería colaborar ulteriormente con los ministros republicanos. En su lugar se eligió como presidente al jefe de los republicanos moderados, Grévy. La tentativa de gobernar al estilo bonapartista con la ayuda de la constitución de 1875 había fracasado. De ahí en adelante se consolidó en Francia la práctica de que el presidente de la república podía convocar solamente aquellos ministros en

los que confiaba la mayoría de la cámara. En el caso de que la cámara le negara al presidente de los ministros el voto de confianza, éste debía dimitir.

A partir de 1879, es decir, desde la desaparición de Mac Mahon, la república francesa se había transformado en un estado parlamentario. Los republicanos victoriosos se apresuraron a introducir nuevamente las demás libertades burguesas, propias de un estado liberal. Se restauraron la libertad de prensa y de asociación y también los partidos de oposición radical tuvieron de nuevo la posibilidad de hacer propaganda sin ser obstaculizados. Faltaba, no obstante, un elemento esencial: la amnistía a los combatientes de la Comuna. El viejo Blanqui, prisionero desde 1871, fue elegido en 1879 en Burdeos para la Cámara. El gobierno lo puso en libertad. Fue un gesto ideal de justicia, un símbolo del hecho de que en Francia por lo menos la república burguesa había vencido. En la Cámara el paladín de la amnistía era sobre todo el viejo Louis Blanc como diputado de la izquierda republicana. La decisión fue fruto del influjo de Gambetta. Los combatientes de la Comuna que aún vivían perseguidos por la justicia fueron amnistiados en su totalidad. De este modo fue posible una vez más construir de manera legal un movimiento obrero socialista y radical. También Rochefort pudo volver a la actividad política.

La victoria lograda por los republicanos burgueses en los años de 1876 a 1879 era directamente un milagro. En efecto, el elemento más fuerte de las filas de la democracia, la clase obrera de París, había quedado paralizada desde 1871 y Gambetta debía reanudar la lucha contra la clase dominante y su aparato militar y policiaco poniéndose a la cabeza de las masas indecisas de los campesinos y de los pequeñoburgueses. No se debía olvidar que los republicanos no habían vencido de hecho por su propia fuerza, sino sólo habían explotado muy hábilmente el miedo que tenían sus adversarios de llegar hasta las últimas consecuencias. En Francia, la victoria de los republicanos era, por lo tanto incompleta y por el momento no era posible la construcción de una democracia burguesa estable.

Las fuerzas del antiguo ordenamiento eran en su conjunto idénticas aún después de 1879. Existía un gran ejército permanente con su cuerpo de oficiales, el aparato administrativo centralista, el gran capital con toda su fuerza de incisión, y

existía finalmente el senado que tenía los mismos derechos que la Cámara de diputados. Un gobierno reformista que se hubiera apoyado en la mayoría de la Cámara elegida directamente por el pueblo y que tratara de introducir innovaciones radicales, habría entrado en conflicto inmediatamente con el Senado. Se discutía si en Francia un gobierno constitucional necesitaba para su existencia, junto con la confianza de la Cámara de diputados también la del Senado. Pero, si un ministro hubiera ignorado la desconfianza del Senado continuando en su cargo con el único apoyo de la Cámara, el Senado podía igualmente paralizar el aparato estatal si se lo proponía. Si el Senado rechazaba sistemáticamente cualquier proyecto gubernamental, el gobierno debía dimitir o el conflicto debía decidirse por medio de la fuerza.

Las tres democracias burguesas vitales que pudieron formarse durante el siglo XIX, los Estados Unidos, Suiza y la Gran Bretaña, presentaban todas una acentuada autonomía administrativa local y carecían de un gran ejército permanente. Los Estados Unidos e Inglaterra no tenían un servicio militar obligatorio, sino únicamente un pequeño ejército voluntario. Suiza tenía su propio sistema de milicia. La experiencia histórica permite concluir que un gran ejército permanente con su cuerpo de oficiales de profesión constituye invariablemente un estado dentro del estado. Las democracias burguesas y las instituciones parlamentarias no han sido nunca, hasta ahora, capaces de controlar completamente un ejército grande: el ejército siempre ha constituido la base previa para las tendencias antidemocráticas. Dígase lo mismo de cualquier aparato burocrático centralista grande.

En 1879, Francia se había convertido con gran dificultad en un estado liberal parlamentario. La transición a la democracia sólo habría sido posible si el ejército permanente hubiera sido sustituido por un sistema de milicias, la máquina administrativa centralista por una autoadministración y se hubiera eliminado el extraordinario poder del Senado. Sólo entonces hubiera sido posible realizar las reformas económicas en beneficio de las amplias masas, una legislación social en favor de los obreros, una política fiscal para proteger a los que eran económicamente débiles.

¿Desde 1879, era posible semejante desarrollo rápido de Francia hacia una democracia burguesa o directamente hacia una democracia social? Las perspectivas en este sentido no

parecían muy favorables. Sólo hasta los años noventa, la clase obrera pudo volver a ser un factor político autónomo. De este modo, se veía obligada por el momento a considerar a los campesinos y a los ciudadanos de la provincia como verdaderas formaciones de lucha de la democracia. La masa de los pequeños burgueses franceses estaba orientada sinceramente, en la ciudad y en el campo, en sentido republicano, y no quería saber nada de un gobierno de la nobleza y de los escaños. Pero la actitud de las clases medias francesas estaba mucho más esfumada. Hubiera sido sobremanera difícil unificar la confusa multiplicidad de las orientaciones de la población agrícola y provincial en un programa de reforma social unitario. ¿Hasta qué punto las clases medias republicanas habrían colaborado y hasta qué punto habrían negado su participación en un gobierno de reforma radical? Sobre bases tan inseguras no se podía construir en Francia una democracia social.

Es comprensible por lo tanto que después de 1879 tomaran la delantera los republicanos moderados, la tendencia favorable a los capitalistas, dirigida por Grévy y Ferry. También Gambetta se alineó con la corriente moderada por lo menos en las cuestiones cotidianas prácticas. Un pequeño grupo radical de los republicanos no quería rendirse, sin embargo, ante esta visión pesimista de las cosas: exigía más bien que se avanzara decididamente en la senda de la democracia social. El líder más importante de esta corriente era Clemenceau. Es muy interesante el programa presentado para las elecciones de 1881 por el llamado partido radical-socialista de Clemenceau. Mostraba que en ese momento Clemenceau y sus amigos reconocían perfectamente los defectos de la constitución y de la sociedad franceses y señalaba la senda a través de la cual Francia podría convertirse por lo menos en una democracia burguesa. El partido radical-socialista pedía entre otras cosas: la revisión de la constitución para abolir el Senado y el presidente de la república, la separación entre la iglesia y el estado, la escuela laica, la reducción del servicio militar y la sustitución gradual del ejército permanente con una milicia nacional, la elección de los jueces por parte del pueblo, la autonomía de las comunas para que éstas fueran "dueñas de su propia administración, de sus propias finanzas y policía dentro de los límites compatibles con la conservación de la unidad nacional", la eliminación de los impuestos indirectos que pesan sobre las masas y su sustitución con impuestos directos sobre el ingreso, sobre

el patrimonio y sobre las herencias. Las peticiones político-sociales comprendían: una reducción de la jornada laboral, la prohibición del trabajo infantil, la aseguración de los obreros para la vejez y para los infortunios. La constitución de un tribunal de arbitraje en la industria, el reconocimiento jurídico de los sindicatos y la incorporación de los obreros en la estructuración y en la realización del programa de la empresa.

No se trataba de hecho de un programa extremista. Respetaba perfectamente la propiedad privada burguesa. Su realización habría conducido, sin embargo, a Francia al nivel de una democracia burguesa, más o menos, como la que existía entonces en Inglaterra y en Suiza. Además, el programa radical-socialista de 1881 presentaba un estrecho parentesco con las verdaderas ideas de la Comuna de París de 1871. El programa electoral del partido de Clemenceau contenía la siguiente afirmación: "Nuestro programa es la síntesis de todas las reformas con las que el partido republicano ha perseguido siempre el fin de eliminar el principio monárquico, que todavía está presente de una manera tan fuerte en nuestras instituciones, y para preparar la gran transformación social que será la coronación de la revolución francesa."

La exhortación terminaba al estilo de 1848 con las palabras: "¡Viva la república democrática social!"

Por el momento, las perspectivas reales de semejante programa eran evidentemente muy restringidas. En las elecciones de 1881 los radicales o los radicales socialistas obtuvieron únicamente un reducido número de mandatos. El partido obrero socialista recién fundado no contaba todavía con ningún representante en la Cámara. Hubiera sido una cosa totalmente natural la formación de un gobierno fuerte de los republicanos conservadores, ya que la mayoría absoluta del parlamento pertenecía a los grupos conservadores y capitalistas. Habría podido colaborar con los grupos monarquistas en las cuestiones prácticas cotidianas. La estabilidad de semejante gobierno moderado parecía asegurada durante algún tiempo. En el caso de que la izquierda se hubiera reforzado después al alcanzar la mayoría, habría formado por su parte un gobierno estable.

El curso de los acontecimientos después de 1879 se desarrolló en Francia de una manera completamente distinta. Se puso de manifiesto que era imposible la constitución de un gobierno parlamentario estable que guiara al país durante algunos

años de acuerdo con determinados principios. Después de 1879, la república pasó de una crisis a otra y hasta el presente no se ha podido encontrar en Francia un equilibrio político. Una de las causas de esta inestabilidad particular de las relaciones políticas francesas era la actitud de los estratos cultos y poseedores hacia la república. La antigua clase dominante había tolerado en 1879 la transición al estado republicano parlamentario, ya que por el momento no encontraba otra salida. Pero sólo una pequeña minoría de la burguesía francesa poseedora se encontraba realmente de acuerdo con la república, por convicción o por conveniencia. La llamada buena sociedad consideraba en general la existencia de la república como una ofensa personal. Se trataba de un consenso semejante al que después de 1918 le dio el estrato superior alemán a la república de Weimar. El estrato superior francés no quería aceptar que las masas incultas y mucho menos los políticos republicanos, elegidos por las masas, fueran los que dirigieran el estado. De este modo los republicanos moderados franceses se encontraron desde el principio entre la espada y la pared. Eran atacados simultáneamente por la izquierda radical, que les echaba en cara la traición del programa republicano, y por la antigua derecha monárquico-conservadora, que no quería reconciliarse con la república.

La actitud de oposición de la clase superior impedía por el momento la constitución de un gobierno republicano estable. El segundo elemento de inseguridad provenía de la misma clase media. Los campesinos republicanos y los pequeños burgueses de la provincia votaron en su mayoría por la izquierda; ellos mismos no sabían sin embargo, por lo general, hasta donde llegaba su voluntad de lucha republicana. Esta inseguridad de los electores se transmitía automáticamente a sus diputados. Después de 1879, la república francesa no era ni siquiera un gobierno abierto de la clase superior capitalista: la clase superior, en general, no quería saber nada de la república. Y mucho menos se trataba de un gobierno de las amplias masas populares; para la constitución de una democracia social en Francia se debían haber realizado primeramente todas las reformas del programa de Clemenceau. No se trataba ni siquiera de un compromiso entre las clases, ya que ninguna de las dos partes estaba dispuesta a la conciliación. La república burguesa se presentó de este modo a la opinión pública como el gobierno de los políticos de profesión republicana.

Después de cada nueva elección los diputados republicanos se encontraban en el mismo problema. Habían obtenido el voto de sus electores porque habían tronado contra la monarquía y la reacción. Ahora deben realizarse las promesas de los políticos: se constituye un gobierno fuerte republicano de izquierda con un buen programa de reformas. Pero tan pronto como las reformas deben convertirse en leyes, saltan dificultades insuperables: la resistencia de los capitalistas y de los militares, la oposición del Senado, etc. A más de todo esto, el gobierno no sabe nunca hasta qué punto puede confiar verdaderamente en las masas, en caso de que deban tomarse medidas enérgicas. Los miembros de la mayoría particularmente aprensivos y prudentes empezaban a ceder ante las votaciones. Un día, el gobierno perdió la mayoría en la Cámara y debió dimitir. Se forma un nuevo gobierno republicano incoloro que renuncia a las reformas riesgosas y que lo único que quiere es defender la constitución y despachar los asuntos comunes y corrientes. La Cámara, cansada, deja que ese gobierno funcione durante algún tiempo. Después despierta en la izquierda el espíritu de oposición: se descubre que el gobierno no hace nada por realizar las reformas republicanas necesarias; crece la irritación de los diputados republicanos y finalmente es derrocado el gobierno. Lo sigue un nuevo gobierno y el juego continúa. En otras palabras: en la Tercera república francesa posterior a 1879 el equilibrio de las clases sigue siendo siempre y únicamente frágil, y no es estable como en Inglaterra o en Suiza. El restringido grupo de los republicanos de profesionales de la política y de los capitalistas de orientación republicana se encontraba entre dos fuegos de la derecha y de la izquierda, sufría tropiezos por todas partes, parecía derrumbarse a cada instante, pero terminaba siempre por reforzarse porque la derecha no fue nunca suficientemente fuerte para instaurar una dictadura capitalista-militar abierta, y porque la izquierda no fue suficientemente fuerte para crear una democracia social.

Las condiciones particularmente inciertas de la Tercera república francesa contribuyeron también a darles una importancia desproporcionada a dos problemas específicos de Francia. El primero era la posición de la iglesia católica y el segundo, el de la técnica electoral dentro del marco del sufragio universal. La situación religiosa de Francia siguió siendo más o menos la misma desde la gran revolución hasta nues-

tros días. La gran mayoría del pueblo era indiferente y una minoría, activamente católica. La distinta política de cada uno de los gobiernos franceses ante la iglesia no condujo a ningún cambio a este propósito. La actitud filoclerical, como la de Napoleón III, por ejemplo, no fue capaz de regresar a la fe a la mayoría de los franceses, y mucho menos la dura lucha que algunos gobiernos republicanos realizaron después de 1900 contra las órdenes y las escuelas religiosas logró desembarazarse de la minoría católica. Sin embargo, después de 1871, en Francia la posición ante la iglesia tenía un significado político y social particular. Declararse públicamente católico y mandar a los hijos a una escuela religiosa, era en cierto sentido signo de pertenecer a la buena sociedad conservadora. Por otro lado, los políticos republicanos y la fracción republicana de la burguesía estaban unidos por el rechazo común de la iglesia. Para los republicanos activos, el lazo de unión espiritual lo constituían las logias masónicas. De este modo la lucha "iglesia contra francmasones" fue el complemento necesario de la lucha "monarquía contra república".

La Tercera república se había mostrado incapaz de destruir la burocracia capitalista tradicional. Y ya que la forma normal de autoadministración era demasiado débil frente al burocratismo, se introdujo casi de una manera furtiva un singular sustituto de la autonomía administrativa. Los diputados republicanos consideraban su deber permanecer constantemente en contacto con sus electores y escuchar cualquier reclamación de carácter local. Se formó de esta manera una relación especial de confianza entre los electores republicanos de todos los pequeños colegios electorales y su diputado. Si los electores se sentían obstaculizados por la burocracia se lamentaban con su diputado y éste les ayudaba de la mejor manera posible haciendo presión directamente sobre el ministro. Esta práctica tenía ciertamente sus aspectos peligrosos. La intromisión de los parlamentarios en la administración ordinaria era motivo de continuas fricciones. Al mismo tiempo, este género de política local en cuestión de impuestos, de distribución de las cargas, de asignación de cargos, etc. incrementaba la corrupción. El pequeño trabajo cotidiano de los diputados republicanos era, no obstante, un mal necesario y la compensación por la falta de una autonomía administrativa real. Los opositores de los republicanos no dejaron, por esto, de señalar en el sistema de los pequeños colegios electorales la raíz del mal y de la

corrupción. No se pretendía ciertamente abolir el sufragio universal, sino formar grandes colegios con listas electorales proporcionales y semejantes. Todos estos proyectos tenían un solo objeto: con la eliminación del pequeño colegio electoral se pretendía destruir el nexo directo entre cada uno de los diputados republicanos y el pueblo. Una vez logrado esto, la población volvería a estar completamente en manos de la burocracia, y la república burguesa se habría apartado del único camino por el que podía hacerse un poco más popular.

Hacia el final de 1881, Gambetta se convirtió en presidente de los ministros. Era totalmente escéptico sobre la posibilidad de reformas grandes y rápidas y por este motivo su actitud se ganó la hostilidad de los radicales de izquierda de la Cámara. Gambetta quería darle vida a un fuerte gobierno republicano. Pretendía que se tuviera confianza en su persona y quería guiar con mano enérgica el aparato estatal. Se opuso al subgobierno de los diputados, no prestó atención a las protestas que le presentaban los diputados con ocasión de las reuniones de sus colegios electorales. Gambetta llegó a aplicar la fatal resolución de eliminar los pequeños colegios e introdujo las listas electorales. Con sus adopciones de posición personales, Gambetta se puso en contra de la mayoría republicana, que no quería saber nada de semejante reforma electoral. Fue derrotado. Su gobierno, objeto de tantas expectativas, terminó con un fracaso sorprendente y repentino. No obstante la derrota parlamentaria y los errores tácticos, Gambetta siguió siendo la personalidad más fuerte de los republicanos burgueses y la crisis siguiente lo llevó de nuevo a la cabeza del estado. Su muerte repentina ocurrida en 1882 fue un golpe durísimo para la causa republicana. No era concebible que el movimiento de Boulanger o el asunto Dreyfus hubieran tenido el mismo desarrollo si hubiera existido todavía Gambetta.

El gobierno francés estaba ahora en manos de los republicanos moderados, capitaneados por Ferry. Preparó un programa realista y una política republicana capitalista; actualizó todas las reformas de política social y constitucional que podían haber dado origen a nuevas crisis. Imprimió por otro lado un vigoroso impulso a la ampliación del poderío francés en el exterior. Ferry se dio cuenta de que una guerra de revancha contra Alemania no era posible todavía: se puso, pues, de acuerdo con Bismarck. Después de haberse cubierto de este modo las espaldas con Alemania, emprendió una amplia po-

lítica de conquista colonial. A Ferry se remontan la conquista de Túnez, la construcción del imperio francés de Indochina, explotando los modestos comienzos de Napoleón III y también la extensión del poderío francés a Sudán y Madagascar. Ferry y los suyos veían Francia a la cabeza de un gran imperio colonial que debía extenderse por todas las partes de la tierra, a imitación, en forma reducida, del imperio británico. La industria francesa debía encontrar en las nuevas colonias fuentes de materias primas y nuevas salidas comerciales. La consecuencia de semejante organización política significaría naturalmente el regreso de Francia a un sistema todavía más proteccionista.

Con su política de poderío y de desarrollo económico Ferry esperaba ganarse para la república los ambientes conservadores monárquicos de la burguesía. Pero no lo logró. En esta ocasión se puso de manifiesto una vez más que la política de grandeza nacional no es nunca una cosa así, sino depende siempre de la contraposición de clase y de partido de un país. Cada partido o clase se inclinan a reconocer como "nacional" únicamente la política que les acomoda. Los mayores éxitos nacionales franceses del siglo XIX fueron alcanzados por dos hombres a los que se les ha reconocido muy poco: Carlos X, el conquistador de Argelia y Ferry, el fundador del imperio francés. Pero la burguesía francesa no reconoció las empresas de Carlos X porque el rey quería reforzar la autoridad de la aristocracia con sus conquistas coloniales. Del mismo modo, la burguesía conservadora no quería admitir ahora que las empresas coloniales de Ferry eran un verdadero éxito nacional. El número de empresas que obtenían ganancias de las colonias era todavía muy reducido. La mayor parte de los ciudadanos franceses no mostraba ningún interés por las colonias y veía en la política de Ferry sobre todo una capitulación frente a Alemania: ¡los ministros republicanos se dejaban arrastrar por Bismarck a toda clase de aventuras posibles en Asia y África, en tanto que los prusianos lograban reforzar su dominio en Alsacia-Lorena!

De este modo, mientras la república burguesa a pesar de sus éxitos coloniales no podía asegurarse la mayoría de la clase poseedora, perdió simultáneamente la confianza de las masas. Los obreros franceses, los campesinos y los artesanos se decían muchas veces que ahora tenían ciertamente la república y tal vez hasta la democracia si así se quiere llamar a un estado

con sufragio universal. Pero, ¿qué ventaja significaba esto para el pueblo trabajador? Los obreros seguían sintiendo que en todos los conflictos con los empresarios la fuerza del estado estaba de parte del capital. Casi en todas las huelgas se empleaba el ejército y cuando las tropas disparaban sobre los manifestantes, la decantada libertad republicana mostraba realmente lo que era. Los campesinos y los pequeñoburgueses se convencieron de que el estrato superior poseedor siempre lograba frenar una imposición tributaria justa y que las cargas del estado recaían siempre sobre los trabajadores. El pueblo elegía cada dos años a sus diputados republicanos y sin embargo no mejoraba nada. Casi parecía que los políticos de profesión y los capitalistas fueran la misma cosa.

Este tipo de crisis de confianza es el destino de todo orden estatal que se dice popular pero que en realidad no lo es. La república francesa les había dado a las masas el sufragio universal, pero las conquistas de una verdadera democracia burguesa no aparecían por ninguna parte: los electores se sentían engañados. Una situación tan ambigua de la democracia aparente termina por ridiculizar ante las masas la misma idea de democracia. En los años ochenta, una minoría de los electores franceses se orientó hacia la izquierda radical, que criticaba ásperamente la situación existente. Pero una parte todavía mayor había perdido la confianza en la misma oposición republicana y se orientó despechada hacia los monarquistas conservadores o bien siguió soñando con un gran hombre que algún día habría eliminado a todos los políticos corrompidos.

La primera gran oleada del descontento general del pueblo se dirigió contra la política colonial de Ferry. Francia no tenía entonces un ejército colonial especializado y Ferry envió sin miramientos a los reclutas del servicio militar normal a combatir en las guerras coloniales de Asia y de África, en donde los jóvenes soldados caían por miles víctimas de las enfermedades tropicales. A esto se añadieron algunos reveses militares ocasionales como es inevitable en las guerras coloniales. Cuando los franceses sufrieron en 1885 algunas derrotas locales —por lo demás totalmente insignificantes— la ira popular explotó contra Ferry, el "tonquinés". La acre contrariedad de las masas se transmitió a la Cámara. El gobierno sucumbió al ataque concentrado de la derecha monarquista y de la izquierda radical. Con el retiro de Ferry quedó destrozada la fuerza de los republicanos moderados y los distintos gobiernos de

negocios tuvieron, uno tras otro, una vida llena de dificultades.

En 1885, los republicanos moderados estaban tan debilitados y deteriorados que aceptaron la reforma electoral. Los pequeños colegios electorales fueron eliminados y sustituidos por los grandes colegios y por la elección por lista. De este modo se rompía también la unión personal entre el diputado y su circunscripción electoral. El último lazo que unía todavía la población con la república burguesa había dejado de existir. El desenvolvimiento de las nuevas elecciones para la Cámara de diputados del año 1885 fue sumamente grave. De los ocho millones de votos, los monarquistas obtuvieron tres millones y medio. Sumados los votos del partido radical, resultaba una mayoría del pueblo francés contra el sistema existente. En la segunda ronda electoral los radicales y los republicanos moderados se aliaron en todas partes para evitar por lo menos la formación de una mayoría monárquica en la Cámara. La operación tuvo éxito pero no se frenó la crisis de la república francesa burguesa.

El general Boulanger, que pasaba por uno de los pocos oficiales republicanos de confianza formó parte, como ministro de guerra, del siguiente gobierno de negocios republicano. Boulanger desarrolló una intensa actividad para reforzar la eficiencia del ejército francés dándole a todo su trabajo un tinte explícitamente antigermánico. De este modo se volvió rápidamente popular y su nombre se convirtió en el símbolo de la inminente guerra de revancha. Los republicanos moderados se habían esforzado en los últimos años por mantener relaciones correctas con Alemania y había alcanzado sus éxitos coloniales esencialmente con la ayuda de Bismarck. Por esto, todos los adversarios de la república burguesa habían condenado la política colonial y habían reclamado una orientación antigermana nueva y decidida. Mientras Boulanger hacía brillar nuevamente la flama de la revancha, todos los enemigos del sistema se unieron alrededor de su persona. La derecha monarquista empezó a acercarsele. Tal vez el popular general habría sido el futuro dictador de Francia, el hombre que vencería a la república y le daría a Francia una nueva forma moderna de bonapartismo. En esa ocasión Boulanger podía representar también una etapa en el camino de la restauración monárquica. Pero también amplias partes del electorado radical, muchos trabajadores pequeñoburgueses y campesinos estaban entusiasmados con Boulanger y esperaban que

los librara por lo menos del odiado dominio de los politiqueros.

Los partidos republicanos reconocieron gradualmente el peligro que representaba el popular ministro de guerra, que se dejaba llevar con gusto por la ola de entusiasmo nacional. Boulanger fue alejado del ministerio de guerra, tuvo en una primera etapa el mando de un cuerpo provincial y en 1888 fue relevado del servicio activo en el ejército. Después de esto Boulanger se volvió más popular aun entre las masas. Ahora se presentaba abiertamente como jefe político con un programa de revisión constitucional. Un gobierno fuerte, que se apoyara en la voluntad del pueblo, debía librarse de las cadenas del parlamentarismo corrompido. Era una reedición del programa bonapartista.

La derecha conservadora decidió poner a disposición del general Boulanger todas sus organizaciones y sus medios financieros. La situación era extremadamente favorable; la tendencia democrática y liberal del país había perdido las simpatías de las masas populares y toda capacidad de incidencia debido a sus errores y a su debilidad. De este modo, los representantes del gran capital, del latifundio, de la iglesia y del ejército podían presentarse como los verdaderos defensores del pueblo engañado y ofendido. El popular general era el elemento de reconciliación entre la contrarrevolución y las masas. El partido radical se encontró en una situación muy embarazosa dentro del desarrollo del boulangierismo. Boulanger se preocupaba de apoyar a sus viejos amigos radicales. Rochefort se transformaba ahora en heraldo del boulangierismo. En cambio, todas las tentativas de Boulanger por atraerse a Clemenceau fallaron: Clemenceau comprendió que el boulangierismo, en la forma que había adquirido gradualmente, era sólo la máscara de la contrarrevolución monárquica y del gran capital. Clemenceau, junto con el partido radical oficial, permaneció de parte de la república. La mayor parte de los electores radicales, por el contrario, juntamente con Rochefort, eran partidarios de Boulanger.

La ironía de la situación estaba en el hecho de que los republicanos moderados fueron castigados precisamente porque habían luchado con mucha timidez contra el gran capital y la tendencia monárquica. La república burguesa de Francia no podía constituir ninguna democracia vital puesto que era tan débil contra la derecha. Las masas desilusionadas se sentían engañadas por los republicanos, al mismo tiempo que los par-

tidos de la derecha monárquica se presentaban con un ropaje eficaz ofreciéndose a las masas descontentas como los vengadores de la república y de la democracia. Este era un juego que debía repetirse varias veces más hasta nuestros días. Se debe señalar que en ese momento la contrarrevolución explotaba en Francia la idea nacional. Si en esa época hubiera vivido Gambetta, ninguno se habría atrevido a considerar a los amigos de la república burguesa como enemigos de la patria y agentes de Alemania. Ahora, en cambio, Ferry el presunto amigo de Bismarck era el que encarnaba la concepción republicana para amplios estratos populares. Todos los franceses que votaban por Boulanger se sentían tranquilos porque habían asociado con su voto una declaración de hostilidad contra Prusia.

El gran bloque de los que pedían la revisión constitucional reunía en 1888 toda la derecha monárquica, los partidos radicales de Boulanger y todos los estratos populares indecisos, fascinados por la perspectiva de la dictadura. En cada elección suplementaria para la Cámara, que se hacía necesaria en una de las grandes circunscripciones electorales, se seguía la táctica de presentar como candidato al general Boulanger. De este modo se trataba de obtener una especie de consulta popular en favor del novel Napoleón. En varias elecciones suplementarias venció Boulanger. Cuando en enero de 1889 se hizo necesaria también en París una elección suplementaria, se puso de manifiesto que el momento estaba cerca. Los republicanos de la derecha y de la izquierda se pusieron de acuerdo sobre un candidato común: sin embargo Boulanger fue elegido por 244 000 votos a favor y 162 000 en contra. El resultado muestra que también la mayoría de los obreros de París había simpatizado con Boulanger. El discurso por la república capitalista burguesa y sus políticos era tan grande entre las masas populares que preferían cualquier cambio a la situación existente. En la tarde del día de las elecciones de París todos esperaban que Boulanger al frente de las masas entusiastas expulsara el gobierno de la república y proclamara la dictadura. Boulanger no debía temer ninguna oposición seria, desde el momento que también el ejército y la policía se habían alineado casi totalmente de su parte.

Con gran desilusión de sus partidarios, el general no se atrevió a intentar un golpe de estado. No era ni una gran personalidad como Napoleón I, ni un aventurero como Napoleón

III, sino sólo un oficial patriota con un talento medio. Sólo la situación particular de 1865 a 1889 y la gran confusión de las clases y de los partidos de la Francia de esa época le habían permitido alcanzar una importancia desmesurada. Después de la bancarrota de la república burguesa, con el simultáneo debilitamiento del movimiento obrero y la caída general de la popularidad de la monarquía, Francia estaba madura para el dictador. El buen general que estaba bien a caballo, que predicaba la revancha y al mismo tiempo era perseguido por los políticos, se presentó ante el pueblo como la realización de sus sueños. Pero en el momento decisivo Boulanger no fue capaz de decidirse ante la acción que se esperaba de él.

Al no producirse al golpe de estado, el gobierno republicano pasó a la ofensiva. Cuando se trató de emprender un proceso de alta traición contra Boulanger éste huyó al extranjero y perdió lo que quedaba de su autoridad. Las masas populares profundamente desilusionadas se hundieron nuevamente en la indiferencia política o volvieron a los viejos partidos. Los republicanos fueron suficientemente astutos, rechazaron la reforma electoral fatal y regresaron a las antiguas circunscripciones electorales pequeñas. En las elecciones de septiembre de 1889 para la Cámara, los republicanos recuperaron la mayoría. No obstante, en Francia la república no había vencido por su propia fuerza. En 1889, exactamente como 10 años antes, la república burguesa sólo había triunfado porque sus enemigos no habían sido capaces de decidirse por una contrarrevolución abierta. En Francia no se logró, ni después de la caída de Mac Mahon, ni después de la huida de Boulanger, un verdadero reforzamiento de la república, o sea, la formación de una democracia burguesa vital. La república burguesa sólo había logrado una pauta y ahora esperaba la crisis siguiente.

En 1889, Bismarck gobernaba en Berlín con una ley antisocialista, en San Petersburgo mandaba el zar Alejandro III con sus policías, en Viena gobernaba Taaffe, en Roma Crispi y sobre París caía la sombra de Boulanger. Para la democracia este era un triste balance. Aparte de esto, en las dos últimas décadas, la industrialización del continente europeo había registrado progresos arrolladores. La conciencia de clase del proletariado debía consolidarse también a pesar de todas las derrotas políticas sufridas. Ese mismo año de 1889 llevó a la París de Boulanger la fundación de la II Internacional. Con

ella empezó también un nuevo período en la historia de la democracia europea.

IMPERIALISMO CONTRA LIBERALISMO

El extraordinario progreso técnico produjo en la generación anterior a la primera guerra mundial una nueva revolución de las relaciones de producción. El incontenible proceso de concentración industrial y la victoria definitiva de la gran empresa sobre la pequeña en todos los más grandes países produjeron al mismo tiempo una completa revolución en la sociedad burguesa. La antigua forma del liberalismo estaba condenada definitivamente a muerte: su herencia fue recibida por la tendencia de la política interior y exterior que por comodidad se identifica con el nombre de imperialismo. El carácter y la posición de la democracia se modificaron también en relación con estos acontecimientos.

No es necesario detallar una vez más dentro de este contexto los conocidos hechos del progreso técnico y de la concentración del capital en el período de 1880 a 1914 aproximadamente. Algunas breves indicaciones y algunos datos bastarán para recordar al lector la tendencia general de ese movimiento. La técnica se caracterizó en la segunda mitad del siglo XIX, junto con el continuo perfeccionamiento de la máquina de vapor, por la utilización general de la electricidad en un número cada vez mayor de campos nuevos. Los veinte años anteriores al estallido de la primera guerra mundial fueron testigos, además, de la triunfal consolidación del automóvil y de la invención de los primeros aviones y dirigibles eficientes. Las nuevas posibilidades técnicas conducían cada vez más a la producción en gran escala. El capital bancario alentaba por todos los medios a las grandes empresas. Muy pronto la gran empresa aislada dejó de ser suficiente: empezó en la industria la formación de cárteles y trusts gigantescos. En cada crisis que sacudía periódicamente al mundo capitalista, las empresas más débiles quebraban en forma masiva. Las concentraciones de las grandes empresas salían beneficiadas. Los medios de producción esenciales estuvieron muy pronto en manos de un restringido número de empresas. El dominio del monopolio había nacido a partir del capitalismo de la libre competencia. El gran capital monopolista moderno destruyó

la sociedad burguesa y condenó a muerte el liberalismo. Por liberalismo debe entenderse una forma de estado y sociedad en la que gobierna la burguesía poseedora y culta dentro del marco de las libertades constitucionales. La forma antigua del liberalismo, tal como se formó en el surgimiento de la sociedad burguesa, conciliaba las libertades políticas internas con la política de un fuerte poder estatal. El régimen parlamentario bajo la forma de república o de una monarquía constitucional forma parte de este liberalismo. Sus características son la seguridad de la persona y de la propiedad frente a la usurpación por parte de las autoridades, libertad de palabra y de prensa, de asociación y de asamblea. El poder estatal sólo pertenece de hecho al estrato superior poseedor. La burguesía gobernante explota el aparato estatal en beneficio de una política exterior fuerte y de las conquistas coloniales. Se preparan ejércitos y flotas, se mantiene alejada la competencia extranjera por medio de aranceles protectores y prohibiciones de comercio. En una palabra, el primer liberalismo es la forma estatal típica del primer capitalismo.

Los grupos políticos que tuvieron el poder en Holanda desde el siglo xvi hasta la gran revolución francesa pertenecen a los liberales de este tipo antiguo. También forman parte de ellos los *Whigs* ingleses de los siglos xvii y xviii y posteriormente los *Tories* de la época que va desde las guerras de la revolución francesa hasta 1831. También los partidos burgueses de la gran revolución francesa de 1789 a 1793 eran liberales auténticos a la antigua.

Siguió después la democracia social bajo Robespierre de 1793 a 1794. Volvió luego nuevamente un gobierno liberal bajo el Directorio hasta 1799. Siguió la dictadura de Napoleón y la restauración de la monarquía feudal de los Borbones. Desde 1830 hasta 1848, dominó de nuevo en Francia el viejo liberalismo con Luis Felipe. Finalmente los federalistas de los Estados Unidos, que determinaron la suerte del nuevo estado federal desde su fundación hasta el final del siglo xviii constituyeron un verdadero partido liberal de tipo antiguo.

El segundo tipo de liberalismo, más reciente, fue un producto del desarrollo industrial de Inglaterra. El nuevo liberalismo coincide con el antiguo en la aspiración a las libertades constitucionales y al poder de la burguesía poseedora. La diferencia entre las dos formas de liberalismo consiste en su posición frente al estado y a la política de poderío. El nuevo

liberalismo está tan convencido de la fuerza victoriosa de la industria moderna que cree poder renunciar a los medios de poder y de constricción estatales. La paz y el comercio libre son sus consignas. La libre competencia entre los distintos empresarios debe consolidarse sin ningún obstáculo, y también sin ningún apoyo artificial. De este modo se beneficia de la mejor manera posible el progreso del individuo, de los pueblos y de la humanidad entera. La tierra prometida del nuevo liberalismo fue Inglaterra durante el período de 1832 a 1866. Los partidarios políticos fueron los *Whigs* más jóvenes y los seguidores de Peel. La segunda patria del nuevo liberalismo fue el reino belga fundado en 1830. La burguesía belga estaba orientada a un desarrollo pacífico a causa de su misma posición geográfica y de la situación política general de su pequeño estado. La clase dominante belga no quería conquistar nada, ni crear un gran ejército, sino sólo continuar tranquilamente desarrollando su industria, protegida por la constitución parlamentaria.

Para aclarar el concepto es necesario distinguir el liberalismo más reciente de la democracia liberal. El verdadero liberalismo actúa con un restringido derecho de voto, mediante el cual sólo la clase adinerada participa en el poder político. Esto fue lo que sucedió en Inglaterra de 1832 a 1866 y en Bélgica de 1830 hasta la guerra mundial. La democracia liberal surge, en cambio, después, cuando también las masas trabajadoras obtienen el derecho de voto y la burguesía se ve obligada a conservar su poder en un acuerdo con los amplios sectores populares. De este modo, después de 1866, en Inglaterra se pasó del partido liberal a la democracia liberal. Después de 1847 Suiza constituye un estado típico de la democracia liberal.

Después de 1830 el segundo liberalismo no pudo llegar al poder en ninguno de los grandes países de la Europa continental que tenían un régimen monárquico. Tuvo, en cambio, un influjo dominante en la burguesía alemana. El arranque de la industria alemana desde 1830 creó en efecto un amplio estrato de empresarios enérgicos y optimistas que creían en el libre comercio y en la libre competencia a la manera inglesa. También en Prusia y en Alemania los capitalistas liberales en alianza con los grupos intelectuales y las grandes masas populares se esfuerzan por poner en práctica constituciones que siguen siempre el modelo inglés. El liberalismo alemán no logró derrocar la monarquía feudal en el poder. Prusia-Alema-

nia pasó por lo menos al libre comercio y en los parlamentos dominaron las ideas del nuevo liberalismo desde 1860 hasta 1879. Después de 1867, Bismarck se comportó unas veces como si quisiera colaborar seriamente con el liberalismo alemán, a pesar de que las ideas neoliberales de progreso contradecían la política militar prusiana de poderío. La burguesía austriaca estaba, en general, empapada de las mismas ideas que la alemana, debido a la comunidad de lengua y de cultura. Ni siquiera el liberalismo austriaco fue capaz de liquidar el imperio feudal de los Habsburgo. Pero el partido liberal alemán tuvo por lo menos en los años sesenta y setenta el control del parlamento y pudo influir considerablemente en la política y en la economía austriacas. Durante ese período el derecho de elegir el parlamento era muy limitado en Austria. Del mismo modo, en Prusia el derecho de voto le daba a la clase adinerada la posibilidad de gobernar por sí sola. Bismarck introdujo el sufragio universal en 1867 para el parlamento del Norte y en 1871 para el del Reich. La tradición liberal era entonces tan fuerte en Alemania que los partidos liberales conservaron el predominio en el parlamento hasta el final de los años setenta.

El nuevo liberalismo basado en el libre comercio, en la paz y en el progreso no pudo nunca entrar verdaderamente en Francia. Hasta 1848, en efecto, la burguesía francesa estaba llena en general de las ideas del viejo liberalismo. Después siguió hasta 1869 el período de la dictadura bonapartista y en seguida se consolidaron en la clase adinerada francesa las ideas imperialistas. Napoleón III dio en la última década de su imperio cierto sustituto del neoliberalismo cuando se convirtió al libre comercio, hizo confesiones teóricas de paz y desarme y a última hora nombró hasta un ministerio parlamentario. Si se prescinde de esta caricatura napoleónica, no existió en la historia francesa un período neoliberal. Tampoco en los Estados Unidos estuvo presente el neoliberalismo. Después de la caída de los viejos liberales federalistas, se produjo de 1800 a 1815 el período de la democracia social. Después se presentó una forma particular de la democracia burguesa, cuyas ramificaciones llegaron aproximadamente hasta 1890. Por un lado la burguesía poseedora de Norteamérica no pudo permitirse ninguna restricción del derecho de voto, sino que por el contrario debió tender a un compromiso con las amplias masas populares en el sentido de la democracia bur-

guesa. Por el otro lado, la burguesía industrial americana quedó anclada incondicionalmente en el arancel proteccionista. Y forma parte de la esencia de los Estados Unidos la progresiva colonización de cada vez nuevos territorios del Oeste. En esta forma la característica del desarrollo norteamericano del siglo XIX fue la constante conquista de nuevas tierras y no la pacífica competencia en las fronteras de la antigua patria. La democracia conquistadora y proteccionista de los Estados Unidos no entró nunca, por lo tanto, a formar parte del esquema del neoliberalismo.

Los movimientos de la burguesía italiana del siglo XIX, empezados por los carbonarios, pertenecen al viejo liberalismo. La burguesía italiana utilizó en efecto el poder estatal y la fuerza de las armas para lograr la unidad nacional y poner la nueva Italia a salvo de sus enemigos internos y externos. También el liberalismo de Holanda del siglo XIX pertenece al viejo esquema. Cuando Holanda recuperó la independencia nacional, después del derrumbe del reino napoleónico, el país se constituyó nuevamente como monarquía de los países Bajos. Desde 1815, la autonomía tradicional de la burguesía holandesa se vio limitada por un considerable reforzamiento del poder monárquico. Holanda conservó después de 1815 su gran imperio colonial en Asia. La existencia económica de los Países Bajos dependía de la posesión de Java y de los demás países de ultramar. La defensa y la explotación del imperio colonial requirió sin embargo una política de poderío inconciliable con las ideas del neoliberalismo. Como puede verse, la esfera real de acción del neoliberalismo del siglo XIX fue extraordinariamente pequeña. Si nos apegamos estrictamente a la definición, Bélgica es el único ejemplo propio de neoliberalismo. En el continente, en efecto, la política neoliberal fue constantemente limitada por las grandes monarquías y en Inglaterra el neoliberalismo fue, en el fondo, irreconciliablemente opuesto a los métodos y a las exigencias del imperio mundial británico. El neoliberalismo del siglo XIX sólo fue un episodio transitorio: un autoengaño del primer capitalista mundial, que entonces creía poder abandonar los rasgos esenciales de la forma de economía capitalista: poderío y violencia. En todas las naciones modernas importantes la burguesía rica pasó durante la segunda mitad del siglo XIX del liberalismo al imperialismo. El neoliberalismo tuvo sin embargo un sorprendente efecto a distancia: la burguesía capitalista, en beneficio de la

cual se había concebido originalmente el neoliberalismo empezó a rechazarlo. De este modo el neoliberalismo fue ávidamente recibido, bajo la forma de la democracia liberal, por los obreros y por algunos pequeños burgueses, cuando buscaban desesperadamente una visión del mundo que pudiera guiarlos en su lucha contra el imperialismo.

Es comprensible el paso de los círculos industriales más influyentes al imperialismo. Piénsese en el tipo medio del pequeño empresario europeo del siglo XVIII y de la primera mitad del siglo XIX. Si este hombre reclamaba la "libertad" y estaba dispuesto a sacrificarse por ella, no era ciertamente por un idealismo abstracto. La libertad y los derechos del pueblo eran necesidades absolutas para la antigua burguesía europea. Libertad significaba que el burgués no debía depender del humor de algún funcionario de la policía realista. El burgués quería estar seguro de que ningún funcionario lo mandaría algún día a prisión o de que un decreto gubernamental imprevisto no le robaría bajo cualquier pretexto la mitad de su patrimonio. Para estar al amparo del estado de ánimo del absolutismo, de la nobleza y de la burocracia, el burgués europeo exigía una constitución, ciertos derechos y la protección de la persona y de la propiedad. El burgués quería librarse lo más posible de las presiones fiscales. Consideraba improductivos los gastos para la monarquía, la iglesia de estado, los funcionarios, la nobleza y el ejército y deseaba su eliminación. No quería un servicio militar obligatorio: su hijo no debía morir a causa de algún proyecto dinástico, sino debía tener la posibilidad de continuar la empresa paterna. El pequeño industrial de los viejos tiempos de ordinario conocía personalmente a sus obreros. Tenía con ellos algunos conflictos: no los consideraba de hecho maduros para el ejercicio del derecho de voto. Se ponía furibundo cuando algún agitador instigaba a sus obreros con consignas cooperativistas y socialistas. También veía en sus obreros a sus colaboradores personales, algunas veces incómodos, pero hacia los que se sentía responsable y con los cuales participaba de los mismos intereses políticos: pan barato, pocos impuestos, ningún servicio militar, protección frente a las arbitrariedades de la policía, etcétera.

Hacia el final del siglo XIX, el gran industrial veía el mundo de una manera totalmente distinta. Como director general tenía bajo sus órdenes más o menos 10 000 obreros o empleados. Si se exceptúan las ciudades verdaderamente grandes,

en los distritos mineros e industriales típicos, el panorama era particularmente impresionante: toda la región pertenecía a la firma. Los obreros y los empleados se alojaban en habitaciones de la empresa; cada centavo que se gastaba en el lugar provenía directa o indirectamente de las arcas de la fábrica. El gran industrial domina, casi como un nuevo señor feudal, el territorio y la población. Para el gran industrial moderno el concepto de libertad tiene un sentido completamente distinto. No necesita temer a las autoridades estatales: se comporta con los ministros como una potencia con iguales derechos. Sus preocupaciones políticas se orientan en una dirección totalmente distinta. Para él "libertad" significa que los agitadores externos tienen la posibilidad ilimitada de conducir a la rebelión a sus súbditos, los obreros. De este modo, el gran capitalista moderno se vuelve cada vez más desconfiado del valor de la libertad y de los derechos constitucionales. Desea, ahora, un estado fuerte, que ejerza una verdadera autoridad sobre las masas y que sea siempre capaz de aplastar una rebelión "roja". El gran capitalista moderno desea, además, que el estado lo mantenga alejado de la competencia extranjera por medio de aranceles y que le abra nuevos mercados con una fructífera política exterior y colonial. Si el estado gasta dinero en la política de defensa y de poderío, debe poder disponer de lo necesario para hacerlo, y la firma debe también soportar los sacrificios necesarios para esto: una especie de seguro contra los peligros internos y externos.

El empresario neoliberal quería la paz, la destrucción del aparato estatal, la seguridad de la libertad burguesa y el libre juego de la competencia. El capitalista monopolista moderno quiere, por el contrario, un estado poderoso, con autoridad tanto en el interior como en el exterior. El desarrollo de una u otra concepción del mundo se pone en práctica gradualmente y en formas diversas, según las condiciones de los distintos países y de la personalidad de los hombres influyentes. Todo esto no guarda ninguna relación de hecho con las cuestiones morales. Muchos pequeños empresarios de antaño eran ciertamente liberales, pero al mismo tiempo duros y toscos; al mismo tiempo que algunos de los nuevos capitalistas de los trusts, precisamente, querían hacer feliz a la humanidad a la manera de los reyes absolutistas y transformar gran parte de sus patrimonios multimillonarios en fundaciones de beneficencia. El juicio histórico no debe dividir nunca a los hombres en "bue-

nos" y "malos", sino únicamente explicar la psicología de la sociedad en su conjunto.

En la segunda mitad del siglo XIX, la consolidación de las concepciones imperialistas condujo a una disgregación de la sociedad burguesa, rica en consecuencias. Hasta ese momento, la burguesía poseedora y culta había formado en general un frente único, que se manifestaba en cualquier crisis seria. En esas ocasiones, la fuerza unitaria de la burguesía y de la opinión pública aliada con ella era ordinariamente un imán que atraía en la misma dirección a la mayor parte del pueblo. Ya desde el siglo XVI la burguesía de los Países Bajos se presentó unida y apoyada por las grandes masas populares en su lucha por la libertad y en contra de la monarquía española. Igualmente en el siglo XVII la burguesía inglesa combatió unida contra las usurpaciones de Carlos I y de Jacobo II. En 1832, la aplastante mayoría del estrato culto y poseedor de Inglaterra era partidaria de la reforma electoral. De 1832 a 1866, el liberalismo tuvo continuamente la mayoría en la Cámara de los comunes ingleses, si se añaden los liberales y los seguidores de Peel.

La historia de Francia presenta la misma imagen: la misma unidad arrolladora de la opinión pública luchó en 1789 contra el absolutismo de Luis XVI y en 1830 contra la política de Carlos X. En febrero de 1848, casi todo el pueblo francés, con excepción de algunas camarillas, participó en la lucha contra Luis Felipe guiado por estratos cultos. Esa misma unión de la opinión pública liberal se tuvo al principio de la revolución de 1848 en Alemania, en Austria, en Hungría y en Italia. Durante el conflicto prusiano por la constitución de 1863-1866, por lo menos las nueve décimas partes del pueblo estaban de parte de los diputados liberales. Se encontraban aislados en la derecha, Bismarck y una reducida camarilla de aristócratas feudales y en la izquierda, Lassalle con un pequeño grupo de obreros socialistas. En 1830, el pueblo de Bélgica apoyó con igual solidaridad la revolución dirigida por la burguesía liberal contra el rey de los Países Bajos.

Ya anteriormente, los aristócratas de las finanzas se habían separado con frecuencia del movimiento general burgués-liberal. Los banqueros de la corte estaban de parte de sus soberanos y los grandes bancos franceses apoyaron hasta 1848 a Luis Felipe. Pero unos cuantos bancos no constituyen la sociedad burguesa y la tendencia desviante de esos círculos finan-

cieros no podía destruir la gran unidad del movimiento popular liberal. Esta situación cambió rápidamente tan pronto como los grandes industriales de Europa y de Norteamérica entraron en la vida pública. En la mayoría de los casos, fueron capaces de convertir a sus ideas aun a los industriales menores. Si la sociedad burguesa podía soportar la oposición de algunos banqueros, cuando era necesario, después del despeque de la industria ya no era posible formar un cuerpo político vital. Los industriales no sólo se unieron con los bancos en el campo del imperialismo, sino arrastraron tras de sí a gran número de intelectuales. Las ideas imperialistas conquistaban cada vez más estratos cultos y en especial a la juventud estudiantil. En la mayoría de los países, los intelectuales dieron la espalda a las antiguas consignas de libertad y progreso y se entusiasmaron por la grandeza nacional, la política de poderío y la autoridad.

La orientación imperialista, sostenida por los industriales, por los bancos y por una parte cada vez mayor de la opinión pública culta y académica, buscó el apoyo de la derecha, cuando todavía existían monarquistas militares o grandes propietarios terratenientes aristocráticos. El liberalismo se restringió gradualmente a algunos sectores del estrato comercial y a algunas zonas del estrato intelectual fieles todavía a las antiguas ideas de la libertad política y económica. El liberalismo burgués reducido y desacreditado de este modo ya no tuvo ni siquiera la fuerza para unirse a los estratos populares más pobres. Mientras los obreros de la industria avanzan hacia el campo socialista, también la incidencia liberal sobre la clase media pequeñoburguesa del continente europeo se vuelve cada vez más débil. Los campesinos y estratos medios urbanos se independizaban políticamente. Al mismo tiempo, sin embargo, la clase superior imperialista trata de ganarse también una base popular masiva. En esta operación puede servir de palanca sobre todo la idea nacional.

Aproximadamente desde 1800, en todos los países, la política imperialista se presenta ante la opinión pública como la política nacional. Los opositores del imperialismo ya sea liberales, demócratas o socialistas, que luchan contra los armamentos, los aranceles, las colonias y contra una política exterior fuerte, pasan por malos patriotas. Este cambio estuvo preñado de consecuencias. El imperialismo, al apropiarse la forma de un encendido nacionalismo, al exaltar a su propio pueblo

y al desacreditar al extranjero, puede utilizar todos los posibles movimientos patrióticos y también antisemitas. El imperialismo derriba, en cierto modo, los restos del movimiento liberal: derriba los restos del ejército liberal y alcanza directamente a las masas populares. Los proteccionistas agrarios, los pequeñoburgueses de las ciudades que se rebelan contra los grandes almacenes modernos y contra la competencia de los judíos, los grupos religiosos que combaten la incredulidad liberal y buscan nuevas autoridades: todos ellos se convierten en aliados del imperialismo en la lucha contra el partido liberal y las corrientes socialistas y democráticas. El eslabón natural de unión entre los señores imperialistas en la cúspide y las masas patrióticas, pequeñoburguesas y clericales, que se organizan en la base, está constituido por la juventud universitaria nacionalista.

El gran capital imperialista evitó generalmente fundar nuevos partidos, pero penetró en cambio en los movimientos políticos existentes, empapándolos de sus ideas y remodelándolos de acuerdo con sus intereses. De este modo, algunos partidos, en cuya cuna se habían cantado canciones de un género completamente distinto, se convirtieron en exponentes del imperialismo moderno. Dígase lo mismo ante todo del partido republicano de los Estados Unidos. ¡Qué cambio del partido de Lincoln al movimiento que MacKinley dirigiera treinta años más tarde! Desde que el partido republicano salió vencedor en la guerra civil y se convirtió en defensor de la concepción burguesa del estado, encontró el apoyo de la mayoría de los grandes capitalistas. Entre los republicanos había también un ala izquierda progresista, como por otra parte también en el partido demócrata contrario existía un ala de grandes capitalistas favorable a los trusts. Desde los años setenta, sin embargo, el partido oficial republicano en su conjunto fue el representante de las altas finanzas y de los trusts industriales. Los republicanos fueron defensores de los aranceles más elevados posibles, de la constitución de una gran flota americana, de las conquistas coloniales en América central y en el Pacífico.

En la política interna exigían manos libres para sus negocios. Rechazaban toda intromisión estatal en la actividad del gran capital, pero pretendían una mano dura contra el movimiento obrero y contra toda tendencia que oliera a radicalismo. Los republicanos imperialistas americanos querían tener fe en la constitución burguesa-democrática tradicional de los

Estados Unidos: pero minaron la democracia hasta el punto que sólo quedó de ella una forma vacía. Cuando los aparatos del partido eran los que hacían las elecciones en la confederación y en los distintos estados y cuando estos mismos aparatos políticos eran guiados por el gran capital, la llamada democracia era en realidad sólo una envoltura de la dictadura del capital imperialista.

En el curso de los años noventa se formó en Francia un bloque imperialista. Se tuvo, por lo tanto, la situación antinatural de una gran mayoría de capitalistas que se pasó al campo de la derecha monarquista. Una minoría de industriales, etc., sostenía, por el contrario la república: era la corriente de Ferry, que en los años ochenta había abierto con su política colonial el camino al imperialismo francés moderno. Superada la crisis de Boulanger de 1889 y salvada milagrosamente la república ésta se debió adaptar a las nuevas relaciones. ¿Hay cosa más fácil que una tentativa de reunir a los hermanos enemigos del capitalismo francés, que dejar a un lado momentáneamente la cuestión de la forma del estado y que hacer posible por medio de la reunión de la clase superior un régimen imperialista fuerte? El papa León XIII se colocaba en el mismo punto de vista al recomendarles a los católicos el reconocimiento de la república. Los capitalistas republicanos moderados, los llamados progresistas, respondieron asegurando que también ellos deseaban la paz con la iglesia. El resultado fue la transición de los capitalistas al campo de la derecha conservadora. El nuevo bloque de la derecha estaba compuesto por los defensores de la monarquía, por los grupos católicos, por los republicanos progresistas, por los restos nacionalistas del movimiento boulangierista y por los antisemitas. Se conservó la forma de la república, pero se estableció inmediatamente impedir toda reforma que apuntara a una democracia popular y reprimir en caso necesario a la gran masa, apoyándose en el senado, en el ejército y en la burocracia.

Se podría recordar al presidente de la república Faure y al presidente de los ministros, Méline, como representantes del nuevo curso de derecha francesa de los años noventa. La política del bloque de derecha era un imperialismo claro y coherente. En 1892, siguió el regreso de Francia al proteccionismo: un fenómeno de importancia teórica y práctica. Durante los años noventa se continuó enérgicamente en África del Norte, Madagascar e Indochina la política colonial francesa empen-

dida por Ferry. El bloque de la derecha francesa le unió a esta política un nuevo viraje en Europa: la alianza franco-rusa debía defender a Francia de la superioridad de Alemania y parecía abrirse para Francia la posibilidad de reconquistar Alsacia y Lorena. La recuperación de estas regiones parecía necesaria a la burguesía francesa no sólo por motivos nacionalistas; la incorporación de las importantes industrias siderúrgicas de Lorena, de las fábricas de potasa y de las industrias textiles de Alsacia en la economía francesa era una meta sumamente alentadora para los imperialistas franceses. La alianza de Francia con Rusia les abría a los bancos franceses la posibilidad de colocar gigantescas inversiones en valores rusos.

En Alemania Bismarck se adaptó gradualmente a las exigencias de la época imperialista. En 1879 se produjo el regreso del imperio alemán al proteccionismo. En los años ochenta empezó una fructífera política colonial alemana en África central y meridional. Bajo Guillermo II se añadió el extraordinario reforzamiento de la flota alemana. La transformación del antiguo partido nacional-liberal proporcionó una base partidista-política al imperialismo. Los nacional-liberales habían sido al principio el gran partido de la burguesía alemana, que desde 1866 estaba ciertamente dispuesta a unirse a Bismarck en la cuestión nacional, pero que al mismo tiempo quería permanecer fiel a sus tradiciones liberales.

A partir de 1878, los nuevos fenómenos y problemas económicos del imperialismo condujeron a la disolución del antiguo partido nacional-liberal. En 1848, la fundación del nuevo partido siguió sobre la base del programa de Heidelberg. Desde 1848 hasta la guerra mundial, los nuevos nacional-liberales tuvieron en común con los antiguos únicamente el nombre: eran el partido de la gran burguesía imperialista. Apoyaron la política de los aranceles, de la flota y de las colonias del gobierno, defendieron los derechos de los grandes empresarios contra los obreros y abandonaron cualquier reforma constitucional de Alemania en sentido liberal en beneficio de la gran industria imperialista.

En los mismos años en que se formaba el nuevo partido nacional-liberal con la disolución del antiguo liberalismo alemán, se produjo también el significativo alejamiento de una importante parte de los académicos alemanes con respecto al liberalismo. El profesor Treitschke de la universidad de Berlín fue el heraldo de la nueva concepción del mundo que combi-

naba un nacionalismo aristocrático con el odio antisemita. Del mismo modo empezó en los años ochenta un movimiento antisemita de pequeñoburgueses bajo la dirección del predicador de la corte Stöcker. En los años ochenta, el diputado Miquel fue el más importante líder de los movimientos nacional-liberales imperialistas. Encarnaba de manera visible los cambios históricos de las clases dirigentes de la burguesía alemana. De joven Miquel había sido un revolucionario democrático y comunista en 1848. Después fue diputado liberal, director de un gran banco, magistrado municipal de Francfort del Meno y jefe autorizado de los nacional-liberales en el cambio de ruta hacia el imperialismo. Miquel terminó su extraordinaria carrera como ministro prusiano de las finanzas de Guillermo II. La otra tendencia de la burguesía alemana que quería mantener sólo el ideal liberal del pasado, estuvo personificada por Eugne Richter, líder del partido liberal. Richter sostuvo con obstinada terquedad una batalla ya perdida y luchó contra los movimientos de la nueva época: contra el imperialismo de derecha y el socialismo de izquierda.

Los industriales y los imperialistas alemanes, al alinearse con el estado militarista prusiano existente, dispuestos a poner en movimiento una política mundial junto con el rey de Prusia, tuvieron que colaborar con la aristocracia latifundista. La nobleza del este del Elba estaba interesada exactamente como los industriales en el proteccionismo y en la conservación de un estado fuerte. Bismarck unió a los conservadores y a los nacional-liberales, o sea a los partidos del latifundio y de la industria, en el llamado Cartel. En las elecciones del parlamento del Reich de 1887, el Cartel alcanzó la mayoría de los mandatos. Bajo Guillermo II, el crecimiento de la socialdemocracia condujo indudablemente a un correspondiente debilitamiento de los nacional-liberales. Para mantener una mayoría capaz de actuar, el gobierno debió incorporar en la liga de los conservadores y de los nacional-liberales también el partido católico del Centro. La burda altanería de la nobleza prusiana que prefería no compartir su poder con ninguno, hizo sobremanera difícil el funcionamiento de la máquina gubernamental. Los industriales y los intelectuales imperialistas y fieles al reino, llegaron algunas veces a la desesperación a causa de la rudeza de los Junker, de los bruscos cambios políticos de Guillermo II y de la ineptitud de su burocracia. En la historia de Alemania bajo Guillermo II hubo momentos en que

toda la burguesía, los grandes industriales y comerciantes, los imperialistas y los liberales debieron formar un frente común. El desequilibrio de las relaciones políticas alemanas con las que se insertaba un poderoso desarrollo industrial moderno en un anticuerpo estatal agrario-feudal siempre producía nuevas crisis.

Estos problemas se presentaron también en el desarrollo de Rusia, Japón, Austria, Hungría e Italia, como si se debiera construir el imperialismo industrial moderno con las estructuras feudales agrarias existentes. Hasta la guerra mundial, la autoridad estatal de Japón fue proporcionalmente la más fuerte. La enérgica personalidad del emperador Mutsuhito amalgamó la nobleza militar histórica con la nueva burguesía industrial. Un parlamento con derechos muy limitados completó la máquina burocrática del estado. Se modernizaron decididamente el ejército, la flota y la industria y Japón comenzó una política colonial de conquista en Corea y en China. Hasta 1914 fue totalmente insignificante la resistencia de los grupos democráticos o socialistas de Japón. Fueron mucho mayores las dificultades internas del zarismo ruso. También en Rusia la gran burguesía imperialista moderna buscó el apoyo estatal histórico. La política tradicional de conquista del zarismo dirigida simultáneamente contra Constantinopla, contra las fronteras de la India y del Océano Pacífico permitió que la burguesía imperialista la utilizara fácilmente para sus fines. Algunos hombres de estado perspicaces, como el ministro de finanzas, Witte, buscaron una sólida alianza entre el zarismo, la propiedad de la tierra y la burguesía imperialista.

La burguesía y la nobleza rusas eran, sin embargo, mucho más retrógradas que los grupos correspondientes de Prusia. A esto se añadía la presión de las masas populares revolucionarias, que cada vez que se presentaba la ocasión hacían tambalearse a la clase dominante. Después de la derrota de la revolución rusa de 1905, se llevó a cabo, sin embargo, en el terreno del nuevo parlamento, la Duma, una especie de compromiso entre la burocracia zarista y los grupos de los grandes capitalistas sobre la base de una política imperialista común.

Después de 1871, la política exterior de Austria-Hungría se dirigió decididamente hacia el Oriente. La ocupación de Bosnia y de Herzegovina por parte de las tropas austriacas en 1878 fue en cierto modo el tributo habsbúrgico a la política colonial. Además de esto, los intereses económicos austriacos se

extendían a la parte restante de la península balcánica. También Austria tenía, pues, aunque de manera limitada, su imperialismo: una política de gran potencia apoyada en la industria moderna y en el capital bancario, en el ejército y la flota, en los aranceles protectores, en las conquistas coloniales y en los intereses económicos en regiones atrasadas, al servicio de la potencia metropolitana. Después de 1867, el partido político exponente del imperialismo fue el partido gobernante húngaro, en el que se encontraban la aristocracia terrateniente y la gran burguesía moderna de Budapest, etc. Antes de la guerra mundial ningún partido imperialista tuvo éxito en Austria. En los últimos veinte años anteriores a la guerra mundial, los imperialistas activos, oficiales, altos funcionarios, aristócratas austriacos, grandes capitalistas y sus amigos se agruparon, por lo general, alrededor del archiduque Francisco Fernando sucesor del trono. La camarilla que lo rodeaba luchaba sin embargo contra el predominio de los húngaros en el doble estado monárquico y deseaba sustituir el dualismo austriaco-húngaro con un nuevo centralismo. Este mismo conflicto impidió un desarrollo unitario de la política de potencia habsbúrgica de Austria-Hungría.

El viejo liberalismo germano-austriaco estaba en plena decadencia. Luger fundó, sobre las ruinas del liberalismo alemán, el partido antisemita de los pequeño-burgueses y de los campesinos: el partido de los social-cristianos. El partido de Lueger, católico y fiel al imperio, representó en el parlamento de Viena la compensación, por así decirlo, de la falta de un verdadero partido imperialista de la gran burguesía. También la juventud alemana de Austria realizó un viraje hacia el nacionalismo y el antisemitismo. Pero ya que la burocracia austriaca dominante de la época de Taaffe no era de ninguna manera germano-nacionalista, sino filo-eslava, supranacional y católica, la juventud universitaria austriaca de origen alemán no encontró cabida. Se podría decir que antes de 1914 la juventud alemana de Austria estaba compuesta por imperialistas a los que no se les permitía actuar. De este modo, el movimiento pangermanista y nacionalista alemán de Austria, que arrastró consigo también a amplios estratos de la clase media, sobre todo entre los bohemios alemanes, fue hostil al sistema de Habsburgo. Al mismo tiempo, la oposición de los pueblos eslavos al estado austriaco se robustecía cada vez más.

Durante los años noventa, la lucha de las nacionalidades y

la confusión general de Viena condujeron a la parálisis de la máquina parlamentaria, de tal modo que la burocracia tuvo que gobernar en forma dictatorial para mantener unido el imperio. El ejemplo austriaco enseña que un movimiento imperialista puede volverse popular y arrastrar grandes masas sólo cuando se apoya en una determinada nacionalidad. En Austria no existía ese tipo de estado nacional imperialista: la idea nacional alemana se encontraba, en efecto, en una oposición irreconciliable con la concepción estatal habsbúrgica. El nacionalismo alemán debía conducir a la disolución del imperio de Habsburgo y a la unión de la Austria alemana con Alemania. De este modo los círculos intelectuales que en las demás grandes potencias representaban los partidarios del movimiento imperialista, en Austria eran precisamente enemigos del estado. Lo que pasaba en efecto en el movimiento nacionalista alemán —o sea que sus fines últimos eran inconciliables con la existencia de la monarquía habsbúrgica— se cumplía en una medida todavía mayor en los pueblos eslavos de Austria-Hungría. Cuando mucho el nacionalismo húngaro aceptaba tal vez la conciliación con la concepción imperial habsbúrgica después del acuerdo de 1867. Pero también en Hungría existía una fracción de propietarios de la tierra y de intelectuales magiares, que consideraban nociva la asociación del pueblo húngaro con la dinastía de los Habsburgo y le presentaban en el parlamento de Budapest la más dura resistencia al partido gubernamental fiel al imperio. A partir de los años noventa fue la falta de una adecuada base política interna y nacional la que paralizó también en la política exterior el progreso del imperialismo de Habsburgo.

En relación con el imperio habsbúrgico, el reino de Italia tenía la ventaja indiscutible de la unidad nacional. Pero en compensación las distintas regiones de Italia eran completamente diversas entre sí en cuanto al desarrollo, la cultura y la psicología. La burguesía liberal culta del Norte había creado el reino de Italia. Pero no fue capaz de gobernar a distancia las regiones atrasadas de la Italia central y meridional. La revolución parlamentaria de 1876 condujo a Italia a la caída de la llamada derecha que hasta entonces había conservado el poder y a su sustitución con la izquierda. La llamada izquierda dominó después en Italia con breves interrupciones hasta la guerra mundial.

No debemos dejarnos engañar, tampoco en este caso, por

los nombres de los partidos o por el curso exterior de los acontecimientos parlamentarios. Bajo la derecha estaba, en efecto, la burguesía moderna y bajo la izquierda se encontraba el Mediodía semifeudal con su amalgama de propietarios del suelo, pequeñoburgueses y jefes locales de la mafia. Los políticos patriotas del Sur lucharon contra el predominio del Norte moderadamente liberal. Aquéllos eran en parte hombres que en su juventud habían luchado contra el mal gobierno borbónico de Napoleón y habían sido partidarios de Garibaldi. Estos abogados, etc., meridionales querían participar también en el poder. Por esta razón combatían contra el sistema burocrático-capitalista que dominaba en el Norte aparentemente de izquierda. Cuando la izquierda llegó al poder en 1876, tenía ante sí sólo dos posibilidades: o era capaz de hacer la revolución social, cosa en la que los llamados líderes de la izquierda no estaban interesados en lo más mínimo, o debía explotar el aparato social existente en el Sur para sus propios fines. Escogió el segundo camino.

Los presidentes de la llamada izquierda italiana, que determinaron en su conjunto el destino de la nación de 1876 a 1914, hombres como Depretis, Crispi y Giolitti, no fueron líderes de las grandes masas trabajadoras ni de la moderna burguesía capitalista. Fueron representantes, por el contrario, de un aparato partidista y administrativo construido hábilmente, que obtenía su fuerza a partir de las regiones precapitalistas y atrasadas del Centro y del Sur. La política interna de la izquierda consistió sobre todo en mantener por todos los medios el dominio de los propietarios de la tierra sobre los campesinos y sobre los pequeños rentistas pobres y analfabetas. Cuando los campesinos italianos tratados como esclavos intentaban una rebelión, eran aplastados sin misericordia. Desde 1876 hasta la guerra mundial, la monarquía parlamentaria de Italia fue, de este modo, sólo la etiqueta de un sistema corrompido: una mezcla singular de discursos ministeriales democráticos, de especulaciones de politiqueros sin escrúpulos, de fusilazos de carabineros y de maniobras camorristas.

Es evidente que este sistema de gobierno no era capaz de servir verdaderamente al imperio moderno. Cuando la izquierda llegó al poder en 1876, no existía todavía una gran industria moderna. Cuando las formas modernas de la gran industria y de la organización bancaria se asentaron después en el Norte de manera gradual, los dirigentes de la economía

sólo encontraron en el gobierno un modesto apoyo. Los dineros del estado no se empleaban, en efecto, en primer lugar para estimular la industria y el comercio o para modernizar el ejército y la flota, sino para fines locales o de los grupos dominantes. La gran burguesía imperialista todavía era demasiado débil para imponer un cambio sustancial, pero poco a poco creció la pasión de los imperialistas sobre los políticos gobernantes. En la política italiana anterior a la guerra, la tendencia imperialista encuentra cabida entre los restos de la antigua derecha. Eran hombres como Sonnino, que apuntaban a obtener un enérgico resaneamiento de Italia y la concentración de todas las fuerzas de la nación para el ascenso imperialista. En los breves períodos en que Sonnino fue jefe del gobierno italiano antes de 1914 no logró sin embargo cambiar de manera decisiva el sistema estatal. También el movimiento juvenil y estudiantil que provenía todavía de Garibaldi y Mazzini, tomó poco a poco la senda del imperialismo.

La política exterior del imperialismo fue ante todo la continuación de la lucha contra Austria y la liberación de las últimas regiones italianas que estaban todavía bajo el dominio austriaco. Con la conquista de las tierras "irredentas" Italia obtendría no sólo la parte sur del Tirol, sino también el gran puerto de Trieste, el dominio de la costa oriental del Adriático y la posibilidad de una actividad de penetración en los Balcanes. Pero al incorporar Italia en la Triple Alianza y al establecer, por lo mismo, una alianza con la clase de Habsburgo, la izquierda no sólo renunció a la liberación de Trento y Trieste, sino también a la política adriática y balcánica activa, que el acuerdo con Austria no permitía. Los gobiernos de izquierda se embarcaron, como compensación, en algunas empresas coloniales en África; Crispi fracasó, sin embargo, de una manera completa en Abisinia, en tanto que Giolitti tuvo mejor suerte en Libia. El imperialismo colonial italiano, anterior a la guerra mundial, se puso de manifiesto en estas empresas coloniales y en algunos pactos con Francia, que contrastaban con el tratado de la Triple Alianza. No obstante, la política exterior italiana, en correspondencia con los conflictos internos no resueltos, siguió titubeante y errática hasta 1914. Sólo la entrada de Italia en la guerra mundial en 1915, marcó el viraje decisivo hacia la política interna y externa del imperialismo.

Las tendencias imperialistas de Rusia y Japón, de Alemania

y de Austria-Hungría fueron sin lugar a dudas antidemocráticas hasta la guerra mundial. En Francia, los imperialistas eran aliados de los monarquistas y de los defensores de la dictadura. En Italia, los nacionalistas dudaban cada vez más de la posibilidad de lograr sus objetivos con el parlamento y las elecciones. En 1915, el ingreso de Italia en la guerra fue impuesto por los imperialistas que movilizaban la opinión pública y aterrizaraban a la mayoría parlamentaria neutralista. En los Estados Unidos, los imperialistas utilizaban la máquina democrática tradicional para imponerles cínicamente a las masas su voluntad. Sólo en Inglaterra, el imperialismo moderno coincidía con un arraigado movimiento democrático-burgués.

Cuando Disraeli puso en práctica la renovación del partido conservador de la Gran Bretaña y alió su partido con las masas por medio de la ley electoral de 1867, todavía no existía el capitalismo de los trusts. El partido conservador, con su combinación del ideal imperial y del progreso social fue, sin embargo, la única forma inglesa en la que los imperialistas modernos lograron más tarde ganar influjo político. En el transcurso de los años ochenta y noventa se llevó a cabo gradualmente la fusión entre el movimiento conservador inglés y el imperialismo de los grandes capitalistas. De este modo, Cecil Rhodes se opuso al principio de su carrera política con sus opiniones sobre Irlanda al partido conservador y sólo más tarde el mismo Chamberlain se pasó del campo liberal de izquierda a los conservadores. Sólo cuando, después de un breve intermedio liberal, se formó en 1895 un nuevo gobierno conservador con Chamberlain como ministro de las colonias, las nuevas tendencias se aclararon totalmente en el imperio británico. El partido conservador se declaró entonces a favor del gran proyecto de Cecil Rhodes de crear una sola África desde El Cabo hasta El Cairo. Chamberlain dedicó todas sus energías a los proyectos africanos y a la construcción y unificación del imperio inglés. Desde el principio del siglo, también Chamberlain empieza la propaganda por el regreso de Inglaterra al proteccionismo. No obstante la tendencia general del partido conservador permanece firme en el campo de la democracia burguesa y Chamberlain se esfuerza continuamente por ganar para sus ideas también a las masas de los obreros ingleses.

Los años 1895 y 1896 representaron el punto culminante de la política imperialista interna y externa de las grandes potencias. En 1895, los conservadores ganaron las elecciones en

Inglaterra y formaron el nuevo gobierno con Chamberlain como ministro de las colonias. En 1895, Faure fue elegido presidente de Francia con los votos del bloque imperialista de la derecha. En 1896, en los Estados Unidos, el candidato republicano Mac Kinley ganó en una dramática batalla electoral. En Alemania, hacia el final de 1894, Guillermo II había sustituido al débil canciller Caprivi. Su sucesor fue el príncipe Hohenlohe, que siguió un camino indudablemente imperialista. Desde el punto de vista político-partidista, los años 1895-1896 llevaron en Alemania a la consolidación, dentro del Reichstag, de la coalición gubernamental compuesta por nacional-liberales, por conservadores y por el Centro. Alemania intentó, en esos años, una febril política de conquista colonial acorde con la iniciativa personal de Guillermo II. A esto se le añadieron el reforzamiento de la flota y los proyectos de una nueva ley de excepción contra los trabajadores socialistas y en pro de la abolición del sufragio universal en el imperio. En ese mismo período el ministro de finanzas ruso, Witte, trató de fomentar el acuerdo entre el zar y el gran capitalismo moderno.

También en 1895, Japón llevó a cabo su gran acción imperialista con la guerra contra China. Sin embargo, Rusia, Francia y Alemania movilizaron contra los japoneses vencedores y los obligaron a abandonar la mayor parte del botín. Hacia el final de 1895 tuvo éxito la tentativa de Jameson, promovida por Cecil Rhodes, de trastornar con una inesperada maniobra la república boer de Transvaal y de incorporarla al imperio británico. El célebre telegrama de Guillermo II al presidente de Transvaal, Krüger; demostraba la decisión del imperio alemán de oponerse a la política inglesa en Sudáfrica. En ese mismo período Crispi llevaba a cabo su desafortunada expedición contra los abisinios. En 1895-1896, el imperialismo estuvo pues muy activo tanto en la política interna como externa de las siete grandes potencias. Sólo Austria-Hungría estaba paralizada por su crisis interna. En Viena el desarrollo filoeslavo del presidente de los ministros, Badeni, chocaba contra la más dura resistencia de los nacionalistas alemanes. En consecuencia, el imperio de los Habsburgo no era capaz de preparar nuevas conquistas imperialistas.

El hecho de que desde 1880 también los dos pequeños estados europeos más desarrollados económicamente, Bélgica y Holanda, mostraran una orientación análoga, es un aconteci-

miento de relieve y al mismo tiempo una prueba de la tendencia general del movimiento imperialista. En 1884 llegó al poder en Bélgica el partido católico conservador que permaneció en el gobierno hasta la guerra mundial. También Bélgica empezó en los años ochenta una exitosa política colonial en África central, inspirada al principio en la iniciativa personal de Leopoldo II, que culminó con la fundación del estado del Congo. El gobierno católico conservador de Bélgica opuso en 1884 una encarnizada resistencia a la exigencia del sufragio universal por parte de la clase obrera socialista. También aquí se manifestaron las mismas tendencias de los grandes estados: concentración creciente de la gran industria, política colonial, debilitamiento de la idea liberal entre la burguesía, acercamiento de la clase poseedora a una autoridad fuerte capaz de combatir al proletariado socialista. Fue completamente paralelo el desarrollo de la vecina Holanda, en que la burguesía rica debía defender al mismo tiempo su poder estatal y un gran imperio colonial tradicional. Con la creciente industrialización también en Holanda aumentó el número de los obreros de la industria y se agudizaron los contrastes de clase. La burguesía se apartó gradualmente de las tradiciones liberales. Un nuevo partido calvinista conservador se presentó en el escenario; su nombre —los “antirrevolucionarios”— basta para indicar su orientación. En 1887, se formó en Holanda el primer gobierno de derecha.

A partir de los años ochenta fue igualmente clara la derrota total del liberalismo en todas las regiones en que existía un movimiento liberal de cierta importancia. El predominio liberal se derrumbó en Holanda, Bélgica y Austria. En Inglaterra las elecciones de 1892 no habían resuelto nada; ni los liberales ni los conservadores habían alcanzado por sí solos la mayoría. La decisión le correspondía al partido irlandés, con cuya ayuda permaneció en el poder el partido liberal de 1892 a 1895. En estos años el liberalismo inglés se vio afectado por graves contrastes internos: el ala derecha del partido, bajo la dirección de Lord Rosebery, se acercaba cada vez más a las concepciones imperialistas conservadoras, en tanto que el ala izquierda guiada por Harcourt defendía las tradiciones de Gladstone. Cuando Gladstone dejó el cargo de presidente de los ministros en 1894 y lo sucedió Lord Rosebery, se puso de manifiesto que el ala derecha del partido había sacado la mejor parte.

Pero si los liberales ingleses concordaban con los conservadores en la cuestión decisiva de la política del imperio y en la exterior, ¿qué función autónoma podía desempeñar todavía un partido liberal? La fuerza de atracción de la idea imperialista sobre la burguesía poseedora era tan irresistible, que un número cada vez mayor de grupos burgueses se adhería a los nuevos principios y la esfera de elección del liberalismo histórico se empequeñecía cada vez más. Las dos votaciones parlamentarias inglesas siguientes de 1895 y de 1900 marcaron una grave derrota de los liberales y a principios del nuevo siglo la guerra de los boers destruyó aun más al partido: un grupo de liberales atacó duramente esta iniciativa meramente imperialista, en tanto que otro grupo apoyó al gobierno por razones nacionales.

Simultáneamente con estos hechos el liberalismo llegaba a su término en Alemania. El partido liberal dirigido por Eugen Richter, verdadero heredero de las tradiciones liberales, contaba todavía a principios de 1884 con 100 miembros de la Cámara, sobre un total de 397 diputados. En las elecciones del otoño de 1884 el número de los diputados descendió a 65, y en las de 1887 a 32. En 1890 se eligieron 64 diputados. Pero en 1893 el partido liberal se dividió porque una parte de los liberales alemanes apoyaba al gobierno de Caprivi, es decir, quería establecer un pacto con el sistema dominante. En las elecciones de 1893 la corriente intransigente de Richter, el partido liberal popular, sólo obtenía 25 escaños. La unión liberal progubernamental tuvo 13. A éstos se les añadía, también, un grupo particular de liberales del sur del Tirol, la Volkspartei, con 11 diputados. Como puede verse hacia 1893 el liberalismo alemán estaba profundamente dividido, precisamente en lo que se refería a la cuestión del imperialismo. La Unión liberal apoyó un nuevo proyecto militar grande del gobierno, que, en cambio fue hostigado vivamente por Richter. La misma unión liberal a diferencia del grupo de Richter estuvo de acuerdo en 1895 con la construcción de barcos de guerra promovida por el gobierno. Exactamente en los mismos años y por los mismos motivos el liberalismo se desintegró tanto en Alemania como en Inglaterra.

El liberalismo en decadencia sólo pudo contar en los últimos treinta años del siglo XIX con grupos cada vez menos numerosos de la burguesía que rechazaban el imperialismo. De este modo se veía obligado a buscar un contacto con las masas populares, en la medida en que también éstas combatían contra el mismo enemigo. De esta manera, el liberalismo se fusionó con la democracia liberal. Mientras en Inglaterra, Alemania y Bélgica los partidos liberales tenían la mayoría de la burguesía poseedora y ejercían el poder parlamentario, existía en sus filas una diversidad de opinión acerca de la conveniencia de llevar a los obreros a la responsabilidad política con el sufragio universal. En Inglaterra, la extrema izquierda de los liberales, bajo la dirección de Bright habían recomendado un acuerdo de este tipo con los obreros y en 1848 el ala izquierda liberal había realizado tentativas semejantes en Alemania y en Francia. Sin embargo la derrota de la revolución en el continente europeo y el fracaso de todos los esfuerzos por una reforma electoral en Inglaterra impidieron hasta 1866 que esta democracia liberal alcanzara alguna importancia práctica. Sólo Suiza se desarrollaba como el país modelo de la democracia liberal desde 1847. No buscaba conquistas, no tenía orgullo militar, sino por el contrario perseguía en paz sus propios intereses económicos. Suiza tenía el sufragio universal y al mismo tiempo mantenía la defensa plena de la propiedad privada burguesa: precisamente las dos fórmulas políticas y sociales a las que tendía la democracia liberal.

En ese mismo período, Bismarck introdujo el sufragio universal, y Disraeli hizo lo mismo en Inglaterra. Desde entonces ni en Inglaterra ni en Alemania fue posible que los liberales defendieran una limitación de los derechos políticos de los trabajadores. En estos dos grandes países sólo era posible todavía una política práctica liberal basada en el sufragio universal y con la colaboración entre capitalistas y obreros. De este modo, en la época del imperialismo, la democracia liberal siguió siendo la única forma en que todavía era concebible la política liberal. Como ejemplo típico de un programa liberal-democrático de esa época citamos el del partido popular alemán de 1895. Todavía lo seguía la mayoría de la burguesía media y pequeña de Württemberg. La tradición de esta forma local de liberalismo alemán de izquierda se re-

montaba a la democracia burguesa de la Alemania del Sur de 1848. En el programa dice entre otras cosas:

“El partido popular alemán es el partido del progreso político. Sostiene los principios democráticos de la libertad y de la igualdad y exige la participación sin excepción de todos los ciudadanos en la actividad legislativa, administrativa y judicial, la realización del autogobierno del pueblo en el estado [...] El partido popular es el partido de las reformas sociales y económicas. Reconoce que los problemas estatales y económicos son inseparables y que la elevación económica y social de la clase trabajadora y la realización de la libertad política se condicionan recíprocamente. Tiende a la solución pacífica de los contrastes sociales en un orden social que garantice la libertad. El partido popular es el partido de la paz. Ve en la guerra y en el militarismo el más grave atentado contra el bienestar del pueblo, de la cultura y de los intereses de la libertad. Apunta a una alianza libre y pacífica de los pueblos.”

Entre los puntos del programa económico del partido popular se dice específicamente: “Elevación del bienestar del pueblo y defensa de los que son económicamente débiles, promoción de la libertad de cambio, exclusión de cualquier privilegio estatal para grupos o cárteles del gran capital”.

El programa del partido popular liberal de Eugen Richter concordaba en todos los puntos fundamentales con los puntos de vista del partido popular de Württemberg. De este modo también los miembros del ala izquierda del liberalismo inglés hubieran podido suscribir todas estas afirmaciones. Dentro de la burguesía poseedora de Alemania era muy débil, alrededor de los años noventa, el influjo de los demócratas liberales, por no hablar de los demás países. La democracia liberal adquirió cierta importancia política e histórica únicamente a consecuencia de que las grandes masas de los obreros de la industria de Europa y algunos estratos de la pequeña burguesía hostiles al imperialismo, se adhirieron a las consignas liberal-democráticas. El arranque de la gran industria en todos los mayores estados, aumentó en los años ochenta el número y la decisión de lucha de los obreros de la industria. En Alemania, Austria, Francia, Italia, Holanda, Bélgica y Suiza creció automáticamente la importancia del partido obrero socialista. Hacia los años noventa, los socialistas se habían convertido, en todos los países, en interlocutores políticos con los que había

que ajustar cuentas seriamente. Pero era igualmente difícil para los mismos partidos socialistas encontrar una ubicación precisa en el nuevo horizonte político. Pocos eran los principios de táctica política en los que los socialistas de los países industriales europeos se encontraban de acuerdo: organización sindical de los trabajadores para la lucha económica y organización del partido socialista para la lucha política, utilización del parlamento para representar ahí de una manera más decidida las demandas de los trabajadores, propaganda por el sufragio universal en los países en que la clase dominante lo negaba todavía a los trabajadores, uso de medios pacíficos únicamente, rechazo de acciones terroristas aisladas y de tentativas de insurrección sin perspectivas.

Todo esto no era, sin embargo, suficiente para darles a los partidos socialistas una posición clara frente a los numerosos problemas de la vida política cotidiana. La clase obrera europea se veía obligada a avanzar a tientas, y de una manera dificultosa y empírica, en el campo político. Al mismo tiempo, no encontraban, por las razones que se expondrán enseguida, prácticamente ninguna ayuda de parte de Marx y Engels. Los problemas capitales del orden del día eran: ¿cómo debía comportarse la clase trabajadora con los demás estratos populares amplios, con los campesinos, con los artesanos y con los intelectuales? A este problema se le añadía la siguiente interrogante: ¿cómo debía comportarse un partido socialista obrero en relación con los demás partidos de su propio país? ¿Debía buscar éxitos parciales aliándose con otros partidos y de este modo influir en el estado para sus intereses? o bien, ¿debía rechazar tales compromisos? ¿Cuál era la relación de los partidos socialistas con los problemas generales de la política económica que iban más allá de las relaciones directas entre el trabajador y el dador de trabajo? ¿Cuál era la actitud de los socialistas frente al estado y a la patria en general? ¿Qué posición debía asumir un partido socialista en la política exterior, sobre el problema del ejército y de la flota, de las colonias y, en general, sobre los problemas actuales del imperialismo? Las respuestas a todas estas preguntas provenían de la visión de la realidad que la clase trabajadora había elaborado gradualmente por sí sola en el último tercio del siglo XIX. Los líderes teóricos de esa época, hombres como Kautsky, sólo intentaron unir las concepciones ya existentes en las masas de los trabajadores con las doctrinas económicas generales del

marxismo. Pero sería completamente falso y antihistórico afirmar de Kautsky y sus amigos inventaron los principios fundamentales de la II Internacional: el movimiento socialista obrero del período de la II Internacional de 1889 a 1914 es más bien producto del desarrollo del mismo proletariado europeo. A partir de los presupuestos que se habían ido constituyendo hasta 1889 debía desarrollarse esta forma del movimiento obrero.

La conciencia de clase que caracterizaba ahora al movimiento obrero del continente europeo conducía a los obreros a acentuar fuertemente su propia posición específica y su propia diferenciación de los demás estratos profesionales. La consecuencia de esto era que ninguno de los partidos socialistas atacaba con sus programas a los campesinos o a los artesanos, o combatía contra la clase media, sino que al mismo tiempo el trabajo práctico de todo partido socialista se limitaba en un 99% a los obreros de la industria. A los estratos medios los partidos socialistas y los partidos obreros se les presentaban por lo menos como algo extraño. De este modo se presentó en la política una contraposición llena de consecuencias entre el partido obrero por un lado y todos los demás partidos por el otro, que convergían como partidos llamados "burgueses" en el rechazo del socialismo. Además el simple obrero socialista desconfiaba profundamente de todos los grupos empresariales, de los órganos del estado y de los partidos no socialistas. Se sentía rechazado y perseguido por todos los demás partidos e instituciones —y en la mayoría de las veces tenía toda la razón. Le exigía por tanto a su partido una actitud de intransigente oposición contra el estado burgués existente. Rechazaba alianzas con los demás partidos políticos y presuntos éxitos parciales. De este modo la fuerte y auténtica conciencia de clase de la vanguardia obrera era precisamente la que acrecentaba el aislamiento político del movimiento socialista.

Además, el obrero socialista era profundamente escéptico con respecto a todos los discursos sobre la patria y sobre su grandeza, que se escuchaban en todas las manifestaciones oficiales. Estaba convencido de que el ejército del estado capitalista servía para reprimir a las masas populares y que sólo pequeños grupos de especuladores se beneficiaban con la política exterior de conquista del gobierno. No tenía ningún interés en las colonias y no quería que sus propios hijos murieran a causa de la política de conquista de sus patrones. Quería

la paz y el entendimiento entre los pueblos y se sentía solidario con sus propios hermanos de clase de los demás países, que debían combatir en las mismas condiciones contra los mismos adversarios. De este modo, el obrero europeo que tenía una conciencia de clase recibió con particular entusiasmo la reconstrucción de la Internacional y le opuso a la propaganda nacionalista de su propio país la fe en la socialdemocracia internacional que unía a los pueblos.

Lo que los funcionarios del movimiento obrero europeo habían aprendido del marxismo científico los reforzó ulteriormente en estas convicciones. Encontraron los instrumentos para una crítica tajante del orden capitalista existente, la prueba de por qué en el sistema capitalista los obreros siempre eran explotados y de que no era posible ningún cambio de esta realidad fundamental, mientras el orden social capitalista no fuera sustituido por el socialista. El marxismo les mostraba a los obreros europeos de la industria la importancia de su clase y la tarea histórica que les esperaba en el presente y en el futuro.

El conjunto de estas concepciones corresponde más o menos al radicalismo oficial, que constituyó la principal orientación de la internacional socialista desde su fundación en 1889 hasta el estallido de la guerra mundial. Lo curioso es que en cada una de las cuestiones de política práctica, el radicalismo oficial de la II Internacional se encuentra en abierta oposición con la doctrina de Marx. La misma división del pueblo en una masa proletaria-socialista y una masa llamada burguesa, en la que por "burgués" se entiende cualquiera que no es obrero de fábrica o vota contra los socialdemócratas es absolutamente antimarxista. Marx construye su doctrina sobre la oposición entre el proletariado y la burguesía en cuanto clase en sentido específico, pero no sobre la contraposición entre socialistas y "burgueses". La burguesía en sentido marxiano era únicamente una pequeña minoría de la población. Estaba constituida por los poseedores de los medios de producción socialmente importantes.

El proletariado en cuanto guía de todo el pueblo trabajador debe cumplir la tarea histórica de construir una nueva sociedad. Los obreros de la industria, por su situación de clase, tienen la tarea de llevar a cabo esta lucha. Para Marx la clase obrera se puede librar de ciertos prejuicios con mayor facilidad que los campesinos o que los pequeñoburgueses. Pero

considerar a los campesinos, a los artesanos, a los industriales y a los banqueros como una unidad y colgarle a esta extraña combinación la etiqueta de "burgués" y contraponer este mundo "burgués" al socialista, no tiene nada que ver con el marxismo. Ya señalamos muchas veces que Marx y Engels dedicaron gran parte de su trabajo al estudio de las cuestiones agrarias de Irlanda y de Rusia, por ejemplo.

De todo esto se derivaba también la posición de Marx y Engels frente al problema de la coalición entre el partido obrero y los llamados partidos burgueses. Marx siempre consideró aceptable una alianza de su partido con otros partidos, si ésta servía para los intereses del movimiento revolucionario. Esto no sólo es válido para la revolución de 1848; la crítica que Marx y Engels hicieron en 1863 y después a los seguidores de Lassalle se debió sobre todo al hecho de que éstos habían dejado sola a la burguesía liberal en la lucha contra Bismarck y el feudalismo, limitando sus ataques únicamente a los capitalistas y no a los Junker prusianos. Todavía en los últimos años de su vida, Marx se identificaba plenamente con el movimiento revolucionario ruso y por lo tanto con un movimiento de campesinos dirigido por intelectuales, aunque éste no tenía nada que ver ni con el proletariado ni con el socialismo proletario.

De esto debía concluirse que el partido obrero tan pronto como hubiera llegado al poder junto con sus aliados o por lo menos hubiera alcanzado la mayoría en el parlamento debía cumplir también sus obligaciones correspondientes. Era totalmente evidente, por ejemplo, que el partido de Ledru-Rollin, que había obtenido en febrero de 1848 una participación en el poder de Francia debía colaborar también en la dirección del estado. El único problema era que el partido lograra inclinar verdaderamente el fiel de la balanza a su favor. Los que se decían radicales de la II Internacional rechazaron, por el contrario, la alianza con los demás partidos y consideraron inadmisible la aprobación del balance de un estado burgués. Resultaba igualmente extraño en tiempos de la II Internacional la relación de la socialdemocracia oficial con la monarquía. Marx le había pedido al movimiento obrero alemán una clara profesión de fe republicana para manifestar la oposición revolucionaria al sistema dominante de los Hohenzollern. En la época de la II Internacional este serio problema se redujo, sin embargo, a miserables cuestiones de etiqueta, como por

ejemplo, si era lícito a un socialdemócrata hablar con un gran duque o acompañarlo en su funeral.

Para Marx y Engels, el problema "mercado libre o proteccionismo" era una cuestión de funcionalidad. Tanto el uno como el otro eran formas de política económica capitalista. El radicalismo de la II Internacional se declaró de una manera unilateral y dogmática en favor del mercado libre, en parte para abatir el costo de la vida de los obreros en cuanto consumidores, y en parte como adhesión a las teorías liberales en boga. Marx y Engels consideraron siempre la guerra como un instrumento de la política como cualquier otro que se pone al servicio de la revolución. La II Internacional se declaró incondicionalmente y en cualquier circunstancia a favor de la paz. Marx y Engels sostuvieron siempre la autodeterminación nacional y el derecho a la existencia autónoma de los pueblos. Los radicales de la II Internacional, por el contrario, provocaron con sus polémica contra la política nacional de sus propios gobiernos y con su profesión de fraternidad universal entre los pueblos, los más terribles equívocos tanto entre los amigos como entre los enemigos.

La diferencia decisiva consistía en que Marx y Engels llevaban a cabo una política revolucionaria efectiva, obligada a luchar con las realidades existentes de hecho. El radicalismo de la II Internacional, en cambio, renunció a una política de revolución popular sustituyéndola con una política corporativa y de protesta de los obreros industriales. Se preguntará por qué Marx y Engels se quedaron observando tranquilamente el curso de los acontecimientos sin denunciar el comportamiento equivocado de los partidos socialistas europeos. Ambos realizaron una actividad incansable hasta su muerte y fueron muy combativos. Desde 1883, Marx se dio cuenta de las principales tendencias de los partidos socialdemocráticos de Europa y Engels vivió con plena lucidez todavía seis años después de la fundación de la II Internacional, honrado por sus miembros como jefe y guía. En 1848, Marx y Engels les habían dado a sus seguidores, en el *Manifiesto comunista*, un programa absolutamente realista que tomaba en cuenta las situaciones tácticas de cada uno de los distintos países y les daba a los obreros revolucionarios una directiva clara. ¿Por qué razón estos dos pensadores no difundieron en 1880 una nueva edición del *Manifiesto* adaptada a las nuevas circunstancias? ¿Por qué Engels no publicó en 1890 un libro análogo que pu-

diera representar el hilo conductor de la política de la nueva Internacional?

Cuando Marx y Engels prepararon en 1872 la reimpresión del *Manifiesto*, escribieron como conclusión de un breve prefacio que se ocupaba en forma particular de la Comuna de París: "El *Manifiesto* es un documento histórico que ya no tenemos derecho a modificar. Una edición posterior quizá vaya precedida de un prefacio que pueda llenar la laguna existente entre 1847 y nuestros días; la actual reimpresión ha sido tan inesperada para nosotros, que no hemos tenido tiempo de escribirlo."

Pero esta nueva edición no se escribió nunca. Engels mandó publicar las ediciones de 1883 y 1890, que tuvo bajo su cuidado, con breves prefacios llenos de importantes consideraciones, que sin embargo no aportan ninguna actualización de los problemas tácticos del movimiento obrero a los nuevos tiempos. La obra más popular del marxismo en los últimos años de la vida de Marx y Engels fue *Del socialismo utópico al socialismo científico*. Ni siquiera este escrito sirvió de ayuda, sin embargo, a los obreros que necesitaban una indicación de las tareas políticas de esa época. En la cuarta edición de 1891, Engels añadió una parte sobre la forma de producción de los trusts, que en ese tiempo adquirió mucha importancia. Hubiera sido una ocasión óptima para aclarar la táctica del movimiento socialista de la época de los trusts. Pero Engels no lo hizo.

Varias zonas contribuyeron a esta reserva de Marx y Engels. En primer lugar, no comprendieron bien nunca la especificidad real de los partidos obreros europeos que se habían formado de nuevo después de 1863. Marx y Engels descubrieron que estos partidos se comportaban de una manera diversa de lo que ellos consideraban correcto. Pero la causa de esta desviación se encontraba, según ellos, en los errores de los líderes y en la rudeza pequeñoburguesa de los miembros. Marx y Engels criticaban duramente las distintas acciones de Lassalle y Liebknecht. Bajo esta crítica estaba siempre la convicción de que los partidos socialistas son o deben ser también los partidos revolucionarios al estilo de 1848, de que era suficiente expulsar a los malos jefes y combatir los prejuicios pequeñoburgueses de los miembros para que todo volviera a su cauce normal. Marx y Engels no comprendían que después de 1863 ya no tenían nada que ver con los distintos

errores de los partidos socialistas, sino con un nuevo tipo de partido, y que este partido de categoría de los obreros europeos era una cosa distinta del marxismo revolucionario.

Después de la catástrofe de 1871, Marx y Engels debieron sepultar, en primer lugar, cualquier esperanza en una nueva acometida revolucionaria en Europa, excepto en Rusia. En ese momento consideraron inútil darles directrices tácticas a los partidos obreros europeos pequeños y débiles para la revolución que no habrían podido llevar a la práctica en una fecha previsible. A esto se añadió la ley antisocialista de 1878. La socialdemocracia alemana fue perseguida y oprimida durante doce años por la represión del gobierno europeo más duro de la época. El movimiento de los trabajadores alemanes permaneció sin embargo en pie. En 1890 cayó Bismarck, se abolió la ley antisocialista y se puso en evidencia que en los años de la persecución, la socialdemocracia había multiplicado sus fuerzas. El valor y la fidelidad con que los obreros socialistas alemanes habían resistido durante doce años despertó en Engels la más grande admiración: pero una vez más no comprendió correctamente las causas del comportamiento de los obreros alemanes. En los años noventa Engels, ya viejo, cometió el mismo error que había cometido junto con Marx cincuenta años antes, al sobrevaluar dentro de su apasionamiento revolucionario la fuerza de choque de los partidos populares de la época. Del mismo modo que en los años cuarenta había sobrevaluado el partido de Ledru-Rollin y los cartistas, ahora no fue capaz de valorar exactamente la socialdemocracia alemana.

El aprecio y la confianza que Engels albergaba por la clase trabajadora en los años de la ley antisocialista estaban plenamente justificados, pero los motivos que guiaban ahora a los obreros alemanes eran distintos de los puestos en relieve por Engels. Los obreros socialistas alemanes tenían una inquebrantable conciencia de clase: no querían dejarse vencer por los capitalistas y por la policía, soportaban cualquier persecución más bien que abandonar su partido y su clase. Pero no pensaban en ninguna revolución inminente, en la que ellos —los obreros socialistas— a la cabeza del pueblo alemán habrían expulsado a los Hohenzollern. Para Engels, por el contrario, no se podía esperar mejor prueba de la voluntad revolucionaria que la que los obreros alemanes habían dado en esos doce años. Después de 1890, expresó una confianza incondicional

en la fuerza de acción de la socialdemocracia alemana y ya que el partido alemán era el partido más fuerte y más importante de la II Internacional, Engels pudo apoyar internamente a la Internacional de 1889 y colaborar con la misma.

Con algunos pasajes de sus cartas se puede demostrar lo poco que la idea que tenía Engels correspondía a las condiciones políticas alemanas reales. En 1895, año de su muerte, Engels escribía:

“La expansión continua, creciente, incontenible, del partido tiene como consecuencia que los nuevos elementos son más difíciles de asimilar que los que llegaron primero. Los obreros de las grandes ciudades, o sea, los más inteligentes, los tenemos ya. Los que llegan ahora son trabajadores de las pequeñas ciudades o de los distritos periféricos o estudiantes, empleados, etc., o pequeñoburgueses en lucha por no sucumbir, o pequeños empresarios del campo que todavía tienen un pedazo de tierra propia o arrendada, y ahora también, en términos generales, verdaderos pequeños campesinos. Y ya que nuestro partido es de hecho el verdadero y único partido progresista y por lo mismo el único suficientemente fuerte para imponer avances, existe la tentación de hacer un poco de socialismo aun por parte de los grandes campesinos endeudados que se rebelan, en las regiones en que constituyen mayoría.”

En esto, Engels tenía razón al decir que la socialdemocracia alemana había conquistado durante este período la mayoría de los obreros de la industria de las grandes ciudades. También era cierto que la socialdemocracia había atraído hasta 1914 ciertos estratos simpatizantes de la pequeña burguesía y del campo, exasperados por la situación del imperio y que expresaban su descontento con la cédula roja. No obstante, la relación de la socialdemocracia con los estratos medios alemanes y sobre todo con toda la masa popular, no compuesta por trabajadores industriales, era completamente distinta de lo que le parecía a Engels. Éste preveía un desplazamiento rápido de las clases medias hacia el partido socialista. La socialdemocracia, como único partido verdaderamente progresista, habría sido realmente popular y habría atraído hacia sí sin gran dificultad estratos cada vez más amplios del pueblo. En realidad, ya existían entonces las rígidas fronteras entre lo “burgués” y lo “socialdemocrático” y el aislamiento de los obreros socialistas en sentido estricto. Esto no podía ser eliminado por una simpatía ocasional de la clase media. La socialdemo-

cracia sólo habría podido vencer en la revolución si hubiera sido un partido del pueblo al estilo de 1848. Ésta era la forma en que pensaba Engels. Pero la realidad política alemana era distinta.

Ya en una carta de 1884, Engels exponía interesantes consideraciones acerca de la próxima revolución alemana y sobre el papel que jugaría la llamada democracia pura. Escribía:

“Esto es lo que ha ocurrido en todas las revoluciones: el partido más moderado que de una u otra manera sigue siendo capaz de gobernar llega al poder, pero sólo porque los derrotados ven en él la última posibilidad de salvación. Ahora bien, no puede esperarse que en el momento de la crisis nos siga la mayoría de los electores, o sea de la nación. Toda la clase burguesa y el resto de la clase feudal poseedora, una gran parte de la pequeña burguesía y de la población de los campos se agruparán alrededor del último partido burgués que de dientes para afuera se dice extremadamente revolucionario; y considero totalmente posible su participación en el gobierno provisional, y que incluso constituya momentáneamente la mayoría. La minoría socialdemócrata del gobierno parisino de febrero de 1848 mostró cómo no se debe comportar una minoría. De cualquier modo, esta última es por ahora todavía una cuestión académica.”

Engels cuenta aquí con la posibilidad de una revolución victoriosa en Alemania en un momento en que la socialdemocracia no dispone todavía de la mayoría de los electores. En ese caso, el gobierno habría caído en manos de la democracia pura. Y en Alemania esto significaba en manos del partido de Eugen Richter. Los socialdemócratas se habrían visto obligados a participar en el gobierno provisional. Bebel se habría visto obligado a sentarse al lado de Richter en el gobierno republicano temporal, como en 1848 Ledru-Rollin se había sentado al lado de Lamartine. Como señala Engels, naturalmente, la socialdemocracia habría debido evitar los errores por los que en 1848 fracasaron los demócratas sociales en Francia. Pero, ¿dónde se encontraban en 1884 o posteriormente en 1895, en Alemania, las condiciones previas reales para semejante revolución? No existía de hecho la mínima posibilidad de que una insurrección popular expulsara de Berlín al emperador y que posteriormente Richter y Bebel entraran al palacio y sustituyeran a Bismarck y a Guillermo I. Engels mismo juzga como “académica” su propia observación; sin embargo la

tomaba muy en serio. En sus últimos años consideraba la posibilidad de una revolución alemana cada vez con más frecuencia. La única base de la que podía partir era la fuerza revolucionaria que suponía existir en la socialdemocracia alemana. La oleada socialdemócrata arrastraría consigo también al partido progresista y dadas las circunstancias conduciría a Richter y los suyos a la cabeza del gobierno alemán.

Engels reflexionaba también sobre el modo en que se podía evitar semejante gobierno de transición de la burguesía liberal de izquierda. En la misma carta escribía:

“No obstante, las cosas podían tomar un rumbo distinto en Alemania por razones militares. Dada la situación actual, los ataques del exterior sólo podrían provenir de Rusia. Si no parten de ahí, el ataque llega del interior, de Alemania, y entonces la revolución sólo puede partir del ejército. Desde el punto de vista militar un pueblo desarmado contra un ejército de nuestra época es como si no existiera. En este caso, si nuestra reserva de veinte o veinticinco años, que no vota pero está adiestrada, entra en acción, podría llevarnos a derribar la etapa de la democracia pura. Pero también este problema es académico en la actualidad, aunque yo, que soy por así decirlo representante del estado mayor del partido, me vea obligado a tomarlo en cuenta.”

Engels sabía perfectamente que contra un ejército moderno del tipo de los de la Europa continental, las barricadas eran punto menos que inútiles. Una revolución europea moderna sólo puede triunfar si se extiende al ejército. La historia de las revoluciones de 1917 y 1918 de Rusia y de Alemania, respectivamente, confirma plenamente lo acertado de esta observación. Si se hubiera logrado hacer de los reclutas de las ciudades tan revolucionarios como para lograr una mayoría socialdemocrática en el ejército, el ejército prusiano se habría derrumbado. Entonces la revolución habría podido crear un gobierno directamente socialista y los soldados rojos no habrían tenido necesidad de tolerar un gobierno del partido liberal. Si se piensa en los acontecimientos de 1918 resulta claro que las ideas de Engels no eran en realidad fantaseosas. La revolución alemana de noviembre tuvo en efecto esta forma aproximadamente. Pero en Alemania hacía falta al mismo tiempo, tanto dentro como fuera de la democracia, una decisión revolucionaria consciente.

Ahora se puede responder a la pregunta formulada al prin-

cipio de este libro: en qué medida el concepto político de democracia cambió entre 1848 y 1883. En 1884 Engels entendía por democracia pura el liberalismo burgués de izquierda, la democracia liberal de Eugen Richter. El lugar de los combatientes de las barricadas de 1848 lo ocupaba como representante de la democracia de Alemania el partido del progreso. En la Francia de 1884, los demócratas ya no eran Blanqui o Ledru-Rollin, sino los miembros de la fracción parlamentaria de los radicales. En Inglaterra, los demócratas ya no eran los cartistas, sino los seguidores de la corriente de Gladstone. Después de 1848, ya no existía en el horizonte político europeo la antigua democracia. Su lugar lo tomaron, aunque de una manera incompleta, varios partidos y corrientes socialistas.

En 1848, el concepto de democracia comprendía a la masa del pueblo trabajador en su conjunto, en la medida en que ésta combatía contra la clase poseedora. Mientras tanto, sin embargo, el concepto de democracia había entrado en el horizonte mismo de la burguesía poseedora y comprendía ahora el ala izquierda del liberalismo burgués, o sea, los partidos y los grupos que se batían por el sufragio universal y luchaban en nombre de la libertad y de la libre competencia en contra del imperialismo moderno. Mientras la primera democracia había tenido un contenido social determinado, los programas de lucha social ya no formaban parte de la esencia de la democracia burguesa. Esta nueva democracia tendía a través de reformas modestas a la conciliación de las clases: se había convertido en la democracia de las formas políticas puras. En 1884, Engels habla en este sentido de democracia “pura”. Para el revolucionario social la democracia pura se encuentra por lo tanto del otro lado de las barricadas, a pesar de que algunas veces se ve obligado a establecer una alianza con los demócratas liberales en la lucha contra los imperialistas y contra las monarquías militares. Desde el principio la relación entre Engels y la II Internacional se apoyaba en una profunda equivocación. La premisa de que el marxismo revolucionario y los partidos obreros modernos tenían los mismos objetivos se daba por descontada. Pero esta premisa era falsa. La contradicción específica que invade toda la historia de la II Internacional ya se encontraba presente en el momento de su fundación.

En los años setenta, la actividad legislativa de política social de Inglaterra había llegado a ciertos puntos definitivos. En Suiza se estableció una legislación sobre las fábricas. Du-

rante los años ochenta, Bismarck emitió en Alemania las primeras leyes en favor de los trabajadores, aunque muy prudentes e insuficientes. Ante las demandas socialistas, los industriales de todos los países presentaban la objeción obvia de que la política social aumentaba los costos de producción: era por lo tanto necesario que las innovaciones político-sociales no se limitaran a los países individuales, ya que de otra manera en la competencia internacional los países más avanzados desde el punto de vista sociopolítico serían superados por los países atrasados, capaces de producir con costos inferiores. De esta manera resultaba evidente que la política social y la defensa de los trabajadores debían convertirse en problemas internacionales.

El movimiento obrero se esforzaba en promover en la misma medida el avance sociopolítico en todos los estados industriales. En 1877 el congreso del partido de la socialdemocracia alemana se manifestó en este sentido en St. Gallen (los socialistas alemanes debieron reunirse en Suiza, mientras la ley especial les impedía hacerlo en su patria) para la convocación de un congreso obrero internacional. El congreso debía llevar a cabo una acción común por parte de los trabajadores de todos los países que condujera a la realización de una legislación internacional de defensa de los derechos de los trabajadores. Este congreso se reunió en París en 1889. Los partidos participantes decidieron estrechar aun más sus relaciones. El congreso redactó un programa práctico para la defensa y la seguridad internacional de los trabajadores, cuya culminación debía ser la ley de la jornada laboral de ocho horas. Se escogió el 1º de mayo como día internacional de los trabajadores para la propagación de estas ideas. Las decisiones del congreso de París eran totalmente lógicas y respondían a la situación de esa época. Es significativo que en 1890 se reuniera en Berlín, a invitación del gobierno alemán, un congreso internacional de los gobiernos para discutir la defensa y seguridad de los trabajadores. Guillermo II y sus consejeros, no obstante que en muchas otras cosas se distinguían de los líderes sociales, convinieron con ellos en que la defensa de los trabajadores era ya un problema internacional que debía resolverse a nivel internacional.

La nueva Internacional respondía precisamente a los intereses y al carácter de los partidos socialistas y del movimiento obrero de los distintos países europeos. Los distintos partidos

tenían como tarea principal la promoción de los intereses de categoría de los trabajadores de cualquier país. La Internacional debía darles la forma más unitaria e igualitaria posible a las distintas acciones del movimiento de los trabajadores para el mejoramiento de sus condiciones. De este modo los éxitos alcanzados en un país podían extenderse inmediatamente a los demás países industriales. Como puede verse, la II Internacional era algo muy distinto de la primera. Esta última se había ocupado ciertamente de una manera obstinada y con éxito de los problemas profesionales del proletariado, pero no se había fundado para una política social: deseaba reunir al movimiento obrero de los países más grandes para una política de democracia revolucionaria común. La cuestión polaca pesaba en la balanza de la I Internacional tanto como el problema de la jornada laboral de ocho horas pesaba en la balanza de la segunda. No se debe olvidar ciertamente que también la I Internacional se ocupó enérgicamente del problema del horario de trabajo y que la II Internacional manifestó siempre su propia simpatía por los pueblos oprimidos. Pero el punto de partida de la creación de la Internacional y los fines a los que tendía eran fundamentalmente distintos en ambos casos.

Aunque en cierto modo la II Internacional no era sólo un conjunto de partidos proletarios para la defensa de los intereses de categoría a nivel internacional. Los partidos socialistas cuyos delegados se reunieron en París en 1889 habían aceptado también, por lo menos formalmente, la teoría marxista. Era un gesto simbólico que el congreso internacional de los trabajadores se reuniera en París precisamente en el primer centenario de la gran revolución, aunque la París del general Boulanger no tenía ya muchas afinidades con la París de la toma de la Bastilla. La tradición del marxismo y de la revolución tenía sus compromisos. Por esto, los obreros de los partidos socialistas le pidieron a la nueva Internacional algo más que simples propuestas para combatir el trabajo de los niños, etc., en los distintos estados. Los trabajadores de todos los grandes países comprendían poco a poco la especificidad del nuevo período imperialista en el que había entrado la humanidad. El aumento de los armamentos de las grandes potencias y el peligro de la guerra que año con año crecía, perturbaban los ánimos. Si la Internacional de los trabajadores no podía proclamar la revolución mundial en las condiciones de 1889 y de

los años siguientes, se esperaba en cierto modo que impidiera por lo menos la guerra mundial que se acercaba.

El primer año de la nueva Internacional condujo a la abolición de la ley antisocialista de Alemania y al sorprendente éxito de la socialdemocracia alemana, que después de doce años de persecución logró casi un millón y medio de votos en las elecciones del Reich de 1890, llegando a ser el partido más fuerte de Alemania. Engels todavía pudo ver las elecciones de 1893, en que la socialdemocracia ganó también centenares de miles de votos. La socialdemocracia parecía crecer debido a la progresión automática de una ley natural. El gobierno imperial ya no se atrevía, fuera de pequeñas extorsiones, a prohibir el partido de los trabajadores. Engels decía que un gobierno que permite dentro del ámbito de la ley la actividad de un movimiento enemigo que trabaja para derrocarlo está condenado a desaparecer. Cuando en 1789 el monarca absoluto de Francia se vio obligado a permitir las elecciones para los estados generales, condenó de hecho el sistema preexistente. Del mismo modo, cuando en 1913 el rey de España permitió a los republicanos conquistar legalmente los municipios del reino marcó el destino del reino. Cuando después de 1930 la república alemana debió aceptar tranquilamente los éxitos electorales de los nacionalsocialistas, la victoria de la contrarrevolución alemana ya era un hecho.

Ya que Engels basado en la experiencia de la ley antisocialista y en la unilateralidad de todo su juicio consideraba la socialdemocracia alemana como un partido activamente revolucionario, debió llegar a las mismas conclusiones a partir de los resultados electorales de 1880 y de 1893: para un partido revolucionario habría sido una locura no aprovechar, en esas circunstancias, la llamada legalidad y perjudicar un éxito seguro con un *Putsch* irreflexivo. La dirección política del movimiento sólo debía encontrar el momento psicológicamente favorable para pasar de la legalidad a la acción. Engels estaba plenamente de acuerdo con la táctica aparentemente pacífica y legal de la socialdemocracia alemana después de 1890. Al mismo tiempo difundió a través de la prensa su opinión de que la época de las insurrecciones y de las barricadas había terminado. El complemento necesario de esta tesis, o sea, que la revolución alemana debía adoptar la forma de una revuelta militar, no pudo imprimirse, naturalmente, en Alemania a causa de la censura imperial. De este modo se avalaba exterior-

mente una coincidencia entre la política oficial del partido socialdemócrata y la de Engels basada en el rechazo común de la guerra de las barricadas y en la invitación a la legalidad.

Si la II Internacional hubiera sido la heredera auténtica de la I, habría considerado en primer lugar las posibilidades revolucionarias existentes, modelando sobre éstas la táctica del movimiento obrero de todos los países. Aún después de 1889, para Engels el zarismo ruso seguía siendo el enemigo principal. Ahora Rusia y Francia eran aliadas desde 1890. Esto significa que la clase capitalista francesa estaba preparada para ligar su propio destino al del zar. A principio de los años noventa, la Triple alianza Alemania-Austria-Italia, dispuesta a la guerra se contraponía a la alianza Rusia-Francia. La gran guerra europea que se esperaba era considerada como una guerra de la Doble alianza contra la Triple. Inglaterra se mantenía todavía a distancia permaneciendo neutral. El problema práctico que se le presentaba a la Internacional obrera era por lo tanto la actitud que debía adoptar en caso de una guerra de la Triple alianza contra la Doble.

Engels se manifestó a este propósito con el realismo que le caracterizaba: no creía que en Alemania el gobierno de los Hohenzollern superaría la crisis y el peso de una guerra mundial. En el caso de una gran guerra próxima la socialdemocracia llegaría en Alemania al poder y enseguida la clase trabajadora alemana atacaría al zar y a sus aliados, al estilo de 1793. Para Engels la victoria alemana era al mismo tiempo la victoria de la revolución. La invasión de las tropas alemanas a Rusia contribuiría, en efecto, también ahí al estallido de la revolución conduciendo a la caída del zarismo. Si se tiene presente el desarrollo posterior de los acontecimientos de 1914 a 1918, se puede comprobar que las profecías de Engels estaban bien fundadas. La guerra mundial eliminó de hecho las monarquías de Alemania y de Rusia y las sustituyó al principio con repúblicas rojas. Además, tanto la revolución alemana como la rusa tuvieron la forma de insurrección militar que Engels había previsto. La diferencia decisiva de hecho consistió únicamente en que la revolución obrera alemana no ocurrió al principio de la guerra mundial, sino sólo al final, después de que la lucha terrible había agotado y paralizado todas las fuerzas del pueblo trabajador alemán.

Por lo que respecta al método, la política de la Internacional, recomendada por Engels para la próxima guerra mun-

dial, correspondía a la táctica que él mismo y Marx habían seguido en la guerra de 1870-1871: ninguna neutralidad débil o declaración pacifista formal de los trabajadores, sino por el contrario concentración de todas las fuerzas proletarias y revolucionarias contra el enemigo principal. En 1870 y hasta Sedán, el enemigo era Bonaparte. Después, Marx y Engels cambiaron de actitud: apoyaron la república francesa y aconsejaron presionar al imperio alemán para impedir la anexión de Alsacia-Lorena. Engels hubiera deseado que en la próxima guerra de la Doble alianza contra la Triple, la Internacional estuviera del mismo modo de parte de Alemania. En este caso, en efecto, la socialdemocracia habría liquidado cuanto antes el gobierno de los Hohenzollern y una Alemania socialista habría restituido de algún modo la Lorena al pueblo francés.

Engels murió en 1895 con la firme confianza en que en corto tiempo se produciría la gran batalla decisiva que terminaría tanto en Alemania como en Rusia con el triunfo de la revolución. Para los jefes de la Internacional la situación no era sin embargo tan simple. Una década después de la muerte de Engels se había llegado a un entendimiento entre Inglaterra y Francia. Mientras tanto, en Alemania, la socialdemocracia no había tomado todavía el poder y Guillermo II seguía gobernando. La responsabilidad habría sido muy grave para la Internacional si hubiera tratado de manifestarse a favor de una u otra parte en el caso de una guerra mundial. Si se hubiera declarado en pro de la alianza Inglaterra-Francia-Rusia, les habría pedido a los obreros alemanes que se sometieran al zar. En caso contrario se habría pedido a los trabajadores franceses el reconocimiento del dominio de Guillermo II. Ninguna de las dos soluciones era buena. Sin embargo había otros caminos para seguir una política internacional realista inspirada en Engels. Se habrían podido emplear, por ejemplo, las fuerzas internacionales para aislar al zar. Hacia el final del siglo, dentro de la política interna de Francia se llegó a una situación en que los republicanos necesitaron en forma absoluta la ayuda de los socialistas. En ese momento los socialistas hubieran podido, tal vez, destruir la alianza ruso-francesa. Los socialdemócratas habrían debido garantizar, al mismo tiempo, la obstrucción a toda costa de un ataque a Francia.

Se podía pensar en algunos otros medios con los que la Internacional socialista hubiera podido poner en práctica una línea política solidaria en el período anterior a la guerra

mundial. Pero de hecho no fue capaz de hacerlo. Una política de poder realista inspirada en Engels hubiera requerido que el movimiento de los trabajadores considerara cualquier guerra con el único criterio del daño o del beneficio que podía esperarse de ella. Así, por ejemplo, el movimiento obrero alemán habría debido apoyar una guerra contra el zar, pero habría debido rechazar también de manera absoluta una guerra contra Francia, tan pronto como ésta hubiera roto la alianza fatal con el zarismo. Semejante estrategia internacional, que tomaba sus propias decisiones caso por caso, contradecía completamente los principios pacifistas del movimiento obrero europeo. La mayoría de los obreros socialistas no hacía ninguna distinción entre una guerra útil y una perjudicial, simplemente no deseaba ninguna guerra. La distinción que Marx y Engels hacían entre las guerras no tiene que ver nada, por lo demás, con la moral. Para ellos era más bien indiferente distinguir el estado agresor del agredido; quién tenía la razón y quién no, en sentido común y corriente. Marx se preguntaba, en cambio, si una determinada guerra y la victoria de una parte beneficiaba o no a la causa revolucionaria y proletaria. Marx y Engels habrían recibido con beneplácito cualquier derrota del zar ruso sin tomar en cuenta la razón o sinrazón de Rusia en esta determinada guerra. Semejante concepción, sin embargo, sólo podía ser popular en períodos en que la verdadera solidaridad revolucionaria uniera a las masas. De este modo los demócratas anteriores a 1848 habrían aprobado cualquier guerra contra la Austria de Metternich. Pero los trabajadores socialdemócratas de la generación anterior a la primera guerra mundial deseaban la paz y esperaban que la Internacional alejara milagrosamente la guerra inminente.

El pacifismo formal que dominaba en la II Internacional hacía imposible una política mundial obrera realista. Y ya que fuera de Rusia los obreros no podían ni hacer una revolución en su propio país ni apoyar cualquier política que entrañara un riesgo de guerra, se encontraban prácticamente indefensos e impotentes. Por consiguiente, los debates de los congresos socialistas internacionales anteriores a 1914 se caracterizaban igualmente por la ambigüedad y por la impotencia. Se debatía sobre lo que los partidos habrían debido hacer en caso de una amenaza de guerra, y naturalmente no se llegaba a ninguna solución operativa.

No les quedaba más que lanzar contra los gobiernos capi-

talistas oscuras amenazas, que no impresionaban a ninguno y no tenían por consiguiente ningún resultado. Habría sido mucho más útil que los partidos socialistas hubieran dicho claramente que representaban una minoría en todos los países y que por lo tanto no eran capaces de impedir una guerra. En esas circunstancias, la Internacional justificaba el derecho de todo país a la defensa del estado con la condición de que los partidos emplearan todas sus energías en el restablecimiento de la paz. Este sobrio discurso y un reconocimiento tan realista contradecían, sin embargo, el radicalismo formal que dominaba en la mayoría de la Internacional. De este modo, la Internacional siguió en su actitud de protesta formal contra los gobiernos capitalistas hasta la víspera de la guerra mundial. Cuando los partidos se vieron obligados posteriormente a aprobar los créditos de guerra y a hacer la paz civil con sus gobiernos, la crisis de la Internacional se volvió más aguda aun.

Todavía en 1929, el conocido socialista Renner se expresaba de una manera muy clara sobre el papel que tenía la mera decisión de paz en la II Internacional. En una forma histórica retrospectiva cuenta que el congreso internacional socialista celebrado en Copenhage en 1910 debió tomar una posición sobre una controversia surgida en el interior del movimiento obrero austriaco, o sea, sobre la escisión de la mayoría de los obreros checos de la organización sindical general austriaca. Se encontraba ante la pregunta fundamental de si se debía autorizar a los obreros checos para que apoyaran la lucha por la libertad nacional de su pueblo y se organizaran, en consecuencia, de una manera autónoma dentro del marco de la nación checa.

Renner escribía:

"La II Internacional adoptó una actitud ambivalente frente a las nuevas naciones. Acogía su despertar y su libertad con una participación sincera y con la disponibilidad moral de ayudarla. Pero la lucha imperialista de las grandes potencias utilizaba este movimiento y lo convertía en una de las palancas más eficaces para la guerra. En la historia, cualquier nación se encuentra frente al dilema: ¿libertad o paz? Y este dilema precisamente empezó a dividir algunos partidos socialistas. Tanto en la socialdemocracia polaca como en la checa y en otras se empezó a pensar positivamente en la guerra inminente y a albergar la esperanza de una soberanía nacional gracias a ella. De este modo, la corriente rusa más extremista

consideró una derrota militar no como un mal que había que evitar, sino más bien como una ocasión para lograr la liberación. La II Internacional, en cambio, combatía con pasión sincera por la conservación de la paz mundial. Esto constituía un enorme progreso espiritual en relación con el modelo marxiano juvenil de la revolución armada y de las guerras revolucionarias, las dos presuntas palancas de la historia. El hecho de que en un determinado nivel de desarrollo la guerra ya no actúa en sentido revolucionario, sino en un sentido fuertemente reaccionario, y de que la paz se transforma en un bien absoluto y elevadísimo, es una conquista que sólo madura después de la guerra mundial y que desde hace mucho tiempo ya no ha sido puesta en discusión. En Copenhage, la II Internacional reforzó el principio: ¡la paz mundial ante todo, la liberación nacional sólo en el marco del desarrollo pacífico, la solución definitiva del problema nacional sólo en la sociedad socialista! No expuso estos principios en una resolución sino actuó en coherencia con ésta, condenando sin miramientos el separatismo checo."

En estas líneas, Renner exponía con claridad y agudeza el pacifismo de la II Internacional y decía con la misma claridad que este principio de la II Internacional no correspondía a las enseñanzas de Marx. Renner veía en la concepción de la paz como bien supremo y absoluto un progreso con respecto al pensamiento de Marx y Engels. No le corresponde al historiador emitir juicios sobre las concepciones filosóficas; no obstante, si se observa la época del imperialismo, se debe llegar a la conclusión de que semejante teoría de la paz como valor supremo y absoluto no se adapta bien a este período. El imperialismo es en efecto la expresión interna y externa de la violencia en su máxima concentración. El que rechaza por principio, en este período, la violencia como instrumento de lucha política, se coloca en una situación de terrible desventaja frente a sus propios adversarios. Si en la época del imperialismo se sabía que un movimiento político usaría siempre y en toda circunstancia el método no violento, todos dejaban de temerle. Y ya que, por lo menos en sus decisiones oficiales, los partidos socialistas optaron siempre y en toda circunstancia por las soluciones pacíficas, no estuvieron a la altura de una política interna y externa realista y de este modo cedieron, de hecho, el campo a sus adversarios imperialistas.

Hubo una importante consecuencia ulterior de la tendencia pacifista de la II Internacional. En todos los países la clase dominante logró presentarse, bajo la insignia del imperialismo, como la verdadera corriente genuinamente nacional. El hecho de que los partidos socialistas sólo hablaran, en ese mismo tiempo, de paz y fraternidad entre los pueblos y se alinearan contra toda política de potencia nacional los aisló con mucha mayor claridad de los restantes estratos populares. La desafortunada contraposición entre la minoría socialista y la llamada mayoría "burguesa" de la nación pareció adquirir un significado particular por el hecho de que los socialistas eran "antinacionalistas", en tanto que los burgueses eran "nacionalistas". Y ya que el sentimiento nacional es, en el momento justo, un arma increíblemente poderosa en la lucha política, los socialistas se vieron relegados al terreno en que debían sufrir las más graves derrotas. El movimiento nacional, en efecto, arrastra consigo en el momento crítico no sólo a las clases medias sino también a la mayoría de los trabajadores. El pacifismo abstracto no tiene ninguna fuerza de resistencia cuando está verdaderamente en juego la vida de la nación. La democracia revolucionaria del período de 1848 pudo utilizar el sentimiento nacional. La II Internacional por el contrario se dejó interpolar en casi todos los países en un aislamiento en el que la ideología profesional de los obreros y el pacifismo constituían posiciones destinadas a perder. Los acontecimientos del estallido de la guerra mundial y posteriormente la victoria del fascismo en los grandes países europeos muy pronto mostraron claramente esta situación. El congreso de la Internacional celebrado en Copenhage en 1910 se lanzó con indignación contra los socialistas checos, alineados entonces en favor de la política de su nacionalidad. Pero la historia les dio la razón a los separatistas checos, ya que ese paso de los obreros checos sentó las bases de la democracia vital de la república checa de ahí en adelante.

La Internacional estaba completamente de acuerdo con la democracia liberal burguesa en los grandes problemas. Ambas tendencias estaban a favor de la paz en el exterior y la legalidad en el interior, del libre comercio, del sufragio universal, de las instituciones parlamentarias, de la política social y la tutela de los trabajadores y en contra del capital monopolista y de los trusts. ¿Qué cosa hubiera sido más fácil que una alianza táctica entre los demócratas liberales y socialistas con-

tra el imperialismo? Desde 1889 se formó en el interior del movimiento obrero socialista una corriente que se decía estar de acuerdo con semejante iniciativa: los revisionistas. Éstos le pedían a la Internacional socialista que abandonara los huecos eslogans revolucionarios y que se pusiera en el terreno de las realidades factuales, que buscara resultados prácticos en el terreno de la democracia burguesa y de la política social y que aceptara de buena gana la colaboración de cualquier aliado que estuviera dispuesto a recorrer el mismo camino. El teórico más importante del revisionismo alemán, Bernstein, había asistido en su larga estancia en Inglaterra a una eficaz demostración de la democracia liberal y trataba de trasplantar sus éxitos al continente. En Francia, Jaurès seguía en la práctica la misma línea. El terror de principio de los revisionistas consistía en no reconocer el verdadero carácter del período imperialista. Creían en la posibilidad de un progreso lento y pacífico y no se daban cuenta de que el imperialismo produciría necesariamente las guerras, revoluciones y contrarrevoluciones más terribles.

Si se prescinde de esto, la doctrina revisionista, desde el punto de vista de su utilidad práctica para el movimiento de los trabajadores era mucho mejor que el radicalismo oficial. Si los partidos socialistas hubieran aceptado la doctrina del revisionismo se habrían liberado del aislamiento, habría propuesto soluciones prácticas a todos los problemas políticos y habrían emprendido dentro de un amplio movimiento popular la lucha contra el imperialismo y contra el militarismo. De este modo, los partidos obreros de los grandes países se habrían encontrado en una lucha real por el poder y la experiencia de la lucha los habría podido librar cuanto antes de las ilusiones del pacifismo formal. Pero la mayoría de la Internacional no quiso reconocer la justificación lógica del revisionismo y lo rechazó con apasionada vehemencia.

La actitud de protesta y el aislamiento frente al estado burgués y a la sociedad capitalista se habían convertido en una necesidad vital para la mayoría de los obreros. En las grandes crisis nacionales se desbarató este aislamiento. Pero en la vida cotidiana la conciencia de clase era la que le daba al obrero el apoyo necesario en medio de las preocupaciones y de las necesidades. El marxismo popular había perdido en realidad todos sus elementos revolucionarios y práctico-políticos, pero le daba al obrero socialista una autoconciencia, una confianza

y una esperanza en el futuro que llevaba a pensar en un movimiento casi religioso. Los obreros socialistas habrían debido renunciar a esta fe utópica en el futuro y a su sentimiento clasista necesario para vivir, si al seguir las ideas revisionistas se hubieran colocado en el terreno del estado existente de hecho, y se hubieran aliado con los partidos burgueses. Los revisionistas se vieron obligados a combatir el marxismo dogmático oficial que dominaba en la II Internacional, para justificar su política pacífica y práctica del presente. Por otro lado, los teóricos de la mayoría luchaban contra Bernstein y sus amigos, en nombre de Marx. Pero si en lugar de considerar la forma se considera la esencia se debe admitir que los revisionistas eran marxistas mucho mejores que sus adversarios "radicales". Marx, en efecto, sostuvo siempre la utilización de las posibilidades políticas reales por parte de los trabajadores y rechazó siempre cualquier aislamiento de su partido.

En el interior de la Internacional, el revisionismo estaba representado sobre todo por una minoría del partido alemán y por Jaurès con sus partidarios franceses. Estaban de parte del radicalismo oficial la mayoría alemana e italiana como también una parte de los franceses bajo la dirección de Guesde. Los socialistas rusos apoyaban a los radicales, ya que el lenguaje oficial radical se conciliaba mejor que las fórmulas revisionistas con su táctica revolucionaria. Finalmente, los austriacos simpatizaban más con las teorías revisionistas, pero dado que no tenían ninguna oportunidad de aplicar prácticamente el revisionismo en su país, adoptaban en general una posición intermedia. Normalmente, en los congresos internacionales ganaba la corriente radical que podía contar con la autoridad determinante de la dirección del partido socialdemócrata alemán. Antes de la guerra mundial, junto con la llamada mayoría radical y con la minoría revisionista había en la Internacional una tercera corriente. Numéricamente era muy débil pero sus miembros eran los únicos que comprendían el período del imperialismo y le pedían al movimiento obrero que se preparara para la próxima guerra y para la revolución. Esta izquierda revolucionaria estaba constituida por una parte de los socialistas rusos bajo la dirección de Lenin, por un grupo de socialistas alemanes encabezados por Rosa Luxemburg y finalmente por una pequeña camarilla de marxistas holandeses. También en el interior de esta izquierda marxista verdaderamente revolucionaria existían grandes divergencias de opi-

nión sobre las distintas cuestiones. La izquierda no tenía incidencia en las amplias masas populares, fuera de Rusia.

Hasta 1914, los resultados positivos de la II Internacional se concretaron especialmente en el mejoramiento del tenor de vida y de las condiciones de trabajo para la clase obrera europea. La incansable actividad de los sindicatos bajo el influjo de los partidos socialistas de los principales países contribuyó a mejorar extraordinariamente la posición de los trabajadores en la sociedad. Además es notorio el hecho de que todas las organizaciones de la II Internacional se basaran en el autogobierno de los trabajadores. La decisión de todas las cuestiones debatidas le correspondía en última instancia a la masa de los miembros. Los jefes de los partidos obreros sólo podían considerarse tales mientras respondieran a la libre voluntad de los afiliados. En este sentido, la II Internacional desarrolló un importante trabajo pedagógico por la democracia permitiéndoles a los obreros experimentar prácticamente la autoadministración. A pesar de que estas conquistas de la II Internacional se perdieron después en una parte de Europa, el período de las organizaciones libres inspiradas en la Internacional socialista no puede borrarse de la historia del movimiento obrero. Por otro lado, la II Internacional no fue capaz, sin embargo, de revivir la democracia revolucionaria en Europa y de combatir eficazmente el imperialismo.

III. DE 1895 A 1937. LOS PARTIDOS OBREROS DE LA GUERRA MUNDIAL

LOS COMIENZOS DEL BOLCHEVISMO

En el período de la II Internacional de 1889 a 1914 las cuatro grandes potencias, Alemania, Austria-Hungría, Italia y Francia, junto con Suiza, Holanda, Bélgica y los países escandinavos presentaban rasgos comunes. En todos estos estados, la mayoría de los obreros industriales apoyaba un partido socialista apegado a la II Internacional.

Las elecciones del Reichstag de 1903 marcaron un nuevo éxito de los socialdemócratas que ganaron para sus candidatos una tercera parte de todos los votos emitidos. No obstante esto, el poder de la clase dominante permanecía firme. Los socialdemócratas, aunque no podían hacer una revolución violenta, podían haber intentado por lo menos una reforma constitucional de Alemania, aliándose con los liberales y el Centro. La gran mayoría de los electores del Centro eran obreros cristianos y campesinos del oeste y del sur, que no tenían ninguna simpatía por el despotismo prusiano. Además, la burguesía alemana se había irritado, desde el interior de los círculos de la gran industria y de los imperialistas, contra el gobierno deficiente de la burocracia y contra la altanería y avaricia de la nobleza prusiana. Se presentaba un sinnúmero de ocasiones de conflicto precisamente porque Alemania no había pasado todavía del estado feudal al burgués-capitalista. Si la socialdemocracia hubiera salido de su aislamiento habría podido atraer hacia sí el ala izquierda de los liberales y la tendencia popular del Centro. Se habría derivado de esto un conflicto constitucional entre la mayoría parlamentaria y el gobierno imperial. Es fácil imaginarse qué consecuencias habrían surgido de este conflicto.

Junto con la debilidad de los partidos alemanes llamados burgueses lo que impedía esa coalición era sobre todo la voluntad de la mayoría radical socialista por el aislamiento. Fuera de algunos acuerdos electorales, que quedaron sin consecuencias políticas más amplias, no se llegó, hasta 1914, a cola-

boración alguna entre los socialistas y la oposición burguesa. Sólo en Baden los socialdemócratas formaron con los liberales una mayoría parlamentaria que trabajó positivamente. El ejemplo de Baden, no salió, sin embargo, de su ámbito local. De este modo la iniciativa política quedó en manos del gobierno imperial. En 1906 se llegó a un conflicto entre el canciller Bülow y el Centro. Bülow constituyó el bloque conservador-liberal. Todos los grupos liberales siguieron a Bülow con la esperanza de que el gobierno hiciera concesiones a la burguesía y mitigara un poco el predominio unilateral de la nobleza prusiana. No sólo los nacional-liberales apoyaron al gobierno, sino también todos los grupos de los liberales independientes entre los que, después de la muerte de Eugen Richter, se había debilitado cada vez más la resistencia contra el imperialismo.

Es sintomático que el conflicto entre Bülow y el Centro estallara sobre un problema de política colonial. Una insurrección de los indígenas del África sudoccidental alemana requería medios financieros que no fueron concedidos en la cantidad requerida por el Centro y por los socialdemócratas. Bülow disolvió el parlamento. En las nuevas elecciones de 1907 el bloque conservador-liberal combatió contra el Centro y los socialdemócratas. La guerra por África sudoccidental no era realmente un problema que afectara los intereses vitales de las masas alemanas. No obstante el gobierno y los imperialistas, sus aliados, lograron organizar un gran movimiento popular nacional para la defensa de la posición mundial de Alemania. En las nuevas elecciones los partidos gubernamentales ganaron tantos votos que la socialdemocracia perdió la mitad de sus escaños. Un conflicto colonial de poca monta bastó para vencer en las elecciones al partido socialista más importante del mundo. Tan débil era la fuerza de atracción de la tendencia pacifista y antimperialista, no bien se presentó un problema que iba un poco más allá del ámbito de la vida cotidiana. Después de que los liberales llegaron al gobierno, millones de electores indiferentes se manifestaron sensibles a la causa nacional y la socialdemocracia perdió varios de sus más seguros baluartes. Si todo esto había sucedido a causa de Sudáfrica, ¿qué cosa podía suceder en Alemania o en Francia, o en Italia, en caso de que existiera un peligro real de guerra europea o estuviese en juego la existencia de la nación?

De todos modos, los círculos dominantes no fueron capaces de explotar la ventaja de la situación de 1907. El emperador y

la nobleza prusiana destruían su autoridad con continuos errores. En 1908, apareció en el *Daily Telegraph* la famosa entrevista de Guillermo II. El resultado fue un movimiento de indignación en todo el pueblo alemán contra el emperador, que afectó de la manera más severa la reputación de la monarquía. En 1909, la nobleza prusiana rompía el bloque conservador-liberal, porque los Junker no querían hacer la más pequeña concesión a la burguesía. La burguesía alemana, incluidos los industriales y los imperialistas, se sintió profundamente engañada y ofendida. Las siguientes elecciones parlamentarias le dieron una vez más una gran victoria a los socialdemócratas, que conquistaron 110, de un total de 397 escaños. En 1913 un conflicto local entre los militares y la población civil de la ciudad alsaciana de Sabern dio origen a debates borrascosos en el parlamento y a una extraordinaria conmoción popular. Casi todo el pueblo estuvo de acuerdo en protestar contra los métodos de la nobleza prusiana y de los oficiales. Cuando estalló la guerra mundial, en Alemania dominaban ciertamente en lo externo la tranquilidad y el orden, pero la autoridad moral del gobierno era gravemente sacudida y la aplastante mayoría del pueblo criticaba el sistema dominante. Por los motivos mencionados anteriormente, la socialdemocracia no fue capaz, sin embargo, de ponerse a la cabeza de las masas populares y de derrocar el feudalismo dominante.

Es absolutamente singular el papel desempeñado por la consigna del sufragio universal en la monarquía de los Habsburgo antes de 1914. De acuerdo con las experiencias extranjeras, nadie creía ya en el efecto revolucionario del derecho de voto universal. De esta manera el imperio de los Habsburgo explotó la conquista del sufragio universal para sus propios fines. Cada vez que el emperador Francisco José entraba en conflicto con la oligarquía húngara, el partido de la corte amenazaba a la nobleza magiar con la introducción del sufragio universal. Esto bastaba en general para que volvieran a ser dóciles los políticos húngaros. De este modo, la introducción del sufragio universal resultó superflua en Hungría hasta 1914. En la otra mitad del imperio, la austriaca, por el contrario, este derecho se introdujo en 1906. Sin embargo este derecho no estaba ligado con una democratización de la situación austriaca. La burocracia austriaca gobernante esperaba que con el sufragio universal los partidos nacionales burgueses le habrían arrebatado una parte de las curules a los socialdemócratas. Ahora llegarían

al parlamento junto con los antiguos conflictos nacionales también los conflictos sociales. De este modo el parlamento se habría dividido en una gran cantidad de grupos opuestos entre sí y la burocracia habría tenido con esto un juego más fácil.

El resultado fue precisamente el que había esperado la burocracia. De 1906 a 1914, el parlamento austriaco no fue capaz de trabajar y el gobierno decidía dictatorialmente las cuestiones comunes y corrientes. Si un estado no es capaz de vivir debido a sus contradicciones internas, no puede salvarlo ni siquiera el sufragio universal. Cuando el partido cortesano de Viena quiso introducir también en Hungría el sufragio universal, esperaba destruir de esta manera también el parlamento de Budapest. Hasta ese momento, Hungría siempre había tenido una mayoría parlamentaria estable que funcionaba bien y que estaba compuesta por los representantes de los propietarios del suelo y de la burguesía acomodada. El sufragio universal habría roto esta mayoría y colocado en su lugar una mezcolanza de eslavos, rumanos y grupos obreros y pequeños burgueses. Con un parlamento tan heterogéneo, el gobierno de Viena habría podido hacer lo que quisiera. Nadie pensaba evidentemente en serio que un parlamento elegido con sufragio universal pudiera ser también, en un país como Hungría, la premisa de una revolución social.

Siete años después que Austria, Italia tuvo también el sufragio universal. Tanto en un país como en el otro las consecuencias prácticas fueron modestas. Al principio de la fundación del reino de Italia sólo el estrato superior poseedor tenía el derecho de voto. En 1881 se produjo una reforma parcial del sufragio, con lo que los primeros diputados socialistas pudieron llegar al parlamento de Roma. Poco antes de la guerra mundial Giolitti introdujo el sufragio universal. En 1913, los socialistas obtuvieron buenos resultados en las zonas urbanas e industriales. Esto no modificó, sin embargo, la mayoría parlamentaria en su conjunto. En las provincias rurales atrasadas, las elecciones estuvieron condicionadas, en efecto, como antes por los poseedores, por los funcionarios y por los que de algún modo eran potentados locales. En Italia, antes de 1914, la oposición contra el sistema dominante estaba representada por dos movimientos. Los socialistas trabajaban por el mejoramiento de las condiciones de los trabajadores urbanos y rurales. Protestaban contra la violencia de la clase

dominante y contra la inepta corrupción que se difundía por doquier. Con estas posiciones de protesta, el partido socialista adquirió una gran autoridad y se ganó un número relativamente grande de adeptos aun entre los estratos cultos. En la década anterior al estallido de la guerra mundial, la mayoría de los jóvenes estudiantes estaban, sin embargo de parte de los irredentistas, movimiento nacional que poco a poco había recorrido el camino de Mazzini al imperialismo moderno.

Los movimientos proletario y nacional se acostumbraron poco a poco a los métodos extraparlamentarios. Aun cuando el partido socialista oficial tomó el camino de la legalidad, las masas urbanas y rurales se veían presionadas cada vez por su situación de necesidad a lanzarse a las huelgas y a las revueltas locales. Por otra parte, en la juventud irredentista estaba vivo el recuerdo de los nacionales garibaldinos voluntarios. La red de las sociedades patrióticas, extendida por toda Italia, daba la base organizativa y todas las universidades y todas las escuelas superiores eran células de activismo nacional. Cada vez que los hermanos de la Italia moderna sufrían un revés real o supuesto dentro de las fronteras austriacas, en todas las ciudades italianas se producían manifestaciones públicas frente a los consulados del aliado. La burocracia gobernante era perturbada en su tranquilidad ya sea por las huelgas obreras ya sea por las manifestaciones nacionalistas. Los socialistas italianos conocían las necesidades económicas de las masas pero no contaban con ningún programa nacional eficaz desde el momento que deseaban conservar la paz con Austria y evitar cualquier aventura colonial. El irredentismo, en cuyo terreno se unían gradualmente el gran capital moderno y la juventud estudiantil deseosa de acción, no tenía ninguna solución para las necesidades sociales del pueblo sino únicamente el entusiasmante programa nacional.

El gobierno italiano se decía liberal o hasta democrático porque Italia gozaba de un sistema parlamentario, del sufragio universal desde 1913, y de la libertad de prensa y de asociación. La mayor parte del pueblo todavía vivía, en realidad, en situaciones y relaciones medievales. Cuando en 1913 se produjo una vez más en el Mediodía el choque acostumbrado, el entonces exponente de la izquierda socialista, Mussolini, escribía en el diario *Avanti*:

“¿Cómo es posible que todavía en nuestros días mueran fusilados ancianos indefensos y mujeres encintas en una Italia que

nosotros soñamos como la gran maestra de la civilización? Y ¿cómo es posible que el gobierno, al no contar con millones, no le mande a la gente de Rocca Gorga que pide canalizaciones, médicos, agua y luz, más que carabineros para sofocar sangrientamente la sagrada protesta civil del pueblo?

Ya hemos dicho que en la Italia rural se deben crear... condiciones de vida más humanas para reducir las causas que conducen siempre a lo que en Italia se llama 'exceso clásico', bajo el cual sufre inevitablemente la multitud desarmada cuya rabia no apunta a comenzar una revolución contra el gobierno, sino únicamente a tener lo que desde hace cien años es el patrimonio común de todos los países civilizados."

Sarfatti, biógrafo de Mussolini y también ex socialista, escribe sobre las condiciones del Mediodía en esa época:

"En esos años se repitieron, en las plazas de la zona meridional, incidentes vergonzosos aunque típicos. En esa parte se combatía aún contra los salarios de hambre y contra un estado de vida casi bestial... La clase de los señores de estilo español no se defendía con medios económicos, sino apelaba al 'estado papá' y contrataba carabineros y soldados para su propia defensa. Era una situación medieval: por una parte torpeza y la altanería voraz, y por parte del pueblo la torpeza y la exasperación fanática que se descargaba desesperadamente contra los soldados. Si en medio de los gritos sonaba un disparo de arma de fuego, la plaza se teñía inmediatamente de sangre."

Si en países como Italia, la clase dominante podía introducir el sufragio universal sin poner en peligro su propia posición de poder, la situación de los países con una industrialización avanzada, como Bélgica, era totalmente distinta. La burguesía poseedora belga temía que la introducción del sufragio universal pudiera entregar automáticamente el poder estatal legal en manos de los obreros socialistas. El partido socialista belga, cuya organización crecía constantemente en número y fuerza, trató en vano hasta 1914, algunas veces aun con la huelga general, de arrancar derechos de voto iguales para todos. Desde 1893, estaba en vigor en Bélgica una pluralidad de derechos de sufragio que le garantizaba a la clase poseedora la mayoría parlamentaria. De este modo permaneció en el poder el partido católico conservador. También en la cercana Holanda la clase dominante le negó a la clase obrera hasta la primera guerra mundial iguales derechos de voto.

En los países mencionados hasta ahora, de 1889 a 1914 no se llevó a cabo ninguna tentativa coherente para expulsar del poder a los imperialistas, los círculos feudales o semif feudales con una alianza entre los obreros y los estratos medios. En cambio en Francia el bloque de izquierda intentó este experimento en relación con el asunto Dreyfus. Los obreros socialistas y los radicales de las pequeñas ciudades y del campo se unieron para garantizar en Francia por lo menos la democracia burguesa. En los primeros años del siglo xx pareció por algún tiempo que en Francia vencía de hecho la democracia burguesa y que hasta se había abierto el camino a una democracia social. En un segundo momento, sin embargo, la ofensiva de las izquierdas fracasó completamente y la situación política francesa volvió al precario equilibrio que fue característico desde la Tercera República hasta 1889.

Entre 1889 y 1914, la democracia liberal sólo había tenido éxito en una línea muy delimitada dentro del área de la II Internacional. Los grandes capitalistas, los colonialistas y las monarquías militares estaban asentadas en las cuatro grandes potencias y en Bélgica y en Holanda con sus concentraciones del gran capital y sus importantes posesiones coloniales no avanzaba tampoco la democracia. La democracia liberal se consolidaba, por el contrario, en Suiza y avanzaba triunfante en Escandinavia. Esto significaba que la democracia liberal no era capaz de derrocar al imperialismo y sólo encontraba su terreno en los pequeños países que no conocían políticas de potencia y para los que no existían problemas nacionales. Suiza no tenía colonias ni albergaba deseos de conquista: estaba compuesta por partes del pueblo alemán, francés e italiano que estaban conscientemente separadas de sus naciones. De este modo no existía para Suiza una "cuestión nacional". O mejor dicho: el surgimiento del problema nacional habría llevado a la destrucción de Suiza. Los patriotas suizos, aunque deseaban defender su patria, debían mantenerse alejados de todo nacionalismo alemán o francés. La decisión de neutralidad guiaba completamente su política exterior. La milicia suiza tenía el único objeto de defender el suelo patrio de agresiones de potencias conquistadoras. Antes de 1914, tanto Suiza como Noruega y Dinamarca estaban fuera de cualquier combinación política de poderío de Europa. En estos países no había nada que recordara lejanamente la política imperia-

lista de las grandes potencias. Éste era el terreno ideal para el surgimiento de la democracia liberal.

Inglaterra se distingue de los países recién mencionados por el hecho de que la inmensa mayoría de los obreros ingleses permanecieron fieles hasta 1914 a los partidos burgueses. El influjo de la II Internacional fue de este modo poco relevante. Pero tanto en Inglaterra como en el continente, hasta 1914, los obreros se limitaron a los métodos de la democracia liberal en su lucha contra el imperialismo. A partir de 1900, se creó una crisis de desconfianza entre el partido conservador gobernante y los obreros. El partido gubernamental descuidaba la política social y ciertas sentencias judiciales, que paralizaban la libertad de movimiento de los sindicatos, no se dejaron sin efecto con suficiente prontitud con una nueva legislación. El resentimiento de los obreros hacia el gobierno conservador condujo a una nueva tentativa de revivir un partido obrero parlamentario autónomo. Las elecciones de la Cámara de los Comunes de 1906 marcaron una grave derrota de los conservadores. Éstos ganaron sólo 167 escaños sobre un total de 670. El partido obrero obtuvo 43 escaños y los liberales 377. Además de éstos hubo 83 escaños irlandeses. Como puede verse, cuando la mayoría de los obreros ingleses dejó de confiar en los imperialistas, volvió simplemente a los liberales. De este modo el liberalismo inglés tuvo una vez más un renacimiento singular contra todas las condiciones objetivas. Entre 1906 y 1914, la democracia liberal sostuvo, bajo la dirección del valioso y decidido presidente de los ministros, Asquith, una lucha digna de todo respeto por la paz, el libre comercio y la libertad, contra el partido imperialista y la Cámara de los Lores. En estos ocho años de fortísima tensión política, agudizada también por las huelgas masivas, el partido obrero no fue capaz, sin embargo, de conquistar, frente a la opinión pública una posición independiente al lado de los imperialistas y de la democracia liberal. Dentro y fuera de la Cámara de los Comunes, el partido obrero no era más que un modesto apéndice del partido liberal de masa. Sólo la guerra mundial con su despiadada destrucción de todo compromiso insostenible le dio el golpe mortal al liberalismo inglés y separó al mismo tiempo a los obreros ingleses de la democracia liberal.

Durante el período de la II Internacional, la clase obrera de Inglaterra como del continente europeo al oeste de Rusia influyó en las formas de la democracia liberal, cuando quiso

influir en la política del estado. La situación de los Estados Unidos y de Rusia fue distinta. En el continente y en Inglaterra, el fracaso de la revolución de 1848 y el ocaso simultáneo de los cartistas había aniquilado la tradición de la democracia más antigua que contraponía el "pueblo" al estado dominante. En América, en cambio, no se produjo ninguna resurrección de la fracasada revolución de 1848. En la gran guerra civil de los años sesenta, por el contrario, había vencido una vez más la tendencia popular, quedando ininterrumpida de este modo la tradición de Jefferson-Lincoln para las generaciones siguientes. Desde 1890, al final de la repartición del territorio libre, se fue robusteciendo cada vez más la presión del capital monopolista sobre las amplias masas. Pero no se creó una contradefensa con la fundación de un partido socialista masivo de acuerdo con el modelo de la Europa continental ni tampoco con el reforzamiento de una tendencia capitalista-liberal como en Inglaterra entre 1906 y 1914. El socialismo del tipo de la II Internacional siguió siendo en los Estados Unidos un grupito insignificante y las masas de los obreros, agricultores y pequeños comerciantes se unieron dentro del sentimiento de su unidad, como "pueblo", contra el capital monopolista. Intentaron la fundación de nuevos partidos sobre la base de esa democracia social —los populistas en los años noventa y más tarde los movimientos Farmer-Labour— o las masas se posesionaron de uno de los dos grandes partidos históricos. Tal fue el caso del partido democrático bajo la dirección de Bryan y Wilson, o durante algún tiempo, del partido republicano bajo Th. Roosevelt. La lucha entre el capital monopolista y la democracia social estaban en pleno desarrollo cuando estalló la guerra mundial.

El movimiento democrático popular de masa se había interrumpido en Rusia en la generación anterior a la guerra, como lo había sido en los Estados Unidos. Aunque en Rusia, a diferencia de Norteamérica, las ideas marxistas tenían un influjo decisivo sobre el movimiento. En Rusia cuatro tendencias luchaban por el poder. Estaba, ante todo, el absolutismo feudal: el zar, los grandes propietarios, los altos funcionarios oficiales y el clero, en una palabra, los que disfrutaban directamente del antiguo sistema absolutista. En segundo lugar, estaban los grandes capitalistas e imperialistas que en Rusia se llamaban "liberales". Éstos deseaban sustituir el gobierno burocrático retrógrado e incapaz con un orden estatal más

moderno y auguraban reformas en este sentido. Estaban dispuestos de cualquier modo a aliarse en todo momento con el zar y sus funcionarios en contra de una sublevación de las masas trabajadoras. La tercera fuerza era el movimiento llamado "popular" dirigido por los intelectuales que apuntaban a una revolución campesina, a la repartición de los latifundios y a la república democrática. Finalmente se fue desarrollando también en forma gradual un partido obrero socialista a medida que iba creciendo la gran industria.

En el seno de la socialdemocracia rusa surgieron entre otras pequeñas corrientes, dos tendencias. El contraste llevó en 1903 a la fractura del partido. Desde ese momento la fracción mayoritaria de los bolcheviques se opuso a la minoría de los mencheviques. Los mencheviques eran un partido obrero radical socialista que correspondía en términos generales a los partidos obreros occidentales del mismo período. Trataba de organizar el mayor número posible de obreros rusos, dentro de los límites permitidos por las persecuciones de la policía zarista. En el partido debía reinar la autodeterminación democrática de los miembros. La socialdemocracia debía promover los intereses materiales de los trabajadores y, desde el momento que en Rusia debía producirse todavía la revolución burguesa, sostener activamente esta lucha revolucionaria. Pero en Rusia, la dirección de la revolución burguesa sólo podían asumirla los partidos burgueses —como pensaban los mencheviques. La clase obrera tenía el deber de seguir a los revolucionarios grandes y pequeñoburgueses, una vez que éstos se pusieran a la cabeza del movimiento. En un país rural como Rusia, en que los obreros industriales eran sólo una minoría de la población, la socialdemocracia no podía determinar el ritmo del desarrollo.

La concepción de los bolcheviques, expresada muchas veces por Lenin en sus libros, artículos y discursos del período anterior a 1914, era totalmente diversa. Por primera vez después de la muerte de Marx y Engels se abrió paso un hombre que con el estudio de los escritos de los maestros y al mismo tiempo con la observación crítica de la situación de su país renovaba la democracia revolucionaria siguiendo el espíritu de 1848. Lenin fue el primer socialdemócrata que comprendió el autoaislamiento profesional de categoría del movimiento obrero y lo combatió como un obstáculo principal de la revolución. Cuando Lenin dijo que el modelo de los socialdemó-

cratas no debía ser el secretario sindical sino el tribuno del pueblo, puso verdaderamente al desnudo, con una sola frase, toda la diferencia entre el marxismo original y la teoría y la práctica de la II Internacional. Lenin, entendiéndose bien, siempre dedicó su mayor atención a las necesidades y a las carencias cotidianas del trabajador industrial y durante toda su vida apreció profundamente la actividad práctica del sindicato. Dígase lo mismo de Marx y Engels. Lo que Lenin condenaba, en cambio, era el aislamiento profesional seudorradical del partido obrero y, en general, de la organización proletaria, que hacía que el socialismo fuera incapaz de realizar la revolución.

Lenin estaba de acuerdo con los mencheviques en que la futura revolución rusa sólo podía ser burguesa. Pero esto no quería decir que la dirección de la revolución burguesa debía corresponder a los partidos grandes o pequeñoburgueses. La socialdemocracia rusa, por el contrario, tenía la tarea de arrastrar consigo, además de los obreros, también al ejército de millones de pequeños campesinos rusos oprimidos. El objetivo debía ser el de fundar después de la caída del zar, una república rusa bajo la forma de la "dictadura democrática de los obreros y de los campesinos". Semejante república rusa sería también un estado burgués fundado en la propiedad privada burguesa. Pero se expropiaría el latifundio, se daría la tierra a los campesinos pobres y sería posible crear la libertad más completa de organización para los obreros y para todas las conquistas sociales modernas. Rusia se encontraba ante una revolución burguesa, pero los grandes capitalistas y los llamados liberales no tenían la intención de realizar su propia revolución burguesa, por temor a las grandes masas. Por este motivo, en su oportunidad, la coalición del pueblo trabajador, de los obreros y de los campesinos aliados debería conquistar la revolución burguesa de Rusia por encima de la burguesía. Por primera vez reaparece en Europa dentro de la actividad de Lenin el concepto vivo de la democracia social, de la unión revolucionaria de todos los trabajadores para el derrocamiento de la clase privilegiada.

Hasta 1914, Lenin no sólo había llevado con orgullo el nombre de socialdemócrata, sino que se había interesado constantemente por la forma tradicional de la república democrática. También para Lenin era evidente que después de la victoria de la revolución se debía reunir una Asamblea Nacional

panrusa elegida por todo el pueblo para decidir acerca de la nueva constitución de la república. Los consejos obreros —los soviets— ya habían aparecido en la revolución de 1905. Se trataba de asambleas de los delegados de fábrica de los obreros en pie de lucha y en huelga. De este modo los soviets eran importantes órganos de lucha de la revolución. Pero antes de 1914 nadie creía que los soviets deberían sustituir de algún modo el parlamento ruso y Lenin no tenía tampoco un proyecto de este tipo antes de 1917.

Lenin tenía, desde antes de 1914, una cierta actitud anti-democrática en la cuestión de la organización del partido. Según la concepción de Lenin, la socialdemocracia no debía ser un partido de grandes masas, sino un grupo restringido de revolucionarios de profesión, cuya tarea consistía en dirigir desde el exterior a las masas simpatizantes. El partido de los revolucionarios de profesión debía organizarse con una disciplina férrea mediante la más fuerte autoridad de la dirección. Lenin no veía en el partido socialista un amplio movimiento de masa autodirigido, sino quería un estado mayor de la revolución cuidadosamente seleccionado, incondicionalmente dispuesto, y sometido a la dirección. Sobre la cuestión de la organización, Lenin se encontraba en la más aguda oposición con los demás partidos socialdemócratas de su época: pero no se puede dudar de que Marx y Engels se habrían comportado en la práctica de una manera análoga si hubieran tenido la oportunidad de dirigir autónomamente un movimiento más grande en una revolución. Marx y Engels, en efecto, siempre determinaron por sí solos, en su partido y en las organizaciones dirigidas por ellos, la línea de una manera absolutamente autocrática y no tomaron nunca en cuenta el acuerdo de los miembros. Así también Lenin resucitó de hecho en Rusia el marxismo original, con todo y sus contradicciones. Este relevante contraste interno de su concepción fue el que le permitió a Lenin desarrollar, en primer lugar, la forma más radical de autogobierno democrático popular con su sistema consiliar e inmediatamente después destruir su misma nueva democracia con la dictadura del partido.

La revolución rusa de 1905 puso en grave peligro la existencia del zarismo. No sólo se lanzaron a la huelga los obreros de las industrias, sino también una gran parte de los campesinos se vieron arrastrados por el movimiento, y se llegó a levantamientos revolucionarios en el ejército y en la flota.

Pero ya que la mayor parte de las tropas permaneció fiel a sus oficiales y al zar, la revolución fue dominada. Siguiéron años en los que las fuerzas revolucionarias debieron reponerse de la derrota. A partir de 1912, fue evidente una nueva oleada revolucionaria; cuando estalló la guerra mundial, la democracia social rusa estaba preparada para el choque decisivo con el zarismo.

LA GUERRA MUNDIAL Y LA III INTERNACIONAL

De las cuatro formas de democracia burguesa existentes hasta 1914, dos estaban limitadas localmente. La democracia colonial era típica de los países coloniales blancos y la democracia imperialista se desarrolló en su forma pura sólo en el imperio británico. La democracia social tuvo, en cambio, una importancia europea en el período anterior a 1848, y la democracia liberal, de 1880 a la guerra mundial aproximadamente. Ambos movimientos tuvieron la desgracia de seguir con la protesta el desarrollo económico y social de su tiempo. La democracia social encarnaba, hasta la revolución de 1848, la resistencia del modesto hombre de bien contra el primer capitalismo. La democracia liberal que precedió a la guerra constituía la protesta del capitalista de la libre competencia contra la nueva forma del capital monopolista. Los dos movimientos podían mostrar ciertamente la carencia moral del sistema económico dominante, pero no eran capaces de contraponerle al primer capitalismo y al imperialismo, respectivamente, un sistema social distinto, que estuviera a la altura del progreso técnico y productivo.

En ambos casos, los aliados socialistas de la democracia burguesa eran teóricamente capaces de colmar esta laguna. Marx y Engels tenían la intención de darle a la democracia de 1848 una forma social adecuada, pero no pudieron crearla a causa del carácter limitado de la pequeña burguesía de su tiempo. La relación entre la democracia liberal moderna y los partidos de la II Internacional fue distinta. Los partidos socialistas se aislaron, como movimientos profesionales, de los obreros industriales y su nexos con la democracia liberal era la única senda estrecha y difícil, a través de la que los socialistas podían influir de algún modo en la política de su tiempo. En esta forma, los socialistas no entraron en la lucha política con

sus armas más fuertes y adecuadas a los tiempos, o sea, con los planes de una nueva economía colectiva superior, sino únicamente con las armas débiles y superadas del arsenal de la democracia liberal, con las consignas del libre comercio, de la paz y del progreso. De esta manera, la guerra mundial fue al mismo tiempo la ruina de la II Internacional y de la democracia liberal.

Antes de 1848, la democracia social les había prometido a las masas trabajadoras que con la victoria de la revolución política y el logro del sufragio universal empezaría una nueva era de igualdad y de felicidad humana. Junto con 1848 llegó la revolución, pero no se realizó ninguna de las promesas de la democracia. Esto tuvo como consecuencia una crisis general de confianza en relación con la democracia. La democracia liberal prebélica más reciente fue mucho más cautelosa en sus promesas. No prometía ni la transformación social ni la revolución universal. Era tan prudente que sólo les permitía a los pueblos la conservación de la paz. Pero ni siquiera esto se cumplió. De este modo, la guerra mundial trajo consigo el derrumbe moral y organizativo de la II Internacional, que había sido en el continente el verdadero exponente de la democracia liberal.

Pero también la nueva democracia social de los Estados Unidos fue víctima de la guerra. El presidente Wilson tenía la mejor intención de promover en su país el progreso social y al mismo tiempo asegurar con la entrada de Norteamérica a la guerra el triunfo de la democracia a nivel internacional. La fundación de la Sociedad de las Naciones debía comenzar, bajo la dirección de Norteamérica, la nueva era de la democracia universal y del progreso social. Pero el partido de Wilson no era suficientemente fuerte y realista en su interior para superar las enormes dificultades de la crisis bélica. Desde el momento que el gran capital de los mismos Estados Unidos se había apoderado de la máquina de la economía de guerra y de todas las posiciones de poder público, Wilson no fue capaz de hacer triunfar, en las negociaciones de paz, los principios de la democracia social. Los tratados de paz de 1919 generaron un éxito ilimitado del grupo imperialista vencedor. Con esto el partido de Wilson había perdido la confianza de los elementos progresistas, pero no reconquistó, a pesar de este sacrificio, la benevolencia de los trusts. De este modo, los capitalistas republicanos obtuvieron una victoria completa en las elecciones

presidenciales de 1920 y permanecieron en el poder hasta 1932. La democracia social, inspirada en Bryan y Wilson ya no era el factor importante de la política americana. El completo desastre internacional de la idea wilsoniana se puso de manifiesto en el hecho de que los Estados Unidos no ingresaron en la Sociedad de las Naciones instituida por Wilson.

En Inglaterra la participación en la guerra provocó el derrumbe inmediato de la posición innatural de poder de los liberales. Para poder llevar a cabo la guerra, Asquith tuvo que recurrir a la ayuda del partido conservador. En las diversas combinaciones que guiaron la vida política inglesa desde 1914, creció constantemente el influjo de los imperialistas, hasta que finalmente éstos alejaron completamente del poder a Asquith y a sus amigos más cercanos. El ex ministro liberal Lloyd George estuvo a la cabeza de un nuevo gobierno de coalición cuyo núcleo estaba formado por el partido conservador. Lloyd George le dio una vez más, con su elocuencia y su energía, fuerza y esplendor a los ideales de la democracia imperialista inglesa. La democracia imperialista arrastró consigo a las masas tanto de la madre patria como de las democracias coloniales de los dominios y llevó a Inglaterra a la victoria.

La participación en la guerra significa para todas las ocho grandes potencias el triunfo del imperialismo y la parálisis de sus opositores. Pero cuando la guerra comenzó a arrastrarse y requirió cada vez más privaciones de las masas trabajadoras, la corriente de oposición adquirió nuevas fuerzas. En Rusia, la revolución de febrero de 1917 había expulsado al zarismo sustituyéndolo con un gobierno de imperialistas burgueses. Pero después de la primera oleada revolucionaria siguieron nuevas oleadas: con la revolución de Octubre llegaron al poder los bolcheviques de Lenin. En Rusia se llevó a la práctica entonces la dictadura democrática de los obreros y de los campesinos. La nueva democracia social, surgida de la revolución victoriosa, desafiaba ahora al imperialismo de todas las otras siete grandes potencias.

En oposición a la antigua democracia parlamentaria, Lenin había encontrado en las experiencias de la revolución rusa una nueva forma para la democracia de las masas trabajadoras. La revolución de 1917 había resucitado en Rusia los consejos de los obreros, de los soldados y de los campesinos, Lenin descubría ahora que los soviets eran el embrión de una forma estatal completamente nueva, del mismo tipo que la Comuna

parisina de 1871. La diferencia entre los consejos y los parlamentos burgueses no se hallaba en el aspecto exterior de la técnica de voto —voto directo o indirecto, voto por circunscripciones o por grupos profesionales. El elemento decisivo consiste, en cambio, en que los consejos superan la contraposición tradicional que había separado, en los estados más grandes del continente europeo, el parlamento, que delibera, del aparato de los funcionarios y de los militares, que ejecuta. La revolución destruye, con la ayuda de los consejos de los soldados, el poder centralizado de los oficiales del ejército. Vence, al mismo tiempo, el poder de la burguesía profesional, de la policía y de la justicia. En todas partes, el consejo de los obreros o de los campesinos es el único depositario del poder. No existe más fuerza armada que la milicia de los trabajadores, los asuntos administrativos son despachados por simples encargados del soviét, sujetos al control constante de la masa trabajadora. De esta manera, los consejos pueden superar la gran deficiencia política de que adolecen todas las constituciones del continente europeo, excepción hecha de Suiza y Noruega, y que consiste en que el aparato coercitivo centralizado del estado levanta un muro contra el que se estrella toda avanzada de las masas trabajadoras hacia el autogobierno real.

El estado conciliar, tal como lo concebía Lenin y como pareció desarrollarse en el curso práctico de la revolución, era de hecho la repetición del tipo comunal de la democracia. En la época revolucionaria y de la guerra civil, sobre todo, la gran dificultad práctica consistía en los modos en que se debían organizar económica, militar y políticamente los consejos locales dispersos en una acción unitaria, dentro del ámbito de una gran potencia moderna. La república conciliar se consolidó en Rusia a través de enormes dificultades y, cuando en 1918 se produjo el derrumbe militar de Alemania y de Austria-Hungría, se constituyeron en su lugar las democracias militares de la Europa central, repúblicas democráticas que en todas partes se basaron en los consejos obreros. La oleada radical proveniente de Rusia se extendió también a los Balcanes, pareció arrastrar consigo a Italia y amenazó a la misma Francia.

También en Inglaterra el final de la guerra produjo un cambio de importancia histórica: por primera vez desde la época de los cartistas, millones de obreros perdieron la confianza en la dirección burguesa. Mientras los grupos liberales des-

unidos entre sí se fragmentaban políticamente, el partido obrero crecía rápidamente hasta convertirse en el segundo gran partido del país, capaz de contrarrestar el poder de los conservadores. Marx y Engels albergaron durante toda su vida la esperanza de que en Inglaterra se introdujera el sufragio universal y de que, en consecuencia, el partido de clase de los obreros emprendiera la lucha por el poder. Desde 1919 esta esperanza pareció encaminarse finalmente a su realización.

La guerra mundial desembocó, después del derrumbe de las potencias centrales, en una gran lucha entre la democracia social renovada por Rusia y el imperialismo. Para difundir la revolución a nivel internacional, Lenin creó la III Internacional. Los nuevos partidos que se situaban en el terreno del bolchevismo, con el fin de señalar la oposición a la socialdemocracia sobreviviente, adoptaron el nombre de comunistas, tal como se habían llamado Marx y Engels en el período de la revolución de 1848. Por lo menos en el papel, los programas de los partidos comunistas reconocían y evitaban todos los errores y las unilateralidades que había cometido la socialdemocracia en el período del restringido partido de categoría y de la democracia liberal. Los comunistas acentuaban ciertamente el papel de guía del proletariado en la revolución, pero iban más allá de los intereses profesionales de los obreros industriales. En todas partes se dirigían también a los campesinos y a los demás trabajadores. Reconocían la importancia del problema nacional y en todas las partes del globo llamaban a los pueblos oprimidos a la libertad. Sostenían una política de potencia realista. Tenían como meta final la libertad de los pueblos, pero explicaban que los obreros no podían rechazar tampoco los medios de la guerra y de la violencia para alcanzar este objetivo final. A la fuerza brutal del imperialismo que no se detenía ante nada con tal de consolidarse en el poder, debía contraponerse una fuerza igualmente brutal del pueblo trabajador. El estado de los trabajadores debía arrebatarse la dirección de la economía a los pocos capitalistas del monopolio. La economía centralizada de guerra creada en beneficio del gran capital debía transformarse en una economía colectiva centralizada en beneficio de los trabajadores.

La lucha entre el imperialismo internacional y la democracia social renovada proveniente de Moscú duró aproximadamente hasta 1923. Y tuvo como resultado la derrota completa de la democracia en todos los frentes. Y en primer lugar en

la misma Rusia. Para el movimiento obrero revolucionario renovado fue fatal el hecho de haberse unido desde el principio con el destino del estado ruso. En su situación extremadamente grave de 1918 a 1920, los bolcheviques rusos tenían la necesidad urgente de ayuda por parte de las revoluciones victoriosas del exterior. De este modo, los partidos europeos no crecieron orgánicamente a partir de las condiciones de sus países y de sus propias experiencias, sino fueron fundados y organizados artificialmente por Rusia, y se comprometieron de una manera inmadura e irreflexiva en batallas para las que no estaban preparados. A partir de 1921 Lenin reconoció que a corto plazo no había esperanza de una revolución obrera victoriosa en un país fuera de Rusia. De este modo los bolcheviques dieron marcha atrás. En la misma Rusia la república consiliar se redujo a una forma hueca. La dictadura centralista del partido bolchevique tomó el lugar del autogobierno de las masas trabajadoras. Fuera de Rusia, los partidos comunistas se transformaron al mismo tiempo en asociaciones de propaganda para el gobierno soviético. En ellas se sofocaba desde lo alto toda vida autónoma y ya no se utilizaban como fuerzas autónomas para una democracia del pueblo trabajador.

En el mismo período en que la revolución rusa se esclerotizaba y Moscú se convertía en el centro de un capitalismo burocrático de estado, en los Estados Unidos el capitalismo de los trusts reforzaba su propio poder. En Francia gobernaba el bloque nacional de las derechas. En Italia triunfaba el imperialismo violento bajo la forma de la dictadura fascista. En Italia, como ya se señaló muchas veces, la antigua tendencia que se llamaba liberal desde hacía dos generaciones era un obstáculo para el desarrollo social. Después de la guerra subieron al escenario los que hubieran podido expulsar a los viejos llamados liberales y modernizar Italia: los socialistas y los imperialistas coherentes. Pero los partidos socialistas no manifestaron ni la intención ni la capacidad de organizar al país: de tal forma que los fascistas se llevaron la victoria. Mussolini renovó la tradición garibaldina del ejército voluntario reclutado entre la juventud nacional: de las camisas rojas se pasó a las camisas negras. Los objetivos del asalto ya no eran Austria, el papado o el tirano de Nápoles, sino las sedes sindicales y las redacciones socialistas. Es un espectáculo trágico ver que en Italia, después del derrumbe de la antigua democracia nacional y revolucionaria, sus medios y métodos

eran tomados por los enemigos y utilizados para fines opuestos. Mussolini fue el primero que mostró en Italia la táctica fascista de los grupos de asalto que con una guerrilla y con la ayuda más o menos abierta de los órganos oficiales del estado desgastó a los demócratas y a los socialistas hasta que llegó el momento de la contrarrevolución definitiva.

También en Alemania, los republicanos y los socialistas fracasaron en todas las cuestiones del poder real. Ya desde 1919, el ejército era un instrumento seguro de la contrarrevolución. Las cosas no se presentaban mucho mejor en la administración y en la justicia. En la república, el poder del capital monopolista se reforzó en la economía, año con año. A esto se añade una profunda desunión entre los obreros alemanes, que es hábilmente explotada por la contrarrevolución. La minoría de los obreros alemanes decididamente revolucionarios, pero numéricamente débil, se desangró en batallas parciales sin perspectiva. En pocos años, la república alemana quedó en esta forma minada totalmente desde su interior. La revolución alemana de 1918 presenta en muchos aspectos una semejanza sorprendente con la revolución francesa de febrero de 1848. Los socialistas alemanes mayoritarios jugaron en líneas generales el mismo papel que los demócratas socialistas franceses de 1848. Ambos partidos emprendieron, después de la revolución, un trabajo de reformas político-sociales digno de todo respeto y objetivamente válido en beneficio de las masas trabajadoras. Pero ambos partidos descuidaron en igual medida los instrumentos reales de poder de la vida estatal. De este modo su política social quedó suspendida en los aires. En ambos casos había en la izquierda de la socialdemocracia oficial una masa de grupos radicales desunidos, en parte aventureros y sin control. Los verdaderos revolucionarios serios, como Blanqui en 1848, Liebknecht y Rosa Luxemburg en 1918, muy pronto quedaron aislados totalmente y no pudieron modificar el destino del movimiento. En ambos casos, la contrarrevolución estuvo al acecho del estallido de las luchas internas de la clase trabajadora y las batallas de 1919 destruyeron la fuerza de la república alemana del mismo modo exactamente que la batalla de junio de 1848 había destrozado la francesa. La diferencia consiste en que en 1848, después del derrumbe moral y político de la república, hubo inmediatamente un dictador popular, mientras que en Alemania, el dictador correspondiente sólo ganó influencia después de muchos

años y la república, que no podía ni vivir ni morir, se arrastró en una larga agonía. En 1923, el gobierno pasó, con el canciller Cuno, a manos de los partidos de los grandes capitalistas; que desde entonces ya no fueron expulsados del poder.

En Japón siguieron gobernando los antiguos potentados. También en los estados recién creados en las fronteras del antiguo imperio ruso, en los estados del ex imperio austrohúngaro y en los Balcanes, las fuerzas militares antidemocráticas tomaron la delantera, con excepción de Checoslovaquia, en la que triunfó la importante formación de una democracia social. En el imperio británico, en cambio, permaneció en el poder la democracia imperialista. Ésta debió combatir contra la democracia social representada por el partido obrero cada vez más fuerte.

EL ASCENSO DEL FASCISMO

Las derrotas y la debilidad de las fuerzas democráticas a nivel mundial continuaron hasta 1933. En este año, la supresión de las últimas formas democráticas en Alemania con el gobierno de Hitler concluyó un largo e incontenible proceso. Ese mismo año, sin embargo, junto con el comienzo de la administración de F. D. Roosevelt en los Estados Unidos, llegó el despertar de una democracia social vital en el país económicamente más importante del mundo. Con 1933 empieza también un nuevo período dentro de la historia de la democracia.

Entre 1918 y 1933, la crisis moral de la democracia liberal se había profundizado cada vez más. Se repitieron, en parte en las mismas formas, los fenómenos que siguieron al derrumbe de la democracia revolucionaria de 1848. Una gran parte de la masa popular desilusionada ya no quería oír hablar de libertad y autogobierno y se volvía al hombre fuerte y al dictador justo, que fuera mejor que todos los partidos políticos, en los que había perdido la confianza. Más arriba describimos cómo la oleada del bonapartismo arrastró consigo en Francia, desde el verano de 1848, a las masas populares exasperadas por el desenvolvimiento de la revolución. En Alemania el bismarckismo produjo el mismo fenómeno. Después de la batalla de Königgrätz, Bismarck era seguido por la mayoría del pueblo alemán, no sólo de los Junker y de los capitalistas, sino también por la grandes masas que ahora se reían de las debili-

dades y de las frases de los políticos demócratas y liberales y estaban más contentas de que un gran hombre realizara ahora aquello en que los oradores de la Paulskirche habían fracasado. En la extrema izquierda, sin embargo, se desarrolló después de 1848 el movimiento del anarquismo proletario: la tendencia de los que ya no querían de ninguna manera oír hablar de elecciones ni de política de partido. Vimos igualmente que en cierto modo toda la orientación hacia la formación de partidos obreros autónomos en el continente europeo, y al mismo tiempo el alejamiento de los sindicatos ingleses con respecto al cartismo, representó una reacción al fracaso de la democracia revolucionaria. De este modo el alejamiento de las masas europeas con respecto a la democracia social al estilo de la revolución de 1848 mostró en el período siguiente hasta 1870 una amplia trayectoria en cuyos extremos estaban el bonapartismo y el bakuninismo.

La crisis de la democracia liberal después de la guerra mundial se desarrolló de una manera totalmente paralela. La democracia liberal debió cuidarse por la derecha del asalto de un imperialismo violento, "popular" en sus métodos, y por la izquierda del ataque de la clase obrera radical que ya no creía en las formas democráticas tradicionales. Todavía en 1917 el bolchevismo de Lenin era un movimiento absolutamente democrático. Pero en las grandes polémicas de los bolcheviques contra los socialdemócratas, la problemática ya no era: "una democracia auténticamente popular de los consejos contra una democracia no auténtica de los parlamentos burgueses"; sino la consigna de la lucha era simplemente: "democracia contra dictadura". Las masas se habían acostumbrado, aun dentro del lenguaje prevaleciente entre los intelectuales y políticos, a identificar la democracia liberal y sus métodos pacifistas y parlamentarios con la democracia en sí.

Pero cuando los comunistas se declaraban en contra de la democracia y a favor de la dictadura, para los jefes y sus seguidores esto significaba algo más que un simple error de lenguaje. Lenin y los dirigentes que estaban a su alrededor, se alejaban cada vez más de la democracia obrera y apuntaban a la dictadura de partido, a medida que se iba haciendo más difícil la situación rusa. Del mismo modo las masas obreras y radicales de todos los países sacudidas por la experiencia de la guerra habían perdido cada vez más la confianza en todo tipo de democracia: en las organizaciones sociales de los últi-

mos cincuenta años, los obreros se habían gobernado por sí solos y habían resuelto libremente sus problemas. ¿Cuál había sido el resultado? En los parlamentos de casi todos los países, el número de los diputados socialistas y demócratas había aumentado constantemente hasta 1914, y ¿cuál era el resultado? Tanto en el frente oriental como en el occidental, los hombres perdían la confianza en la propia capacidad de libre autodeterminación. Si por sí solos no habían logrado avanzar más con los métodos normales, tal vez la voluntad de una dirección fuerte les ayudaría ahora a alcanzar el socialismo y un mundo mejor. En 1919, la mayoría de los obreros europeos estaba dispuesta, sin duda, a dejarse mandar por Lenin y Trotsky para liquidar el capitalismo y el militarismo. Aun cuando la Rusia soviética y la III Internacional dejaron más tarde de ser las fuerzas impulsoras de la revolución mundial, continuó entre sus seguidores la crítica a la democracia burguesa y a las formas parlamentarias.

Ya antes de 1914, los imperialistas se habían dado cuenta de que la democracia era su propia enemiga en todas partes, salvo en Inglaterra. Los partidos franceses de derecha aspiraban a una dictadura militar o monárquica y estuvieron de acuerdo con la república del sufragio universal sólo como expediente. Las clases dominantes alemanas habían mandado de buena gana —según las palabras de un famoso Junker— un “subteniente con diez hombres” a dispersar el Reichstag. Los capitalistas de los trusts de los Estados Unidos se entregaron a la tarea de comprar a los partidos. En Austria y en Italia, nadie tenía gran estimación por el parlamento; y también en Rusia y en Japón, el estrato superior estaba totalmente al servicio de la autoridad. Después de la guerra mundial, la orientación “popular” del imperialismo empezó a desacreditar sistemáticamente entre las masas los principios de la democracia y a elogiar la dictadura en oposición a los comunistas. En lugar de la dictadura bolchevique a la que se hacía propaganda desde Moscú, los imperialistas recomendaban la dictadura fascista como solución de todos los males.

En el continente europeo, después de que en los partidos comunistas se sofocó completamente la libre autodeterminación de los miembros, los únicos defensores del principio democrático eran los que sostenían la democracia liberal. Su posición era sobremanera débil y desfavorable. Los partidos obreros socialistas habían sido sacudidos y debilitados por la esci-

ción de los comunistas. La izquierda burguesa, como el partido democrático de Alemania, los radicales de Francia, o el antiguo grupo giolittiano de Italia eran todavía más débiles que antes de la guerra; pero sobre todo la posición ideológica de la democracia liberal carecía de esperanzas. Los demócratas liberales consideraban como tarea propia elegir por lo menos los males menores entre los muchos que amenazaban a las masas. Después del horror de la guerra mundial querían evitarles a los pueblos un nuevo conflicto, y de este modo recomendaban el entendimiento entre las naciones. En política interna, consideraban imposible la revolución social. Así pues, se esforzaban por mantener alejadas a las masas de aventuras putschistas, y deseaban conservar por lo menos las libertades burguesas más importantes como el sufragio universal y los derechos de los sindicatos.

Con su táctica de advertencia pesimista y prudente, la democracia liberal se encontró en una fatal posición de cojine- te entre el asalto lleno de odio de los imperialistas de derecha y de los comunistas de izquierda. Los patriotas, sobre todo los de las naciones oprimidas o tratadas injustamente, deseaban una nueva recuperación nacional. Los demócratas burgueses y socialistas, sin embargo, se oponían y predicaban la conciliación entre los pueblos. Las masas hambrientas y menesterosas maldecían al capitalismo y pedían la revolución social. Pero también en este caso, los demócratas ponían en guardia y advertían a las masas que no se apartaran de los métodos pacíficos. La crisis puesta en movimiento por la guerra mundial adquirió formas cada vez más terribles, particularmente en la Europa central. La masa de los trabajadores y de los desocupados debía renunciar a todo, en tanto que una pequeña minoría de especuladores se enriquecía cada vez más. A las naciones victoriosas y dominadoras no les preocupaba el deseo de vivir de los pueblos vencidos que habían quedado en desventaja; pero cuando la juventud y los estratos activos del pueblo se sublevaron contra la miseria del presente y quisieron comprometerse en un futuro mejor, entonces la democracia pareció impedirlo: democracia significaba claramente, pues, que todo quedaba como antes, que el estado de los señores se enriquecía aun más y las masas estaban cada vez más privadas de lo necesario, que la patria debía quedar humillada eternamente. Toda esta vergüenza y condición antinatural se llamaba: ¡democracia, cultura y humanidad!

La democracia liberal, que desde antes de la guerra había sido débil e incapaz de actuar en el continente, se encerró después de la guerra en el papel de una vieja tía rencorosa y ajena al mundo que le prohíbe a la juventud sacrificarse por un futuro mejor. Con un increíble trastocamiento de todos los conceptos y con una deformación de toda escala de valores se llegó hasta el punto de que importantes estratos populares, ciertamente no los peores, fueron presa de un odio insensato hacia todo lo que sonara a democracia y a humanidad. Esa corriente política, que durante el período de la crisis mundial más tremenda y de suma violencia sólo recomendaba siempre la paz y la legalidad, fue expulsada primero ideológicamente de todas las posiciones y luego se convirtió en víctima de sus enemigos más poderosos y sin escrúpulos.

Hasta 1933, el fascismo había vencido de una u otra forma en Italia y en Alemania, en Polonia y en los estados limítrofes, en Hungría y en los Balcanes, en Portugal y, durante un período más bien prolongado, en España. Francia había sido testigo, varias veces, después de 1924, de la victoria de las izquierdas en las elecciones. Pero la izquierda no pudo gobernar como antes de 1914. En toda situación sería le tomaba la delantera el bloque de las derechas.

Aristóteles y Platón señalaron en sus consideraciones ejemplares sobre los "tiranos" que en la crisis de una constitución libre se puede consolidar fácilmente la dictadura de un hombre grande o que se considera "grande". La historia mundial da un gran número de ejemplos desde Pisistrato de Atenas hasta Napoleón III de Francia. La novedad del fascismo moderno consiste en el nexo de la persona del dictador con el imperialismo, o sea con la fracción particularmente violenta y nacionalista del capital monopolista. Los nacionalistas, militares y capitalistas, de los estratos medios y pequeños siguieron el ejemplo que les ofrecía el movimiento correspondiente de las grandes potencias. Después de 1918, el fascismo ya tenía, en comparación con sus opositores, la extraordinaria ventaja de ser la única fuerza política que parecía hablar realmente en nombre de toda la nación. El frente popular democrático de 1848 había quedado en el olvido. La unidad de la sociedad burguesa liberal había sido destruida desde hacía mucho tiempo. Los llamados marxistas se habían convertido en un partido de categoría de los obreros industriales y además estaban divididos entre sí. Frente a todos los grupos o grupitos desin-

tegrados de la vida política moderna, los imperialistas y los nacionalistas representaban el único bloque poderoso y sugestivo, la unidad y la grandeza del pueblo.

POSICIONES DEMOCRÁTICAS Y SOCIALISTAS HACIA EL FINAL DE LOS AÑOS TREINTA

Dentro del continente europeo, la democracia burguesa se había consolidado en Escandinavia y en Suiza. En Checoslovaquia perdió fuerza una democracia burguesa de sorprendente estabilidad. En el pueblo checo se unieron dos partidos socialistas bajo la dirección de Masaryk, un gran partido democrático de campesinos y otros partidos más pequeños de artesanos y pequeños burgueses católicos. Era una auténtica coalición del pueblo trabajador dentro de la convergencia de sus grupos profesionales esenciales en el campo de la idea nacional. Este bloque gubernamental checo extirpó en su país las tradiciones de los Habsburgo, creó un ejército seguro y una administración, dividió el latifundio y aseguró los derechos sindicales a los trabajadores industriales. La propiedad capitalista privada quedó en pie, pero los capitalistas no fueron capaces de apoderarse por sí solos de la dirección política y de orientar en beneficio propio el compromiso en el que se apoyaba la sociedad del estado checoslovaco. El bloque gubernamental democrático se esforzó también por atraer hacia sí las fuerzas democráticas de las minorías. Hasta ahora se ha mostrado ampliamente superior a todas las tendencias fascistas. Los comunistas, que en los primeros años de la república checoslovaca habían atacado duramente el compromiso social del nuevo estado, se unieron recientemente a la coalición gubernamental para vencer el peligro fascista. El éxito de la democracia checoslovaca consiste en el hecho de que traspasó al presente las antiguas ideas políticas todavía vitales: una alianza de clase al estilo de la democracia social de 1848 pudo consolidarse victoriosamente porque supo satisfacer las exigencias de la política moderna del poder estatal y del control estatal de la economía.

Otra isla de democracia social en la Europa central estuvo constituida de 1918 a 1934 por la administración socialista de Viena. Aislada y dependiendo solamente de sus débiles fuerzas, sucumbió sin embargo en 1934 bajo la prepotencia fas-

cista y capitalista. Las notables realizaciones de la comuna socialista vienesa mostraron en todos los campos de la previsión social, de la promoción cultural de las masas, de la planificación económica, qué cosa pudo crear una democracia apoyada por las masas populares, a pesar de estar comprimida en los confines de un pequeño estado antidemocrático.

Sobre todo después de la toma del poder por parte de Hitler en 1933, las grandes derrotas de la democracia liberal impulsaron una importante restructuración de los grupos de las masas trabajadoras de Europa. La gran mayoría de los trabajadores reconoció que ya no se podían utilizar los métodos políticos antiguos y buscaba otros nuevos. El cambio se presentó de la manera más clara en el ámbito de la política internacional y en las cuestiones de la guerra. Con la ausencia de los Estados Unidos y de Rusia, la Sociedad de las Naciones había sido esencialmente un órgano de las potencias vencedoras en el primer período de su existencia. Las cosas cambiaron en los últimos años en que la Unión Soviética se acercó a la Sociedad de las Naciones, en tanto que Japón, Italia y Alemania se oponían más bien con fuerza a la misma. Cuando respondió en 1935 a la agresión italiana contra Etiopía mediante sanciones económicas, se transformó de hecho durante un breve período en órgano de una política internacional democrática. Desde entonces la dirección de la Sociedad estuvo a cargo de los países de la democracia burguesa, como Inglaterra, y sus dominios Checoslovaquia y Escandinavia junto con las dictaduras del capitalismo de estado de Rusia y de Turquía. Francia fue obligada por la presión de las izquierdas a mantener la línea de la Sociedad de las Naciones, aunque con fuertes oscilaciones. De este modo, en 1935 a nivel internacional estaban, por un lado, las democracias burguesas y sociales, junto con los países de capitalismo de estado, y por el otro las potencias fascistas con sus seguidores. La ayuda positiva que pudo proporcionarles la Sociedad de las Naciones a los etíopes contra Italia fue por lo demás muy modesta. No obstante, los hechos de 1935 tuvieron su importancia histórica, como el primer episodio serio de solidaridad democrática internacional después de 1848.

La cuestión de las sanciones contra Italia puso a los partidos de la Internacional socialista ante un dilema. ¿Se debía seguir la política del pacifismo abstracto y de la no violencia incondicional o bien se debía convencer de que la paz debía orga-

nizarse con medios reales? Sólo cuando la comunidad de los amigos de la paz pueda disponer de una fuerza material superior a toda combinación de los enemigos de la paz, ésta estará verdaderamente asegurada. La mayoría de los trabajadores socialistas de Europa se manifestó en favor de la política de las sanciones de la Sociedad de las Naciones, cualesquiera fueran las consecuencias que se derivaran de ella. Con esto se superó verdaderamente el dogma muy peligroso de la democracia, la doctrina del pacifismo absoluto. Paralelamente a este importante cambio en la política exterior socialista, se registra un cambio de actitud análogo en cuestiones de política interna. Los partidos socialistas empiezan a formar frentes populares con los comunistas y con los grupos burgueses democráticos que existían todavía. Se realiza un esfuerzo por considerar los problemas no sólo desde el punto de la posición profesional específica, sino dentro del marco nacional. Se reconoce la necesidad de contraponerle a la violencia fascista la propia fuerza y al capitalismo monopolista moderno una economía planificada de estado en beneficio de los trabajadores.

La acción de la Sociedad de las Naciones falló sobre todo porque el gobierno inglés no tenía la intención de lanzarse a una guerra con Italia por Etiopía. El partido conservador inglés no es, naturalmente, homogéneo desde el punto de vista social: por un lado votan conservadoramente cientos de miles de obreros industriales —y a esto corresponde una fuerte ala tory-democrática, incondicionalmente antifascista—, por el otro están en cambio los grandes capitalistas que no alcanzan a comprender por qué motivo deberían invertir bienes y sangre en una guerra mundial entre el fascismo y la democracia social por parte de los trabajadores. El resultado es que el partido gobernante inglés mantiene una línea media y se esfuerza por permanecer neutral en la lucha internacional entre fascistas y antifascistas. En los últimos años, esta política exterior del gobierno inglés fue atacada duramente por el partido obrero. También éste es un hecho de gran importancia histórica, ya que es la primera vez que un partido socialista de masa desarrolla, dentro de un gran estado, una actividad política exterior autónoma, no formalmente pacifista. En la primera guerra mundial, en efecto, los socialistas no tenían ninguna línea autónoma cuando aprobaban los créditos de guerra y apoyaban la paz social sino seguían obedeciendo las directivas

del gobierno y de la opinión pública. El partido obrero inglés, en cambio, pidió en los últimos años, oponiéndose fuertemente a la táctica moderada del gobierno, una oposición activa a las dictaduras fascistas, con todas las consecuencias que esto podía tener. La gran mayoría de los trabajadores ingleses estaba dispuesta también a aprobar el rearme de Inglaterra para que un eventual gobierno obrero inglés pudiera oponerse no desarmado a los fascistas. El partido obrero inglés ya formó dos veces en un breve lapso un gobierno de minoría. Se prepara, en caso de conquistar la mayoría de la Cámara de los Comunes, a organizar de acuerdo con sus principios, la economía, la administración del estado, la política exterior. En los últimos años surgió también en Inglaterra un partido fascista, pequeño en número, pero que encontraba simpatías entre los círculos influyentes de la derecha. Hasta ahora, por otra parte, las fuerzas del movimiento obrero y de la democracia tory se mostraron ampliamente superiores a los fascistas.

Mientras el partido obrero inglés elabora una política realista, adaptada a los tiempos, el movimiento obrero francés se arrastra siguiendo las tradiciones paralizadoras del pasado. El gobierno del frente popular de Blum, compuesto por socialistas y radicales pequeñoburgueses, fue recibido al principio con grandes esperanzas. Pero muy pronto se vio que todavía perseguía únicamente la política de los antiguos gobiernos del bloque de las izquierdas. El gobierno del frente popular introdujo reformas sociales y de política económica de gran importancia, pero no fue capaz de introducir algún cambio en los problemas fundamentales de la constitución (senado), en el ejército y en la administración. Y la política exterior siguió siendo pacifista a pesar de la pretensión de lealtad a la Sociedad de las Naciones. De este modo el gobierno de Blum perdió rápidamente su autoridad en el exterior y en el interior y sucumbió en el primer conflicto serio con el senado. A la dimisión del presidente de los ministros, Blum, le siguió el acostumbrado gobierno de transición.

España fue un segundo campo para un gobierno de frente popular. En este país, los grandes contrastes internacionales se combinaron con los conflictos de la sociedad española de una manera tan especial que un rápido esbozo del desarrollo español de la última década rebasaría los límites de este libro. Sólo llamaremos la atención sobre un hecho: sobre la presencia de las brigadas internacionales que salvaron a Madrid del asalto

fascista y le dieron tiempo al gobierno de organizar su propio ejército. El hecho de que muchos miles de hombres de todas las partes de Europa y Norteamérica fueran voluntariamente a España y ofrecieran su vida por la democracia y contra el fascismo era absolutamente nuevo, y no parecía ni siquiera concebible después de la generación de 1848.

Bélgica tuvo el sufragio universal después de la guerra. El partido obrero socialista belga no fue capaz, sin embargo, de llegar por sí solo al poder, no formó tampoco un frente popular, sino estableció una coalición con los liberales capitalistas y con algunos conservadores católicos que aceptaban todavía el método parlamentario. Está claro que semejante coalición sólo podía defender el orden existente, pero no introducir ninguna reforma fundamental en el estado y en la sociedad. De este modo el país obrero belga dio cabida a un movimiento fascista fuerte y activo, que no sólo impuso el curso de la política exterior del país, sino obtuvo peligrosos éxitos en el interior. También Holanda tuvo el sufragio universal, sin que por esto cambiara la estructura del estado.

En los Estados Unidos la gran crisis económica había afectado la confianza de las masas en el libre juego de la economía privada en el sentido del gran capitalismo. La democracia social arrastró consigo a la mayoría del pueblo. A la cabeza del movimiento se encontraba el presidente F. D. Roosevelt elegido por primera vez en 1932 y reelegido en 1936 con una aplastante mayoría. El New Deal de Roosevelt entra totalmente en el ámbito de la democracia social. El presidente quería en efecto conservar la propiedad privada, pero al mismo tiempo neutralizar la incidencia del capital monopolista en beneficio de las amplias masas trabajadoras de la ciudad y del campo, elevar el tenor de vida de los obreros y de los agricultores mediante una economía global de estado planificada y defenderlos de las crisis. Al mismo tiempo, el presidente F. D. Roosevelt construía con gigantescas asignaciones el ejército americano, se declaraba contrario al aislamiento de los Estados Unidos y favorable a una activa defensa internacional de la paz. El desarrollo de los Estados Unidos estaba en pleno desenvolvimiento; dígase lo mismo de las organizaciones sindicales y de sus luchas. Los enemigos del New Deal se escudaban todavía de una manera parcial en la justicia y en la administración local. La mayoría del partido demócrata seguía al presidente, pero éste tenía también fuertes opositores entre los

demócratas así como tenía muchos amigos entre los republicanos. Durante los últimos años se intentó con frecuencia en los Estados Unidos la creación de nuevas organizaciones partidistas, que debían responder mejor a los problemas sociales de la época. El más importante de estos experimentos es el joven partido obrero americano, que en noviembre de 1937 reunió en las elecciones municipales de Nueva York casi medio millón de votos y contribuyó en una medida determinante a la elección del alcalde La Guardia, hombre abierto a las reformas.

En el imperio británico existe un fuerte gobierno de democracia social en el estado libre irlandés, en que el presidente De Valera constituyó su poder mediante una coalición de los pequeños agricultores y de los obreros y reprimió enérgicamente las tentativas fascistas. En la otra parte del globo, Nueva Zelandia tiene un gobierno obrero eficiente, que se ganó también la confianza de los agricultores y mejoró notablemente el nivel de vida de la población con disposiciones de planificación económica. En Australia, el partido obrero está en lucha por el poder con el partido burgués capitalista, en tanto que actualmente el fiel de la balanza es un partido de agricultores. En el parlamento federal este partido se alió con los burgueses, pero en Victoria se alió con los obreros. Muchos estados australianos están dirigidos por partidos obreros y parecen absolutamente asegurados el alto nivel de vida y las libertades políticas y sindicales de los obreros. En la India, la nueva constitución ha llevado al poder, en la mayoría de las provincias, al partido nacional del congreso, cuyo programa contiene muchos elementos de una democracia social. En Sudáfrica domina en cambio la minoría de los blancos, que no le concede ningún derecho civil a la masa de trabajadores negros. En Canadá la situación es muy complicada. Ahí se han agudizado los contrastes entre el capital industrial y los obreros, entre el capital financiero y los agricultores. Los antiguos partidos históricos de los conservadores y de los liberales se disolvieron y todavía no se han presentado en su lugar a nivel nacional nuevos partidos. Por el momento se notan grupos con simpatías fascistas en el Este y un movimiento radical, anti-capitalista, de agricultores en el Oeste. Pero estas agrupaciones no se pueden considerar definitivas. También es dudosa la posición política y constitucional que conquistará la clase trabajadora judía en Palestina.

De acuerdo con las intenciones de su fundador, Sun Yat-Sen,

el partido revolucionario nacional chino del Kuomintang era originalmente un verdadero movimiento de democracia social. En la última década, sin embargo, la dictadura militar del general Chiang Kai-shek recuperó las fuerzas populares y la clase obrera china. El estallido de la guerra chino-japonesa liberó a las masas de esta presión y abrió un nuevo período en la historia de la democracia del Asia oriental. También en Japón hay elementos de los movimientos revolucionarios, democráticos y socialistas más diversos que esperan su liberación.

Actualmente en México hay una forma de gobierno obrero y campesino. A pesar del atraso cultural del país, la revolución social de México liberó fuerzas sorprendentes y el partido gobernante trata de mantener, de acuerdo con la tradición de Juárez, la independencia del país y construir un nuevo orden social con la división del latifundio y el control estatal de la industria.

La dictadura del capitalismo de estado de Turquía ha sido también el producto de un trastocamiento social que destruyó el estado histórico que dominó hasta el final de la guerra bajo la dirección de Mustafá Kemal. Mustafá Kemal es el único dictador de nuestro tiempo que dedicó todas sus fuerzas a eliminar los residuos de una opresión política, económica y espiritual secular que pesaba sobre los campesinos turcos. Esta dictadura significó no sólo un progreso técnico con respecto al pasado sino también un extraordinario crecimiento de la madurez cultural y de la posición social de la masa popular.

Es importante poner de relieve que actualmente la democracia social y el movimiento obrero son fuertes precisamente en los países en que no hay una tradición marxista y socialista influyente de la II Internacional, o sea en Inglaterra e Irlanda, los Estados Unidos, Austria, Nueva Zelandia y México. Marx mismo no se hubiera entristecido mucho por esto; él en efecto siempre tomó mucho más en cuenta un movimiento vivo, que avanzaba, a pesar de que no se apoyaba en él, que una nulidad que permanecía aferrada a él.

CONTRIBUCIÓN A UNA CRÍTICA GENERAL DE LA DEMOCRACIA

La democracia como una cosa en sí, como una abstracción formal no existe en la vida histórica: la democracia es siempre un movimiento político determinado, apoyado por determina-

das fuerzas políticas y clases que luchan por determinados fines. Un estado democrático es, por tanto, un estado en que el movimiento democrático detenta el poder. La democracia como movimiento político se descompone en democracia socialista y democracia burguesa. La democracia social apunta al autogobierno de las masas, en el que los medios de producción socialmente importantes deben estar en manos de la colectividad. Los representantes de ese movimiento son los partidos socialistas de los siglos XIX y XX. La democracia socialista no ha sido, sin embargo, hasta ahora todavía capaz de apoderarse del poder en un estado.

La democracia burguesa apunta igualmente al autogobierno de las masas populares pero manteniendo el principio de la propiedad privada. La democracia burguesa, a diferencia de la socialista ha conquistado en los tiempos modernos el poder en una serie de estados. La democracia burguesa no es homogénea en sí misma, sino se presenta históricamente bajo cuatro formas diversas. Por una parte está la democracia social: el movimiento que pretende mantener el principio de la propiedad privada, pero apunta al poder de las masas trabajadoras en el estado, en lucha con los estados superiores feudales y capitalistas. Los estados en los que prevaleció la democracia social fueron la Francia de la época de Robespierre y los Estados Unidos bajo la presidencia de Jefferson. En el pasado reciente, una formulación clásica de la democracia social ha sido proporcionada por Lenin entre 1903 y 1914 con su doctrina de la dictadura democrática de los obreros y de los campesinos.

En antítesis con la democracia social —y naturalmente también con la socialista— las otras tres formas de la democracia burguesa rechazan la lucha de clase y apuntan a un acuerdo entre el estado superior poseedor y las masas trabajadoras. Este compromiso debe buscarse en la forma imperialista y en la liberal. La democracia imperialista se propone crear, con la ayuda de una política de gran potencia e imperial, los medios para hacer posible el acuerdo entre empresarios y trabajadores. El país modelo de la democracia imperialista fue Gran Bretaña a partir de Disraeli. La democracia liberal se propone, en cambio, precisamente con el abandono de la política de potencia y de fuerza, con la paz y la libre competencia, asegurar el progreso económico y cultural de la humanidad y junto con esto encontrar los medios para el compromiso en-

tre las clases. La democracia liberal se desarrolló en el mejor modo posible en las naciones pequeñas, como Suiza y Noruega.

La democracia colonial es, finalmente, la forma particular de la democracia burguesa en países de ultramar, en que la inmigración blanca encuentra para su colonización gigantescos espacios completamente libres o sólo escasamente habitados. El compromiso de clase se vuelve aquí posible a causa del territorio libre. Los Estados Unidos hasta 1890 aproximadamente y Canadá hasta la primera guerra mundial nos proporcionan ejemplos de democracia colonial.

La diversidad de los distintos tipos de movimientos democráticos modernos es extraordinariamente grande. Pertenecen a la historia de la democracia moderna los bolcheviques de Lenin y los republicanos progresistas de Th. Roosevelt y el movimiento para la reforma aduanal de Chamberlain. Los movimientos democráticos gobiernan en los cantones serranos suizos, en los poblados de pescadores de la costa noruega y en los distritos industriales de Lancashire. Esto permite ver la poca utilidad que tiene dar una formulación uniforme y universal de la democracia. Sólo la investigación individual precisa del tipo particular de democracia en cuestión puede facilitar la comprensión histórica y política de la misma.

Un estado democrático es, por consiguiente, una colectividad en la que una de las formas mencionadas de democracia burguesa moderna detenta el poder. Si se quiere evaluar correctamente la realidad social de un estado, no basta observar la constitución escrita o tradicional vigente, sino es preciso observar cómo funcionan realmente las instituciones del estado, cómo se relacionan entre sí las distintas clases y quién detenta verdaderamente el poder del estado en un momento dado. Aristóteles describió la forma clásica de semejante investigación del estado. No se contentó nunca con explicar simplemente que un estado es oligarquía o democracia, monarquía o república, sino indagó de la manera más precisa posible en cada uno de los casos, las condiciones sociales reales y comprobó quién tenía realmente el poder.

El estado feudal medieval era unívoco en cuanto tipología. Del mismo modo, un estado socialista debería ser una forma unívoca. Los estados democráticos modernos, en cambio, tienen en común con las otras formas del estado burgués el hecho importantísimo de la propiedad privada. No es pues de ninguna manera sencillo establecer en los estados que coinci-

den en este principio económico fundamental dónde termina la democracia y dónde empieza la oligarquía. El desarrollo social moderno produjo conexiones y fenómenos de compromiso tan complicados, que no siempre es fácil emitir un juicio. Las fuerzas sociales cambian incesantemente, aun cuando los incisos de la constitución sigan siendo los mismos. La constitución de los Estados Unidos es igual, salvo pocos cambios, a la de la época de Washington, pero ¡qué número tan grande de cambios se ha producido en la sociedad americana y por lo mismo en la constitución real americana desde entonces!

Los estados en que domina la democracia social se pueden examinar de una manera relativamente fácil. La guillotina de Robespierre y las medidas económicas de Jefferson contra el capital financiero son bastantes unívocas. Es mucho más difícil el problema de los otros tres tipos de democracia burguesa, que se basan todos —o por lo menos intentan basarse— en el compromiso entre capital y trabajo, entre ricos y pobres. ¿Qué cosa tienen en común estos tres tipos entre sí, y con la democracia social? Una definición que se apoye sólo en los datos empíricos del desarrollo histórico podría ser más o menos la siguiente: también en el estado burgués democrático la propiedad privada capitalista ocupa económicamente el lugar determinante; los capitalistas, sin embargo, establecen un compromiso político con los obreros y la libre voluntad de las dos partes y la concepción de la necesidad económica sostienen este compromiso. No existe sin embargo ninguna constricción física determinante, fuera de la libre voluntad y del juicio sobre las necesidades económicas, que obligue a las masas al compromiso. Cuando los estratos superiores ponen en la mesa de las discusiones también una prepotente fuerza militar y policiaca, deja de existir el compromiso. Entonces la preponderancia de los estratos superiores es tan fuerte que las masas trabajadoras ya no pueden esperar una participación equilibrada.

No es ciertamente casual que todos los países que pudieron desarrollar formas estables de democracia burguesa, como los Estados Unidos, Inglaterra y sus dominios, Suiza y Noruega, tengan puntos en común. Antes de 1914 y durante el período de paz todos tenían únicamente una modesta fuerza militar permanente y una administración descentralizada altamente desarrollada. Si se comparan los Estados Unidos con la Francia de la generación anterior a la guerra, las dos repúblicas

presentan una mezcla de elementos democráticos y antidemocráticos. Si se piensa en la gestión corrompida de varias ciudades americanas y en lo que sucedía durante algunas huelgas en los Estados Unidos, se comprueba entonces el predominio absoluto de las fuerzas antidemocráticas. No obstante, en ese período la situación de los Estados Unidos era totalmente distinta de la francesa. En una ciudad americana los políticos corruptos podían llegar al poder sólo porque la masa de los habitantes era indiferente a los acontecimientos públicos. Pero tan pronto como la corrupción y la mala administración económica llegaban a ser exageradas, la mayoría de los obreros, de los comerciantes, etc., se sublevaba. Nacía un movimiento de reforma: en las siguientes elecciones se expulsaba a los políticos corrompidos y empezaba un nuevo período de rigurosa "limpieza" para librar la ciudad o el estado de la corrupción. Esto sucedía hasta que las energías de la burguesía se adormecían nuevamente y los politiqueros salían adelante. En todo caso, ninguno podía contraponerse, en Norteamérica, a la decidida voluntad de la mayoría de los ciudadanos, si éstos se unían y atacaban al enemigo. En esto no juega ningún papel el ejército federal americano.

En Francia, en cambio, el ejército permanente hasta 1914 constituyó siempre la gran incógnita en todas las luchas políticas por el poder. Todas las crisis de la Tercera República, desde su comienzo hasta la guerra mundial, estaban ligadas al ejército: la crisis de Mac Mahon, la crisis de Boulanger, el asunto Dreyfus, y finalmente también la lucha por el pacto de tres años. Para Francia la conservación de un fuerte ejército permanente era una necesidad frente al vecino alemán, tan poderoso desde el punto de vista militar. Los Estados Unidos, en cambio, estaban en la situación afortunada de no tener que temer en su continente a ningún enemigo. La situación distinta de los Estados Unidos y de Francia, desde el punto de vista militar, acarreó necesariamente consigo también una diversa constitución de las fuerzas sociales. Añádase a esto la diferencia entre el blando federalismo que rige a los Estados Unidos y el duro centralismo tradicional de la máquina estatal francesa. Ciertamente el capitalismo americano anterior a 1914 estaba mucho más fuertemente concentrado y era mucho más poderoso que el francés. Pero el gran capitalismo francés, fuera de la economía en sentido estricto, tenía aliados de los que carecía el gran capital americano. Por esto, a pesar de los

múltiples rasgos negativos individuales de la vida pública americana, la democracia burguesa de los Estados Unidos era mucho más sólida y segura que la francesa.

Se descubre cierta afinidad entre la democracia y el tipo de estado que puede describirse como "comunal". En los breves períodos de guerra abierta o de guerra civil también un movimiento democrático tiene necesidad de un fuerte poder centralizado, del mismo tipo que el de 1793, para consolidarse. En cambio en los períodos más largos —como enseña la experiencia histórica— una colectividad democrática sólo se mantiene si los elementos locales de la autoadministración tienen el predominio. Surgen notorias dificultades prácticas cuando se debe unir el principio democrático de la autonomía local con las exigencias de un gran estado moderno y el de la organización unitaria de la gran economía moderna. El desarrollo del imperio británico y de los Estados Unidos muestra, sin embargo, que estas dificultades no son insuperables.

Una cuestión muy debatida es la relación de la democracia con la llamada legalidad. ¿La democracia en cuanto tal es una forma de estado que garantiza más que ninguna otra un desarrollo pacífico? ¿Es lícito hablar de un método democrático cuando la votación es la que decide en lugar del método de la violencia política. También aquí se debe distinguir entre el estado democrático y el movimiento democrático. Todo estado, cualquiera que sea su constitución, se presenta como garante de la legalidad. Exige que sus leyes sean respetadas por todos los ciudadanos y persigue como traidor a cualquiera que pretenda modificar las leyes de una manera violenta. Esto es válido tanto para el estado democrático como para cualquier otro. Una monarquía absoluta o una oligarquía capitalista pueden conservar por largos períodos una legalidad ordenada en la misma forma que una democracia. La monarquía absoluta de Prusia, por ejemplo, tuvo durante siglo y medio, desde su fundación hasta la revolución de 1848, un desarrollo interno absolutamente imperturbado y pacífico dentro del espíritu de la legalidad. Las reformas necesarias fueron introducidas por el monarca absoluto bajo la forma de nuevas leyes. Del mismo modo, Inglaterra tuvo un desarrollo legal absolutamente tranquilo, desde 1688 hasta 1867, bajo el poder de la minoría capitalista. El estado democrático no puede, por consiguiente, aducir ninguna pretensión de superioridad en lo referente a la legalidad, sobre las demás formas

de estado. Dígase lo mismo de la solución de cuestiones controvertidas no por medio de la violencia sino con la votación y la decisión de la mayoría. Esto vale tanto para la democracia como para cualquier otro estado que tenga un cuerpo representativo gobernante. Inglaterra, que fue la primera en convertirse en una democracia burguesa, estuvo regida en tiempos de paz por deliberaciones mayoritarias de las cámaras alta y baja. Del mismo modo, Suiza gozó de un desarrollo pacífico durante cuatrocientos años gracias a las decisiones de voto de una asamblea de los órdenes feudales, que después se transformó orgánicamente en un parlamento moderno. Los opositores de una forma de estado existente tienden siempre a poner en duda su legalidad. Cuando el estado es atacado con violencia debe defenderse también con violencia. Esto vale tanto para el estado democrático como para cualquier otro, y desde este punto de vista no existe una peculiaridad de la democracia.

El movimiento democrático, exactamente como cualquier otra tendencia política, utiliza los medios más variados para realizar sus fines. La historia de la democracia francesa desde 1789 hasta 1871 está escrita literalmente con sangre. Los demócratas de Norteamérica llevaron a cabo la guerra civil más grande de todos los tiempos para consolidar su forma de estado. Los demócratas de Suiza se impusieron antes de 1847 con el uso de la fuerza sin miramientos tanto en los cantones como en la federación. La democracia de Noruega debe su existencia a la revolución de 1905, que pudo llevarse a cabo sin derramamiento de sangre, pero que no obstante representó una ruptura radical y unilateral de la legalidad constitucional. En Gran Bretaña finalmente los protestantes del Ulster permanecieron de 1912 a 1914 firmemente decididos a rechazar una decisión parlamentaria mayoritaria, que les parecía inaceptable, y se prepararon para rechazar con las armas las consecuencias de una ley británica sobre la autonomía de Irlanda. Los obreros, agricultores y comerciantes de Ulster, que se reunieron bajo la dirección de Carson, estaban orgullosos de las tradiciones democráticas británicas, sin embargo estaban convencidos de que no había otra salida que la violencia armada y la mitad de la población inglesa simpatizó con ellos. La historia enseña que la democracia ha utilizado, de acuerdo con las circunstancias de un determinado país o de un determinado período, métodos violentos o no violentos, exactamente como cualquier

otro movimiento político. El error de que la democracia sea la encarnación de la no violencia surgió en tiempos más recientes porque se confundió la democracia en general con un tipo particular de democracia, o sea con la democracia liberal del último siglo.

Para un observador histórico es imposible hablar de la ruina de la "democracia" en sí, en nuestros tiempos, porque no existe una "democracia" en sí. Sólo se derrumbó una forma particular de democracia, débil desde el principio, que en este libro se describió como democracia liberal. Para evitar cualquier equivocación, hay que señalar una vez más que con esto no se entiende el pensamiento liberal en su esquema general de valores. En cuanto tal —si se prescinde de cualquier política particular de partido— expresa el derecho del individuo a su libre desarrollo, y pertenece al patrimonio más preciosos de la civilización humana.

Pero en cierto modo se trata de una forma absolutamente determinada y limitada de democracia burguesa que esperaba, junto con la paz, la libre competencia, la libertad de comercio y la legalidad parlamentaria para resolver todos los conflictos de la época. Esta forma particular de democracia ha llegado definitivamente a su fin. Como lo señala, sin embargo, la historia, a partir de la derrota de una tendencia democrática renacen siempre otras formas de autogobierno de las masas. No existe ningún motivo para que esto no suceda en el futuro. La masa trabajadora, o la gran mayoría de la humanidad, deberá darse cuenta gradualmente, en todos los países, de que su autogobierno es la condición previa necesaria para alcanzar un digno nivel de existencia. Se puede comparar en la actualidad la situación de las masas trabajadoras de las ciudades y del campo, por ejemplo de Suiza y de Australia, con la condición de las masas de Italia y de Polonia para comprender el valor de la democracia.

La investigación histórica enseña, finalmente, que ninguna de las colectividades democráticas que existían antes de 1914 ha desaparecido en la crisis actual. Y muestra una gran fuerza de resistencia ahí donde la autodeterminación democrática no ha sido decretada mecánicamente por la proclamación de la república o por el sufragio universal, sino ha surgido históricamente de la vida del pueblo trabajador. En nuestra época una democracia que sea verdaderamente tal, no ha caído hasta ahora en la ruina.

NOTAS DE LA EDICIÓN NORTEAMERICANA

Las notas que incorporamos a continuación aclaran las referencias de las citas incluidas en el texto y de los autores mencionados en ellas. Sobre los hechos conocidos de la historia política moderna no se hicieron notas. Si el lector quiere más detalles y una bibliografía especial encontrará este material en los volúmenes de la *Cambridge Modern History* y en los artículos correspondientes de la *Encyclopaedia of the Social Sciences* y la *Encyclopaedia Britannica*.

Existe una buena bibliografía sobre Marx y el marxismo para lectores de habla inglesa en G.D.H. Cole, *What Marx Really Meant*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1934, pp. 305 y ss. Otra bibliografía detallada se encuentra en el artículo de Karl Korsch, "Marx", en la *Encyclopaedia of the Social Sciences*; una más breve se incluye en Otto Rühle, *Karl Marx*, Nueva York, Viking Press, 1935.

[Para los lectores de habla hispana recomendamos la lectura de las siguientes obras: G.D.H. Cole, *Historia del pensamiento socialista*, México, F.C.E., 1957, en 7 vols.; *Historia general del socialismo*, bajo la dirección de Jacques Droz, Barcelona, Ediciones Destino, vol. 1 (1976), vol. 2 (1979), restando aún dos volúmenes por publicar; George Lichtheim, *El marxismo. Un estudio histórico y crítico*, Barcelona, Editorial Anagrama, s.d.; y finalmente la excelente cronología y bibliografía de Marx redactada por Maximilien Rubel, *Crónica de Marx. Datos sobre su vida y su obra*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1972.]

ABREVIATURAS

ME I-IV = Marx-Engels, *Gesamtausgabe*, 3. Abteilung, *Briefwechsel zwischen Marx und Engels*, vol. I-IV.

ME VI = *Gesamtausgabe*, I. Abteilung, vol. VI.

Kugelmann = Karl Marx, *Briefe an Kugelmann*, Berlín, 1924 [en esp., *Cartas a Kugelmann*, Barcelona, Ediciones Península, 1974].

¿QUÉ ES LA DEMOCRACIA?

p. 39, carta de Babeuf, en Albert Mathiez, *Autour de Robespierre*, París, 1925, p. 256.

- p. 40, artículo de Engels, *ME VI*, p. 289 [se trata del artículo "Die Kommunisten und Karl Heinzen", publicado en dos partes en la *Deutsche Brüsseler Zeitung*, del 3 y 7 de octubre de 1847].
- p. 41, Philipp Stein, *Fürst Bismarck's Reden*, I, p. 129.
- p. 42, Engels, *Politisches Vermächtnis*, Berlín, 1920, p. 18.

ROBESPIERRE Y JEFFERSON

- pp. 46 y ss., A. Mathiez, *La Révolution française*, vols. I-III, París, 1932-1933; A. Mathiez, *Autour de Robespierre*, París, 1925; Charles Beard, *Economic Origins of Jeffersonian Democracy*, Nueva York, The Macmillan Company, 1915.

DE NAPOLEÓN BONAPARTE A LUIS FELIPE

- pp. 57 y ss., Francia bajo Luis Felipe, en *ME VI* [el volumen VI de la MEGA recoge los trabajos de Marx y Engels escritos desde mayo de 1846 a marzo de 1848].
- pp. 61-62, artículo de Engels, *ME VI*, p. 348 [se refiere a "Briefe über den Sozialismus und Kommunismus auf dem Kontinent", carta tercera de "Communism in Germany". Cartas dirigidas al periódico *The New Moral World*, publicadas entre el 5 de octubre de 1844 y el 10 de mayo de 1845, en forma anónima].
- pp. 62-63, sobre Blanqui véase K. Kautsky, *Krieg und Demokratie*, I, Berlín, 1932, p. 326.

EL PRIMER SOCIALISMO

- pp. 65 y ss., *ME VI* y la notable obra, *Geschichte des religiösen und atheistischen Frühsozialismus, nach der Darstellung August Beckers vom Jahre 1847*, Kiel, E. Barnikol, 1932; L. Blanc, *Organisation du travail* (varias ediciones).
- p. 70, carta de Engels, *ME I*, p. 42.

¿DEMOCRACIA SOCIAL O DEMOCRACIA BURGUESA?

- pp. 71 y ss., *ME VI*.

LOS CARTISTAS INGLESES

- pp. 77 y ss., *ME VI*.

- p. 80, véase el discurso de Harney en *ME VI*, p. 582.

MARX Y ENGELS EN LA VÍSPERA DE LA REVOLUCIÓN DE 1848

- pp. 87 y ss., *ME VI*.

FRANCIA EN 1848

- pp. 102 y ss., véase Charles Seignobos en Lavissee, *Histoire de France contemporaine*, vol. VI; Lamartine, *Histoire de la Révolution de 1848*, Bruselas, 1849; Émile Thomas, *Histoire des ateliers nationaux*, nueva edición, Oxford, 1913, es una fuente muy importante.

LA DERROTA DE LA REVOLUCIÓN EN LA EUROPA CENTRAL, 1848-1849

- pp. 125 y ss., *ME I*; L. Bergsträsser, *Geschichte der politischen Parteien in Deutschland*, Mannheim, 1926, pp. 34 y ss.; F. Sigel, *Denkwürdigkeiten*, Mannheim, W. Blos, 1902; J. Mazzini, *Essays*, editados por Bolton King, Londres.

¿POR QUÉ FRACASÓ LA DEMOCRACIA EN 1848-1849?

- p. 140, el retrato de la señorita Goldsmith está reproducido en la portadilla de Lavissee, vol. VI.
- p. 141, véase la proclama del gobierno provisional en Lamartine, *Histoire de la Révolution de 1848*, p. 396.

LAS LUCHAS EN LA EMIGRACIÓN DE 1849 A 1859

- pp. 148 y ss., *ME I, II*.

LOS INICIOS DE LA SOCIALDEMOCRACIA

- pp. 158 y ss., sobre Francia bajo Napoleón III, véase Seignobos en Lavissee, vols., VI y VII; *ME III*.

LA FUNDACIÓN DE LA I INTERNACIONAL

- pp. 180 y ss., *ME III*; Kugelmann, pp. 15 y ss., 19, 21, 50, 62 y ss.

EL DERRUMBE DE BONAPARTE

pp. 184 y ss.; *ME IV*; véase Seignobos en Lavissee, vol. VII; *Kugelmann*, pp. 55, 77 y ss.

LA COMUNA DE PARÍS Y EL FINAL DE LA I INTERNACIONAL

pp. 191 y ss., *ME IV*; véase Seignobos en Lavissee, vol. VII; *Kugelmann*, pp. 81 y ss., 91, 93.

LA DEMOCRACIA BURGUESA EN LOS ESTADOS UNIDOS, INGLATERRA Y SUIZA

pp. 210 y ss., sobre Estados Unidos; *ME IV*, p. 725 (Index); *Kugelmann*, pp. 21, 93; sobre Inglaterra, *ME IV*, p. 731; *Kugelmann*, pp. 58 y ss., 69 y ss., 93; sobre Suiza *ME IV*, p. 743.

SOCIALISTAS Y ANARQUISTAS DESPUÉS DE 1871

pp. 222 y ss., *ME VI*; Max Nettlau, *Anarchism und Socialrevolutionäre*, Berlín, 1931, muy importante para conocer el punto de vista anarquista.

LA REACCIÓN EUROPEA DESPUÉS DE 1871

pp. 226 y ss., *ME IV* (Rusia después de 1871); H. Wendel, *Aus dem südslawischen Risorgimento*, Gotha, 1921, referido a los Balcanes.

FRANCIA DESPUÉS DE LA COMUNA Y LA TENTATIVA DICTATORIAL DE BOULANGER

pp. 238 y ss., véase Seignobos en Lavissee, vols. VII y VIII; *ME IV*.

IMPERIALISMO VERSUS LIBERALISMO

pp. 257 y ss., véase el famoso libro de Lenin, *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, escrita en 1915; un importante documento sobre la concepción liberal frente al imperialismo es la obra de Eugen Richter, *Politische ABC-Buch*, Berlín, 1896.

LA DEMOCRACIA LIBERAL Y LA SEGUNDA INTERNACIONAL

pp. 279 y ss.; la mejor historia de la Segunda Internacional desde el punto de vista socialista es la de Karl Renner, *Karl Kautsky, Skizze zur Geschichte der geistigen und politischen Entwicklung der deutschen Arbeiterklasse*, Berlín, 1929; con respecto al punto de vista volchevique, véase Zinóviev, *Der Krieg und die Krise des Sozialismus*, Viena, 1924.

p. 280; sobre el programa del partido popular véase E. Richter, *ABC-Buch*, p. 445.

pp. 288 y ss., carta de Engels, *Politischen Vermächtnis*, pp. 15 y ss.

DESDE 1895 HASTA EL PRESENTE

pp. 311 y ss., véase el artículo de Mussolini en M.G. Sarfatti, *Mussolini, Lebensgeschichte*, Leipzig, 1926, pp. 157 y ss.

pp. 316 y ss., para la teoría de Lenin véase A. Rosenberg, *Historia del bolchevismo*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 70, 1977, pp. 20 y ss.; con respecto a la discusión sobre la democracia, véase Lenin, *La dictadura del proletariado y el regenerado Kautsky*, 1919; L. Trotski, *Terrorismo y comunismo. Anti-Kautsky*, 1920; K. Kautsky, *Krieg und Demokratie*, Berlín, 1932; y el ya citado libro de M.G. Sarfatti.

ÍNDICE DE NOMBRES

Abendroth, Wolfgang: 23
 Adler, Max: 11, 24-25, 27, 28n
 Albert, A. M.: 102, 106, 113, 118
 Alejandro II, zar: 235
 Alejandro III, zar: 237, 256
 Alejandro von Battenberg, príncipe de Bulgaria: 234
 Arago, François: 105, 113
 Aristóteles: 45, 328, 337
 Asquith, H. H.: 312, 319

 Babeuf, Gracchus: 39-40, 43, 46, 49, 54-55, 60-61, 64-65, 67, 74, 219
 Badeni, Kasimir: 276
 Bakunin, Mijail: 165, 178, 182, 208, 223-224
 Barbes, Armand: 114, 116, 118
 Bauer, Otto: 11, 24, 27
 Bazaine, Achille: 190-191, 195
 Beard, Charles: 36
 Bebel, Auguste: 23, 172, 237, 289
 Becher, regente imperial: 139
 Bergsträsser: 36
 Bernstein, Eduard: 301-302
 Bismarck, Otto von: 41-42, 75, 161, 166-170, 172-174, 184, 193, 195, 197-198, 200, 206, 209, 220-221, 224, 227-228, 230, 250-251, 253, 255-256, 260, 264, 268-269, 279, 284, 287, 289, 292, 324
 Blanc, Louis A.: 15, 67-70, 85-88, 91-93, 98-99, 102-103, 106-109, 112-113, 119, 127, 137, 142-143, 145, 150, 154-155, 166-167, 172, 196, 243.
 Blanqui, Louis A.: 15, 62-63, 66, 114-118, 153-154, 177, 183, 189-190, 194-195, 202, 243, 291, 323

 Blum, Leon: 332
 Blum, Robert: 134
 Bodson: 39
 Bonaparte, Luis Napoleón, véase Napoleón III
 Bonaparte, Napoleón, véase Napoleón I
 Boulanger, Georges: 226, 238, 250, 253-256, 267, 293, 339
 Brentano, Lorenz: 137-139
 Bright, John: 279
 Bryan, William J.: 313, 319
 Bucher, Lothar: 41-42
 Bülow, Bernhard von: 306
 Bounarrotti, P. M.: 61, 65

 Cabet, Etienne: 65, 74
 Caprivi, Leo von: 276, 278
 Carlos I, rey de Inglaterra: 264
 Carlos X, rey de Francia: 56-57, 251, 264
 Carlos Alberto, rey de Cerdeña: 127
 Carnot, Lazare: 50, 192
 Carson, Sir Edward: 341
 Cavaignac, Louis: 113, 117, 120-123, 147, 186, 188
 Cavour, Camillo: 162
 Chamberlain, Joseph: 214, 275-276, 337
 Chambord, Conde de: 238-239, 241
 Chiang Kai-shek: 335
 Churchill, Randolph: 214
 Cicerón: 47
 Clemenceau, Georges: 245-247, 254
 Cremer, W. R.: 180, 183
 Crispi, Francesco: 230, 256, 273-274, 276

ÍNDICE DE NOMBRES

Cuno, Wilhelm: 324

 David, Edward: 23
 De Valera, Eamon: 334
 Depretis, Agostino: 273
 Disraeli, Benjamin: 184, 214, 275, 279, 336
 Dreyfus, Alfred: 250

 Ebert, Friedrich: 23
 Engels, Friedrich: 11, 14, 16-17, 19-20, 23, 35-36, 39-40, 42-44, 61, 69, 74, 82, 85, 87-93, 97-99, 126, 130, 138, 150-155, 157, 165, 167, 169-173, 180-181, 183, 189-190, 199, 206, 208-209, 212-219, 223, 225, 231, 237, 281, 284-291, 294-297, 299, 314-317, 321

 Faure, Félix: 267, 276
 Favre, Jules: 188, 191-192, 194-196
 Federico Guillermo IV, rey de Prusia: 136
 Fernando, rey de Bulgaria: 234
 Ferry, Jules: 188, 191, 194, 245, 250-252, 255, 267-268
 Fischer, Ruth: 8, 10, 24n
 Flechtheim, O. K.: 23
 Fourier, Charles: 65
 Francisco Fernando, archiduque de Austria: 271
 Francisco José, emperador de Austria: 226, 307

 Gambetta, León: 188-196, 201, 238, 241-243, 245, 250, 255
 Gapon, Georgii: 122
 Garibaldi, José: 134, 162-164, 179, 198, 220, 230, 232, 273-274
 Garnier-Pages, Louis A.: 75, 102, 105, 109, 113, 120, 188, 191
 Gigot, Philippe: 85
 Giolitti, Giovanni: 273-274, 308
 Galdstone, Wiliam E.: 277, 291
 Geogg: 137

 Goldsmith, Miss: 140
 Grevy, Jules: 242, 245
 Grün, Karl: 69
 Guesde, Jules: 302
 Guillermo I, emperador de Alemania: 161, 169, 224, 289
 Guillermo II, emperador de Alemania: 268, 269, 276, 292, 296, 307
 Guizot, François: 59-60, 64, 71, 75, 100-101

 Harcourt, Sir William: 277
 Harney, G. J.: 80
 Hecker, Friedrich: 132-133, 136, 138-139
 Hegel, George W. F.: 88
 Heine, Heinrich: 61
 Henry, Patrick: 49
 Hilferding, R.: 23
 Hitler, Adolf: 10, 28, 330
 Hohenohe-Schillingsfürs, Chlodwig, príncipe: 276

 Jacobo II, rey de Inglaterra: 264
 Jameson, L. S.: 276
 Jaurès, Jean: 301-302
 Jefferson, Thomas: 7, 12, 36, 44-48, 51-52, 54, 210, 313, 336, 338
 Juan, Archiduque de Austria: 128
 Jotrand: 92
 Juárez, Benito: 185-186, 335

 Katz: 10
 Kautsky, Karl: 22-23, 281-282
 Kerenski, Alexander: 111
 Kinkel, Gottfried: 140, 148-149, 156
 Kolb, E.: 23
 Korsch, Karl: 8, 10, 19, 36
 Kossuth, Louis: 128, 133, 148-151, 156, 220
 Kruger, Pauk: 276

 La Guardia, Fiorello H.: 334
 Lamartine, Alphonse: 48, 62, 71-

- 74, 102-103, 112-113, 120, 123, 140-141, 147, 188-189, 289
 Lassalle, Ferdinand: 17, 20, 23, 165-172, 174, 184, 264, 284, 286
 Ledru-Rollin, Alexandre A.: 67, 70-71, 76, 91-93, 98, 102-105, 110, 113-114, 116, 119-120, 122-123, 135, 137, 140-144, 148-151, 153, 156, 172, 284, 287, 289, 291
 Leipart, Theodor: 23
 Lenin, Vladimir I.: 7, 12-14, 19-21, 24, 111, 302, 314-316, 319-322, 325-326, 336-337
 Levi, Paul: 11, 24n
 León XIII, Papa: 267
 Leopoldo II, rey de Bélgica: 277
 Liebknecht, Karl: 17, 20, 115, 286
 Liebknecht, Wilhelm: 23, 172-173, 182, 223, 237, 323
 Lincoln, Abraham: 179, 184-185, 266, 313
 Lloyd George, David: 319
 Lueger, Karl: 271
 Luis XIV, rey de Francia: 77
 Luis XVI, rey de Francia: 161, 186, 264
 Luis XVIII, rey de Francia: 56
 Luis Felipe, rey de Francia: 57-67, 71-72, 76, 94-95, 98, 100-101, 109-110, 114, 116, 186, 204, 258, 264
 Luxemburg, Rosa: 11, 20, 23-24, 28, 115, 302, 323
 Mac Carthy, Justin: 217
 Mac Kinley, William: 266, 276
 Mac Mahon, M. E. P. de: 190, 201, 206, 209, 226, 239-243, 256, 339
 Marat, Jean Paul: 61-62
 Marie, Pierre: 107-108, 113, 120
 Marrast, Armand: 71, 102, 105
 Marx, Karl: 11, 13-14, 16-20, 23-24, 28, 35-36, 39-40, 74-75, 82, 85, 87-93, 97-99, 124, 126, 130, 132, 150-157, 165-167, 169-173, 180-184, 189, 197-199, 202-203, 206-209, 211-216, 218, 223, 225, 231, 235-237, 281, 283-287, 296-297, 299, 302, 314-317, 321
 Masaryk, Thomas G.: 329
 Maslow, Arkadi: 10
 Mathiez, Albert: 36, 219-220
 Matthias, E.: 22-23
 Maximiliano, emperador de México: 185-186
 Mayer, Gustav: 36
 Mayer, Karl: 165
 Mazzini, Giuseppe: 82, 88, 95, 128, 134, 146, 148-150, 156, 162, 178, 182-183, 210, 230-232, 274, 309
 Méline, Jules: 267
 Mellinet, General: 92
 Metternich, Klemens von: 66, 75, 93-94, 125, 226, 297
 Meyer, Eduard: 8
 Miquel, Johann von: 269
 Moltke, Helmuth von: 192
 Mussolini, Benito: 309-310, 322-323
 Mustafá Kemal: 335
 Mutschuh, emperador de Japón: 270
 Napoleón I: 50-51, 54-55, 57, 64, 93-94, 101, 119, 147, 158, 192, 241, 255, 258
 Napoleón III: 123-124, 134-135, 137, 143, 150, 156, 158-160, 162, 174, 180, 184-188, 190-191, 195, 198-200, 204, 221, 222, 238, 240-241, 249, 251, 255, 260, 273, 296, 328
 Nettel, J. P.: 24
 Neumann, Franz: 36
 O'Connor, Feargus: 80, 85, 88, 93
 Odger, George: 180, 183
 Oertzen, P. von: 23
 Ollivier, Emile: 190

- Paschitsch, Nicolas: 243
 Peel, Sir Robert: 259, 264
 Pisistrato de Atenas: 328
 Platón: 328
 Potter, George: 183
 Proudhon, Pierre-Joseph: 65, 69, 92-93, 165, 176-177
 Radetzky, Josef: 128, 134
 Ragionieri, Ernesto: 8
 Raspail, Francois: 123
 Rathenau, Walter: 41
 Raveaux: 138-140
 Renner, Karl: 298-299
 Rhodes, Cecil: 275-276
 Ricardo, David: 88
 Richter, Eugen: 269, 278, 280, 289-291, 306
 Robespierre, Maximilien: 7, 12, 14-15, 17-18, 39, 44-49, 51-52, 54, 60-61, 102-103, 111, 114, 121, 143, 145, 189, 192, 207, 218-220, 258, 336, 338
 Rochefort, Henri: 189-191, 196, 243, 254
 Roland, Jean Marie: 115
 Roosevelt, Franklin D.: 333, 337
 Roosevelt, Theodore: 313, 324
 Rosebery, Lord: 277
 Ruge, Arnold: 132, 148-149, 151, 156
 Saint-Just, Louis A. L. de: 143
 Saint-Simon, Claude H.: 65
 Sandkühler, H. J.: 25n
 Sarfatti, Señora: 310
 Schackenmayer, H.: 10n
 Schapper: 97, 153-154, 156
 Scholem, Gershom: 10
 Schrifrin, A.: 23
 Schüller, regente imperial: 139
 Schulze-Delitzsch, F. H.: 165-167, 183
 Schweitzer, Jean Baptista von: 23, 169-171
 Seignobos, Charles: 36
 Sigel, Franz: 138-139
 Sonnino, Sidney: 274
 Stampfer, F.: 29-30
 Stöcker, Adolf: 269
 Struve, Gustav von: 133, 139, 173
 Sun Yat-sen: 334
 Taaffe, Eduard von: 229, 256, 271
 Thaelman, Ernest: 24
 Thiers, Louis Adolphe: 59-60, 73-74, 112, 187, 191, 196-197, 200, 202, 206, 209, 239
 Thomas, Clément: 107-108, 120
 Tiberio: 47
 Tolain, Henri L.: 180, 196
 Tormin, W.: 23
 Treitschke, Heinrich von: 268
 Trélat, Ulysse: 113, 121
 Trochu, Louis J.: 191-192
 Trotsky, Leon: 326
 Urbahns, Hugo: 43, 44
 Valentin, Veit: 36
 Vega, R. de la: 25n
 Vogt, Karl: 139
 Vollmar, Gustav: 23
 Washington, George: 338
 Weber, H.: 10n, 23
 Wels, Otto: 22
 Willich, August: 133, 138, 153-156
 Wilson, Wodrow: 41, 43, 313, 318-319
 Witte, Serge: 270, 276
 Zasulich, Vera: 236